



COLECCIÓN ANIVERSARIO

**Pensamiento y acción
de José Martí**

—

Universidad de Oriente
con prólogo de Octavio López Fonseca
y Luz Elena Cobo Álvarez

COLECCIÓN ANIVERSARIO

Pensamiento y acción de José Martí



Universidad de Oriente
con prólogo de Octavio López Fonseca
y Luz Elena Cobo Álvarez



Ediciones UO



Primera edición: Universidad de Oriente,
Santiago de Cuba, 1953

Digitalización y edición: Carlos Manuel
Rodríguez García

Composición y diseño de cubierta: Adrian Amed
García Jardines

Imagen de cubierta: "Martí no. 2", plumilla de
Guarionex Ferrer Estiú (1947-2007), colección
privada de la familia Ferrer Tellez

© Universidad de Oriente, 2023

© Sobre la presente edición
Ediciones UO, 2023

ISBN: 978-959-207-710-2

EDICIONES UO

Ave. Patricio Lumumba no. 507

entre Ave. de las Américas y Calle 1ra

Reparto Jiménez, CP 90500

e-mail: edicionesuo@gmail.com

www.facebook.com/edicionesuo

página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia Creative Commons *Atribucion-NoComercial-NoDerivadas* (CC-BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

Se prohíbe la reproducción de la cubierta de este libro con fines comerciales sin el consentimiento escrito de los dueños del derecho de autor. Puede ser exhibida por terceros si se declaran los créditos correspondientes.

Razón

La Universidad de Oriente, después de haber medido sus pasos todos, desde la fundación reciente, por la senda de dignidad y luz que nos mostrara José Martí, ha querido destacar un homenaje especial con ocasión del primer centenario de su nacimiento. A ese fin, el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales organizó un ciclo de conferencias, que se inició en la fecha simbólica del 28 de enero de 1953, extendiéndose hasta el 27 de mayo siguiente, durante el cual un nutrido grupo de intelectuales de América honraron el ámbito universitario brindando distintas visiones de la múltiple vida de Martí. Estos trabajos se han recogido en el presente volumen, que viene a completar por su permanencia el valor de la actividad conmemorativa. También se incluyen, a título de ensayos, otros trabajos cuyos autores no pudieron concurrir personalmente a transmitir sus mensajes, pero que tuvieron la gentileza de remitirnoslos.

Pensamiento y acción de José Martí: el aporte historiográfico de la Universidad de Oriente en el centenario martiano²

Octavio López Fonseca

Luz Elena Cobo Álvarez

El año 1953 adquiere una significación especial en la historia de la recepción martiana por conmemorarse el primer centenario del nacimiento del Apóstol.

La conmemoración fue un escenario propicio para expresar el descontento en contra del gobierno *de facto*. Los sectores juveniles y organizaciones políticas dieron a conocer el “Juramento martiano de la juventud”, que se convirtió en una declaración de principios para cumplir el legado martiano y hacer de Cuba una patria digna como él quiso³, también se organizó el Congreso martiano por los derechos de la juventud, en el que se pusieron de manifiesto las demandas de los jóvenes por el establecimiento de la Constitución de 1940.

Por su parte, las autoridades gubernamentales encabezadas por Fulgencio Batista también programaron actividades por la conmemoración del Centenario, así se constituyó la Comisión Nacional Organizadora del Centenario Martiano que se propuso entre sus tareas convocar al “Congreso de Escritores Marianos” que se efectuó del 20 al 27 de Febrero de 1953 en la Casa Continental de la Cultura en Cuba, sede posterior de la Casa de las Américas. De este congreso “[...] no cabía por lo tanto esperar

² Trabajo publicado en el libro *El legado del Apóstol. Capítulos sobre la historia de la recepción martiana en Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2010, pp. 240-255.

³ Sobre este acontecer ofrece detalles José Cantón Navarro en *Cuba. El desafío del yugo y la estrella*, Editorial José Martí, La Habana, 2017, pp. 153-155.

[...] una crítica directa a la dictadura...”,⁴ e incluso Batista pedía una audiencia especial a los miembros del Congreso.

Un ejemplo de actitud acrítica y oficialista fue la conferencia “Los escritores no somos de hoy” del escritor mexicano José Vasconcelos, quien expresó acerca del desarrollo actual en América Latina y especialmente en Cuba —caracterizado, según él, por un “despertar latino”—, con las consiguientes palabras: “Se abre para Cuba en estos instantes la oportunidad de volver a convertirse en el eje moral de los pueblos antillanos, y por todas partes los nuevos principios sirven de impulso a las ambiciones más sanas y legítimas”.⁵

No obstante a las manifestaciones políticas a favor de Batista, la importancia del congreso fue que logró reunir en Cuba a los estudiosos de Martí, tanto cubanos como extranjeros. De modo que “[...] se realizó un valioso aporte a la discusión de las diversas tendencias de la recepción que se habían configurado en la isla y en el extranjero...”.⁶

El contexto del centenario del natalicio de Martí fue propicio también para la publicación de numerosas investigaciones relacionadas con diferentes aspectos de la vida y obra del Apóstol, tanto de estudiosos cubanos como extranjeros. En tal sentido el martiano alemán Ottmar Ette en su estudio de recepción refiere:

Así por citar sólo dos ejemplos, el Archivo Nacional de Cuba publicó un extenso volumen que contenía, entre otros, importantes documentos sobre la vida de Martí y Fermín Peraza Saraúsa, durante muchos años direc-

⁴ Ottmar Ette: “La batalla por disimular lo ‘literario’ de lo ‘político’”, en *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, pp. 144-152.

⁵ J. Vasconcelos: “Los escritores no somos de hoy”, en *Memorias del Congreso de Escritores Martianos*, Ucar García, La Habana y 1953, pp. 428.

⁶ Ottmar Ette: ob cit., p. 144. El autor explica las tendencias que se evidencian en el Congreso de Escritores Martianos, los que discutieron “la temática político revolucionaria”, “la literaria y estética”, “la filosófica, social y pedagógica de Martí”. Según declara el propio autor resulta llamativo que el aspecto literario fue tratado por especialistas extranjeros, casi los únicos en presentar nuevos enfoques sobre el tema.

tor de la Biblioteca Municipal de La Habana, publicó la monumental Bibliografía martiana 1853-1953. Uno de los puntos culminantes respecto de las publicaciones vinculadas al Centenario fue, sin duda, la edición de las actas de un congreso internacional efectuado en Cuba durante el año martiano, congreso que constituyó un fiel reflejo de la “política martiana” de la dictadura y de su influencia sobre los estudios martianos.⁷

En Santiago de Cuba la celebración del centenario martiano tuvo una significación especial por ser la ciudad donde reposan los restos mortales del Héroe Nacional en el mausoleo del cementerio Santa Ifigenia y por la existencia de una rica tradición política, revolucionaria y martiana. Rindieron homenaje a Martí instituciones como el Club Rotario, el Club de Leones, la logia José de la Luz y Caballero, y los centros educacionales.

Entre las instituciones educacionales se debe destacar la labor de la Universidad de Oriente, que llevó a efecto un “acto martiano” organizado por el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales. El ciclo de conferencias contó con la participación de un grupo de intelectuales que “[...] honraron el ámbito universitario brindando distintas visiones de la múltiple vida de Martí...”.⁸

El “Ciclo martiano” se efectuó entre el 28 de enero y el 27 de mayo de 1953 y sirvió no tan sólo para exaltar los valores martianos, sino la vigencia de sus ideas en medio de una difícil coyuntura política originada por el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Todas estas conferencias y ensayos fueron incluidas en el volumen *Pensamiento y acción de José Martí*, compilado por el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales de la Universidad

⁷ O. Ete: ob cit., pp. 142-143

⁸ O. Ete: ob cit., p. 146. Con respecto a las luchas estudiantiles tras el golpe de estado del 10 de marzo de 1952 y en específico lo relacionado con el sentir y la vocación martianas de los universitarios ha sido estudiados por Rafael Borges y Antonio Fernández Arbelo en el artículo “Apuntes para la historia de la recepción martiana en el movimiento estudiantil santiaguero” incluido en el libro *Donde son más altas las palmas. La relación de José Martí con los santiagueros*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2002, pp. 255-279.

de Oriente, y que desde su publicación ocupa un lugar destacado en la producción historiográfica martiana.

En este libro aparecen investigaciones de personalidades nacionales y extranjeras, e integrantes del claustro del centro universitario oriental. Se destacan las personalidades de Emilio Roig de Leuchsenring, presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; Humberto Piñera, presidente de la Sociedad Cubana de Filosofía; César García Pons, miembro de la Academia de Historia de Cuba; Jorge Mañach, Ramón Infiesta y Raymundo Lazo, profesores de la Universidad de La Habana; Juan Marinello, profesor de la Escuela Normal de La Habana; Andrés Iduarte, Carlos Martínez Durán y Juan I. Jimenes Grullón, investigadores martianos latinoamericanos⁹.

Como una manera de demostrar el compromiso del profesorado con la obra y el pensamiento martiano, es importante realizar un análisis de las conferencias impartidas por estos martianos, las que en sus temas revelaban una manera completamente diferente de entender una celebración en memoria de José Martí.

En la conferencia inaugural, “Perfil vigente de Martí” el Dr. Felipe Martínez Arango, reitera el llamado hacia la profundización e integralidad en los estudios martianos:

Laborioso ha sido el proceso para llegar al Martí integral. No ha sido fácil la tarea de hurgar en lo hondo la singular personalidad del héroe, adornada, en síntesis admirable, y en grado inminente, por las más variadas facetas, en apariencia contrapuestas.¹⁰

Un aspecto importante del discurso, por su valentía política, es el llamado a la conciencia nacional ante el golpe castrense del 10 de marzo de 1952:

El insólito atentado castrense de Marzo pasado, a espaldas del pueblo de Cuba, es, entre otras cosas, la con-

⁹ Cfr. Felipe Martínez Arango: “Perfil vigente de José Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, Universidad de Oriente, Cuba, 1953, p. 19.

¹⁰ *Ibidem*, p. 16.

mitancia de la rapacidad y la cobardía cívica, de la incultura y la indiferencia, de la frivolidad y la insolencia [...]. El proceso viene de atrás y muchos en él han puesto sus manos.

Quemen estas verdades, pero es deber decirlas alto y claro. No para la siembra escéptica, sino —todo lo contrario— para volver a encontrarnos, una vez penetrado el mal hasta la raíz y aplicado el cautiverio. No hacerlo sería incumplir la cabal misión de la Universidad y negar la norma martiana. Nuestro pasado histórico presenta, por lo general, un saldo positivo, glorioso en ocasiones. Nos alejamos de sus mejores calidades en la medida en que nos distanciamos de la doctrina y la ejemplaridad vital de José Martí.¹¹

Otra conferencia destacada fue “Nuestro Martí” de Oclides Vázquez, quien en representación de la FEU denuncia la triste conmemoración del centenario en momentos del establecimiento en el país de una dictadura militar. Así expresó en su intervención:

Alta, serena y ya secular desde este día la dimensión histórica de José Martí; a pocos pasos de la tumba en que descansan simbólicos los restos de su cuerpo [...] y a la cual no pudimos llegar esta mañana porque la dictadura se ha guardado bien de que no le viéramos el bochorno y la tristeza con que le sorprende su primer centenario...¹²

Vázquez hace un bosquejo de la vida y obra martiana y expresa “[...] yo podría erigirme en biógrafo circunstancial del Apóstol en estos instantes; y como le amo, y le estudio y le conozco, hablar extensamente de su vida y su obra; aunque no sabría decir donde su vida deja de ser tal para convertirse en obra...”¹³ Más adelante, se dedica a denunciar y expresar la necesidad,

¹¹ Ibídem

¹² Oclides Vázquez: “Nuestro Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 19.

¹³ Ibídem, p. 20.

bajo la advocación del pensamiento y el ideal martiano, de llevar adelante la República nueva como único homenaje a Martí.

Entre las conferencias que integraron este ciclo se encuentra la titulada “Martí y España” de José Luis Galbe, en la que aborda los vínculos filiales y culturales del Maestro con España y centra su atención en cuatro aspectos fundamentales: la filiación, el amor, la amistad y la cultura. De forma novedosa Galbe se adentra en temas extremadamente delicados y complejos como fueron las relaciones de Martí con sus padres, su estancia en Zaragoza, el amor, la influencia cultural recibida y el análisis de la situación política de España en los años en que vivió en ese país.

Acertadas son sus valoraciones al referirse a la influencia española del Héroe. Al respecto señala

[...] es que Martí trató muchas veces las cosas de España como un español más, como cuando condena, con intuición profunda, “la España de Lavapiés y cafetín”, cuyo desgarrado chulo tanto enoja al español no madrileño y aún a muchos que lo son. Por eso, cuanto habló de los españoles —para bien y para mal— los españoles casi siempre lo subscribimos.¹⁴

De este mismo ciclo fue la impartida por Manuel Álvarez Morales: “Intimidad de Martí: su hogar”, en la que aborda un tema poco estudiado en la vida del Apóstol hasta el presente, el referido a las relaciones con su esposa, Carmen Zayas Bazán, desde su noviazgo y todo el decursar matrimonial hasta su separación definitiva. Inicialmente se refiere al sentimiento de amor que le despierta y que en cartas a su amigo Manuel Mercado le manifiesta “[...] la presencia de Carmen me es indispensable...”.¹⁵ Pero desde el comienzo le asalta la duda, que se confirmará posteriormente: ¿pugna entre el amor y el deber? El autor habla del casamiento y cómo el Maestro desde los inicios ya teme por el posible sufrimiento de su compañera, pero resalta la significa-

¹⁴ José Luis Galbe: “Martí y España”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, pp. 148-149.

¹⁵ Manuel Álvarez Morales: “Intimidad de Martí: su hogar”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 261.

ción de esta mujer para él y señala “[...] yo, que a Carmen debo la resurrección de mis fuerzas y mi sacudimiento de tan injustas trabas y tan mortales agonías, a Carmen me consagro ahora por completo...”¹⁶

El conferencista describe el casamiento de Martí en diciembre de 1877 en México y las dificultades económicas que enfrentarán en los años venideros. Se vislumbran las primeras manifestaciones de contradicción entre ambos. Destaca lo que significó el nacimiento del hijo y profundiza de manera particular en los problemas de la pareja.

En un recorrido casi cronológico de la acción martiana por diferentes países hasta su asentamiento definitivo en Nueva York, Álvarez Morales profundiza en la vida íntima de Martí y en el proceso de deterioro de la pareja, dado fundamentalmente por la contradicción que hay en Martí entre familia y patria. También destaca sus esfuerzos por mantener el matrimonio y su hijo a su lado y el gran sacrificio y dolor que significó no haberlo logrado. Utiliza acertadamente la documentación martiana, de manera particular el epistolario enviado a su amigo Manuel Mercado.

Un tema relacionado con Martí y la literatura fue presentado por José Antonio Portuondo “La voluntad de estilo de José Martí”. En esta conferencia se realiza un minucioso y profundo análisis del estilo literario del Maestro, desde sus primeras incursiones en las letras, la incidencia de otras tendencias literarias y la evolución de su estilo hasta llegar al Modernismo. Portuondo utiliza el término “voluntad de forma del modernismo” para argumentar las ideas modernistas de Martí, muy relacionadas a la voluntad de estilo de este que “[...] se manifiesta como búsqueda deliberada y gradual de la máxima concreción y sencillez, como propósito constante de alcanzar lo que él designa como “sinceridad” y “honradez literarias”¹⁷.

Para fundamentar lo anterior utiliza escritos y diferentes trabajos martianos, desde “El presidio político en Cuba” (1871)

¹⁶ Ibídem, p. 261.

¹⁷ José A. Portuondo: “La voluntad de estilo en José Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 289.

hasta sus *Versos Sencillos* (1891). Portuondo articula las cualidades literarias elevadas que poseyó el Apóstol con su pensamiento y acción político revolucionario. Al respecto anota “[...] a su condición de militante revolucionario debe José Martí la posición excepcional que ocupa entre los grandes maestros de la lengua castellana”.¹⁸

El profesor Aníbal Rodríguez en su conferencia “Una interpretación psicológica de Martí”, expuso un tema extremadamente complejo y devela a Martí desmitificado y en su plena condición de ser humano. Para tales fines se sustenta en criterios y valoraciones de sus contemporáneos. También valora su gran inteligencia, carácter y temperamento y al señalar que

[...] podemos decir que aún cuando hemos constatado la tremenda riqueza constitucional con que está dotado Martí, desde el punto de vista del temperamento y la inteligencia, no hemos encontrado el origen de sus manifestaciones, que producen donde solo había un hombre genial, a un ser casi místico, de espíritu apostólico y vida sacrificada.¹⁹

Otros aspectos que aborda es lo relacionado con la circunstancia familiar de Martí; se refiere a las características autoritarias y patriarcales de su familia, las restricciones económicas y de pobreza que sufrió, la situación de ser el hijo mayor y varón, en la que el autor cree ver una relación de complejo de Edipo, todo lo cual es influyente en la concreción de su personalidad. En otro momento de su conferencia se refiere a “La circunstancia social de Martí”, donde se refleja el grupo social al que pertenece y las normas morales que están presentes en él. Por último realiza un valioso estudio de “La historia psicológica de Martí” en la que se trata el cuadro familiar que vivió, el rechazo y la hostilidad en determinado momento del padre, rasgos de su carácter, sentimientos, etc.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 302.

¹⁹ Aníbal Rodríguez: “Una interpretación psicológica de Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 390.

Unas consideraciones conclusivas de la psicología martiana se aprecian cuando Rodríguez expresa:

La necesidad de mantener tales controles sobre su personalidad, superabundante en impulsos, la presencia inexorable de conflictos familiares y de sentimientos de culpabilidad, las capacidades enormes de sensibilidad y expresión, mediante la inteligencia, son todos vectores que se conjugan para explicarnos el origen de la superior dinámica, de la actividad infatigable de Martí. El quehacer constante se convierte en escape...²⁰

Además de los conferencistas mencionados, que formaban parte del claustro de la Universidad de Oriente, otras personalidades martianas de relevancia nacional e internacional, contribuyeron con sus disertaciones al homenaje martiano que realizó el alto centro de estudios.

En este sentido se destacan los profesores de la Universidad de La Habana: Raimundo Lazo con su conferencia: “La personalidad y el mensaje de Martí” en la que se abordan aspectos relacionados con la personalidad martiana al señalar:

Su mejor elogio, su más exacta y comprensiva biografía será siempre la que empiece y termine subrayando la afirmación capital: fué un carácter; la que mejor precise y haga resaltar en su vida la presencia magnífica del hombre...²¹

Además trata el ideal martiano: “De ello, el mejor ejemplo es el magno ejemplo de la organización de la guerra de independencia de Cuba...”²² No pasa por alto este conferencista las cualidades del Apóstol: “[...] fué aquel hombre cabal un carácter, que su primer don fué la posesión plena del carácter, cobijado —oculto para la incompreensión o la frivolidad— bajo las alas prepotente de un corazón amoroso...”²³

²⁰ *Ibíd.*, p. 416.

²¹ Raimundo Lazo: “La personalidad y el mensaje de Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 33.

²² *Ibíd.*, p. 35.

²³ *Ídem.*

Este conferencista aborda un aspecto relacionado con Martí de significativa importancia teniendo en cuenta la complejidad del tema al criticar algunas de las interpretaciones alrededor del héroe, al respecto señala:

Generalmente se hace de Martí sólo sujeto de historia política, o agente de reformas sociales que superan el horizonte de su época, o tipo psicológico, o artista, o pensador [...]. Cada uno de esos aspectos corresponden solamente a una realidad particular distinta de su personalidad, en la tribuna, en los afanes conspirativos y de organización revolucionaria.²⁴

De igual modo aborda su pensamiento y los enfoques distorsionados del mismo al expresar “[...] por ligereza de juicio, y también, con lamentable frecuencia, por apasionamiento, o por deleznable interés personal o de partido, se hace, sin embargo, de su pensamiento un pensamiento unilateral...”²⁵

Este martiano tiene la capacidad de abordar otros diversos aspectos de la personalidad y significación de la obra martiana cuando se refiere al mensaje martiano a la posteridad, el concepto de deber martiano, la noción de justicia, el principio de libertad, etc.

También de la propia Universidad de La Habana disertó Ramón Infiesta con la conferencia “Martí político”, saliendo de lo tradicional en este tipo de conferencia, se refiere a diferentes aspectos de la vida singular de José Martí, es así que trata: la política de Martí, la política en sí misma; en la sociedad, el hombre, el actor, las motivaciones, los fines, el político, la vocación, las cualidades, la lucha, la técnica y las vías políticas. Dedicar un momento singular a los instrumentos políticos de Martí, es decir: la palabra, el estilo, la razón, la pluma, las epístolas, el ejemplo, etc. Igualmente se refiere a las metas políticas martianas. Todo lo anterior lleva a caracterizar un Martí como el lo califica en su conferencia “...es indispensable separar la figura de Martí, estimada en conjunto y en abstracto, en toda su altísima calidad

²⁴ *Ibíd.*, pp. 39-40.

²⁵ *Ibíd.*, p. 41.

apostólica, y la actividad de Martí, apreciada en sus manifestaciones concretas, en la rica gama de sus relaciones humanas”.²⁶

No puede pasar por alto hacer referencia a otro destacado profesor de esa Universidad: Jorge Mañach con su tema Martí, legado y posteridad. En esta conferencia invoca la necesidad de conocer la vida del Apóstol al referir: “Hoy más que nunca, a los cubanos nos interesa recordar también su vida. Porque de eso más que nada, de ejemplos de carácter y conducta, es de lo que estamos más menesterosos”.²⁷ De manera tal que gran parte de su disertación la dedica a esbozar diferentes momentos de la vida y el accionar del héroe. La segunda parte de la conferencia magistral como solo el era capaz de hacer, al referirse al apóstol, esboza aspectos medulares de su pensamiento político y hace una aseveración de gran significación:

El ideario martiano no es, por tanto, nada sobrepuesto o postizo, sino orgánica y entrañablemente nuestro, y rodearlo de displicencias so pretexto de nuevas situaciones históricas o de nuevas necesidades, es desconocerlo en su raíz, u olvidar que los pueblos, como los individuos, cuando no viven de acuerdo con su ley interior, con su carácter, se arriesgan a estar constantemente improvisando su vida y falsificando su conciencia.²⁸

Otro intelectual que es considerado uno de los grandes exegetas martianos es el destacado profesor Juan Marinello que aborda en su conferencia el tema: “El caso literario de José Martí” y fundamenta este título cuando expresa: “Deben ser deber y preocupación del Centenario dedicar espacio dilatado al caso literario de José Martí. Los cincuenta y ocho años que nos separan de su muerte han ido extendiendo por América y por el mundo su legítima notoriedad de escritor”.²⁹ A continuación,

²⁶ Ramón Infiesta: “Martí político”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 50.

²⁷ Jorge Mañach: “Martí: legado y posteridad”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 74.

²⁸ *Ibidem*, p. 95.

²⁹ Juan Marinello: “El caso literario de José Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 112.

analiza los criterios o juicios sobre el Maestro emitidos por literatos de la talla de Unamuno, Darío y Juan Ramón Jiménez³⁰. En otro momento se refiere al uso y ruta de la cultura en Martí a partir de valoraciones de Regino Botti y Andrés Iduarte. En tal sentido señala: “En este aniversario debe aquilatarse la rara utilización martiana de la cultura. Bien merecen estudios particulares sus preferencias y resistencias, su posesión de lenguas y su asombroso entendimiento de mirajes y atmósferas”.³¹

Al abordar sus reflexiones sobre el lenguaje protagonista en Martí, señala:

Pero lo que sí hay que pedir al escritor nuestro es la virtud cardinal, ilustrada eminentemente por Martí, de dar camino desembarazado a lo personal y a lo espontáneo, no en interés de lograr una singularidad hecha de fórmulas y artimañas sino en el ánimo de alcanzar el relieve que trae el uso legítimo de las facultades propias.³²

La conferencia nos ofrece acertadas valoraciones y juicios sobre el Martí literario, apoyándose en escritores de reconocido prestigio así como en el profundo conocimiento que posee de la obra literaria de nuestro Apóstol.

El enfoque filosófico de la figura martiana no podía quedar fuera de la reflexión en este ciclo de conferencias, al respecto Humberto Piñera, Presidente de la Sociedad Cubana de Filosofía, disertó sobre “Martí pensador”. Este martiano se refiere a su condición de pensador y filósofo, enjuicia estas definiciones y comparte el criterio de estudiosos que lo consideran más pensador que filósofo. En otro aspecto de su conferencia se refiere al pensador y político en Martí; así como el contenido filosófico de su pensamiento y al final abordar la objetividad de su pensamiento. Como elemento destacado de esta disertación es válido compartir el criterio de que:

Martí [...] pertenece al grupo de los que han sido capaces de pensar todo lo más alto posible. Y por eso su pensa-

³⁰ Para más detalles ver Juan Marinello: ob. cit., p. 113.

³¹ *Ibíd.*, p. 115.

³² *Ibíd.*, p. 120.

miento exhibe las notas que hemos creído constitutivas esenciales de su obra cogitativa en general, a saber: el sentimiento de futuridad, el sentido ético y la impersonalidad u objetividad. Y sólo cuando se es capaz de un pensamiento dirigido hacia la altura de lo ideal, aun cuando no sea necesario quedar decisivamente anclado allí, es que se puede reclamar la excelsa condición de pensador.³³

Al final de su conferencia expresa que: “El Apóstol José Martí puede ser considerado, sin reparo alguno, entre los que la historia acredita como pensadores. Pues su obra cogitativa, caracterizada por las notas esenciales de todo gran pensamiento, así lo demuestra³⁴.

La personalidad de Emilio Roig de Leuchsenring, Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, no podía dejar de estar presente, con sus sabias reflexiones, en este homenaje; por tal motivo su conferencia se tituló: Martí, antimperialista. Delinea al Martí antimperialista, resaltando los aspectos fundamentales de la evolución de su pensamiento político, hasta llegar a su antimperialismo y cómo se cumplieron sus previsiones en la realidad cubana de aquellos momentos. A lo anterior se une el riguroso estudio histórico sobre los Estados Unidos y sus vínculos de sometimiento a países de América y en especial el caso cubano. Al final de su conferencia se refiere a la vigencia de la lucha antimperialista del pueblo cubano.

Es inobjetable que la temática martiana que trata Roig puede considerarse, a no dudar, de la más polémica y compleja del ciclo de las impartidas, por tratar un aspecto extremadamente matizado por posiciones políticas e ideológicas lo que van a demostrar la postura y valentía política de este intelectual. En este sentido afirma, a manera de resumen del pensamiento antimperialista martiano, que:

Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y todo su dedicación a “problema de

³³ Humberto Piñera: “Martí pensador”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 187.

³⁴ *Ibíd.*, p. 188.

tanto alcance y honor tanto”, Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al mundo de la futura y temible invasión del imperialismo yanqui.³⁵

En este ciclo de conferencias no podían faltar intelectuales martianos de América Latina que también se unen al homenaje realizado en el Centenario de su nacimiento y que ofrecieron, con singular maestría, valoraciones y estudios de aspectos medulares de la vida y obra de José Martí; al respecto es el caso de Juan I. Jimenes Grullón, médico, sociólogo y ensayista dominicano que tituló su conferencia: “Convergencias y divergencias entre Bolívar y Martí”, en la que expone las características del contexto histórico, orígenes clasista, condiciones económicas. En relación a los rasgos de ambas personalidades, el disertante señala:

Mientras Bolívar es humano, altamente humano, humano hasta en su amor legítimo a la gloria, Martí asoma como un ser excepcional, situado por encima del nivel de los hombres, que ha logrado domeñar toda pasión pequeña, se entrega a la pasión más alta y pura, y va conscientemente al martirio.³⁶

Continuando el análisis de las condiciones históricas en que desarrollaron su lucha refiere que: “Pero ambos pudieron hacer el milagro de pensar y crear para el porvenir, estando de pie sobre el presente. ¡Se salieron de los moldes de sus épocas! Y por ello: alcanzaron las cumbres de la excelsitud”.³⁷

Más adelante expresa otros aspectos acerca de estas personalidades: la labor literaria, las convicciones políticas, las condiciones para la lucha, los caminos o la ruta seguida, la fe en nuestros pueblos y el firme propósito de entregarse a la faena libertaria.

³⁵ Emilio Roig de Leuchsenring: “Martí antimperialista”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 219.

³⁶ *Ibidem*, p. 241.

³⁷ *Ibidem*, pp. 255-256.

La validez de las reflexiones expuestas se confirma cuando señala:

Bolívar y Martí se aúnan en el dintel de la historia y crean un solo escenario. El uno inicia; el otro culmina. Son, en el fondo, expresiones fraternas de un mismo proceso. Proceso unitario y ascendente. En Bolívar encontró Martí la raíz; se deslumbró ante sus realizaciones; su vida fué para él estímulo y enseñanza; y ya en la labor trascendental que le señaló el destino, enriqueció sus conceptos y depuró su propia actividad de imperfecciones. Iba, indudablemente, a completar la obra del caraqueño insigne, trabajaría con el mismo impulso, pero daría a la creación un fervor de humanidad que jamás vieron los siglos.³⁸

El intelectual Andrés Iduarte, Director General de Bellas Artes de México, disertó sobre “El americanismo de Martí”. Inicia su exposición con una afirmación que encamina al público hacia la idea central que va a exponer:

Para examinar y entender el esencial tema americano de José Martí cabe seguir esos círculos concéntricos: Cuba, o la patria; la España del colonial rebelde; Hispanoamérica en general, “nuestra América” como él la llamó; y los Estados Unidos.³⁹

En el transcurso de su exposición realiza la vinculación estrecha de Martí con Cuba, España y países de América Latina: México, Guatemala, Venezuela, a los que les dedica un espacio de reflexión importante alrededor de la obra y la presencia martiana en estas naciones; más adelante penetra en aspectos medulares de la obra martiana “Nuestra América” con lo que se reafirma el hispanoamericanismo del prócer. Al final de su disertación, Iduarte dedica un amplio espacio sobre la presencia martiana en los Estados Unidos, a través de

³⁸ Andrés Iduarte: “El americanismo de Martí”, en *Pensamiento y acción de José Martí*, p. 311.

³⁹ *Ibidem*, pp. 357-358.

trabajos periodísticos para diferentes órganos de prensa de América Latina y Norteamérica, cartas, crítica literaria y ensayos, entre otros.

Al finalizar refiere con acierto:

Su permanencia en los Estados Unidos y su admiración por sus virtudes no impusieron silencio a su corazón de hispanoamericano, de cubano. Por eso vió a la vez desde dentro y desde fuera. Hizo campaña de elogio para los Estados Unidos populares y vitales, pero siempre, al lado de ella, otra mayor de denuncia de los Estados Unidos expansionistas y conquistadores. Su indignación ante el atropello militar de ayer y ante el financiero de su época, y el espanto ante una Hispanoamérica y una Cuba mañan encadenadas, lo llevaron al dicitario enconado.

La gama de ternuras, de caricias y latigazos, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, y el profundo acento de honradez de todas sus palabras, hacen de ellas un documento literario y humano de valor único.⁴⁰

También se presentaron ensayos sobre temas que se refieren a diferentes aspectos de la vida y la obra del Maestro: “José Martí y su cuna en la historia” de César García Pons, miembro de la Academia de la Historia de Cuba; “Martí, maestro de América” de Carlos Martínez Durán, profesor y ex Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala, y Presidente de la Unión de Universidades Latinoamericanas⁴¹.

El conjunto de conferencias y ensayos que en ocasión del primer centenario del nacimiento de José Martí fueron editadas por el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales constituye, un texto de gran trascendencia al recoger investigaciones, no tan solo de profesores del centro de estudios, sino también de otros estudiosas del Apóstol en el plano nacional y

⁴⁰ Ídem.

⁴¹ Para mas detalles ver *Pensamiento y acción de José Martí*, pp. 361-380 y pp. 421-432.

latinoamericano, por lo que puede afirmarse que este volumen configura como un aporte a la historiografía martiana, cuya trascendencia reclama la atención de quienes pretendan valorar la personalidad del Maestro y conocer el tratamiento que recibió en el contexto conmemorativo del centenario de su nacimiento.

Perfil vigente de José Martí²

Felipe Martínez Arango

Registra la historia de la humanidad, de tiempo en tiempo, la aparición de individualidades insólitas —de grandeza acumulada, pudiera decirse— integradas por una suma feliz de cualidades extraordinarias —pensamiento y acción—, marcadas con la señal del genio creador, destinadas a variar el esquema de las cosas y a consumirse en la propia llama interior después de haber alumbrado el camino de los pueblos.

A esta singular categoría humana pertenece José Martí, nacido, para orgullo de América y gloria legítima de Cuba, en una humilde casa de la calle de Paula, en La Habana, hace justamente un siglo.

Para conmemorar el impar suceso, la Universidad de Oriente, transida de emoción, se honra hoy al levantar su voz junto al espontáneo coro de voces del pueblo de Cuba y de los pueblos todos de América.

Arribamos, por fortuna, a este primer centenario, cuando ya la crítica más rigurosa —nacional y extranjera— ha fijado casi de modo exhaustivo, en lo fundamental, el sitio que corresponde en la historia a José Martí. Menester ha sido penetrar a veces la espesa maraña, pedestre o desorbitada, de la mediocridad o de las beatificaciones deshumanizadoras. Sin perder de vista, precisamente, el patrón humano es como asombra la medida en que colmó los moldes de la grandeza.

² Introducción al Ciclo Martiano iniciado en la noche del 28 de enero de 1953.

Laborioso ha sido el proceso para llegar al Martí integral. No ha sido fácil la tarea de hurgar en lo hondo la singular personalidad del héroe, adornada, en síntesis admirable, y en grado eminente, por las más variadas facetas, en apariencia contrapuestas.

Los intérpretes de su rara personalidad no siempre han logrado conjugar, de modo armónico, la pura calidad humana del hombre —gran sentidor— y la eminencia del intelectual, uno de los más grandes escritores de nuestro idioma.

Deslumbran el prosista original, el altísimo poeta innovador, el más notable y espontáneo cultivador del género epistolar que recuerda Hispanoamérica, el orador de prodigioso caudal adonde se aprietan las ideas y los matices, el moralista de honradez insobornable, el pensador buído de vuelo alto y raíz profunda —disparado hacia lo absoluto, como de buen ancestro hispánico—; el sabio maestro de maestros, de niños y de hombres.

Estadista genial, previó el destino de Cuba y de América y señaló las vías a seguir con visión de profeta. Demócrata convencido, campeón de la libertad, azote de tiranos y de fanatismos sectarios, atisbó y quiso la justicia social para los que nunca olvidó: “los pobres de la tierra”. Legó las normas correctas sobre las que debía fundarse la República y el cuerpo doctrinal para mantenerla con decoro y justicia.

Fue varón estético de finísima sensibilidad y poseyó un raro poder de intuición. De temperamento romántico, de profundidades místicas y vuelo espiritualista, tuvo un exacto sentido de la realidad. De carácter entero y enérgico, fue tierno como un niño y siempre fiel a sí mismo.

Fue culto en singular medida. Penetró profundamente el sentido de las cosas, las leyes del acontecer y el alma de los hombres. Poseyó absorbente y extraordinario don de gentes. Unió e inspiró con luminoso magnetismo personal. Juntó su coraje y su virtud a su talento y corazón extraordinarios para servir a todos y no para regalo de sí propio. En ocasiones fue negado y escarnecido, más siguió con valentía consciente, hasta el fin, la ruta de su obra, sin reparar en las espinas del camino, renunciando al paso hogar, honores y riquezas materiales, para darse

por entero a la patria —sin esperar cobija— con generosidad de fundador.

Hombre de pensamiento, fue, a la vez, infatigable en la acción. Cosa de milagro nos luce la energía que animaba su cuerpo pequeño y frágil, coronado por la hermosa frente, que en verdad era “ladera de monte”. Prodigioso revolucionario, de certero sentido político, laboró con entraña y alma de pueblo. Vislumbró y denunció en alborada el fenómeno imperialista. Y postuló, en forma lapidaria, una política económica para América. Evocó la guerra justa —“sin odios”— que debía variar el rumbo de la historia para cerrar con la independencia de Cuba el ciclo necesario y heroico de la libertad americana iniciado por Bolívar.

Su apasionada capacidad de amar —honda, ilimitada y generosa— tuvo un objetivo cardinal: Cuba, nuestra patria. Por ella vivió en perenne tensión agónica. Por ella sacrificó cuanto suele ser caro al hombre. A ella dedicó lo mayor y mejor de su milagrosa actividad, que jamás conoció de flaquezas y desmayos. Para que tuviéramos —una vez liquidada la Colonia— la feliz República que concibió —digna, justa, libre y soberana—, encaró las balas de la España enemiga y ofrendó vida —útil y bella vida— en el campo de batalla de Dos Ríos.

Hoy es parte consubstancial de la nación que le proclama Apóstol, forjador y guía. Y tiene aposento propio en cada corazón cubano.

Amó, defendió y sirvió, con amor de puro hijo, a Hispanoamérica —a la que consideraba como una sola patria grande desde el Bravo a la Patagonia—. Tuvo fe en sus destinos; y advirtió, presintiendo su hora, de modo claro y reiterado, en su estilo único, que si caía era también por nuestra América. Hoy la madre América lo reclama como genio tutelar, hijo eminente entre todos sus grandes hijos.

Martí ofició con altura su carrera de hombre. “La difícil carrera de hombre”, dijo y añadió: “escasos como los montes son los hombres que saben mirar desde ellos con entraña de humanidad”. Y eso fue por sobre todo: hombre. Nada humano le fue ajeno. En su pensamiento —de universal dimensión— y en su ejecutoria, hay un retumbar de mundo. De mundos, acaso.

En nuestras palabras, señoras y señores —supérfluo parece apuntarlo— hay amor de cubano y admiración de humano, pero ni sombra de hipérbole. Entiéndase bien esto. Ni siquiera la devoción por Martí podría desviarnos del tributo que rendimos a la verdad histórica. Y no huelga recordar que destacados críticos de todo el continente, de España, y aún de otras tierras, han abundado, con brillantez y acierto, en mucho de lo que dejamos apuntado. Por razones de ubicación en tiempo y espacio, y por quienes fueron, solo queremos referirnos a dos esta noche. El argentino Domingo Faustino Sarmiento, gran pluma y gran espíritu de América, contemporáneo de Martí, afirmó categóricamente que puesto a elegir un solo hombre representativo de la América Latina, ese hombre sería José Martí. Y hace pocos años, el gran escritor alemán, Emil Ludwig, con quien tuvimos el privilegio de platicar largamente en torno a Martí, antes de su viaje sin retorno, afirmó en uno de sus últimos trabajos: “de ser traducidas sus obras a otros idiomas, serían suficientes por sí solas, para convertir a Martí, hoy, en guía espiritual del mundo”.

Buena parte de la tarea del gran cubano reclama aún obremos esforzados, de mente alta, paso firme y manos limpias. Y sus postulados relampagueantes tienen vigencia activa en Cuba, en América y aún fuera de ambas. Poner en marcha la ideología martiana, revivirla en la conducta, llevarla en el corazón más que en los labios, hacerla penetrar los más recónditos arcanos de las conciencias, es contribuir al arreglo del mundo y al de nuestro país, ya que por la casa propia debemos empezar.

Y al quedar rozado el tema es fuerza señalar, al margen de sectarismos politiqueros, adonde jamás nos hemos albergado, y sin desdoro del marco académico de este acto y sí a tono con lo que también es quehacer formativo de la Universidad y culto activo de José Martí —hipócritamente invocado por los fariseos de turno, los de ayer y los de hoy— que nuestra alegría en este natalicio tiene un poco, permítasenos la frase, de júbilo a media asta. No podía ser de otro modo cuando acaba de ser herida la República en lo hondo por la más estéril usurpación que recuerda nuestra historia política, a contrapelo del Derecho y con escarnio de la doctrina martiana. El insólito atentado castrense de marzo pasado, a espaldas del pueblo de Cuba, es, entre otras

cosas, la concomitancia de la rapacidad y la cobardía cívica, de la incultura y la indiferencia, de la frivolidad y la insolencia, de la traición y la ignorancia, de la irresponsabilidad y el soborno. El proceso viene de atrás y muchos en él han puesto sus manos.

Quemen estas verdades, pero es deber decirlas alto y claro. No para la siembra escéptica, sino —todo lo contrario— para volver a encontrarnos, una vez penetrado el mal hasta la raíz y aplicado el cauterio. No hacerlo sería incumplir la cabal misión de la Universidad y negar la norma martiana. Nuestro pasado histórico presenta, por lo general, un saldo positivo, glorioso en ocasiones. Nos alejamos de sus mejores calidades en la medida en que nos distanciamos de la doctrina y la ejemplaridad vital de José Martí.

De estas vivencias dolorosas se forman los pueblos. Sirva la experiencia para hacer imposible que vuelva a ser suceso lo que jamás debió ocurrir. Menester es liquidar lo episódico y vulgar, para adentrarnos en la obra seria y perdurable.

No es Cuba tierra de dictaduras. Su tradición liberal y democrática, aún en el orden rigurosamente institucional —torpemente deshecho hoy en peripecia sin gloria y sin razón— arranca de la propia manigua heroica. Se confirma en la última década, para ejemplo de América y para el buen nombre de Cuba ante el mundo —a pesar de lacras internas de viejas raíces coloniales—, y llevaba nuevas trazas de superación en la consulta popular que se ha interrumpido.

Necesario es emprender el camino de nuevo. Acelerar el eclipse, abreviar el paréntesis. Una vez más José Martí será guía. Precisa apretar filas y limpiar las almas, que en Cuba ha llovido cieno. Y no será menester ir a las playas y llamar con los caracoles a los indios muertos. Como Martí, tenemos fe en el pueblo de Cuba.

La Universidad de Oriente —que en su breve historia se ha mantenido erguida y limpia desde la raíz, y que, por tanto, es en sí misma la mejor ofrenda de sus fundadores, de sus profesores y alumnos todos, al Apóstol (“hacer es la mejor manera de decir”), inicia esta noche un ciclo de conferencias en homenaje a José Martí en el primer centenario de su natalicio. Desfilarán por esta cátedra pública de la Universidad calando hasta

lo profundo —y calibrando— la vida y el pensamiento martianos, muy destacadas figuras de Cuba y de América. Nos honra esta noche con su presencia, el primero en turno de nuestros ilustres visitantes, el Dr. Raimundo Lazo, eminente profesor de la hermana Universidad de La Habana, estrechamente unida a la nuestra, hoy más que nunca. El Dr. Lazo, de antaño gran amigo de esta Casa, que ya ha sido presentado en ella y que ha disertado brillantemente entre nosotros en otra fecha memorable, es figura de sobra conocida por sus merecimientos intelectuales y limpia ejecutoria, dentro de Cuba y fuera de nuestra patria. El tema del Dr. Lazo es “La personalidad y el mensaje de Martí”. Bienvenido como a hogar propio, Dr. Lazo.

De inmediato hará uso de la palabra el estudiante Sr. Oclides Vázquez Candela, quien hablará a nombre del estudiantado de la Universidad de Oriente, por encargo de su Federación Estudiantil, colaboradora de este ciclo martiano organizado por el Departamento. Después habrá de actuar la coral de nuestra Universidad a cargo del inspirado Maestro Viccini.

Por vuestra responsable presencia aquí en esta noche memorable, por el caluroso y emocionante respaldo que habéis otorgado a nuestra palabra: muchas gracias.

Nuestro Martí³

Oclides Vázquez

Alta, serena y ya secular desde este día la dimensión histórica de José Martí; a pocos pasos de la tumba en que descansan simbólicos los restos de su cuerpo —que los de su espíritu aún vagan quejumbrosos pidiendo su reposo en el de la mano cubana que hiere a otro cubano, en el de la lengua que ofende, en el del hijo apóstata— y a la cual no pudimos llegar esta mañana porque la dictadura se ha guardado bien de que no le viéramos el bochorno y la tristeza con que le sorprende su primer centenario; avergonzada un tanto de su involuntaria ausencia del deber actual, e impedida por lo mismo de convocar a él ya que la primera condición para hacerlo, será la obligación de encabezarlo y dirigirlo —se levanta mi voz en esta sala: cauce que se limita la natural impaciencia juvenil con necesarios, con indispensables contenes de razón.

No se espere de mi, pues, por hablar como hablo a nombre de la muchachada inquieta, rebelde e iracunda a causa de la ofensa nacional que ha largos meses padecemos, el olvido de que ocupo tribuna catedral, que no es la popular y abierta donde la misma bóveda estrellada o azul permite los períodos encendidos y sin frenos, anchos como los pechos de nuestros atletas y los sueños de nuestros colegiales; no sea que los que la integran y luego usarán de ella, me la tilden de holgada si no luzco la cautela y ponderación supuestas a un pichón de humanista.

³ Conferencia pronunciada el día 28 de enero de 1953.

Todos los que aquí nos congregamos estamos unánimes por la patria. Lo emotivo, si no huelga, puede esperar en lo más íntimo del alma atribulada, reducido tan solo al temblor de los labios que se saben hablando en uno de los pocos reductos que aún le quedan a nuestra libertad. Porque yo quiero también que la ley primera de esta tribuna universitaria sea la de mantenerla siempre en el plano elevado que la cultura y la sabiduría —que es su expresión más alta— conceden y exigen.

Yo podría erigirme en biógrafo circunstancial del Apóstol en estos instantes; y como le amo, y le estudio y le conozco, hablar extensamente de su vida y su obra; aunque no sabría decir donde su vida deja de ser tal para convertirse en obra, y sí mejor que una y otra se identifican como sustancia y atributo inseparables y únicos de su naturaleza genial. De aquel “bribón travieso cazando mariposas” en las riberas del Hanábana, mientras de noche, hurtándose a la mirada ruda del padre incomprensible, escribía sus versos “a la luz del cocuyo o de la luna cómplice”. Del discípulo atento de Mendive deslizándose ora obsequioso, ora taciturno por los pasillos del San Anacleto, que eran a la vez aula y hogar, encendiéndose frágil con los relatos que se filtraban de los primeros cantos de la epopeya del 68, y que el viejo maestro repetía con fruición y con orgullo. Del penado 113 arrastrando aun imberbe el anticipo adolescente de su futuro martirio. Del deportado sin odios que en la península indiferente toca las puertas de la República acabada de nacerle a España, pidiendo mendrugos de libertad para su amada, en la creencia ingenua de que esta iba a ser menos española que la monarquía expulsada pero no vencida.

Cuba lloraba por sus ojos. Y si el bautismo de las canteras de San Lázaro no lo hubieran señalado ya para el oficio abrupto y luminoso de militante primero y redentor después del derecho cubano a desglosarnos de la férula metropolitana, aquella noche española cuando la vehemencia de su verbo hizo caer el mapa de la isla que coronó su cabeza, cualquier observador profundo hubiera visto en el suceso tomado por ridículo o gracioso, el símil acertado con que lo señalaba la casualidad.

¡Cuánto podría contarles de su dilatado fervor americano!..., tanto que su pasión por libertar a la patria con ser de por

sí un propósito que concede a su obra calidades apostólicas, se agigantaba en su pensamiento en la medida que servía al logro y afianzamiento del real destino hispanoamericano, mucho muy otro que el menguado y deslucido de comparsa genuflexa donde se compromete peligrosamente nuestro verdadero acervo cultural. “Las palmas son novias que esperan y hemos de poner la justicia tan alta como aquellas”. Pero no solo en Cuba, sino en América toda había tantas palmas como tan poca justicia. Su doctrina excedía las necesidades históricas de su tierra lejana. La unidad de la lengua y el común origen estaba urgida de convertirse en unidad política y espiritual.

A México llega y al par que vierte al trópico los anatemas recientes del desterrado de Guernesey, cuya longevidad mantiene a la escuela romántica en precaria vida artificial como de cámara de oxígeno, se ejercita para trillarle el camino modernista al indio musical que en la ladera del “Momotombo ronco y sonoro” ensaya ya su canto innovador.

A Mercado se funde como ayer a Fermín. Y cuando siente que el ambiente se mefitiza con las arrogancias del Profirio Díaz, pone proa más al sur y Guatemala lo recibe, lo halaga, le da seguro hogar para su escasa felicidad matrimonial y entre veras y fantasía motiva con recato demasiado elocuente los versos esotéricos y sencillos del idilio fatal.

¡Y qué decir de su gesto ejemplar cuando renuncia al bienestar guatemalteco en aras de la amistad y porque el ansia de Cuba devoraba sus ojos y el pretexto era noble y a la vez adecuado para acogerse a la Paz del Zanjón! ¡Y de su copa quebrada en los altos del Louvre cuando él, “átomo encendido que tiene la voluntad de no apagarse” no brinda, ni siquiera para congraciarse con el homenajado, norma elemental de la buena educación social, por una política cubana a media luz! ¡Y de su pose insurrecta delante del propio Capitán General cuando en la tribuna de Regla la voz y las manos le delatan el ansia de rehacerle a la patria el decoro maltrecho por el fracaso de la Guerra Larga!

¡Qué de interminables impresiones podríamos sacar de su vida como de árbol que anda por las grises avenidas del coloso norteño, el cual no le conquista, sino que le acrecienta aquella devoción que le convierte en embajador natural de la América

indígena en la América rubia! Del dulce continuador del ideal bolivariano consolándose de su fracaso conyugal a los pies de la estatua del padre en la plaza de Caracas —nuevo Aventino americano— y jurando tremante dar remate adecuado a la obra inconclusa del Libertador.

Con qué legítimo orgullo y regocijo mayor recorreríamos la sementera de su labor escrita y mostráramos al titán del verbo construyendo pueblo desde la tribuna; al prosista sin paralelo americano haciendo del idioma materia y técnica dóciles a sus caprichos de artista y su mester de patriota; al más insondable de los poetas sencillos; al precursor osado y sin ubicación estilística posible, cuyos versos hirsutos resoplan indomables cuando de las bridas se les quiere tomar para ceñirlos al pesebre insoportable de la clasificación metodológica; al crítico de arte agudísimo; al hacedor infatigable de cartas doradas donde nos ha dejado su biografía interior...

Podría, en fin, hablarles de la Noche Triste de la Fernandina; de las cláusulas bíblicas del Manifiesto de Montecristi; del aferrado timonel del barquichuelo que lo conduce a la Inmortalidad; de los días inconsútiles que marcan su itinerario de Playitas a Dos Ríos; de su desplome físico y su ascensión histórica; de la prolongación eterna de su vida aquel inolvidable 19 de mayo.

Pero esta que es tarea a iniciar por el ilustre disertante de hoy, no se extenderá en mí más allá de una breve ojeada a las crestas estelares de su sembrar sin tregua. Algo evita que la alegría largamente guardada con pueril avaricia, para echarla esta noche del alma, se resuelva en angustia; y más que a júbilo y a gloria los bronceos agoreros del centenario martiano llamen a somatén. Y como que esta conmemoración no pasaría de ser el fatuo rogado de diletantes inútiles si no la planteáramos en relación con la burla trágica con que el acaso se ha complacido en situarla, tócame a mí, a nombre del organismo estudiantil que represento, analizar las circunstancias dolorosas que nos la empañan y entristecen, haciéndonos empezar de nuevo, contritos y dudosos, el camino perdido de vista desde la década de los años treinta, cuando, como ahora, primaba en nuestro país la farsa grotesca de la fuerza sobre la inteligencia y el derecho.

Lo primero que se nos ocurre preguntarnos, para hurgar en el trasfondo de la problemática cubana actual, es si será correcto decir que todo lo que hoy lloramos por perdido: Constitución, libertad política y de expresión, progreso económico, justicia social, se disfrutaba a plenitud antes de la cuartelada fatal; o era únicamente un ficción teórica que no operó jamás según señala el argumento manido de los propagandistas del régimen. Bastará una breve mirada retrospectiva y un sí rotundo y general coreará nuestra respuesta afirmativa.

Muchos fueron sin duda los pecados de los últimos gobiernos constitucionales; pero si no fuera bastante y superior a lo actual el hecho de que se debían a la determinación popular expresada en las urnas, un poco viciada quizás por la imperfecta mecánica electoral y por la inmadurez política decreciente de un pueblo nacido a la independencia y a la libertad sin el ejercicio previo para comprenderlas y disfrutarlas, sobraría para merecer la repulsa de que disfruta el ejemplo histórico de que no hay miserias de los gobiernos constitucionales que una dictadura del corto vuelo de la nuestra no exacerbe y aumente.

La factoría que fuimos hasta la abolición de la Enmienda Platt, no fue, como tampoco lo había sido la colonia —salvo las honrosas excepciones del caso—, escuela de ciudadanos ejemplares, no obstante el esfuerzo gigantesco de la República en Armas de educar a sus huestes en la propia manigua. Porque la educación para la libertad es una disciplina que necesita de sí misma. Según se la practica se la alcanza. Es un ejercicio exhaustivo y metódico que da confianza si se le ejecuta con regularidad. ¿Cómo es posible, pues, que tras el largo interregno retroactivo de la termidoriana batistera, que paró bruscamente lo que bien pudo ser sin su intervención fatídica una revolución integral, pudiéramos exhibir una mayor capacidad para su uso que la efectiva aunque defectuosa que el cuartelazo nos arrebató?

En un ensayo de boga en los últimos meses de la legalidad, se hacía notar que de los tres objetivos fundamentales del movimiento revolucionario que derrocó a Machado para ser a su vez derrocado por Batista, y puesto de cierto modo en marcha nuevamente a partir de la promulgación de la constitución de 1940 por las doctrinas contenidas en su articulado

renovador, dos habían sido concretamente logrados: la independencia política y la prosperidad económica. Solo el tercero, que se refiere a la moral administrativa, se resistía a adoptar las soluciones previstas en la Carta Magna para desterrar la inclinación al peculado heredada de España y las subsiguientes intervenciones norteamericanas, porque la misma abundancia del erario público permitía el enriquecimiento de funcionarios y políticos, al par que se atendían, a veces con irritante deficiencia, las más perentorias necesidades de la nación.

Además de esto, los tres poderes clásicos de Montesquieu funcionaban normalmente. Y si bien es innegable que en el aspecto legislativo cierta rapacidad inocultable dificultaba las mejores intenciones individuales y del propio Ejecutivo, se echaron a andar varias de las más importantes leyes complementarias de la Constitución, las que garantizaban su mayor eficacia; y la oposición desplegaba, con iguales derechos y garantías, aunque con recursos inferiores, su función de equilibrar los frecuentes desmanes del partido de gobierno, luciendo inclusive con grandes probabilidades de triunfo en la justa electoral que se avecinaba.

Los llamados “grupos de acción”, fenómeno de raíces profundas y compleja manipulación que debía su origen al clandestinaje impuesto a la oposición por la primera dictadura batistera, y que se había fundido últimamente con el hampa habitual y los raqueteros infiltrados en el subsuelo politiqueril, parecían destinados a perecer con el triunfo de cualquiera de las dos principales candidaturas aspirantes a la gobernación el 1 de junio de 1952. Inclusive hay poderosas sospechas que hacen suponer las manos de los conspiradores de Kuquine moviendo muchos de los hilos que los manejaban, y auspicando los últimos atentados de las calles habaneras, como preparatoria ambiental del plan subversivo, según la técnica copiada de Curzio Malaparte.

La libertad de expresión era completa. El llamado “decreto mordaza” produce hilaridad frente a las medidas de represión del pensamiento político puestas en práctica por la dictadura. Cuando se escriba la verdadera y desapasionada historia de la muerte de Eduardo Chibás, se verá cuan poderosamente influyó el uso múltiple y sin obstáculos de los medios de propaganda modernos en el trágico pistoletazo de la CMQ.

Nadie pidió a la soldadesca que bayoneta en ristre se abrogara el derecho de concedernos lo que esperábamos obtener del ejercicio correcto del sufragio. Cada elección significaba un avance en la educación política del país. Había una verdadera conciencia del arma poderosa que se usaba en las urnas. La misma selección de los candidatos presidenciales de los bloques mayoritarios, extrayéndolos de entre los más honrados y capaces, daba la tónica de como se depuraba el proceso comicial. Pero las elecciones se celebraron en el campamento militar de Columbia con ausencia del pueblo y tres meses de anticipación. Salieron electos los únicos que no contaban con votos para lograrlo de manera legal, y de los detritus que ya creíamos fosilizados del palmacristi y la Ley de Fuga surgieron los especímenes arqueológicos que ayer habían sido proscritos de toda acción gubernamental por la incuria demostrada al frente de los destinos nacionales. La fuerza votó de madrugada, escudándose en la sombra para perpetrar su fechoría y el elegido fue el único que puede usarla sin sonrojo y con harto conocida familiaridad, para burlar la voluntad honesta del cubano de darse los gobernantes según prescriben las normas de la soberanía popular.

Y a esta asonada triunfante por la candidez de gobernantes ganados por la vida muelle; incruenta porque la normalidad política de que disfrutábamos nos mantenía apartados de los métodos expeditivos puestos en práctica por ella misma, y era la mano a la labor honrada y no al rifle, y la mente a los colegios electorales y no a los cuarteles, se llama a sí misma con descarada insolencia revolución. La revolución es un acontecimiento de factura popular y no cuarteloide; de abajo hacia arriba, que respondiendo a un ideal profundamente arraigado en la mayoría de un pueblo y a un estado de opinión largamente extendido, se produce bruscamente, arrastrado por los impulsos más generosos del espíritu y en la mayoría de los casos destruye las estructuras políticas, sociales, económicas y hasta religiosas existentes para sustituirlas por otras donde se superen los males que la motivaron.

Ninguna de estas características comportó el levantamiento castrense del 10 de marzo. A la subversión de las jerarquías estatales que colocaba lo militar por encima del poder civil, siguió

el halago desorbitado a los cuerpos armados que lo propiciaron en detrimento del resto de la población. Los poderes Ejecutivo y Legislativo se concentraron en un Consejo de Ministros sometido a la voluntad omnímoda de su presidente que puede formarlo y revocarlo a gusto. Se sustituyó la Carta Fundamental de la República, discutida y votada en asambleas democráticas populares, por unos estatutos confeccionados unilateralmente y en la sombra de un gabinete sin prestigio, donde se suprime todo precepto que impida el libre ejercicio de la tiranía. En el orden social se produce un viraje anacrónico hacia la derecha y en el administrativo se crean organismos de tipo fascista como el Ministerio de Prensa y Propaganda y el Consejo Consultivo donde se sientan, junto a los satélites del régimen excedentes de las óptimas pitanzas de los ministerios, los más recalcitrantes defensores de la usura capitalista y la explotación de obreros y campesinos. Por último, se convoca a unas elecciones apócrifas para entretener a criollos y a extraños, al amparo de un Código Electoral donde se suprimen las más preciosas conquistas de nuestra generación: el voto directo, el conteo inmediato en los colegios electorales y otras, realizado —como los estatutos— de manera inconsulta, con el retrato inconfundible de una apetencia de mando ilimitada y donde el mismo poder que las auspicia y ha de vigilarlas aspira a ser ratificado.

Y todo esto cuando nos aprestábamos a conmemorar dignamente el Cincuentenario de la Independencia y el Primer Centenario de José Martí.

Pero que tales cosas sucedan en una época en que les sobran dedos a las manos para contar los pueblos libres de la América hispana, con ser tan desconcertante no lo es tanto como ver que se repiten en el campo de la oposición política las tácticas infructuosas pedidas a gritos por los que aspiran a perpetuar la situación factual que padecemos. De ahí que no sea del todo inútil para aquellos que hoy andan a la greña disputándose el privilegio de dirigir la resistencia a los usurpadores y encabezar el regreso a la normalidad constitucional, ahora en receso lamentable, recordar algunos de los gestos sublimes del Padre de los *Versos Sencillos* cuando de poner por delante el interés patrio se trataba:

Así, a causa de las críticas hechas por Martí al libro de Ramón Roa donde este describe los horrores de la Guerra de los 10 Años, por lo deprimente que resultaba para el espíritu bélico que aquel trataba de resucitar, Collazo le insulta en carta memorable, y un año más tarde, en las horas febriles de la fundación, este mismo Collazo pasa a ser su ayudante más cercano.

Trujillo le embarca para Cuba, a escondidas y en complicidad con el cónsul español, el hijo y la mujer, y no sale de sus labios ningún reproche público para el cubano que, según él, contribuye a su manera al triunfo de la causa de la Independencia.

De Gómez se separa en 1884, apenas conocidos, “porque no se funda una República como se manda un campamento”, pero una vez que su genio allegador de fondos y de espíritus aglutina los recursos indispensables para “la guerra necesaria”, pone en las manos del Chino Viejo la jefatura militar y suscribe con él el documento más generoso que haya precedido guerra alguna.

También el General Antonio recela de aquel poeta iluso que quiere lograr con una pluma lo que él no pudo con el machete de Peralejo, y en La Mejorana se enfrentan y estallan para no salir sino unidos formando el binomio de acción y pensamiento más extraordinario de la gran guerra emancipadora americana.

Y como si todo esto fuera poco, ahí tenemos en interminable dispensa de ternura y amor su mística cubana dictándole las frases nazarenas de su testamento apostólico que harían una lista interminable: “desde la cama junto”; “ámeme (dice a Gómez) como yo le amo”; “El deber de los hombres está allí donde es más útil”; “la patria es agonía y deber...”.

No es que yo crea en la eficacia de una unión indiscriminada e hipócrita sostenida por frágiles tobillos de barro, y por lo mismo sin base doctrinal ni ética y solo como simple conveniencia de ocasión, de los maculados e iscarotes de siempre con los que aún pueden exhibir el expediente de sus actividades públicas limpio de transgresiones y de complicidad con el pecar político. La misma insistiría precisamente en el mal raigal de todas nuestras desgracias ciudadanas y nos restaría el respaldo moral necesario para el castigo ejemplar y útil que ha de presidir la Nueva República; pero sí estoy convencido del enrolamiento

necesario bajo un programa común y único de profundas realizaciones sociales de todo lo sano de las tendencias hoy en pugna por secundarias posturas que estorban y retardan el derrocamiento inevitable de la dictadura militar.

Mas aquello que haya de venir no pasará de ser una mera restauración si no se lo provee de verdadero contenido revolucionario acorde con las corrientes sociales avanzadas de nuestra época adaptadas a la peculiar manera de ser de nuestro pueblo; si una vez triunfante no se acomete la tarea de redimir al guajiro de su indigencia dándole posesión de la tierra que trabaja y la no menos urgente de repartir entre los desposeídos el capital excesivo, pero no de manera directa, sino a través de fuentes de trabajo y asistencia social, de suerte que una vez equilibradas las fortunas de acuerdo con las aptitudes y necesidades de cada cual, la propiedad y la iniciativa privadas sean como la libertad limitadas a la medida que no se interfieran y perjudiquen unas a otras. La diversificación agrícola, la industrialización del país en la medida que la permitan los recursos naturales y la nueva organización social, la nacionalización de los servicios públicos extranjeros y la erradicación total del absentismo, han de ser objetivos inmediatos, junto con el rescate de la enseñanza de manos extranjeras que valiéndose de ciertas religiones la adulteran, debiendo limitar la labor de estas últimas al templo y la beneficencia pública, único marco adecuado y justo para el desarrollo de sus actividades espirituales. Una verdadera democracia social y política donde el Congreso del pueblo sea su fiel representación y no el instrumento eficaz de las clases privilegiadas a través del cual ha sido imposible hasta ahora filtrar un programa de leyes de verdadera reivindicación popular.

Todo esto bajo la advocación del pensamiento y el ideal martianos, traduciendo al cubano y a Martí el cuerpo de doctrinas que la historia y su devenir contemporáneo han demostrado ser las más necesarias y urgentes de realización plena, como homenaje único y sustancial a la memoria del Maestro bienamado que espera de sus hijos la misma conducta por él exhibida en la hora del sacrificio, que parece estar marcando de nuevo el reloj de la actualidad.

La personalidad y el mensaje de Martí⁴

Raimundo Lazo

Con la sencillez y el íntimo entusiasmo de las grandes afirmaciones que a trechos iluminan la vida, y en ella sostienen y orientan, podemos y debemos decirlo: esta noche es una noche solemne. Hace hoy cien años, prendió en nuestra tierra la llama de una vida de excepción, aparecida en el mundo para seguir ardiendo siempre, generosamente, como luz viva, como guía y estímulo perenne, como vigilante y amorosa compañía, en la conciencia de los hombres libres, en el corazón de los hombres de buena voluntad.

Nos convoca en este centenario el recuerdo de una vida justamente sublimada en leyenda, en símbolo colectivo, la presencia espiritual de un arquetipo, no ya solo de cubanía, sino de humanidad; y hablar de ello requiere el fervor iluminado al par que la prudencia de una especie de oratoria religiosa, poseer el sentido y la limpieza moral propios de un culto cívico en que se manifiesta, se concreta y se consolida una doctrina de solidaridad y de noble acción humana que, siéndolo en el mundo sin fronteras del espíritu del hombre, es además, en la concreta medida de lo nuestro, precioso valor de la historia propia y alma de la nacionalidad.

Concurren a esta evocación hombres de todas partes del mundo, en la creadora y elevada universalidad a que necesaria y felizmente conduce ser hombre esencial, y comprender y sentir la grandeza de aquellos que lo fueron; concurren cubanos de

⁴ Conferencia pronunciada el 28 de enero de 1953.

toda condición y procedencia, cada uno con su aporte positivo o negativo de historia, y hombres ligados a Cuba por las espontáneas relaciones de la convivencia, que tantas veces sirven para crear la noción y el sentimiento de una patria de adopción comparable, o por lo menos armoniosamente compatible, con la de origen, a la que consagra el nacimiento y la herencia.

La universalidad del homenaje, su justificación y trascendencia, obligan, sin embargo, a buscarle sentido, en primer término, para que de ninguna manera sea una de esas temibles conmemoraciones dictadas y animadas solo por la cronología, o que, por lo menos, deje de serlo en la medida en que podamos evitarlo.

Concebimos la historia como la síntesis armoniosa de la realidad y del mito, del hecho concreto y su estilización moral, del suceso de una época y de un lugar y de su proyección indefinida en el tiempo y en el espacio, de la biografía y de la leyenda, de los seres y fenómenos y de su significado simbólico. De acuerdo con estas ideas, Martí es, al cumplir su primer siglo de historia, mito y realidad, hombre de biografía concreta y sujeto de leyenda, la verdad histórica hecha de acaecimientos particulares, y la verdad esencial de la historia, en que la historia se manifiesta en su esencia, en su sentido y en su orientación. Lo que no puede haber en la personalidad martiana es negación o falseamiento de la realidad, ni disección de su ser que ponga de un lado al hombre y del otro al símbolo, de un lado la verdad biográfica concreta y particular, y de otro su necesaria sublimación. Ni fábula bordada sobre el vacío, ni estilización geométrica, ni aplastamiento y recorte de su personalidad bajo el peso de la reconstrucción implacablemente documental, sino un hombre de pensamiento y de acción, que se proyecta y, naturalmente, asciende hasta el símbolo y, a la vez, un símbolo lleno de humanidad, hecho de realizaciones y de frustraciones, de pequeños y de grandes sucesos, de pequeños y de grandes heroísmos, de la nota circunstancial y perecedera en que tiempo y lugar se reflejan, y de los motivos perdurables en que el genio deja su marca inconfundible y perenne.

Su mejor elogio, su más exacta y comprensiva biografía será siempre la que empiece y termine subrayando la afirmación

capital: *fue un carácter*; la que mejor precise y haga resaltar en su vida la presencia magnífica del hombre, la consecuencia del hombre consigo mismo, su consistencia, su coherencia moral.

El carácter fue en él la fuerza moral que vence resistencias en el propio sujeto y en lo circundante. Fue vencimiento de la resistencia de lo subjetivo, refrenamiento de la proyección vital espontánea así del hombre volitivo y activo como del hombre sentimental. Es admirable haciendo culminar gloriosamente su vida en Dos Ríos; pero no lo es menos al sacrificar por la patria, en silencioso y abnegado culto del deber, hasta la propia voluntad, los impulsos y las más legítimas aspiraciones personales de su vida de hombre superdotado para el éxito. Predicar y fomentar la Revolución requería solo, en individuos de su tipo, dejar correr el impulso personal; pero frenar la revolución prematura hasta que, en grandísima parte por su magno esfuerzo, maduraran los tiempos para el triunfo de la que quería que fuera *la revolución, no de la cólera, sino de la reflexión*, implicaba el pleno y heroico dominio sobre los legítimos y tentadores impulsos del hombre de voluntad y de acción. Y es el triunfo del carácter sobre el impulso vital lo que le permite, a él, joven entonces y poco conocido, en 1882, decir a Máximo Gómez, veterano de las luchas pasadas, *esperar es una manera de vencer; no hay mayor prueba de vigor que reprimir el vigor*; lo que antes, en 1880, le permitía decir a Emilio Núñez: *Deponga Ud. las armas. No las deponga Ud. ante España, sino ante la fortuna. No se rinda Ud. ante el gobierno enemigo, sino a la suerte enemiga*.

Y como dominaba en sí las solicitudes del hombre volitivo y activo, asimismo, cuantas veces fue necesario, sacrificó en aras del deber los impulsos más vehementes del hombre sentimental que matizaban su compleja personalidad; y esquivando seducciones, los atractivos del interés personal y de la gloria efímera, supo mantener y perfeccionar el temple de un carácter sencilla y calladamente heroico. Lecciones del difícil, del heroico dominio sobre el hombre de pasiones que todos llevamos en el ser, son los actos suyos de comprensión y tolerancia con sus contradictores, que eran sus calumniadores a veces; pero pocas veces triunfó un carácter de prueba tan riesgosa como cuando aquel hombre, que ofrendaba ya su juventud al servicio de la

patria, y que se desvelaba ya por servirla, creyó que algunos la servían mal al fomentar una revolución que no era la que él quería, que no era como la que, al fin, habría él de organizar para hacer libre a su pueblo. Inolvidablemente ejemplar es su ingenua confesión del sacrificio de sus más vivos impulsos, en una carta a J. A. Lucena, de 1885, en que explica, con hondo dolor, su impuesta pasividad y su silencio aun en la fecha gloriosa del 10 de octubre. Sus palabras son estas:

¿Cómo serviré yo mejor a mi tierra? me pregunté. Yo jamás me pregunto otra cosa. Y me respondí de esta manera: Ahoga todos tus ímpetus: sacrifica las esperanzas de toda tu vida: hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto: mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien. Y sin oponerme a los planes de nadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en el silencio.

Y con esta convicción, con esta decisión de sacrificio que ahoga sentimientos en tensión creciente, aunque el corazón quiera volar a Filadelfia a la fiesta patriótica del 10 de octubre, y después a la acción prematura y mal orientada, él permanece entonces, callada, penosamente, en el aislamiento de Nueva York, porque lealmente piensa, y nos dice sin rodeos,

[...] no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifiquen por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de triunfadores.

Quien de este modo admirable supo vencerse a sí mismo, era un carácter en la rarísima plenitud del término, y señor de sí en el abnegado cumplimiento del deber, podía serlo también de las circunstancias, que encontraba a su paso; y lo fue, en efecto, luchando con ellas heroicamente, vencéndolas y disponiendo de ellas en el avance empeñoso, decidido y sin tregua, hacia el ideal que iluminaba su vida. De ello, el mejor ejemplo es el magno ejemplo de la organización de la guerra de independencia

de Cuba, fin supremo para cuya realización no hay resistencia ni fracaso que detenga su actividad en tensión perenne, ni el enraizado divisionismo de muchos compañeros de lucha, ni la miopía de algunos, despistados en la ardua empresa, ni puntilloso recelo, ni maligna suspicacia; ni el duro egoísmo de los cubanos ricos o influyentes del coloniaje que no querían la libertad de Cuba porque la consideraban enemiga de su riqueza o de su influencia, ni la pobreza y falta de valimiento de los que querían la libertad; ni los primeros fracasos, ni el fracaso final de Fernandina; ni la férrea contextura del carácter, forjado en la disciplina militar, de Gómez, o los explicables celos de Maceo, ambos conquistados por él en un prodigioso despliegue de simpatía invencible; ni la hostilidad del día gris de Nueva York, ni la incertidumbre de la noche que, frente a Playitas, como un augurio nefasto, envuelve en mares de sombra y borrasca su angustiado sueño de libertad, camino ya del presentido sacrificio final de Dos Ríos.

La clamorosa muchedumbre de los hechos excepcionales de su vida nos dice que, antes que otra cosa, fue aquel hombre cabal *un carácter*, que su primer don fue la posesión plena del carácter, cobijado —oculto para la incompreensión o la frivolidad— bajo las alas prepotentes de un corazón amoroso; y fue así, noble y estupenda paradoja viva, capaz de llevar a los hombres a la guerra sin odio, por la libertad, sintiendo y predicando siempre el amor a los hombres, quien, en la hora oportuna, llevó a su pueblo a la guerra necesaria, a la guerra inevitable, fiel a aquel pensamiento suyo: *un pueblo, antes de ser llamado a la guerra, tiene que saber tras de qué va, y adonde va, y qué le ha de venir después.*

La firme y magnífica estructura del carácter en que se afianza la personalidad de Martí permite a esta desplegar sus aptitudes extraordinarias, y hacerlas genialmente benéficas. Sobre el incommovible cimiento del carácter, se alzan en él, completándose armoniosamente, parte necesaria el uno del otro, el hombre íntimo y el hombre público, manifestaciones de la misma individualidad poderosa, rica, benéficamente dotada.

En Martí, el individuo tiene que caracterizarse, en primer término, por la excepcional resistencia y capacidad de trabajo

de su organización sico-física. Tuvo que ser, y efectivamente fue, un espíritu admirablemente dotado y organizado, imbuido en un cuerpo endeble, cuya acerada resistencia y cuyo íntimo equilibrio funcional hacían de este instrumento idóneo de una genial conjunción de fuerzas espirituales en incesante dinamismo.

En su individualidad espiritual, Martí fue un talento superior profundamente influido y persistentemente guiado por la intuición y el sentimiento. Su talento es inductivo más que deductivo. No suele partir de principios, sino de la aguda observación de la realidad inquietante, misteriosa o problemática; de la certera y abundante captación de una multitud de hechos particulares, reducidos después a síntesis relampagueantes; del penetrante examen de los hombres, transformado después en general y perdurable doctrina de lo humano. Y natural consecuencia de esto, más que calidad específica, es que sea talento antidogmático el suyo, de un efectivo antidogmatismo, sincero y ejemplar. Prueba y señal de su libertad con respecto a dogmas preestablecidos es la ausencia de citas en su copiosísima obra literaria. No le hacen falta, no depende del criterio de otros, aunque los autorice la tradición o la fama, si tiene delante la realidad múltiple de la vida, si tiene claros sentidos para captarla, agudo talento para interpretarla, fina y despierta sensibilidad para hacerla suya, y feliz, sorprendente intuición para iluminar hasta dónde el talento no alcanza.

El talento martiano, auxiliado y completado por medios espirituales tan poderosos, es además, por el contenido de sus conclusiones, eminentemente afirmativo, seguro de sus resultados, a los que no llega sólo por las vías ordinarias de la inteligencia. En su obra sobreabundan las afirmaciones, los esclarecimientos seguros y precisos, los casos de consolidación de las ideas. Por eso le gusta definir, y tiene particular aptitud para ello. Por eso alguna vez lo he llamado, y ahora reitero la designación, maestro en el arte difícil de las definiciones. Pocos escritores de nuestra lengua han definido tanto y tan bien como él; por eso muy pocos han empleado tanto y tan bien el verbo ser, el verbo afirmativo por excelencia, el verbo de las definiciones, tendido por él como puente brevísimo entre los términos de una frase lapidaria, en la que la definición y el aforismo con frecuencia se confunden:

La patria ES agonía y deber, ara y no pedestal.

Patria ES humanidad.

Poseer ES obligarse.

Nada ES un hombre en sí, y lo que ES, lo pone en él su pueblo. Una mujer sin ternura ¿qué ES sino un vaso de carne?

Libertad ES el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

Ver en calma un crimen ES cometerlo.

Por la índole de su labor, así como por el campo particular de sus proyecciones, el talento martiano es preferentemente interpretativo y crítico en el mundo de las ideas y en la consideración de la realidad física, psicológica y social; y preferentemente creador en el mundo de los valores, en la zona de lo estético y de lo moral. No se dedicó, no podía dedicarse, a la pura creación ideológica; no se le puede llamar filósofo, sino pensador, porque no creó ningún sistema filosófico desarrollado y completo, como el de Aristóteles o el de Kant, pero tampoco Kant o Aristóteles dieron vida, como él, a un Estado libre, ni crearon, como él, un nuevo estilo en la realización magnífica y original de la belleza artística.

Sobre el sólido cimiento de esta personalidad excepcional, a la que da firmísima coherencia el temple magnífico del carácter, se alzan, completándose armoniosamente, en comunidad de vicisitudes y de reacciones, el hombre íntimo y esencial y el hombre externo de la historia. Para ambos tuvo vigencia en él aquella frase suya: *mi vida es ansiedad*. Para ambos la vida fue un intenso drama, el drama de las luchas, de los sueños combatidos, de los desajustes del hombre sin patria y sin hogar.

La historia nos ofrece casos, como el de Heredia, como el de Luz, como el de Darío, en que todo brota de la intimidad gravitadora del individuo; mientras que otras veces la intimidad casi desaparece, ahogada por la vida externa, como en Bello, como en nuestro Arango y Parreño o en Saco, como en Sarmiento; pero Martí, excepcional también en esto, es el perfecto equilibrio y la íntima correspondencia entre el hombre íntimo y el hombre público, aspectos inseparables y siempre concordantes de la misma personalidad. Por eso es un héroe y un hombre genial al

que se puede ver de cerca, y aun en la intimidad, sin que pierda jamás su grandeza.

En la penuria y la incertidumbre, en la incomprensión y los conflictos del hogar paterno, y en el primer destierro que lo separa de la patria esclavizada y desvalida, transcurre el primer acto del drama del hombre íntimo y del hombre externo, formación en él, en ambos aspectos de su personalidad, del homagño generoso creado por su fantasía poética.

Construido y pronto deshecho dolorosamente el hogar propio, por la incomprensión de los demás y por su entrega a la patria, y arrancado de esta por amarla y por no querer volver a ella sino para hacerla libre, su vida se torna definitivamente angustia y nostalgia, pero también trabajo y heroísmo en la consecución de un ideal que no remata en la merecida ventura personal, sino en la felicidad de su pueblo organizado en un régimen de libertad y de justicia.

En la incertidumbre y en los trabajos del destierro que se prolonga largos años, su vida puede definirse entonces como él definió la del hombre sin patria, es un *árbol en la mar*. Y a ello se añade el drama de su intimidad desgarrada, el de su casa deshecha, en primera y en última razón, por su entrega absoluta a la gran tarea de dar libertad a su pueblo. Su patriotismo agónico y su fervorosa ansia de servicio a todos los hombres no pudieron tener el reparo amoroso del hogar, que él, hombre amoroso por excelencia, para el que todo en la vida tenía un valor sentimental decisivo, necesitaba perentoriamente.

Mirando a ambas vertientes de su alma, la de la patria y la del amor comprensivo y acogedor que necesitaba, comprendemos en qué excepcional medida fue hombre de grandes dolores quien a la vez era arquetipo de actividad inagotable y múltiple y de fe optimista y creadora; y verificamos igualmente la insólita correlación de entes espirituales, con sus muy diversas si no opuestas cualidades, que integran su personalidad a la par compleja y armoniosa.

Siempre, pero muy particularmente en trances de conmemoración, precisará establecer que no comprenderá a Martí, ni podrá hacerle debida justicia, ni captar con fidelidad su mensaje,

quien a la vez no distingue y combine esos elementos dispares en la rara y eficiente complejidad espiritual suya.

Por desgracia, aunque se reconozca la complejidad de su espíritu, predomina la tendencia a mantenerse en la consideración de solo alguno de sus aspectos, así, por muy diversos motivos, se disocian elementos que en su personalidad están y actúan en todo momento como en una perfecta síntesis.

Generalmente se hace de Martí solo sujeto de historia política, o agente de reformas sociales que superan el horizonte de su época, o tipo psicológico, o artista, o pensador; y con mentalidad más propia de las artes plásticas que de cualquier clase de crítica que tienda a la plena captación de lo humano, suele contemplársele en una situación o en una actitud determinada, o solo en el ejercicio de una de sus facultades múltiples: y no es este naturalmente el Martí de la realidad, sino el Martí necesariamente convencional, fragmentado y estático, de la estatua o del cuadro, que solo capta y subraya una cualidad o un aspecto de su ser. Cada uno de esos aspectos corresponde solamente a una realidad particular distinta de su personalidad, en la tribuna, en los afanes conspirativos y de organización revolucionaria, en la creación artística, en los trajines esclavizadores de la vida diaria, en busca del hogar perdido o en el trato cordial con los hombres, fino y galante con las mujeres, amoroso con los niños, comprensivo, amable y justo con todos; predicando, conversando, actuando; en la prisión, en el club revolucionario, en el salón elegante, en el taller del obrero o del artista, en tierras extrañas hostiles o amigas, y finalmente a caballo, en los campos amados de Cuba libre, en esta heroica tierra de Oriente, abrupta y hermosa, camino de Dos Ríos.

La plenitud martiana es todo eso, así debe abarcarse; y nadie puede limitarla sin inminente riesgo de captar solo una personalidad fragmentada y, de alterar después, como necesaria y desgraciada consecuencia, el contenido de su pensamiento, la verdadera significación de su obra, el sentido perdurable de su mensaje.

Fundamental importancia tiene la imprescindible síntesis en la apreciación de todo lo martiano, no solo porque se trata de una vida múltiple y armónica y de una obra copiosa y diversa,

sino porque en su caso estamos ante un pensamiento superior que, lejos de ser excluyente en ningún sentido, se caracteriza por la certera y trascendental resolución de antinomias que pueden dividir, aun a hombres de buena voluntad, en bandos irreconciliables.

El pensamiento martiano está en el justo medio entre individualismo y colectivismo, entre la libertad y el orden necesario y justo, en lo económico, político y social; entre idealismo y realismo, en lo filosófico; entre reflexión e inspiración, en el mundo de la creación artística. Está más cerca de un extremo que del otro; del lado de la libertad, del idealismo, de la inspiración; pero sin perder nunca de vista la falsedad esencial de toda afirmación o negación absoluta o excluyente; y, orientado además por una tolerancia incompatible solo con el quebrantamiento del deber y de la justicia, su ideario parece elaborado para toda posible armonía de las grandes antinomias que desconciertan e inquietan al espíritu del hombre.

Y por ligereza de juicio, y también, con lamentable frecuencia, por apasionamiento, o por deleznable interés personal o de partido, se hace, sin embargo, de su pensamiento un pensamiento unilateral. En su pensamiento complejo que, en lo justo y posible, incluye en lugar de excluir, se aprecia y suele hacerse destacar uno solo de sus aspectos. Conservadores o tradicionalistas a ultranza quieren hacer de su justa defensa de la dignidad y libertad del hombre, la justificación de un estático y cerrado individualismo según la concepción más simplista e imprevisora del siglo XIX, mientras los colectivistas radicales de nuestro tiempo solo ven en su obra un antecedente del imperio del Estado sobre el individuo. Los responsables de todas las tiranías que se acercan a esa obra suya, no le aprecian su doctrina de la rebeldía necesaria ante la opresión, que ella predica en todas sus partes, ni la necesidad de no ver en calma ningún crimen, ni la ineludible obligación de actuar inquebrantablemente para que la libertad y la justicia prevalezcan, sino que solo repiten sus palabras de amor entre los hombres, negando o disimulando en todo caso la falta de libertad, la ausencia precisamente de aquellas condiciones necesarias para que, según el verdadero pensamiento martiano, sea lícita y honrosa la paz. Y aun en el orden

puramente especulativo de las ideas estéticas, corre riesgo de perderse y alterar el sentido amplio de la obra martiana y de las concepciones que le sirven de fundamento, quien al par que reconozca y aprecie la defensa y aun la glorificación de la libertad artística que allí hay, no descubra y tenga en cuenta afirmaciones como estas: *Es preciso dejar reposar las impresiones. Ha de pensarse siempre que no se nos ha de leer con la exaltación con que escribimos.*

Todo esto es o puede ser muy fácilmente alteración consciente o inconsciente de la personalidad y de la obra martianas, deformación frecuente que corrobora la convicción de que solo martianamente, es decir, honrada, justa, integralmente, puede captarse, interpretarse y valorarse todo lo martiano.

En la antinomia entre la libertad y el orden, él está del lado de la libertad, pero conoce los peligros de la paradójica tiranía de la libertad sin límites ni finalidades concretas, y rechaza además la anarquía; y ante este dilema, hace de la libertad protección y estímulo, y no amenaza del hombre, principio que el hombre puede y debe ordenar, racionalizándolo; pero lo que del fondo del pensamiento martiano se deriva, en cuanto a esto, y que antiliberales de muy diverso tipo no ven, es la norma de que solo al que siente la libertad y la disfruta como bien legítimo y necesario, es dado ordenarla y señalarle fines, y no a los que, por una u otra causa, rechazan, desconocen o abiertamente combaten su razón de ser y su plena vigencia.

En la contraposición y el choque de intereses del individuo y de la sociedad, tampoco interpreta fielmente el pensamiento martiano quienquiera que pretenda utilizarlo para apuntalar extremismos excluyentes. Es cierto que su obra es una perdurable y magnífica defensa de la personalidad humana, de la dignidad del hombre y de sus derechos esenciales inalienables; pero, más allá de eso, y con eso, es la más decidida y persistente condenación del individualismo egoísta, despreocupado o simplemente consentidor de la injusticia, que floreció en el siglo XIX y aun prospera en el nuestro. La obra martiana es la más precisa y categórica determinación de los deberes del individuo ante los intereses superiores de la comunidad, económica, social y políticamente considerada; pero esta es también para Martí una

entidad henchida de sentido humano, sujeto, a su vez, tanto de derechos como de deberes inexcusables de protección y servicio con respecto al individuo, por todo ello, sin el frío e irresponsable impersonalismo del Estado del siglo xx.

Para Martí, no se plantea el tajante dilema entre individualismo y colectivismo en la forma abstracta que suele considerarlo y según la cual pretende resolverlo nuestra época. No hay, para él, en este caso una relación de necesaria sumisión entre dos abstracciones dialécticas, el individuo y el Estado, en detrimento del primero, o con merma de la razón de ser del segundo. Para su espíritu generosamente romántico, jamás desasido de la realidad, pero que necesitaba colmar esa realidad de positivos valores humanos para hacerla habitable por el hombre, el Estado queda reducido a la condición subalterna de mera entidad administrativa, y la relación, no una relación mecánica, sino humanizada, se establece entre el individuo, que siempre es un hombre pleno y verdadero, que nunca es un número de la aritmética social; y del otro lado, la comunidad, que concibe esencialmente humana como quienes la integran, la comunidad, que para él es, en su forma suprema, la patria, entidad con nombre femenino y espíritu de madre, siempre respetable y merecedora de servicio y homenaje, siempre sagrada, amorosa y vigilante.

Ante el profundo y persistente sentido humano de su pensamiento, que no se aviene con los sistemas despersonalizados de las últimas décadas, y desorientados por lo inusitado de su entusiasmo y por su lenguaje romántico, el extremismo de la derecha y el de la izquierda, sin poder negar el vigoroso acento personal de su doctrina, ni la permanencia de sus valores esenciales, echan de menos en ella principios y normas que, se piensa, no recoge y desarrolla por no haber alcanzado Martí el estado económico, político y social de nuestro tiempo; pero, más sentido tiene preguntarse si no son esos pensadores políticos y estadistas de nuestra época los que no han podido llegar hasta él, hasta el alto horizonte desde el cual el pensamiento martiano hubo de concebir un régimen para una humanidad que, si aun no existe sino en sus ejemplares superiores, puede producirse, como él cree, por la superación incesante del hombre en su medio, por el respeto a sus atributos esenciales y por el paciente desarrollo de sus aptitudes en germen.

Este equilibrio de juicio y actitud se manifiesta igualmente en las demás zonas de lo martiano. Lo apuntamos ya, siquiera en esbozo, con respecto a su conducta y al sector de su pensamiento que se relaciona con el hombre de acción, y quienquiera que se lo proponga puede verificarlo del mismo modo en cuanto a su pensamiento puramente especulativo, y con respecto al que sirve de norma a su creación artística.

Equilibrio no significa en este caso eclecticismo oportunista, ni especie alguna de filosofía pasiva, conformista y casuística, sino, por el contrario, verdadera filosofía, en cuanto es consciente y afanosa captación de esencias y razones, realizada por una mentalidad aguda y vivaz que reclama siempre amplio cauce para su avance, y que por eso mismo tiende a no encerrarse en el estatismo de lo absoluto y de fórmulas excluyentes.

Lo que más importa establecer, como consecuencia de esta específica condición de su pensar, es el tipo de unidad de este, unidad hecha frecuentísimamente de la armónica y original resolución de antinomias, por lo que la formación de una antología martiana, tarea relativamente fácil para el mero captador de bellezas literarias, será siempre empresa ardua y riesgosa para el que mire fundamentalmente al reflejo fiel de su pensamiento. En toda selección de la obra martiana, como en toda referencia a los juicios fundamentales que la caracterizan, hay que tener presente la pluralidad de elementos integrantes y la amplitud de proyecciones.

Su entusiasmo, el acento cálido y firme de su voz insinuante y su espíritu afirmativo y optimista, no deben conducir a incluirlo, en virtud de apariencias, entre quienes prefieren afirmar o negar en un solo sentido; y no será superfluo reiterar que descomponer la doctrina martiana en aspectos, para que así defienda un partido o justifique una situación determinada, no es ya error posible, sino, por desgracia, frecuente delito contra la reverencia debida a su memoria, contra el respeto debido a su obra, y contra la honradez de juicio, más respetable y necesaria que la que atiende solo a la protección de los bienes materiales.

El mensaje de Martí a la posteridad, uno, múltiple y armonioso, que no puede ser considerado como excluyente en ninguno de sus aspectos o elementos sin traicionarlo, tiene un

destinatario y un motivo, que es el hombre, pero el hombre integralmente considerado, ala y raíz, para emplear símbolos suyos, tanto el hombre individual y limitado, mutable y perecedero, de la realidad cotidiana, el hombre de carne y hueso, más de acción o pasión que de voluntad y de ideas, como el otro, el más ostensible, señor de las circunstancias y sujeto de la historia.

En el mensaje de Martí, dándole valor básico, está, como motivo y finalidad, el hombre integral, y no el hombre mutilado, fragmentado, parcial, según ciertas ideas, según ciertos intereses.

Humano y para el hombre es el mensaje martiano. En primer término, su autor es equilibrado y justo, en el dar, en el conceder y garantizar, lo mismo que en el exigir; pero Martí, hombre de deberes, quiere que el hombre lo sea siempre, y empieza siempre por estos.

Para él los deberes precisa que vayan delante del hombre, y la moral, si científicamente puede ser una consecuencia, para él, prácticamente debe ser fundamento y condición ineludible en todos los órdenes de lo humano. Para él, el deber, que tiene que cumplirse sencilla y naturalmente, es y vale por sí, más allá de sanciones y premios; y de su cumplimiento no excusa ni la pasividad, ni el disimulo, porque piensa que embellecer el delito o presenciario en calma equivale a cometerlo, que el pensamiento, como la acción, tiene responsabilidades, y que poseer obliga, como tener patria, que impone el servirla y defenderla y mejorarla, y aun el no tenerla, que no excusa a nadie de conquistarla.

De este básico, universal, dinámico y humano concepto del deber, nace en él la noción viva de la justicia. Quien ha hecho y sinceramente está dispuesto a hacer lo que debe, realiza el mejor ejercicio y adquiere la mejor aptitud para dar a los demás lo suyo, para cumplir con lo que impone la justicia, criterio martiano de conducta que rige para el individuo, y es a la par principio en que se funda la nación.

Pero, si Martí exige mucho al hombre, sobre el supuesto de que ha de escuchar su mensaje, le da también lo que le corresponde, y reclama para él el bien supremo, necesario, e imprescriptible, de la libertad, completándose así el amplio y preciso contorno de su doctrina.

En el ordenamiento de los principios del pensamiento marbaño, no puede olvidarse que la libertad es consecuencia y culminación de otros elementos, sin los cuales degenera y carece de sentido.

Para Martí, solo por el camino del deber, obedeciendo las normas de la justicia, cuyo criterio fía a la razón y a la conciencia libre y responsable del hombre, solo tras el cumplimiento de tales requisitos, se llega a una libertad plena, efectiva, concreta, con fines precisos, para el hombre, y no contra él, a la libertad como ambiente natural, como esencia de la vida.

Conformado por estos conceptos capitales, y fundándose en ellos, se extiende el pensamiento martiano por los más variados campos del conocimiento, de la especulación y de la crítica, y despliega sus galas su creación artística, impulsada por ímpetu genial; pero en Martí, arte, pensamiento y vida culminan en su perdurable lección de preclara humanidad, que aun no hemos aprendido, cuya resonancia llega a veces hasta nosotros, al cabo de un siglo, con los caracteres de una protesta y de una terrible acusación.

No hemos escuchado su mensaje; la República fue desviándose de la ruta que él hubo de marcarle, y hoy no podemos decir que impera entre nosotros su doctrina, porque la quebrantaron y quebrantan los más obligados a ser sus fieles ejecutores, porque la patria ha sido y es pedestal, y no ara; aprovechamiento inescrupuloso, imposición de la política de lucro y de fuerza, y complacencia con ella, y no agonía y deber, en un régimen martiano de libertad y de justicia. No se ha escuchado su voz, y decirlo es la mejor, la única manera honrada de empezar el homenaje a su memoria, para reafirmar después la profunda convicción de los cubanos de limpio corazón de que haremos que su doctrina sea ley de la República.

En este centenario suyo, sería traicionar la lealtad a él debida, ignorar la existencia de una profunda crisis nacional que cierra el horizonte; pero, para triunfar de ella, tenemos su lección viva de patriotismo agónico y de fe en un pueblo que del coloniaje impulsó él a la vida libre, y tenemos el ejemplo de su perseverancia, de su decisión de iluminado, de su noble intransigencia con la tiranía y con todas las formas de la injusticia. El

camino no puede ser otro sino la vuelta a lo martiano. La historia, se dice, no se repite; pero el hombre es esencialmente el mismo, y, ante análogas situaciones, se imponen reacciones análogas. La reacción martiana ante el presente dramático de nuestro pueblo conserva plenamente su vigencia. Hoy, como ayer, el credo martiano vale por el más completo y efectivo programa de acción contra todas las formas del conformismo cómplice que pretende, a cambio de ventajas de cualquier tipo, al precio a veces de una paz necesariamente precaria y deshonrosa, fundada en la fuerza, aceptar los hechos consumados y por consumarse de la violencia y de la corrupción, asociadas en la integración de un régimen tiránico, ilegítimo e injusto. Martí no esperó nunca nada bueno y perdurable de la tiranía colonial de España; y del mismo modo, nuestro deber es no esperar nada que no sea digno de execración de todo régimen que, hoy o en el futuro, por su constitución, por sus procedimientos y por sus fines, sea la negación del ideal martiano que nos hizo y nos hará libres. En la paz justa, la cooperación cordial y la disciplina creadora predicada por el Apóstol; pero, en toda situación que signifique el desconocimiento de la libertad y de la justicia, que no se funde limpiamente en el decoro y en el lícito y necesario bienestar del hombre, ante cualquier régimen que niegue lo martiano, la noble e ineludible rebeldía que en lo martiano tiene modelo perenne. Vivir la doctrina de Martí, mientras otros la repiten insinceramente, y toman en vano, para falsas y profanadoras promesas, para la escandalosa defensa del error y del crimen, el nombre luminoso del Apóstol.

Tal es el sentido y valor de su mensaje. Vivir su doctrina, para que un día pueda su imagen velar sobre todos los cubanos sin más escolta que la que le dé la compañía de su pueblo, sin otro homenaje que no sea el de la conciencia de los hombres libres, para los que, una vez y siempre, resonó la palabra de la verdad y de la justicia como la palabra de Dios.

Martí, político⁵

Ramón Infiesta

Evangelario

El homenaje del mundo de habla española, que en la patria cubana es orgullo de cuna y agradecimiento de fundación, ha consagrado el apostolado de José Martí. Pero, el acatamiento de su alta presencia discurre por amorosos cauces, no, quizá, los más propicios para su humana comprensión. Si la genialidad es la conjunción exaltada del talento, la imaginación y la actividad, y el apostolado la prosecución terrena de un divino ideal, es evidente que ni todos los apóstoles son geniales, ni todos los genios son apostólicos. José Martí, para confusión de sus exegetas, es un genio apostólico. Y ello hace de su apostolado un diálogo de las edades, humano, doliente, esperanzado, desvalido y soberbio, capaz de la miseria y urgido del oro, enamorado del hombre y sabedor de su flaqueza, inflexible y amoroso, dulce, enérgico, inagotable... Pero, también hace de su evangelio abismo que ensimisma, para los contempladores absortos, la genialidad de su mensaje, pues no importa el apóstol sino el apostolado, y es perdurable el evangelio, mientras fugaz hechura de su tiempo el evangelista.

Así, pues, es indispensable separar la figura de Martí, estimada en conjunto y en abstracto, en toda su altísima calidad apostólica, y la actividad de Martí, apreciada en sus manifestaciones concretas, en la rica gama de sus relaciones humanas. Distingamos a Martí apóstol, de Martí escritor, de Martí orador,

⁵ Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 1953.

de Martí poeta, de Martí sociólogo, de Martí hombre de Estado. Entonces, advertiremos, sencillamente, en Martí dos elementos, que conjugan su persona y su obra: esto es, su enseñanza y su procedimiento. Aquella es un cuerpo de doctrina que se entresaca, en todos los momentos, de todas las manifestaciones de su pensamiento proteico; el último es su régimen para entenderse con los hombres, a un tiempo sus hermanos y sus discípulos. Es en su manera de hacer visibles sus enseñanzas e incorporarlas, por la comprensión y el asentimiento de incrédulos y de ignorantes, a la vida de todos los días, que reside la verdadera grandeza humana de Martí. Otros filósofos y libros de otros han hablado tan elevado lenguaje como el suyo. Séneca o Marco Aurelio honrarían su honrosa compañía. Los *Pensamientos* del primero o los *Aforismos* del último evocan y son evocados en sus cartas o sus discursos. Pero, ninguno, y en ninguna parte, ha perfeccionado su obra espiritual de misionero con obra material de maestro, tal la suya. Ninguno, como Él, artista y artesano, esteta y crítico, soñador e insomne.

Como todo aleccionamiento para el bien del hombre en relación con los demás hombres desemboca en el arte de conducir al uno y a los otros hacia una feliz vida común; y como ese arte se llama política, José Martí, trabajador de hombres, no es más que un político. El más grande de los políticos. A esa su vocación sagrada —pues en Él es culto— consagra toda su actividad como en un perpetuo ministerio —pues en Él es liturgia. Nada dice, nada escribe que no hable de la patria y de sus hijos, o de las demás patrias, que son hermanas, o que se refiera a ellas, o que será útil, alguna vez, para ellas. La libertad, la más eminente de las calidades políticas, es la meta y razón de ser de su presencia humana. Cuando para Él sea hora morirá por la libertad. Y su palabra muda, y su letra empalideciendo en los papeles amarillentos reflorcerán en una nueva república, premio, el más alto, de un apostolado político.

Estudiemos a Martí como político, y lo conoceremos como hombre, lo admiraremos como literato, lo ensalzaremos como líder de masas, lo loaremos como tallador de conciencias y artífice de ciudadanos. Y pues “honrar, honra”, nuestro homenaje será honrado por raciocinio y honroso por voluntario; y será gra-

to al Apóstol, porque, como dijo en la semblanza de Francisco Sellén: “todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras son nuevas”.⁶

I. La política de Martí

1. La política en sí misma

La sociedad

La política, como toda actividad social, tiene un escenario: el grupo humano; un actor: el hombre político; un auditorio: los hombres que no son políticos. Martí percibió claramente la presencia de lo social en lo político y de lo político en lo individual cuando afirmó la insustancialidad de toda actividad política que ignorase el conocimiento íntimo del pueblo, de sus virtudes y defectos, de sus pasiones y sus intereses; de eso que llamó “alma nacional” en su elocuente definición de nación:

[...] apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cierne en el aire y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis a la carne.⁷

El hombre

El protagonista de la Historia y de la política, que es su peripecia, es el hombre y solamente el hombre. Martí jamás contempló la posibilidad de que el hombre, que Él llamó “pedazo del cuerpo infinito, que la creación ha enviado a la tierra vendado y atado en busca de su padre”,⁸ fuese sumergido en la multitud y a ella subordinado. Y así lo dijo con frase expresiva: “Esta es la conquista

⁶ Cfr. “Un poeta, *Poesías* de Francisco Sellen”, en *El Partido Liberal*, México, 28 de septiembre de 1890. [Se han respetado las notas del texto original. *Nota del Editor*].

⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 20 de marzo de 1885.

⁸ *La Revista Universal*, México, 8 de junio de 1875.

del hombre moderno: ser mano y no masa; ser jinete y no corcel; ser su rey y su sacerdote; regirse por sí propio”.⁹

El actor

Pero si el actor en la política no es el pueblo, tampoco lo es, ciertamente, el político, a secas; sino los que hacen política, sean gobernantes o pasen, astuta o involuntariamente, por gobernados. Por eso Martí condena la inhibición de las actividades políticas de los ciudadanos honestos y los aperece contra los peligros de su negligencia, con palabras proféticas:

Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres descuidan, en los quehaceres, ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias...¹⁰

Martí divide a los responsables de la política en gobernantes y opositoristas, y los alecciona diciendo:

Base amplia en que quepan todas las reformas útiles, no convicción de una infalibilidad imposible en los sucesos de lo humano: —esto afirma y constituye un buen gobierno. Consejo, examen tranquilo, indicación desapasionada: todo esto, y no odio, debe constituir la oposición.¹¹

Las motivaciones

El Apóstol entiende que la política no es solo formulación ética, sino contienda viva que nace de la cosa pública y vuelve a ella, orientándola o deformándola. Por eso, la política, para Él, es eficacia, previsión, utilidad, desinterés. En consecuencia, la política, como arte, no puede ser sino pragmática, o sea, aplicación de las reglas de conducta que franquean las características de la naturaleza humana. Así define el Maestro su mecánica:

⁹ *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881.

¹⁰ *La Nación*, Buenos Aires, 9 de mayo de 1985.

¹¹ *Revista Universal*, México, 24 de junio de 1875.

La política es el arte de inventar un recurso a cada un nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.¹²

Los fines

La actividad social así desarrollada —eso que en lengua llana se dice *hacer política*— ¿cuáles fines persigue? Martí destaca dos: uno, de sustancia individual; otro, de naturaleza social. Aquel, la solidaridad; este, la libertad.

La solidaridad es el fin inmediato de la política, no el prevalecimiento de una manera de entender la verdad sobre otra: “En pueblos, sólo edifican los que perdonan y aman. Se ha de amar al adversario mismo a quien se está derribando en tierra. Los odiadores debieran ser declarados traidores a la República. El odio no construye”.¹³

La libertad es el fin remoto, y siempre presente, de la política. Es el don máspreciado que el hombre, soberano de sí mismo, puede reivindicar contra la abrumadora soberanía de los demás hombres. Y debe defenderla de los excesos de los fanáticos, de las complacencias de los tibios, de las exageraciones de los simuladores:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos

¹² *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881.

¹³ *La Opinión Nacional*, Caracas, 1882.

sociales sin conocer y pensar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.¹⁴

2. El político

La persona

Es difícil distinguir, en el aleccionamiento martiano, el político del gobernante. Consecuente con su convicción de que todos los que intervienen en la política tienen responsabilidad, por acción u omisión en la administración, Martí no concede importancia a la estructuración formal del gobierno. Tanta relevancia le merece el órgano físico del poder del Estado: el gobernante, como el agente físico del poder del individuo: el político.

La vocación

Para Martí, el político es obra y presa de una fuerza incontestable: la vocación.

Es la vida política sueño y contagio: pásase por sobre todo para vivir en ella: una vez gustada, empléanse todas las fuerzas en no verse en la necesidad de abandonarla. Nada halaga como ella: nada hay que origine más dolores; ni hay dolores más amados, y saboreados con placer, y solicitados que los que en ella se producen. Como que se siente crecer un hombre con la representación de los demás.¹⁵

Las cualidades

El político decoroso ha de aspirar al poder guardando tres escrupulosas reservas: prudencia: “Quien intenta triunfar, no inspire miedo: que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado”;¹⁶ honradez: “no puede ser representante honrado el que va al Parlamento lleno de gratitudes, y de mercedes recibidas, y de trata tácita o expresa con el cacique que lo nombra. Tales

¹⁴ *La Nación*, Buenos Aires, 1 de enero de 1888.

¹⁵ *Revista Universal*, México, 15 de julio de 1875.

¹⁶ Prólogo a *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino.

siervos no pueden ser los encargados de defender la libertad!";¹⁷
paciencia:

La paciencia es la dote de los fuertes. ¿Por qué ha de impacientarse el que nada quiere para sí, sino para su patria, y sabe que obra honradamente? Decía el latino que era harta grandeza haber intentado lo grande. La gloria no cede a los amantes bruscos que corren tras ella y la fatigan, sino a los amantes dignos, que la respetan e intentan ganarse su afecto por sus altas obras.¹⁸

El deber

Como siempre considera en intención la actuación del gobernante, Martí no puede referir su política al procedimiento, sino al fin. Y cualesquiera que sean los azares, venturosos o desdichados, de la vida política, jamás excusarán al político del servicio de la patria.

Llevo en mi corazón todas las palabras de cariño, y la menor muestra de adhesión y ternura, que he recibido hasta hoy, y la injusticia misma, la codicia, la ofensa de los que me honraron con ellas no las borrará de mi memoria; ni me emancipará de mi deuda de agradecimiento; pero consideraría un robo pagar estas deudas privadas con los caudales públicos, y envilecer el carácter de los empleos de la nación hasta convertirlo en agencia del poder personal, y en paga de servicios propios con dinero ajeno. Ni puede un hombre considerar como su amigo a quien, directa o indirectamente, pidiendo el encomio de otros días, le pide que falte a su deber, y ponga su interés por sobre el de la nación.¹⁹

La misión cumplida

Es una de las peripecias de la política que más trasciende en su ordenado desarrollo, la retirada del político del poder. Barthou redactó el último capítulo de su libro *El Político*, titulado "La retirada del político" con solo seis palabras: "El político no se retira

¹⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883.

¹⁸ *La Opinión Nacional*, Caracas, 22 de febrero de 1882.

¹⁹ "Apuntes", *Obras Completas*, Ediciones Trópico, t. 64, pp. 72-73.

nunca”. Martí piensa igual, cuando dice, en su hermoso ensayo sobre el presidente norteamericano Arthur:

El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.²⁰

Y el Apóstol, con su diagnóstico, ofrece la fórmula única de curación del terrible mal, endémico de nuestras inseguras democracias y fuente envenenada del cesarismo popular, que más abruma la libertad el desencanto del continuismo, aunque pacífico, que los espejismos de la renovación, aunque azarosos. Así, dice Martí:

¿Puede mantenerse contra el pueblo el poder que se recibe de él? Cuando ha llegado el plazo que la ley fija para resignarlo, ¿es decoroso pretender conservarlo a toda costa? El propio decoro es la ley suprema; abandónese a él la autoridad exaltada u ofuscada; prefiera su propia satisfacción a una voluntad injusta; la derrota digna es la mejor victoria; el deber cumplido es el gobierno mejor.²¹

3. El arte del político

La lucha política

Si es lucha la política, el político es un combatiente. La pugna por el poder es inevitable y Martí la comprende: “La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas buenas y consume las vanas; ese oreo que saca a la luz a los apóstoles y a los bribones”.²²

La técnica política

Por naturaleza, la política es practicista; y su manera no debe ser dogmática, si quiere ser vehículo de querencia popular y pretexto de obra cívica, y no utopía ni miraje.

²⁰ “El presidente Arthur”, en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de febrero de 1887.

²¹ *Revista Universal*, México, 8 de julio de 1875.

²² “Las fiestas de la Constitución en Filadelfia”, en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1887.

Las vías políticas

Martí destaca, en la conducta política, tres modos de acción:

1. Oportunismo honrado: “Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario. No debe perderse el tiempo en intentar lo que hay fundamentos sobrados para creer que no ha de lograrse”.²³ Y ello debe ser tanto acción como espera: “Es gran resorte en política dar tiempo de morir a lo que sólo goza de ficticia vida. Sonreír y esperar es a las veces manera excelentísima de combatir”.²⁴
2. Precaución, pues “hay enfermedades sociales que el buen médico no ha de irritar, si les busca la cura, si no conllevar, y tratar con sabio engaño, como a los locos”.²⁵
3. Coordinación de intereses legítimos. “En plegar y moldear está el arte político. Solo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino”.²⁶

El estilo político

La política es contienda y, por tanto, el encarnizamiento y el resentimiento brotan, como mala yerba, en el campo donde se libran sus batallas, no por incruentas, menos impiadosas. Para el Apóstol, la lucha debe ceñirse a lo indispensable, y la moderación ser su tónica. Y previene: “con habilidad y cariño se sale, al hablar de lo político, de los pasos más difíciles”.²⁷ En los días finales de la preparación insurreccional, negado por la envidia y discutido por la desconfianza, advierte a Gonzalo de Quesada, encargado, en su ausencia, de *Patria*, el órgano del Partido Revolucionario Cubano: “Ni una frase, ni aunque le hierva la sangre generosa, que dé derecho de herida a los egoístas o tibios, o cierre a los pecadores el camino de arrepentimiento”.²⁸

²³ “Apuntes”, *Obras Completas*, ob. cit., t. 62, p. 15.

²⁴ *La Opinión Nacional*, Caracas, 29 de noviembre de 1881.

²⁵ “Desde el Hudson”, en *La Nación*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1890.

²⁶ *La Nación*, Buenos Aires, 15 de julio de 1885.

²⁷ “Carta a José S. Decoud”, 10 de abril de 1890.

²⁸ “Carta a Gonzalo de Quesada”, de 8 de septiembre de 1892.

El riesgo

El político, en el ardimiento del empeño partidarista, pierde con frecuencia de vista la realidad de que la política es solamente el procedimiento de alcanzar un objetivo político, convirtiendo así la política en un fin en sí misma. Ello produce frecuentemente la incongruencia entre el fin nacional, que impone la política, y el fin individual, que se propone el político, con el resultado catastrófico fácilmente previsible. Martí, contemplando el espectáculo aleccionador de la materialista lucha partidista, dijo, con frase que es apercebimiento a los políticos de todos los tiempos y todos los lugares, cuán errados están

[...] los que creen que el sufragio popular, y el pueblo que sufraga, no son corcel de raza buena, que echa abajo, de un bote del dorso, al jinete imprudente que le oprime, sino gran muía mansa y bellaca que no está bien sino cuando muy cargada y gorda y que deja que el arriero cabalgue a más sobre la carga.²⁹

II. Los instrumentos políticos de Martí

Si José Martí hubiera sido solo un elocuente expositor de su alta doctrina política; o un escritor que moviese el corazón y forzase el entendimiento de sus lectores con la evocación de la patria soñada y el arte de traducir su dolor y su esperanza; o un filósofo, que amalgamando las maneras diversas de sufrir y valer postulase, como axioma, la tesis única e inagotable de que en política solo perdura quien sirve, y nadie más; José Martí simplemente hubiera sido un gran orador o un gran escritor o un gran pensador.

Es en la armoniosa fusión de esos tres altos destinos que reside la grandeza política de Martí. La capacidad de aleccionar, el dolor de comprender, la posibilidad de sufrir y la alegría de servir, ennoblecen sus instrumentos: la palabra, la pluma y el ejemplo. Y son su palabra, su pluma y su ejemplo, como místicos talismanes que despejan el acceso al futuro cubano.

²⁹ *La Nación*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1883.

1. La palabra

Así como Martí, para la posteridad, cuaja de vez en vez como escritor y surge del remoto de su fama con fama acrecentada de articulista, de ensayista y de escritor de epístolas; así para sus contemporáneos, sobre todo para los que con Él convivían, Martí era llanamente un grande y conmocionante orador. Hasta que apareció *Patria*, en 14 de marzo de 1892, sus escritos políticos, publicados en su mayor parte en periódicos de México, Colombia, Venezuela o Argentina, les eran ordinariamente ignorados. Y solo lo recordaban como orador, su orador.

El estilo

¿Cómo contemplamos nosotros a Martí, orador? Martí es un orador que se rehúsa a la clasificación. Su palabra tiene todos los estilos y, en verdad, carece de estilo. O mejor, tiene un propio y espiritual estilo, que brota, según explicaba el mismo Apóstol, “de la fuerza de doctrina, de esa definición de sistema, de esa hondez de pensamiento, de esa seguridad del asunto hablado, misterio y resorte del éxito e influencia verdadera de un discurso. Cuando no se piensa claro no se habla claro”.³⁰ Por eso, maestro más que artista, su elocuencia se nutría de la adhesión de su auditorio. Entre sus papeles se ha encontrado un apunte escrito al tornar de una fiesta política:

Y como desde la tribuna vi un extraño que sufría con el éxito de mis palabras —me aflijí de manera, y me conturbó su pena de tal modo, que estuve a punto de acabar balbuceando mi discurso. Ya —interrumpido por esta nota discordante, y para mi alma muy hiriente, el concierto de amor que necesito—, sentí que mis palabras no corrían con su habitual facilidad —ni mis ideas, apenas por aquella pesadumbre, podían volar a sus mansiones altas.³¹

³⁰ “Notas sobre la oratoria”, *Obras Completas*, ob. cit., t. 54, p. 77.

³¹ “Apuntes”, *Obras Completas*, ob. cit., t. 62, p. 75.

La razón

La oratoria de Martí, pues, está en el hombre, más que en su palabra, dije en la cuarta conferencia, “Martí, orador político”, de mi Curso Martiano de 1952 en la Universidad de La Habana. Y ahora me remito, con renovada confianza, a ese juicio. La oratoria de Martí está en la verdad que decía; en la honradez con que la sostenía; en el desinterés con que trabajaba por ella; en el valor con que arrostraba su incomprensión y su rechazo. Lo demás, la metáfora pomposa, el símil relampagueante, el apóstrofe enardecido, eran solo el ropaje literario de su altísimo pensamiento. Por eso, quienes le escuchaban lo entendían aunque no lo comprendiesen, porque sabían que su palabra cautivadora era simplemente el palpitar sonoro de su apostólico corazón.

2. La pluma

La imposible clasificación

Existen literatos políticos y políticos que son literatos, pero no es fácil situar a Martí entre unos u otros. Lo proteico de su literatura política: artículos, crónicas, ensayos, cartas, versos, torna convencional toda clasificación. Su indiferencia ante los estilos, o su sorprendente aptitud para valerse de todos, según las circunstancias, destaca su versatilidad en el manejo de los géneros. Martí escribe cartas en verso y hace poesías que son ensayos políticos. Su drama *Abdala* es, a un solo ritmo, teatro, poesía y apasionada querrela política.

Los artículos

Entre todas las maneras en que la pluma incansable y milagrera de José Martí se ensayó en la persuasión y conquista del alma cubana se destacan sus artículos políticos. Iniciados en su propio y fugaz periódico, *La Patria Libre*, que editó en La Habana en 22 de enero de 1869, cuando aún no contaba dieciséis años, culminan en *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano, aparecido en Nueva York, el 14 de marzo de 1892. En los veintitrés años que separan esas dos fechas, Martí sacude el alma de América con su periodismo político. La mayor parte de sus artículos desbordan la naturaleza y el propósito de tales, y son crónicas y aún verdaderos ensayos sociales y políticos. Lerdo de Tejada, Mitre, Sarmiento, Vargas Vila, Rubén Darío, Enrique José

Varona, lo admiran desde lejos; y su reverencia, a través de las fronteras y los mares, dá a su empeño el sentido ecuménico que consagra a los apóstoles.

Las epístolas

Si los artículos de Martí llegaron a los libros, las redacciones y los gabinetes del Continente, y fueron heraldos clamorosos de su fama, sus cartas, mensajeros discretos, clavaron en muchos corazones huellas imborrables, que han sobrevivido al tiempo y a la ida de quien las escribió y de quienes las creyeron. Vencedoras de la vida y de la muerte, las cartas políticas de Martí, modelo de espontaneidad y emoción transparente, terminarán, estoy cierto, por figurar en las antologías del género.

Destacan en las epístolas políticas de Martí la patética sensibilidad de su mensaje y la original espiritualidad de sus saludos y adioses. Buena prueba de la primera es la congojosa elocuencia con que se dirige a Eduardo Gato en los días oscuros de la catástrofe de Fernandina:

Y si sucediese lo que parece que no puede suceder; si a la vez fuese extinguida la revolución adentro y la ayuda que le llevaremos, y yo quedase vivo —yo, que valgo \$ 5,000.00 y que soy pobre y tengo honor, quedo personalmente responsable a abonarle esa suma. [...] Si le escribo más, me parece que lo ofendo. Ud. es hombre capaz de grandeza; ésta es su ocasión. ¿Le prestaría a un negociante \$ 5,000, y no a su Cuba? Déme una razón más de tener orgullo de ser cubano, José Martí.³²

¿Y cómo se despide? De José María Izaguirre, desde Nueva Orleans:

Yo voy a morir si es que en mi queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como Ud. me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírvame como si nunca más debiera volverme a ver. Su José Martí.³³

³² “Carta a Eduardo H. Gato”, 27 de octubre de 1894.

³³ “Carta a José Ma. Izaguirre”, 30 de mayo de 1894.

De Gonzalo de Quesada: “Cuando uno va a morir, tiene miedo a ser desamado. Goce, y quiera a su José Martí”.³⁴

Curiosamente, por un rasgo revelador de amorosa inflexibilidad, sus saluciones a sus amigos se fijan a la par del sentimiento. A Fermín Valdés Domínguez lo saluda siempre: “Ferminón”; a Gonzalo de Quesada: “Gonzalo querido”; a Federico Edelman: “Fico”; a Juan Gualberto Gómez: “amigo muy querido”...

Tales son sus cartas. Y yo creo ciertamente que, tanto o más que sus discursos, son la clave de su espiritual dominio sobre los hombres y sobre las ideas de los hombres.

3. El ejemplo

Martí fundamenta toda vocación, toda acción y toda meta políticas en un sentimiento, que es deber y placer: la moral pública. En ello, adquiere el adoctrinamiento martiano minuciosidad de magisterio y rigidez de sacerdocio.

La moral nacional: del patriotismo

Conforme al Apóstol, el duro compromiso ciudadano es a manera de esferas concéntricas de deberes cívicos cada vez más estrictos. Existe una moral nacional, especie de agente catalizador que reconcilia las variadas morales políticas: el patriotismo. La patria es, para Martí, “dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie”.³⁵ Sus intereses son sagrados:

Un pueblo no es un juguete heroico, para que un redentor poético juegue con él; sino nuestras mismas entrañas, que no se han de poner detrás del carro de nadie, ni de pie de la estatua de nadie, sino en lo más tierno de nuestro pecho, a calentarles la vida.³⁶

³⁴ “Carta a Gonzalo de Quesada”, de abril de 1892.

³⁵ “Discurso en Hardman Hall”, 10 de octubre de 1889.

³⁶ “Los clubs. Club José Martí”, en *Patria*, 11 de junio de 1892.

La moral individual: el civismo

Es la moral cívica cualidad rara que nada pide al intelecto y se sustenta de cosas del alma: carácter y desinterés. Decía Martí: “Caracteres es lo que hemos menester, y lo que ha de celebrarse. ¡Talentos, tenemos más que guásimas”.³⁷ Y luego: “Al servicio de la patria se sale desnudo, a que el viento se lleve las carnes, y las fieras se beban el hueso, y no quede de la inmutación voluntaria más que la luz que guía y alienta a sus propios asesinos”.³⁸

La moral del político: la salud pública

Martí vincula la moral del político al político precisamente. Y dice: “la política es un sacerdocio, cuando empujan a ella gran peligro patrio, o alma grande... Pero suele ser villanía la política, cuando decae a oficio”.³⁹ Así la moral política le es clave para distinguir los estadistas, cuando enjuicia:

Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después obran. El pensamiento corrige sus errores: pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito.⁴⁰

Y también para definir los politicastos, con apóstrofes que hieren como latigazos: “Callan lo que saben: causan para asegurar su bienestar de ociosos prohombres, el daño público; fingen cólera y pena que no sienten: ¡si de barro los hubieran hecho, mancharían menos de lo que ahora manchan”.⁴¹

La moraleja martiana

Todo concluye en alta moraleja:

No hay cuenta que no se pague en la naturaleza armónica y lógica; y para no llevar como una cadena al pie el deber desatendido, cúmplase el deber, por la ventaja

³⁷ “Nuevo secretario”, en *Patria*, 13 de agosto de 1892.

³⁸ “¡Vengo a darte patria!”, en *Patria*, 14 de abril de 1893.

³⁹ *La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883.

⁴⁰ Ídem, 1 de enero de 1887.

⁴¹ Ídem, 21 de enero de 1884.

mundana y moral que hay en cumplirlo, y llévesele como título y como ala.⁴²

III. Las metas políticas martianas

1. En el exterior: “el crucero del mundo”

Ya desde los días afanosos en que Martí escribía “Nuestra América”, la visión mágica de Cuba continental confortaba sus desánimos y arreciaba su vocación de humanidad. En el discurso que pronunciara en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1892, en homenaje a Venezuela, dijo con frase cuyo eco rueda con rumor de presente:

Me llena de júbilo y de orgullo el ver como, en la casa de la nieve, hemos tallado el altar donde se comulga en la amistad discreta y entrañable de los pueblos de nuestro continente. Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aún de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que, de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramiento pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.⁴³

La política internacional americana de Martí contempla, como su política cubana, un armonioso devenir de lo mayor a lo menor y desde lo exterior a lo interno. Y supone un americanismo internacional, otro continental y un último cubano.

⁴² “El entierro de Francisco Sánchez Betancourt”, en *Patria*, 15 de septiembre de 1894.

⁴³ Discurso en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, 1892.

Cuba en el Cuba

Cuba, en el mundo, trascenderá en la hospitalidad de los hombres y de las ideas, no tanto útiles como afines. “Sólo debe procurarse la inmigración cuyo desarrollo natural coincida, y no choque, con el espíritu del país”, porque “no hay inmigración buena, cuando, aunque tenga mano briosa, trae corazón hostil y frío”.⁴⁴

Cuba en América

América, y Cuba con ella, tiene una misión trascendental: suavizar la tumultuosa agonía de las humanidades viejas. Así, dice el Maestro: “la América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte: En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz”.⁴⁵

Cuba es corazón del americanismo y el cubano sangre con que palpita su fuerza y su vida. Ningún programa de americanismo puede ignorar al cubano; ningún cubano puede ignorarse a sí mismo. Si unos pueblos americanos nutrieron su conciencia en la doctrina de los peregrinos del *Mayflower*; y otros pueblos americanos buscan hacia atrás sus raíces en el alma india que aún se vierte en la suya; nosotros nunca cumpliremos nuestra tarea si la pasión de América no alienta nuestra razón. La geografía y la política empujan nuestras miradas hacia el norte, y la entraña se vuelve hacia el oriente, donde está la tumba del abuelo, y donde la remembranza susurra en nuestros oídos palabras familiares. Y contra ambas —razón y pasión— ha de poder nuestra conciencia.

Así, nosotros, que no tenemos la fuerza sino el derecho; que no imponemos la voluntad, sino ganamos la confianza; que no poseemos la autoridad, sino vivimos la esperanza, debemos repetirnos, con el propósito de labrarnos una patria continental, las palabras de Martí ante el cadáver del periodista Federico Proaño, misionero errante de la libertad por Perú, Centroamérica,

⁴⁴ “Sobre emigración”, en *La América*, Nueva York, febrero 1884, junio de 1883.

⁴⁵ Informe presentado por Martí, en 30 de marzo de 1891, a la Comisión Monetaria Internacional Americana de Washington.

Ecuador o Colombia: “Duerma el ecuatoriano en suelo guatemalteco, donde lo amó un poeta cubano. Es una la América”.⁴⁶

2. En el interior: “la república justa”

El modo justo

Martí, en el via crucis del desterrado, en la congojosa demanda del conspirador, en la mesa humilde de la política oculta, en la tribuna radiante, en la silenciosa meditación, soñó siempre con la república que fundaría y que no alcanzaría a ver. Y, contemplándola con amor, nos dejó su manera de ganar una república justa. “Combatir sin odio; fundar sin prisa; reconocer sin cobardía; conciliar sin debilidad; cautivar por el éxito, la prudencia y la buena fuerza, que viene de la justicia de la mente, y no de la pesadumbre de las armas...”.⁴⁷

El trabajo

Labrando, en su surco, en el seno de la sociedad justa, es solo el trabajo que nos hará dignos de la república martiana. Así aconsejaba el Maestro:

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente. Sacudirnos todo lo que nos queda de polvo viejo; abrir los brazos y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas, y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de la vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desapercibido y beñado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por

⁴⁶ “Federico Proaño, periodista”, en *Patria*, 8 de septiembre de 1894.

⁴⁷ *La Opinión Nacional*, Caracas, 29 de noviembre de 1881.

el cielo humano: tal nos falta, y nada más: —virtudes de condición, y no de esencia; de acomodación, de lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón caluroso, el caballo de cañas finas en la llanura y en las sienes.⁴⁸

Evangelionario

Señoras y señores, tocamos al fin del homenaje que la gentileza de los conductores de la Universidad de Oriente me ha permitido, en el contorno de su huesa, rendir al Apóstol. Y sería negarlo haberlo dicho y escuchado sin que la reverencia de nuestra actitud no trascendiera en obediencia de nuestra voluntad.

Yo creo que para nosotros, cultores de la cátedra, la única obra digna de Martí es hacer hombres. ¡Hombres! ¡Hombres es de lo que desfallece urgida la República! Martí reconocía que en el apeadero de la Colonia nuestra política padecería de inexperiencia:

Han sido nuestros pueblos, venidos a la existencia en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza, como esos poetas novicios que derraman, en frases confusas y rimas incoloras, su vaga ansia de músicas celestes, antes de que la vida, recia y viril, haya sazonado con sus jugos amargos los afectos desgarradores que engendran la poesía.⁴⁹

Así nuestra democracia se salvará por obra del tiempo, como decía Martí en su discurso de 19 de diciembre de 1889 en la Sociedad Literaria Hispanoamericana: “andemos nuestro camino de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades”. Creyéndolo, digamos con su confianza el credo del envío de *Ismaelillo*: “Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud”.

Y vosotros, jóvenes universitarios, tened presente que en un medio donde la grandeza de la patria se advierte solo por la

⁴⁸ *La Nación*, Buenos Aires, 24 de julio de 1885.

⁴⁹ *La República*, Honduras, 14 de agosto de 1886.

pequeñez de sus hijos, la juventud no puede ganarse su futuro destino, si no se sabe capaz de comprenderlo. Para serlo, y serlo con decoro, es preciso aprender la doctrina del Apóstol y lanzarla, como vitriolo purificador, contra el vaso, no siempre transparente ni fino, de las realidades presentes. Eso lo lograréis trabajando siempre. Meditad sobre la fuerza de la labor del pensamiento en la efemérides de nuestro pensador más laborioso. Y recordad la frase cáustica del Apóstol en su artículo “Nuestra América”, anatema y espolazo para nuestra romántica sensibilidad latina: “Al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden”.⁵⁰

⁵⁰ *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891.

Martí: legado y posteridad⁵¹

Jorge Mañach

La honra a que en estos momentos viene urgida la palabra, es la del día patrio, que hoy la nación conmemora con una suerte de nostalgia, y la de aquel gran espíritu, gran creador de historia, que hizo el 24 de Febrero posible y ahora recoge su primera cosecha madura de posteridad.

Mas yo no pudiera abordar esa tarea evocadora, a la cual tan bondadosamente me habéis invitado, sin antes ofrecer mis más cálidos saludos a esta Universidad y a todo el pueblo de Oriente, que en ella tiene hoy día su más alto blasón de cultura. Hacía ya mucho tiempo —perdonadme la referencia personal— que deseaba conocer de cerca esta institución y visitaros de nuevo, amigos orientales. No podré nunca olvidar el mandato público con que una buena parte de vuestro pueblo me honró en días que ya van siendo lejanos, ni las muestras constantes de estima y de hospitalidad generosa que a la sazón recibí. Hay recuerdos que calientan el corazón para toda la vida, y ese es uno de ellos. Me place ahora avivarlo en vuestro contacto, como quien, removiendo la ceniza somera de la distancia, atiza un rescaldo de hogar.

Y no deseaba menos, digo, visitar esta Universidad de Oriente, que es ya también hogar y fulgor. Quería venir a decirle mi admiración por lo que ya ella es y mi gran esperanza de cubano por lo que promete aun ser. Las sierras orientales, símbolos de vuestra cubana eminencia, del relieve que tenéis en nuestra

⁵¹ Conferencia pronunciada el 24 de febrero de 1953.

historia, se tenían desde hace mucho tiempo harto ganado este vivero de luces. Por aquí había nacido la voluntad cubana de cultura; y algo más había nacido con ella: la voluntad criolla de libertad. Fue en estas tierras donde en 1532 se abrió la primera escuela y donde, no muchos años después, un canónigo mestizo de indio, Miguel de Velázquez, “mozo en edad, anciano en doctrina y ejemplo”, se adelantaba cuatro siglos al Grito del 95 exclamando: “¡Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío!”. Desde aquí invadieren el resto de la Isla, con Heredia y con Saco y con tantos más, las voces advertidoras de que ninguna fruición de cultura es cabal si no la acompaña la fruición de la dignidad humana y del social albedrío. La Habana le reconoció siempre a Oriente su ministerio heroico de libertades, pero tardó mucho en darle este escudo de almas que vuestra cultura pedía.

Ya lo tenéis. La Universidad de Oriente nació fiel, ejemplarmente fiel, a esa doble consigna de claridad y libertad. Todos hemos venido admirando el afán de sustancia, de rigor, de seriedad académica con que se ha iniciado vuestro empeño: eso es todo una promesa de fecundación para el espíritu cubano. Pero no hemos admirado menos la gallardía con que esta Universidad ha sabido hacer patente, en lo poco que lleva de vida, que no nació con alma burocrática, ni se siente uncida, por sus orígenes oficiosos, a ninguna reticencia servil. Estáis en vuestra ley de orientales.

Por eso me siento seguro de que puedo hoy venir a hablar aquí, como decía el gaucho del cantar, con toda la voz que tengo, aunque sea voz bien modesta. Eso es lo que imponen, además, las imágenes que esta fecha del 24 de Febrero suscita. Grito fue aquel, y grito es todavía lo que el corazón y la conciencia nos piden, aunque sea el grito sereno y meditado a que el sentido de responsabilidad y un ámbito como este obligan.

No necesitan los orientales que se les recuerde en detalle aquella gran jornada histórica. Se había cuajado en el espíritu cubano, después del Pacto del Zanjón, una fatiga de glorias y de esfuerzos frustrados, pero también una irrevocable confianza en el futuro. A los arrebatos de la década heroica, vinieron a sobreponerse los cálculos siempre diligentes para recortarles a los pueblos su vuelo histórico: los miramientos del orden a

todo trance y de aquel utilitarismo que Martí, hablando de ciertos mansos evolucionistas, llamaba “urbano y financiero modo de pensar”. Pero las brasas de Bayamo no se habían apagado del todo, ni el eco de Baraguá. Para lo mejor del espíritu cubano, para esa zona ancha y profunda de nuestra conciencia colectiva que nunca ha sabido acomodarse sino a lo mejor de lo posible, aquel lapso iniciado en el 78 fue una espera, no una abdicación...

Diecisiete años pasaron: el tiempo necesario para que creciesen pinos nuevos. Uno de ellos, el pino maestro, ese que siempre vemos erguirse más alto en la floresta, más recto y armonioso, fue el vigía de aquella espera. Él la graduó, como un reloj de sol, y marcó la nueva hora. Y el 24 de febrero de 1895, ahí en Baire, y en las lomas de Guantánamo, y en la llanada de Manzanillo, Oriente volvió a la conquista de la libertad.

Bajo la emoción, que antes llamé melancólica, de ese recuerdo, hoy nos reunimos. Y para honrar, en día que no pudiera ser más adecuado históricamente, aunque haya tanta tristeza en nuestro ánimo, al que con voces de luz desató de nuevo el brazo de los Maceo y de Flor Crombet, de Rabí y de Moncada, de Periquito Pérez y de Masó: a José Martí.

Henos ya aquí en el trance de su Centenario. Lo habíamos aguardado mucho tiempo —bien lo sabéis— como quien aguarda una madurez de posteridad. Nos parecía que todos los tributos de la espera eran como provisionales, y que el patricio amado no estaría del todo embalsamado de gratitud y de gloria hasta que no le envolviese este ritmo redondo del tiempo. Quisimos reservar para este día las mejores galas de nuestro espíritu, el jubileo más gozoso. Creíamos que nuestra estrella estaría más alta y fúlgida que nunca, y que los que de fuera viniesen con su mirra y su fruta, nos hallarían a todos los cubanos con la mejilla limpia de rubores y el corazón a flor del pecho. Pensábamos, en fin, que la patria sería hoy más que nunca lo que él quiso: “ara, y no pedestal”, y que podríamos ofrendarle a Martí, no el mero tributo de las palabras, como tantas veces, sino también el de una Cuba lograda para la dignidad, para la libertad, para el amor de los cubanos.

Demasiado saben ustedes que nada de esto acontece. El Centenario no es aún la cripta en que podamos poner a reposar

la sombra augusta de Martí. Pero dejemos aquí y ahora solo esa amarga alusión. Ante todo, es de él de quien tenemos que hablar. Digamos, como en sus versos sencillos:

Hay montes, y hay que subir
los montes altos. ¡Después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

Yo quisiera empezar por recordaros aquella vida. Es posible que esto parezca ya superfluo, o reiterado en exceso. A lo que más acuden los comentarios y las glosas en estos días —significativamente tal vez— es a lo intelectual, lo literario, lo doctrinal en Martí: a sus frutos más que a su raíz vital. Se justifica y aplaude esto hasta cierto punto, porque es región menos explorada y más rendidora de novedades. Pero en esta hora crítica de la conducta cubana, no deja de ser penoso que tanta mera erudición martiana venga a sustituir la pasión y emulación de Martí. Hoy más que nunca, a los cubanos nos interesa recordar también su vida. Porque de eso más que nada, de ejemplos de carácter y conducta, es de lo que estamos más menesterosos.

Aquel niño que hace cien años nació, de padres incultos y oscuros, en la casita pobre de la calle de Paula, vino al mundo como signado para un destino que pocas veces habrá podido parecer tan insospechable. Una misteriosa providencia —llámesela genio, si se quiere— fue velando sus pasos para que la humanidad no se le convirtiese en humillación, sino en eminencia. Desde el primer momento, contraría su propia circunstancia. Nacido de un policía de la Colonia, y para burócrata u hortera, sus primeras lágrimas fueron de esas con que la ternura se hace protesta ya casi viril, se ganó con el talento la escuela y le cuidó sus sueños un poeta. Otro hubiera salido pichón de voluntario; él se sintió desde la niñez la querencia de patria propia, y todavía adolescente ponía algo más que la palabra al servicio de un ideal peligroso.

Esa precocidad no era la del consabido niño prodigio, que rara vez tiene intereses trascendentes. Era como una precipitación, no solo de la inteligencia, sino también de la conciencia; no solo de la curiosidad, sino del sentido moral: una vocación, en

fin, no meramente de saber, sino también de ser. Desde el primer momento la acompañó, como se ve ya en sus cartas infantiles, un celo ardoroso de la dignidad, del deber. Luego, a los años soñámbulos de la adolescencia, por lo general tan ensimismados, siente ya la vida como obligación y milicia generosas. Prematuramente descubre lo sustantivo de esas grandes palabras: la Patria, la Libertad, la Justicia. Y no solamente se da a pelear, sino a padecer por los valores que ellas representan. El Presidio no fue una contingencia del azar, ni siquiera tampoco una aventura del idealismo juvenil: fue la consecuencia de una deliberación retadora, de algo así como una prisa por abrir su camino.

A los dieciocho años, aquello ya lo hizo definitivamente hombre. Sin embargo, no le endureció. Junto a la ira blanca —blanca y ardiente como la cal de las propias canteras— afloró allí la ternura, la capacidad dolorosa de conmiseración que tan a prueba le pusieron los episodios siniestros. De ellos hablará en seguida, en España, con desgarradora elocuencia, sin mencionar la herida que él mismo se lleva para siempre en la carne, porque la que le duele es la otra: la infligida a su conciencia no ya de cubano: de hombre. Dieciocho años tiene al escribir *El Presidio Político*. Es un documento juvenil por el amor de los absolutos y por esa ingenuidad de que jamás se liberan del todo los espíritus tiernos. Pero habla ya con un tono de profeta, de quien previene y anuncia, y su acento también es bíblico.

España le ilumina, pero no le deslumbra, como no le deslumbrarán unos años más tarde los Estados Unidos. Pues aquel humilde llevaba por dentro una luz que le hacía parecer gris todo lo exterior —necesitado de mayor dignidad. Cuando eso se junta con el amor, nace la vocación salvadora. Porque siente hacia España la misteriosa atracción de la sangre, hubiera querido salvarla, y no otro es el sentido profundo de su alocución a la República. Quiere que España libere a Cuba para que redima su propia honra. España es ese pueblo cuyo extraño destino es que le amemos las esencias, pero no las formas. Por eso hallamos ya en Martí el discernimiento entre lo histórico profundo y lo histórico superficial, entre la España intrahistórica, que diría Unamuno, y la de mero escenario y gesticulación. Ese distinguo —que a su vez diferenciará a Martí de todos los demás letrados

de nuestra Independencia— le permite desdoblarse: flagelar a la Metrópoli ciega y torpe, pero al mismo tiempo aprender como pocos el idioma de los verdaderos grandes de España, sus clásicos; y no solo eso, sino también el estilo moral de la Península, cuya raíz llevaba en su propia alma: el estoicismo que suele acompañar hasta sus pasiones más rudas, el quijotismo que se le debate eternamente con lo pancesco, y el sentido hidalgo, “caballero” de la vida, que no ha sido nunca el señoritismo de los madriles.

Apenas pudo florecer la alegría en aquella mocedad precipitada hacia lo dramático. Ustedes recuerdan el remoquete que le dieron los estudiantes de su Isla en la Villa y Corte: “Cuba llo-
ra...”. Las ansias cubanas habían quedado peleando en la manigua. En Madrid, Martí comenzaba ya a representar la conciencia que pudiéramos llamar civil de su tierra: la patria joven, dolorida de algo más que la privación de derechos políticos y económicos. Desde que pisó la Península sobre todo, ese sentimiento de representación y de responsabilidad le obsedía como un compromiso, ya de por vida, con la porción de humanidad en que le había tocado nacer. Pero fue el holocausto sangriento de los Estudiantes del 71, el crimen en que la pasión política se desbordó para hollar lo más entrañablemente humano y herir hasta el futuro mismo de su tierra, lo que selló su consagración, la dación de sí mismo a una tarea sagrada. Libertar a Cuba era algo más que lograr la independencia de un pueblo sometido: era salvarla para la mayor dignidad de sí misma, de la propia España, de América y del mundo. No se comprenderá nunca el sentido más hondo de la empresa martiana mientras no se le advierta esa dimensión, que tan patente se hace en todos sus escritos, de rescate del hombre. Libertador puede serlo cualquier hombre capaz de coraje y proeza, y de hecho la historia de las libertades políticas abunda en ambiciosos y hasta en aventureros y bribones; pero libertar para redimir, para contribuir a despejar un mundo en que el hombre pueda vivir dignamente, ya es otra cosa: suele ser vocación de crucificados.

Martí tenía esa pasión de la dignidad humana. En México, atosigado por la pobreza, abrumado por las demandas de los afectos inmediatos, acaso se consuela un poco de no estar en una guerra concebida todavía en términos semiaristocráticos y

semieconómicos. El quiere echar su suerte con los pobres del mundo. Se ejercita en el servicio del hombre, y sobre todo de los humildes; no escribe sino para regar ideas generosas, auspiciar la cultura viva, defender los fueros del espíritu, que ciertas novedades materialistas amenazan, pedir que se redima al indio y que se les dé a los pobres educación y trabajo para que vivan con decoro. Hombres, y no meramente gobiernos: “hombres haga quien quiera pueblos”. Si odia la tiranía, aunque sea ordenadora y constructiva en lo externo, es porque siempre hace serviles los espíritus para dominarlos mejor. Se va de México, como luego de Guatemala, y de Venezuela más tarde, cuando el caudillismo brutal renueva en esos países su siembra de fustas.

Ese sentido radical de la política es el que, de regreso a la Isla defraudada, le sitúa en seguida contra el Pacto del Zanjón, aliando ya su inconformidad reflexiva a la no menos radical, pero intuitiva, de Maceo. Cuando el matrimonio reciente y las urgencias económicas y el hijo que llega le instan a conformarse con el poco más o menos y con la esperanza de una evolución problemática, Martí echa por la borda todo miramiento al personal sosiego y conveniencia. Es irremediamente un espíritu público y una conciencia incapaz de escindir-se ni de desdoblarse.

Nos parece esa entereza temperamental como el reflejo en él, o acaso más bien la raíz, de un sentido ingénito de la unidad, que le hace repugnar todo lo falso y lo discordante, le anima la vocación poética y le nutre su visión de la realidad con la sustancia filosófica evidente desde sus primeros escritos. Ahora, en su segundo destierro español, ¿qué les escucha a esos krausistas de la Universidad Central y del Ateneo de Madrid, sino que todo vive en Dios y Dios en todas las cosas, que el hombre es uno con la Naturaleza, y una su conciencia: que no puede haber divorcio entre la Idea y la Realidad, entre el sentimiento y la voluntad, sin que ambos sufran una odiosa falsificación? El espíritu tiene que estar en la realidad de la vida, o no pasará de ser una fatuidad libresca.

Es precisamente la subordinación y como ahogo de lo espiritual en la vida norteamericana lo que más le lastima cuando por primera vez se traslada a los Estados Unidos. A nosotros nos cuesta quizá un poco de trabajo comprender esa reacción

ante un mundo de éxitos concretos y de libertades logradas. Lo atribuimos a cierto patetismo romántico. Pero es algo mucho más profundo: es la convicción que Martí tiene —y que ya los mejores espíritus americanos, como Emerson y Thoreau, compartían entonces— de que con solo practicismo y materialidad no se podía alzar una civilización enteramente digna del hombre. Y porque esa noción no se había generalizado aún, como lo va siendo ya hoy, en la América aquilina, áspera y ávida de provechos, que la Guerra Civil había dejado. Martí no fue nunca feliz en ella, y lejos de compartir los éxtasis lejanos de Sarmiento ante los norteamericanos, se desveló por el peligro que tal ejemplo pudiera representar para lo que él ya llamaba “Nuestra América”.

En particular le preocupa la suerte de Cuba, tentada más aún de anexiones. Mas la prisa que esa preocupación le aguja se ve todavía frenada por un ideal político profundo. Cuba no ha de vivir, ciertamente, de libertades prestadas; pero tampoco ha de emanciparse para ser solo una mayordomía latinoamericana más. Ha de ser vitalmente libre, en la acepción social y moral, aun más que política, que Martí le daba a la palabra libertad. Su conferencia en Steck Hall, apenas llegado a los Estados Unidos, pauta ya las grandes soluciones para asegurar ese destino, y es un documento que todos los cubanos debiéramos leer y releer como biblia de cabecera. Pero Martí no tiene esta-tura política todavía para imponer una concepción semejante, y se subordina a Calixto García en la aventura de la Guerra Chiquita. El fracaso de ella le alecciona. La guerra de independencia tendrá que hacerse en los espíritus antes que en los campos. El paréntesis de Venezuela, en que espera su hora, no hace sino confirmar todas sus experiencias y previsiones ante un nuevo espectáculo de libertades frustradas. Regresa de él dispuesto a escribir por su cuenta la última estrofa del poema de Bolívar —pero con tales temas y medidas que no sea necesario el triste epílogo de Santa Marta.

Un solo hombre, sin embargo, no se echa encima así como isa una tarea semejante. Todo sacrificio tiene su precio, su calvario. El de Martí es doble, e importa mucho recordarlo en esta rápida ojeada a su vida. Es, por un lado, el sacrificio de su inti-

midad; por otro, el de su propio genio de artista. Con lo primero, tocamos el aspecto de la vida de Martí que, por estar de suyo más envuelto en sombra, se presta mejor a que se ceben en él las comadrerías de la moral menuda. Recordémoslo crudamente: en México, en Guatemala, Martí había sido hombre de amores. Casado ya, no logró conservar su hogar. Otra mujer, admirable por cierto, entró luego en su vida como una verónica o un cirineo. Dicho esto así, escuetamente, ¡cómo se soliviantan los pequeños criterios éticos! Aquí no tenemos tiempo para sustanciar defensas que piden mucho testimonio y sutileza; pero es necesario siquiera sugerirlas, pues por ahí se han afanado mucho los roedores clandestinos de la gloria martiana, y a este héroe moral no podemos dejar que nos lo recorten.

Me limitaré a decir dos cosas: la primera es que a un hombre de la unidad psicológica de Martí hay que tomarle entero, o dejarle. Aquel ser para quien el amor era la ley suma de la creación, de la conducta, ¡hasta de la política!, estaba impostado todo él, como he dicho otras veces, en clave de amor. Necesitaba darse a sí mismo y vivir de ternuras. El matrimonio fue para él una gran ilusión, como lo revelan hasta la saciedad sus cartas íntimas a Mercado. No fue culpa suya que fracasara, y fuera mucho pedirle que, por evitarlo, abdicase de sus ideales. El fracaso le costó lo que más amaba, su hijo; y aquella larga agrura de tener que llevar ya para siempre roto, como él decía, el eje del carro de la vida. Después, no podemos celebrarle que hiciese de esa vida suya una entrega generosa y, al mismo tiempo, reprocharle que acogiese los amores que al paso le salieron para aliviar su soledad. ¿Qué ética convencional y superficial es esa que le pide hipocresías a un alma irreductiblemente sincera? ¿Qué majadero es el que se figura que se puede ir disparado hacia el heroísmo sobre la rutina de una ficción íntima o de un acomodo vulgar? No es que los grandes hombres tengan derecho a transgredir la moral común: pero sí tienen derecho a que no se les apliquen las medidas de la común circunspección.

De aquella vida íntima sangrante —insaciablemente ávida de amores, pero frustrada en la regularidad de ellos— se alimentó, por un lado, lo más permanente en la obra literaria de Martí: el alborozo en vilo y como sobresaltado de su *Ismaelillo*,

pequeña epopeya de la ternura; la elegía alada de los *Versos Sencillos* en que se va despidiendo de sus recuerdos, y el dramático soliloquio de los *Versos Libres*, que rompían todos los moldes convencionales para gritar abruptamente sus clamores de libertad y de justicia. También su obra en prosa se nutrió de aquel sacrificio de lo íntimo, pues lo que más hondamente la caracteriza es la generosidad en el desvelo, la entrega de la pasión y de la inteligencia al menester del hombre, la avidéz de redención, en fin, que en ella campea. Probablemente nada de eso hubiera sido tan intenso sin aquel desasimiento de intereses personales y particulares que resultó del fracaso doméstico. Del resentimiento se salvó Martí dándole proyecciones más amplias al sentimiento. El no tener hogar propio en que afanarse, le permitió luchar mejor porque toda su América fuese un hogar digno de hombres libres; la pérdida del hijo le desveló la ternura por todos los débiles; el vacío de la esposa lo llenó haciendo de Cuba su pasión casi única.

Pero aun esa transferencia afectiva no debió producirse sin una sutil melancolía, suscitada por otro sacrificio en que tal vez no reparamos bastante: el de la expresión plena de su genio literario. Hombres como Martí tienen un destino intrínseco, natural, y otro puramente histórico. Lo intrínseco en Martí era la vocación poética, creadora. Si hubiese nacido en un país o en una época de fruición social, no creo que la mera política ordinaria, la de sustentar más que crear, le hubiese sonsacado para un esfuerzo directo, para una dedicación de sí mismo. Siempre hubiera servido a lo colectivo, pero más bien con el consejo y el señalamiento de grandes metas sociales. El artista en él, el poeta, el meditador sobre el hombre y la cultura, no hubiese sido sofofocado. Pero sabemos que de hecho lo fue en gran medida, que también en eso fue un gran mutilado. Su obra literaria, con ser magnífica no es sino un muestrario de la que hubiera podido dar si las necesidades de Cuba no le hubiesen llenado tanto la vida. Nunca pudo escribir con sosiego, o siquiera con mediana concentración, y lo que maravilla es que, entre tanta servidumbre a lo público, pudiese dejar, como dejó, tanto verso tocado por la gracia, tanta prosa de enjundia y primor. Al darse a Cuba, Martí sacrificó su querencia más entrañable —y acaso, sin saberlo en su modestia, una gloria literaria de dimensión universal.

Por mucho tiempo, lo más doloroso de ese sacrificio es que pareció enteramente frustráneo, o por lo menos caer, irónicamente, en un vacío receloso. El otro problema que Martí tuvo que confrontar antes de satisfacer su ansia de entrega fue, como ustedes saben, la falta de autoridad política, de crédito público suficiente ante los propios cubanos en sus primeras luchas. La visión de la mayor parte de esos cubanos era, naturalmente, corta y condicionada: querían echar a España de Cuba y pensaban que para eso lo único esencial era la lucha armada. Salvo la exigencia social ineludible de acabar con la esclavitud, no se planteaban, no les tocaba a ellos plantearse, más programa para la república futura. Que hablaran los machetes, pues; las palabras no tenían sino una función segundona —de propaganda, no de dirección. Si Martí hubiese sido solo un oportunista, se hubiera acomodado cautamente a esa concepción; pero la suya no era una voluntad de poder, sino de ser y deber. Su ideal para Cuba no era solo la independencia. Con ella no bastaba, como lo tenía demostrado la historia de nuestra América, que él se sabía tan bien. ¿Es que los cubanos no recordaban el sentimiento de infinita defraudación que ahogó los sueños de Heredia en su ocaso mexicano? La independencia es solo un hecho político y colectivo: la libertad es mucho más: es un orden radicado en las conciencias individuales y capaz de respetar “el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía”: es un hecho moral.

Esta disparidad entre las ideas de Martí y las de la generalidad de los cubanos hizo crisis en la famosa desavenencia de 1884 entre Gómez y Maceo de una parte y Martí de la otra. Al recordar acontecimiento tan notorio, en nada se merma la grandeza de aquellos otros dos próceres. Solemos pedirles demasiado a los hombres —o las mismas cosas a hombres diversos. A Gómez y a Maceo les bastaba con ser, como fueron, héroes de la espada. Su grandeza moral consistió en que, durante años, pusieron al servicio de Cuba, con su genio y coraje de guerreros, la vida toda, hasta llevarla por la manigua prendida del filo del machete. Querer hacer de ellos, además, ideólogos, videntes, adoctrinadores de la futura República, era ya mucho pedir. De Martí sí se esperaba eso, puesto que podía darlo, y como “para ir delante de los demás se necesita ver más que

ellos” él quiso conducir. No le comprendieron entonces, porque el respeto de la previsión no les llega a los grupos humanos hasta que no han escarmentado mucho en las improvisaciones. Y Martí, descartándose a sí mismo en 1884, soportando en silencio la incompreensión y la befa de los mismos por quienes quería morir, tuvo que esperar a que las conciencias maduraran en la adversidad.

¿De qué había de llenar aquella larga espera si no de todo lo que sirviese para ganarle la confianza, la admiración, el cariño de los suyos? Los manes de la Guerra Grande nunca habían tenido voz más elocuente para evocarlos que la suya en los discursos del 10 de Octubre. Pluma de más abundancia y altura jamás la hubo para defender, en tierra extraña y arisca, los prestigios de su raza; para exhortar a la unión a una familia dispersa de pueblos; para honrar lo grande y ejemplar de los Estados Unidos y prevenir, sin envidia, respecto de lo pequeño y peligroso; para defender a Cuba de la palabra desbocada y el juicio superficial; para enseñarles a los niños que son la esperanza del mundo. Ni hubo jamás palabra más regaladora del oído y de la inteligencia que aquella con que él se juntaba a los hombres humildes y oscuros para hacerles sentirse señores; la que rodeaba de mimos y finezas las vidas ajenas; la que se ganaba al enemigo y dejaba prendado al adversario; la que, en el coloquio, paseaba siglos y mundos como sobre una alfombra mágica, y puesta al pliego epistolar más mínimo, levantaba las almas en peso a fuerza de tacto y cariño.

Todo eso se dice pronto. Pero la historia también registra, en sus páginas más olvidadas, que durante aquellos años Martí, la voz más alta que por Cuba hablaba, tuvo mucho desvío que vencer, mucha envidia que descabezar, y todo entre enfermedades y pobreza. No: no se exagera al decir que en aquel proceso el alambique que él decía llevar en el corazón lo fue destilando todo hasta dejar una esencia angélica. Parte de su grandeza consistió en esa voluntad de purificación de sí mismo a través de la adversidad.

Cuando los días decisivos llegaron, estaba listo y limpio —limpio para poder oficiar ante la Patria, que “es ara y no pedestal”. Los ojos de Cuba le habían seguido en su desvelo, aqui-

latándole la voluntad de sacrificio. Fueron los cubanos de Tampa y Cayo Hueso, los más lejanos de su solicitud, los más próximos a Cuba, quienes le llamaron. Trémulo de expectación y de fiebre acudió a ellos. La palabra se le hizo entonces más milagrosa que nunca, más alta y henchida de sustancias generosas. Sobre el relicario vivo de la Revolución Vieja se alzó el juramento de la Revolución Nueva. Pero había llegado el momento de la creación concreta, en que ya no bastaban los vultos líricos, sino que se hacía menester la visión organizadora, la capacidad ejecutiva, el sentido exacto de las realidades. Y el poeta, el animador, el apóstol, dio de sí entonces un diplomático sutil y paciente, un coordinador incomparable. La pluma, hecha a primores literarios, redactó sobriamente bases y estatutos de partido en que se conciliaron el celo democrático y la necesidad de la concentración del poder conspirativo. “Desde la cama, junto” —decía una de sus cartas—. Eso, juntar, había sido el afán de aquel hombre de amor. De aquella junta nació una concepción revolucionaria y política nueva. Yo no sabría definirla sino diciendo que era ya el germen de la Nación. Por primera vez se abrían anchos los cauces para movilizar a todos los cubanos, altos y bajos, ricos y pobres, blancos y negros, para la tarea republicana. Por primera vez, no un grupo, no una casta, no una clase criolla, no los secuaces del blasón y la eminencia, sino el pueblo, concebido como tal, se incorporaba a la tarea patria. Bajo esa concepción surgía la gran consigna martiana: “Con todos y para el bien de todos”.

Lo demás fue ya obra de movilidad y sigilo incesantes, larga vela de almas y de armas. Desde 1891, Martí lo renuncia todo —hasta los consulados extranjeros de que vive— por entregarse más libremente a una actividad comprometedora. Se mueve sin cesar: funda clubes, alista voluntades remisas, despacha emisarios a la Isla, acopia fondos, compra armas, viaja sin tregua para ganarse a las otras emigraciones y a los héroes en barbecho, escribe cartas de una sabiduría y urgencia irresistibles; redacta, casi solo, en Nueva York el periódico *Patria*, donde cada línea es un primor verbal y va cargada de sustancia patria. Más enfermo que nunca, más pobre que nunca de hacienda propia, halla energía para todo, y vive, como él mismo dice, “montado en un relámpago”. Tiene la gran prisa que sabemos —la que había de

confesar en su carta postrera a Mercado— por hacer su obra antes de que los cálculos de Washington se la impidan de un zarpazo imperial. Pero, al mismo tiempo, una sagaz prudencia le frena, y nada desata hasta que lo psicológico y lo material se coordinan. A fines de 1894, ya todo está listo.

No necesito recordarles a ustedes en detalle la tremenda jugada que entonces le hace la suerte. En una noche negra, la obra de muchos años se viene abajo. ¡Qué irónica coincidencia el hecho de que se llamase Fernandina el escenario de aquel fracaso! Ecos del Borbón peninsular se cernían aún siniestramente sobre el destino de Cuba. Pero nunca fue Martí más grande que en aquel momento —aquella noche en que, limpiándose la lágrima de la mejilla, resolvió seguir adelante, “aunque tuviese que sacarse las entrañas triunfantes en el puño”. Y es la pluma más humilde y orgullosa a la vez, y la de más desgarrados y conmovedores acentos, la que escribe entonces a los cubanos ricos y pobres pidiéndoles que den hasta lo que no tengan por salvar la revolución. ¡Qué frase aquella en que le dice a un compatriota que acude a él arrastrándose ante su puerta como un perro...! Levanta lo que puede. Le escribe a Maceo que se lance a Cuba en un leviatán o en una uña, porque Cuba no puede prescindir de él; y él mismo se va a juntarse con Gómez en Santo Domingo. Escribe el Manifiesto de Montecristi, que es la Carta Magna seminal de la Nación; niégase a escuchar a los que le piden que se vuelva al Norte a predicar; recorre palmo a palmo la Antilla hermana buscando armas y amigos, sorteando torvos peligros, escribiendo unos apuntes y un diario de viaje que son maravillas de finura descriptiva y de prosa enjuta.

Olas tempestuosas le arrojan una noche, como un nácar más, en la costa cubana. Bajo la mochila y la fiebre trepa jubilosamente, con Gómez, las laderas de la Sierra Maestra. Se junta, al fin, a los cubanos en armas. Llena de su voz insigne la campiña de Cuba Libre. Cura heridos, sin más recursos que el yodo, “y el cariño, ese otro milagro”. Al tener noticia de la muerte de Flor Crombet, escribe, con laconismo traspasado de duelo, la elegía más breve que se conoce: “Ya no hay Flor”. Sobre retal de yagua y a la luz de una vela, va despachando cartas que tienen ya un sabor testamentario y de eternidad. En una de las más íntimas,

a la hora en que no se miente, dice que se siente puro como un niño y que comprende al fin, por la dulzura del sacrificio, la facilidad con que los hombres son llevados a él. Todavía se acuerda de sus niñas de Nueva York, para hacerles verdadera pedagogía. Y de sus prosas y sus versos. Se va despidiendo, porque ya para él es hora. Y un mediodía, la bala más humilde de España se le va a anidar en el pecho amoroso. Y se hace noche de repente en los campos de Cuba Libre.

Tal es la vida, luminosa y sin desviaciones, como la trayectoria de un cometa, del hombre cuyo centenario honramos hoy. Brote de conciencia precoz en el erial de la Colonia, voluntad heroica de decoro y justicia desde los primeros años, talento múltiple y genial, capitán del espíritu e intuitor de la unidad de que procede y que ávidamente busca por sobre las discordias del mundo, señor romántico de la amorosa escala, desde el idilio hasta la dación total de sí propio, poeta de toda la letra, cuyo verso trasciende el ocaso romántico para anunciar otra mañana de la sensibilidad, y cuya prosa, apretada de su propia opulencia, es lujo y prez del idioma; voz de América que rescató las consignas unitarias olvidadas después de Bolívar; héroe moral y sustanciador del pensamiento democrático, de quien pudo decir una pluma extranjera, hecha a biografíar hombres egregios, que el mundo tendría hoy mucho que aprender en su doctrina; tribuno arrebatador, animador de la fe de un pueblo, predicador sin odio de una guerra ante la cual preparó, al mismo tiempo, las vías restañadoras del amor; exaltador del pueblo para darle una dimensión nacional a la voluntad de su patria; conductor de hombres por el tacto y el personal sacrificio, que no por los fieros ademanes; soldado del honor en la batalla que no quiso esquivar; queredor del deber hasta la muerte; “alma grande y dulce”, que hubiera podido decir de él también Emerson; semilla moral, en fin, para los afanes más nobles de un pueblo que no sabe cuidarse la conciencia sin consultarse con él.

¿Quién se atreverá a decir que es nuestro fervor, o nuestra necesidad de mitos patrios, lo que ha fabricado esa grandeza? ¿Quién podrá regatearnos el derecho al orgullo? Porque Martí nació en una isla pequeña, de un pueblo sin proyecciones universales, ¿qué extranjera displicencia podrá escatimarle el

reconocimiento de su estatura humana? En las naciones pequeñas, como la nuestra, el privilegio de no tener grandes responsabilidades externas está más que pagado —y muy melancólicamente sin duda— con el hecho de que les sea tan difícil a sus hombres egregios trascender por sobre costas y fronteras. Si Martí hubiese nacido en alguna de las tierras imperiales del poder o de la cultura, el centenario que este año celebramos llenaría muy espaciosos y muy ilustres ámbitos. Pero la gloria de los grandes hombres suele ser proporcional a la importancia de los países a que pertenecen. La de nuestros próceres padece, pues, de nuestra humildad, y aun se la merman todavía más los rebajamientos de prestigio colectivo con que a veces se empaña nuestra vida histórica. Si no hubiese otras razones para querer hacer de Cuba un pueblo con firmes tradiciones de cultura, de fruición social y de dignidad política, ya sería razón bastante la de darles de ese modo marco digno y resonancia cierta a nuestras figuras más altas.

Esto nos trae a lo que necesariamente debe ser parte de esta conferencia, comprometida como está a ponderar la significación del Centenario martiano. Es la cuestión de si la República ha sabido vivir el legado de Martí, honrarle con sus actos, con sus hábitos, y no solo con las palabras de ocasión, o con el fervor de un culto genuino pero casi desesperado. Para podernos contestar esto sin dejar margen a la pasión adventicia o al juicio arbitrario, necesitamos recordarnos a nosotros mismos, siquiera sea escuetamente, lo esencial del ideario martiano.

Ese ideario es a la vez ético y político. En rigor, no existía aquí para Martí dualidad alguna. Intuidor constante del fondo uno de todas las cosas, perseguidor de la armonía en todas las formas del Ser único, estaba convencido de que la conducta de los pueblos, para poder servir a los más altos fines propios y humanos, ha de regirse por los mismos valores y normas que la conciencia moral les señala a los individuos. Si hubiese que reducir este *desideratum* a las más esenciales consignas, yo me atrevería a decir que se agrupaban en torno a tres grandes conceptos: el de la dignidad, el del deber y el del amor.

Muy gastadas están ya estas viejas y nobles palabras; pero ¿de qué ardorosa convicción se llenaron siempre en el pensa-

miento del patricio! La dignidad no es para él meramente ese celo quisquilloso del respeto puramente formal en que devino el culto hispánico del honor, de la honra: es, sobre todo, la categoría humana por excelencia, la suma de respeto intrínseco que al hombre corresponde y que a sí mismo se debe, por el hecho de ser hombre, esto es, criatura dotada de conciencia, de espíritu. Supone el derecho a no verse desconocido, atropellado en su discernimiento de lo justo o humillado en nombre de ningún interés, circunstancia o pretexto como la casta, la raza o la supuesta necesidad pública; pero exige también que el individuo no se falsifique, no se traicione, no se humille a sí mismo.

La dignidad supone, pues, la libertad, que no es para Martí —ya lo vimos— una mera condición jurídica o política, sino, antes que eso, la dueñez de sí propio que solo se perfecciona cuando el hombre puede, no ya actuar, sino hasta “ser honrado y pensar y hablar sin hipocresía”. Más de una vez he subrayado el alcance profundo de esta concepción martiana de la libertad, por nadie, que yo sepa, rebasada. La libertad empieza por ser una demanda interior, moral. Si tanto hay que defenderla, es porque conspiran mucho contra ella las tesisuras del mundo, pues el hombre, cuando una fina conciencia moral no lo refrena, tiende siempre a abusar del prójimo o a ignorarlo; y de esa tendencia proceden las condiciones sociales que impiden la libertad interior —la ignorancia, la falta de justicia social y económica, los abusos del poder privado y público.

Pero Martí no habla solo de derechos. Tanto relieve o más tiene en él la idea del deber. El privilegio natural del hombre por ser hombre conlleva supremas obligaciones: señaladamente la de vivir él mismo, y contribuir a que los demás vivan, según la ley íntima más noble. “He aquí la ley suprema —escribió— legislador de legisladores y juez de jueces: la conciencia humana”. Por la dignidad, el hombre percibe y defiende no solo lo que a él se le debe, sino lo que él debe a los demás. Vivir de acuerdo con esa doble ley moral es la perfección genuina del carácter, es ser hombre a plenitud. Y como también contra eso conspiran los egoísmos individuales y las deformaciones sociales, “ser hombre —nos dice Martí— es en el mundo difícil tarea”. No se la cumple sino por el ejercicio constante del desinterés, de la benevolencia, de la abnegación, llevada, si es preciso, hasta el

sacrificio: en una palabra, del amor. Sin generosidad de los individuos unos para con otros, sin atención de los poderosos al menester de los débiles y de los que rigen a los regidos, el mundo será siempre el triunfo de la garra sobre el ala. El amor es para Martí la ley de todo —hasta de la política.

Estas ideas no son nuevas, no lo eran siquiera en los tiempos de Martí. Procedían, bien lo sabemos, del pensamiento clásico griego, enriquecido por el Cristianismo y por la doctrina renacentista del derecho natural. El racionalismo filantrópico europeo las había proyectado con nueva energía, y el liberalismo romántico las había sublimado. Pero ni ellas habían perdido mérito por esa secular ejecutoria, ni es el pensamiento de Martí menos vigoroso por haberlas sustentado. La originalidad es mínima en el mundo de las ideas; los principios, siempre viejos y pocos. Martí mismo decía que las grandes verdades se podían escribir en el ala de un colibrí. Lo que él trajo no fue, pues, una nueva filosofía, sino un ardor incomparable de convicción y una conmovedora elocuencia, puestas al servicio de nociones eternas.

¿Eternas? No falta por ahí quienes rezonguen por lo bajo que esos principios, como los de todo idealismo, son ingenuamente románticos, entendiendo por eso meras expansiones de visionario. El mundo se ha vuelto empedernidamente “sofisticado”, como dicen los sajones, vocablo que es más certero de lo que se sospecha, porque lleva como una alusión implícita a aquella posición escéptica de los sofistas griegos, para quienes todos los valores y las normas eran relativos, condicionados por el interés o la circunstancia. Acaso reside aquí el problema más hondo que el ideario de Martí nos plantea: si esos principios éticos, en los cuales se apoya su pensamiento democrático, son principios absolutos, que por su validez permanente nos siguen obligando y nos obligarán siempre, o si, por el contrario, fueron el producto de determinado temperamento, o a lo sumo de determinado complejo cultural y de determinada situación histórica.

Creo que ese problema, el capital de la filosofía de los valores, es susceptible de una solución teórica que permite la adhesión racional más sólida a los principios martianos. Pero en todo caso, la experiencia puede servir de criterio suficiente cuando la

teoría se abisma en lo problemático, y si algo va enseñando la experiencia de nuestra época relativista es que el hombre necesita de esos austeros principios. Ha aprendido a dominar toda naturaleza excepto la propia. Aunque progresa sin cesar en lo científico y en lo técnico, resulta cada vez más desatinado o perplejo en cuanto a su propio destino. Por todas partes se oye que para rectificar de veras lo que hay de tuerto en el orden social, es indispensable reconstruir al hombre desde dentro, ordenarlo según principios espirituales. En su dimensión universal, el mensaje ético de Martí tiene hoy más vigencia que nunca.

¿Y el político? Dije que en esos valores y normas morales se apoya el ideario con que adoctrinó a la República —su concepción de la democracia como el régimen más noble y fecundo, aunque también el que más celosa vigilancia y más cabal sinceridad exige. Recordemos aquí textualmente algunos de los pensamientos rectores del Apóstol sobre las normas de la conducta social.

—“Patria no es más que la pasión del decoro y ventura del hombre”. “La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie”. “Lo primero que ha de hacer el hombre público en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria”. “No hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna”. “Todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su patria”. “El patriotismo se detiene allí donde para salvar a la patria es necesario deshonorarla”. “En las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo”. “Nuestro pueblo está corriendo el riesgo de perder en las ciudades los hábitos de honra, y en los campos los hábitos de trabajo”. “Es preciso que no hagamos un pueblo de miserables, de fugitivos y de merodeadores”. “El problema de la independencia no es el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”. “República no es más que el deseo ardiente, e irrepresible en las almas excelsas, de ver al hombre dichoso y libre”. “Sin libertad, como sin aire propio y esencial, nada vive”. “El pensamiento mismo,

tan infatigable y expansivo, sin libertad se recoge afligido... o se pone albayalde y colorete, como un titiritero, y danza en el circo, entre el befaador aplauso de la gente". "Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad donde quiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden, no es hombre entero". "La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o comprarla por su precio". "Las redenciones han venido siendo formales; —es necesario que sean esenciales. La libertad política no está asegurada mientras no se asegure la libertad espiritual".

"Donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas que se afirmen las libertades públicas, porque la necesidad de vivir proporcionará siempre auxiliares de sobra a los que quieran conculcarlas, y la falta de intereses que defender dará séquito a los turbulentos o ambiciosos".

"Sólo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos". "Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen jinete, ni de sus derechos el hombre libre". "Hallan los hombres excusas a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido". "La política virtuosa es la única y durable". "Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado". "La política volverá a ser el arte de conservar en paz y grandeza a la Patria, mas no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas". "Cuando la política tiene por objeto cambiar de mera forma a un país sin cambiar las condiciones de injusticia en que padecen sus habitantes; cuando la política tiene por objeto, bajo nombres de libertad, el reemplazo en el poder de los autoritarios arrellanados por los autoritarios hambrientos, el deber del hombre honrado no será nunca, ni aun con esa excusa, el de echarse a un lado de la política para dejar que sus parásitos la gangrenen". "Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada". "La voluntad de todos, pacíficamente expresada; he aquí el germen generador de las repúblicas".

“El gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado”. “No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas”. “No vive sobre los cadáveres amor ni concordia”. “El amor del hombre por el hombre es la única pasión que ha de guiar a quien tenga la mano en la suerte de los pueblos”. “Levantarse sobre intrigas es levantarse sobre serpientes”.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear, con dineros de la nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que a él le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito.

“Duele ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy adonde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo”. “Pueblo que se somete, perece”. “No hay tirano que afronte a un pueblo en pie”. “El déspota cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer; no cede jamás a quien se le humilla”. “De hombres que no pueden vivir por sí, sino apegados a un caudillo que los favorece, usa y mal usa, no se hacen pueblos respetables ni duraderos”.

Y finalmente, para no prolongar esta serie de citas, que pudiera ser inagotable, aquella sentencia que llega tan al fondo del mal de Cuba y del mal del mundo: “En la médula está el vicio: en que la vida no va teniendo en la tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!”

¿No se ve ya claro, a través de esas citas y del vasto y alado enjambre de pensamientos afines cuyo recuerdo nos suscitan, las tres grandes consignas concretas de Martí para la salud de la República? Pudieran resumirse así: Hacienda, Moral y Cultura —seguridad económica de cada ciudadano para cimentar sobre ella la independencia del carácter; formación acendrada de la

conciencia ética, para saber normar esa independencia en el derecho y en el deber; ilustración de la inteligencia, por medio de la educación, para que la buena voluntad no se halle a la merced del engaño ajeno o de la propia incomprensión. Todo lo demás, independencia colectiva, disfrute de las libertades públicas, sana y creadora política, fruición de justicia, está condicionado a la eficaz colaboración de esos tres grandes resortes de la conducta: el instinto, la conciencia y la inteligencia.

¿Qué juicio superficial es, pues, ese que a veces viene también a decirnos, entre dientes, que el ideario público de Martí es un mero éxtasis de pías generalidades románticas, sin asiento profundo en la realidad humana? ¿O aquello que él mismo repudiaba: “el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado en la universidad bamboleante de las nubes”? No: Martí no es ningún idealista desafortado, ningún visionario candoroso; su pensamiento —lo hemos dicho muchas veces— tiene el vuelo del ala, pero también la tenacidad profunda y terrena de la raíz, de aquello que está clavado en la entraña misma del hombre y de la naturaleza.

Otros nos dicen, también para consumo privado, que sus ideas son solo las de un determinado momento histórico —el momento liberal—; que, después de todo, ningún hombre, por eminente que sea, tiene derecho a fijar las normas de vida de un pueblo, y que, en todo caso, tales normas no pueden ser inflexibles ni permanentes, porque la realidad histórica, es demasiado compleja y variable. De tales consideraciones se han estado alimentando mucho la displicencia y el cinismo republicanos.

Por lo que toca a lo primero, a la autoridad de Martí para formular las normas de nuestra vida colectiva, si el ejemplo de la vida del Apóstol no basta, solo cabe decir esto: que esa autoridad no procede del genio de Martí, ya que los genios pueden y hasta suelen ser arbitrarios; sino que emana del hecho de que Martí efectivamente encarnó la vocación, la tradición y la voluntad histórica evidentes de nuestro pueblo. A lo largo de un siglo, ese pueblo nuestro, por obra del ambiente histórico en que se formó su conciencia, por la común orientación de sus mejores voces patricias, por haber tenido que defender y desarrollar su

personalidad contra el imperialismo de un lado y el absolutismo del otro, por la confluencia de razas en él y hasta por el temperamento espontáneo y expansivo de sus hijos, fue siempre un pueblo vocado a la democracia. Tenemos hasta los defectos que corresponden a esa virtud —los de una tendencia a la nivelación excesiva—. Martí, flor de pueblo, temperamento generoso y cultura refinada, al mismo tiempo que encarnó ese instinto nuestro, le quiso abrir, con su doctrina, más peraltados cauces. Recogió nuestra querencia, pero idealizándola, señalándole sus más altas metas y formas. Su autoridad para normar nuestro futuro histórico se debe, por tanto, a que en él percibimos la expresión más pura y más noble de nuestra sensibilidad y vocación, el conjunto de apetencias y de aspiraciones en nombre de las cuales se luchó por la libertad y se fundó la República. Por eso acabaron siguiéndole los que al principio no comprendieron los extremos de su idealismo, pues como el propio Martí escribió, “se entregaron siempre los pueblos a quien los encabeza y condensa”. Y si alguna prueba adicional fuese necesaria de esa condición emersoniana de “hombre representativo” que Martí tuvo, la hallaríamos en el culto cada vez más fervoroso y devoto con que le invoca, a veces desesperadamente, nuestro pueblo.

El ideario martiano no es, por tanto, nada sobrepuesto o postizo, sino orgánica y entrañablemente nuestro, y rodearlo de displicencias so pretexto de nuevas situaciones históricas o de nuevas necesidades, es desconocerlo en su raíz, u olvidar que los pueblos, como los individuos, cuando no viven de acuerdo con su ley interior, con su carácter, se arriesgan a estar constantemente improvisando su vida y falsificando su conciencia. Por lo demás, esos principios de Martí no son instituciones rígidas; en modo alguno cierran el paso a las modulaciones históricas, siempre que estas conserven aquellos valores fundamentales de que hablé —valores definitivamente acreditados por la experiencia de los pueblos occidentales en su proceso de enriquecimiento general de la vida. Solo los soberbios, los débiles, los nostálgicos de la uniformidad férrea o de la seguridad inerte, abjurán de la democracia, porque no se acomoda a lo que de primitivo queda aún en el hombre, o porque se presta a determinadas falsificaciones. La bondad de una gran idea no se mide por su invulnerabilidad, por su

mayor o menor eficacia aquí y ahora, sino por su fecundidad a lo largo de amplios procesos históricos.

Fijado y justificado así el cuadro de ideas éticas y políticas de Martí, estamos ya en condiciones de preguntarnos si los cubanos hemos sabido serle fieles a ese ideario. Esta es la cuestión fundamental que el Centenario nos propone, y es demasiado importante para que la contestemos precipitadamente, ya sea entregándonos a las conclusiones pesimistas que la actualidad frecuentemente suscita, o dejándonos embaucar por ese optimismo oficioso que tanto se parece al conformismo o a la complicidad. En rigor, optimismo y pesimismo son actitudes mentales primarias, tendencias a abdicar perezosamente del discernimiento en beneficio de cómodas generalizaciones. Rara vez en la vida de un individuo o de un pueblo marchan las cosas tan bien que no dejen margen a la preocupación y a la superación, ni tan mal que no quede hueco para el esfuerzo y para la esperanza.

Hace un año celebramos el Cincuentenario de nuestra Independencia. Ya en tal ocasión nos hicimos angustiosamente la misma pregunta que ahora promueve el Centenario martiano: ¿ha sido la República un éxito? Puestos a sintetizar el consenso de las opiniones que entonces se ventilaron, habría que formularlo así: la República ha progresado en un orden material y formal; pero no en el de los valores que solemos llamar espirituales. En efecto, Cuba es mucho más rica y más dueña de su hacienda que cuando estrenó su independencia; la riqueza está mejor distribuida; el nivel de vida es más uniforme y alto. Por otra parte, la soberanía se ha afianzado, gracias a la perseverancia con que luchamos contra el bochorno de la Enmienda Platt. En la vida política del país, logramos rebasar los conceptos caudillísticos, las formas de primitivismo polémico de los partidos, la inercia sectaria en los movimientos del electorado. En lo social, se han reconocido ampliamente los derechos del trabajador y se han ido haciendo cada día más igualitarias y despejadas de prejuicios las relaciones entre las razas. Todo eso se alcanzó, en buena parte, a través de la revolución que nos vimos obligados a hacer —no sin realizar una profecía de Martí— para vindicar los derechos del ciudadano en general. Tras mucho esfuerzo y sangre de cubanos, dejamos reafirmado que en los asuntos públicos, como enseñó el Apóstol, el sentir de la Nación es lo

que cuenta, y no la voluntad de hombre alguno que en nombre de ella se alce. Hicimos una nueva Constitución, y a su amparo reanudamos, y creíamos haber preservado ya de todo peligro, el hábito de la transmisión pacífica y legal del poder. Todo ese progreso político y social se vio todavía maculado de abusos, desórdenes funcionales y, sobre todo, de graves violaciones éticas. Pero representó, sin duda alguna, un incremento extraordinario de vitalidad nacional, un aseguramiento de conquistas externas y concretas, que iban dejando reducido cada vez más el problema de la Nación a un problema de edificación moral y de cultura.

Desgraciadamente, esas conquistas del orden político sufrieron hace algunos meses el gravísimo trastorno que todos conocemos. Un golpe militar artero, maquinado por conciertos nefandos de la experiencia y del oportunismo, de la ambición y del soborno, subvirtió la autoridad política reconocida como legítima, estableció en su lugar otra autoridad apenas asistida por más consentimiento que el de las fuerzas armadas, suspendió la Constitución y los mecanismos estatales más importantes por ella prescritos, disolvió los partidos, canceló la oportunidad señalada por la ley para la consulta electoral, se dio a sí mismo sus propios cauces de acción gubernativa y política —inevitablemente modelados por la arbitrariedad que acompaña a todo poder presunto—, mermó sustancialmente las libertades públicas, y salpicando de violencia y de coacciones el escenario nacional, ha cargado el ambiente cubano de esas tensiones ominosas que alimentan el odio trágico de las contiendas civiles.

Todo eso ha venido a detener brutalmente, sorpresivamente, el progreso que Cuba estaba haciendo en su marcha democrática. Peor aún: ha echado la República atrás veinte años. Y a eso se le ha querido llamar “revolución”. El revolucionario esencial y genuino, demócrata y civil, que fue Martí —el que en 1875 defendió hasta el último momento, con riesgo de su vida, al Presidente legítimo de México, Lerdo de Tejada, contra la ambición armada de Porfirio Díaz; el que se fue de Guatemala porque no podía oír el chasquido de la fusta de Barrios, y de Venezuela por no servir ni con el silencio a los coros infames de Guzmán Blanco— ese Martí no se hubiera jamás dejado convencer de que el supuesto propósito de rectificar en un país determinados

males públicos, bastaba para justificar la destitución violenta de sus gobernantes legítimos, sobre todo cuando aquellos males eran pasajeros u ocasionales, y la sustitución, en cambio, venía a crear otros que, por su misma naturaleza, tienden a consolidarse y a formar nuevos y más graves vicios en la vida nacional. El Martí que en 1884 se apartaba tristemente de guerreros gloriosos por temor a que su concepción demasiado autoritaria de la guerra sirviese de germen a algún militarismo futuro, no puede aprobar ahora, desde ultratumba, un movimiento de factura castrense, que ha puesto los destinos de la República, en última instancia, a la merced del criterio de los llamados solamente a defender las instituciones, no a crearlas. El Martí, en fin, que quería que la primera ley de la República fuese el respeto, como de honor de familia, a la dignidad de todos los cubanos, se escalofriará ahora en su empíreo pensando que, a los cincuenta años de República, aun tenemos la dignidad en rehenes, el albedrío bajo férula y la ciudadanía de prestado.

Pero, dicho todo esto, que era ineludible decir, sin pasión sectaria alguna, solo con pasión cubana, para que los manes del Apóstol no se alzasen contra el vil disimulo o la excusa cobarde, lo que estamos en el deber de añadir enseguida es lo que puede ayudar al cubano honrado a mantener viva su fe y superar este trance sombrío de nuestra historia. Y lo primero que hace falta es reconocer bien la naturaleza íntima del mal que confrontamos, su raíz más honda. De esa raíz ya Martí quiso preservar el terreno que los héroes iban a abonar con su sangre. No era otra —ya lo vimos— que la que prende siempre en los pueblos el egoísmo cuando se abandona la cultura de la conciencia y de la inteligencia.

No tengo ya tiempo para explicar cómo esa mala hierba llegó a arraigar en Cuba, por obra de un exceso de confianza en el caudal moral fundador y de una concentración exclusiva en lo utilitario, que fue dejando los valores espirituales sin vigilancia que los cuidara ni disciplina que los sostuviera. La consecuencia de todo eso fue que el cubano de la República se acostumbró más y más a valorar por encima de todo la comodidad y la prosperidad personales. Tan pronto como el ritmo de progreso material se mostró insuficiente para asegurarles a todos la misma bonanza, comenzó a desenfrenarse la conciencia privada y la

pública: empezó el cubano a querer vivir del presupuesto, y la política a disputarse el poder a dentelladas, para después utilizarlo principalmente en provecho de sus titulares.

Desde entonces están en crisis todos los valores y normas éticas que Martí había preconizado. La dignidad, porque cada día es mayor el número de cubanos que se rigen por los instintos, y no por la conciencia: los dispuestos a vender su patrimonio más sagrado por un plato de lentejas; los claudicantes, los faltos de carácter, los débiles ante las tentaciones de la vanidad o del miedo. La idea del deber se ha ido convirtiendo en una mera alusión platónica, retórica, casi ridícula. Al derecho se renuncia por el provecho. Ante el espectáculo de los enriquecidos por el poder, las grandes masas, que no pueden participar directamente del medro oficial, se sienten, sin embargo, suficientemente fuertes y decisivas para exigir derechos y hasta para inventarlos, pero también lo bastante eximidas de ejemplos morales para cumplir deberes. Todos exigimos; nadie se exige nada a sí mismo. La dramaticidad de la demanda, que a veces se asiste de violencia, es proporcional a la frivolidad con que esa demanda se hurta a todo cumplimiento.

Ese estado del ánimo público inevitablemente trajo consigo la desorbitación, la insolencia, la quiebra de todas las jerarquías y respetos, la demagogia de los gobiernos, ya corrompidos en sí mismos y, en fin de cuentas, la crisis de las libertades. Porque sobre la base de una ciudadanía frívola, indiferente a lo público, o interesada en ello solo hasta el punto en que la política es un modo provechoso de vivir —sobre esa base, digo, no es posible que un pueblo se defienda de las ambiciones bastardas siempre en acecho. Cuando esas ambiciones no cuentan con más armas que las del engaño y las manipulaciones electorales, de ellas se valen para escalar el poder; cuando disponen de armas más contundentes y expeditivas, a ellas acuden.

¿Se comprende ahora por qué digo que toda nuestra crisis es esencialmente moral? No le faltan, por supuesto, coeficientes económicos, ni los que proceden de un déficit acumulado de educación pública —de educación de la inteligencia—. Pero es sobre todo el carácter lo que tenemos agrietado. Por detrás de todas las demás deficiencias está la frivolidad de la conciencia,

que a veces reviste, paradójicamente, formas de exasperación; está el olvido de que lo primero que hace falta para construir y sostener sanamente una república es hombres y mujeres capaces de poner el deber por encima del provecho. “Hombres haga quien quiera pueblos”. Esa fue la gran lección sintética de Martí —aquella en que lo moral y lo político se integraron— y esa fue también la lección que primero olvidamos. Nos ha llevado medio siglo de posteridad advertir que Martí tenía razón, que no era un hilvanador de monsergas ni un sorbedor de nubes; que no era un visionario, sino un vidente.

¿Remedios?... Estamos en un paréntesis institucional de la vida cubana: en un eclipse de las formas democráticas. Eso hay que superarlo cuanto antes, y ojalá que, desde su morada ultraterrena, Martí pueda auspiciar el milagro de que a ese fin se concierten —con la misteriosa conjugación de los contrarios— el coraje intransigente de nuestra ciudadanía y la sensatez que aún pueda quedarles a los que no quieran infamar definitivamente su puesto en la Historia. Pero mientras eso se logra, y después, recordemos que la salvación de Cuba es más larga y profunda tarea.

Los requisitos de toda superación, ya sea individual o colectiva, son dos: saber qué es lo que hay que hacer, y querer hacerlo. Por fortuna para nosotros, lo primero ya lo tenemos dado en las fórmulas esenciales de Martí. Muchas veces he observado qué grande suerte y privilegio es para nuestro pueblo tener en el umbral mismo de su historia, pautándole su conducta, no a un mero prócer de guerra o de leyes, sino a un pensador, a un poeta, a un héroe del espíritu. En lo que seguimos a Martí, ha adelantado la República; en lo que nos apartamos de él, hemos retrocedido. Hacerle vivir plenamente en la realidad, como vive en nuestro recuerdo, es el gran compromiso a que nos obliga esta madurez precaria del Centenario, y ese es ya un problema, no de orientación, sino de voluntad. Muy arduo, por tanto, pues aún no se ha descubierto, ni se descubrirá nunca, el resorte que pueda mover la voluntad si no es desde la entraña de sí misma, y porque hay muchos círculos viciosos de carácter social que ahogan nuestro albedrío.

Pero de ahí tiene que venir la salvación. Lo que nos hace falta para la vida futura, además de la presencia constante de

las normas, además de la educación para entenderla, es una tensión constante de heroísmo en nuestras vidas. Heroísmo, no en el sentido espectacular, sino en el silencioso, continuo y fecundo de cada día: la decisión positiva de ser útiles, creadores, cumplidores de nuestro deber, servidores generosos de nuestro pueblo; y la decisión negativa de abstenernos de toda claudicación moral y de toda tolerancia infame. Hace falta, no una mera orden estática de beatos martianos, sino toda una cruzada de milicos cubanos bajo el santo y seña de Martí. Esa gran legión de ciudadanos tendrá que recordar que, como el mismo Apóstol dijo, la perfección de la grandeza es siempre el acto; pero mientras no podamos servir a Cuba con los actos, deberemos servirla al menos con las actitudes. Si eso hacemos, el día de la plenitud martiana llegará. Y volveremos a reunirnos para celebrar, con la mejilla más limpia, la novena del Centenario.

El caso literario de José Martí⁵²

Juan Marinello

Creo que, antes de avanzar en el asunto de esta charla, debo cumplir dos deberes de conciencia. El primero, decir del modo más claro y directo toda mi estimación por la Universidad de Oriente, por sus más responsables autoridades y por el Dr. Felipe Martínez Arango, su Director de Extensión y Relaciones Culturales. Mi ubicación ideológica y mi militancia política permiten medir nítidamente el significado de ciertas actitudes limpias y firmes. Es moda tan sospechosa esa de muchos centros docentes nuestros de hablar inconteniblemente de la democracia, que a veces llegamos a pensar si tal reiteración trepidante no será un modo de callar culpas demasiado inquietantes. Esta Universidad, nueva de veras según se ve, tiene por fortuna otro modo de practicar el credo democrático: abriendo sus puertas a todos los que, sin traición a nuestro proceso progresista, quieren decir desde ella su interpretación de los hechos y su opinión sobre los modos de lograr la mejor convivencia.

Esta ejemplar postura de la Universidad de Oriente es de las que marcan el tuétano a una entidad de cultura. Muy lejos de minimizar la trascendencia de la maestría técnica, para nadie más estimable y redentora que para un marxista; pero nada más cerca de la infecundidad que esa postura absurda de fijar la vista con tan temerosa atención en lo que se investiga que no se piense en el destino de lo investigado. No es esta, por gran suerte, la postura de la Universidad de Oriente. Y si de algo ha de

⁵² Conferencia pronunciada el 13 de marzo de 1953.

valer el consejo de un enemigo —que mucho vale según el decir clásico—, yo daría este consejo a mis enemigos ideológicos que forman en el claustro de esta casa, si los hay y ojalá sean pocos: mantened esa ejemplaridad, persistid en esa huella salvadora. A lo largo del tiempo lucirá como el mejor servicio de este centro.

Desconfiad de la ciencia sin inquietudes y del arte sin ansiedades. Las Universidades, decía el hombre a quien venimos a recordar esta noche, “parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles”. Cuando salen de una Universidad hombres con vocación heroica y con su ciencia bien sabida, esa Universidad ha alcanzado rango histórico y está salvada para siempre. Tengo bien presentes mis visitas a la vieja Universidad donde Copérnico fue alumno, maestro y estudiante siempre, en mi amadísima ciudad de Cracovia. El viejo patio escolar, reducido y perfecto, con sus arcadas simples e inspiradas, luce en su centro un monumento modesto levantado a la gloria del gran astrónomo, matemático, médico, político, diplomático y filósofo. Cada vez que salí del lindo y minúsculo claustro medieval pensé en el valor de la ciencia con conciencia, pero con conciencia militante y peleadora, que la otra es conciencia a medias y en definitiva complicidad. Aquella Universidad es hoy un recuerdo ilustre. Pero sería como la Puerta Florianca, como la Barbacana, como el Castillo de Wawel si no la alumbrase la ciencia generosa transformadora de su huésped insigne. Copérnico queda sobre el mundo porque usó su saber —a semejanza de José Martí—, como arma para disparar contra la teología y verla caída a sus pies. Ahora, circunstancia feliz, el Consejo Mundial de la Paz, que preside otro científico militante, es decir pleno, Federico Joliot-Curie, ha unido los nombres de Martí y de Copérnico a los de Chou Yuan, Rabelais, Emerson y Van Gogh para que, durante todo el año, les rindan los pueblos de la tierra pareja reverencia. Ninguna Universidad del mundo puede aspirar a cobijar personalidades tan gigantescas, pero, si las grandes eminencias no han de servir para fijar en ellas la vista y ejercitar el anhelo de altura, yo no sé para qué sirvan las grandes alturas. Siga siendo esta Universidad de Oriente, como hasta aquí, digna de mirar hacia todas las eminencias benéficas.

Hacia una eminencia cimera queremos mirar esta noche. Y el modo de mirarla es lo que me plantea la segunda cuestión de

conciencia. Cada uno mira según sus ojos, pero ninguna visión debe permitir que se registre lo que no haya, ni es lícito que oculte lo que existe. Una eminencia de tan varia unidad como Martí se presta mucho a que cada uno la mire por aquella es-tribación que más le interesa. No es lícito ese miraje. En Martí, como en todas las grandes eminencias románticas, hay la cresa-tería trémula y los contrafuertes inconmovibles, las confluencias ocasionales y las desviaciones definitivas.

Creo que el Centenario obliga a apresar la verdad esen-cial de José Martí en cada uno de sus costados primordiales. Si, como ocurre sin duda, su pensamiento, por ser limpia y hon-damente revolucionario, tiene todavía en muchos aspectos filo polémico y vigencia activa; si la palabra de José Martí encarna aún necesidades concretas y mantiene por ello recia pugna-cidad y levanta fuertes resistencias; si los criterios martienses, expuestos sin gancho prosélito, encuentran hoy violenta ope-sición en unos y en otros interés de ocultamiento y disimulo, la culpa —la culpa feliz, diremos—, será de Martí. Y o lo aceptamos así, porque así fue, revolucionario de su tiempo con fuerzas que caen en el de ahora, o estamos traicionando su naturaleza y su tamaño, del mismo modo que cuando se prefiere discurrir sin compromisos ni riesgos por las laderas iniciales de una montaña eludiendo entrar por los caminos que llevan a las piedras gigan-tescas de la cumbre, duras y tajantes porque han de desafiar los vientos más poderosos.

Los obstáculos

Algunas veces hemos aludido a la dificultad de adoptar una pos-tura crítica frente al líder del 95. Se trata, en primer lugar, de una figura histórica que ha de ser cercana, entrañable, consustan-cial, de todo cubano sinceramente interesado por el bien de su tierra. Ya esto es mucho, pues no se juzga de igual manera al extraño que al consanguíneo, ni lo mismo al padre que al herma-no. Hay que añadir aquí la circunstancia, muy relevante, de que, aunque haya en la palabra concreta de Martí mucho enjuicia-miento superado por el tiempo, queda mucho también en ella de señalamiento fértil y advertencia eficaz. La verdad es que todo análisis de Martí intentado por un cubano de nuestro tiempo es

como una pelea en que se entrecruzan la historia y el presente, lo lejano y lo íntimo, la responsabilidad enjuiciadora y la identificación cordial.

No podemos adoptar ante Martí la cómoda y lícita postura que afectamos ante un héroe de los viejos tiempos, cuya medida está ofrecida por la consumación de su obra o por la negación histórica de su acción. Los temas de Martí, sobre todo, son nuestros temas. La huella de su enfoque y de su exhortación anda en cuanto tocamos. Se ha repetido mucho, con sobra de fundamento, que José Martí es un héroe vivo. Y ahí está la gran cuestión, el gran obstáculo: en que la vida, en lo que tiene de pulso y riesgo, de pregunta y tránsito, de hazaña posible y logro probable, es cosa reñida con el enjuiciamiento cumplido.

La compleja unidad de nuestro hombre acaba de complicar las cosas. José Martí es, permítasenos el símil un poco literario, como una de esas piedras de mucha transparencia y luz en que descubrimos siempre la materia preciosa; pero en las que se cruzan, a cada instante con distinto trayecto, los rayos fulgurantes. Las claras piedras luminosas poseen, desde luego, gran virtud esclarecedora (son luz ellas mismas), pero son también, sin excepción, testimonios del día y trasunto de la hora. Iluminan, pero siempre en función de lo circundante. Las piedras fundadoras son, en cambio, recias, tupidas, impenetrables: imponen su poder opaco y estricto a la hora y al tiempo. Su perfil es fácil de apresar y su mismo oficio obstinado les otorga la ubicación indiscutida.

A Abraham Lincoln, como a Benito Juárez, los imaginamos tallados en granito de planos netos y simples, en declives severos y agresivos. Quien de veras conozca a José Martí, quien le haya seguido en su angustia y en su atisbo, en su queja y en su ímpetu, en su jadeo y en su vuelo, lo imaginará siempre esculpido en materia delicada, transparente y luminosa, herido por todas las tormentas, azotado por todos los vientos y conmovido hasta la entraña lo mismo por la luz que por la tiniebla. La diferencia es violenta y ostensible: un escultor sabe que al leñador de Kentucky y al indio de Guelatao se les revive a través de cortes categóricos. La reciedumbre unilateral, venida quizá de la tierra, que fue en ellos fuerza nutricia, es el quilate-rey de los

dos grandes americanos. José Martí, en cambio, es la estampa de la sensibilidad desvelada. La gran frente desarbolada de sus últimos retratos integra toda la fisonomía. Se descubre en seguida que por aquella pálida planicie —ladera de montaña en verdad, como dijo él de la frente de Darwin—, han cruzado todas las ansiedades de la creación y de la acción. Esa rara fisonomía en la clave de la sensibilidad, en un guiador de hombres como José Martí, descubre su conflicto vitalicio, tantas veces manifestado en su prosa y en su verso: la diaria pugna entre lo bello, que reclama espacio y exige ocio engendrador y traducción singular y la gestión política, que no admite ni apartamientos ni infidelidades.

Si nos importa este aspecto decisivo de la personalidad de José Martí no es para restarle altura sino para otorgársela mayor. Como hazaña personal, su caso es el más eminente y el más heroico. Grandes, inmensurables fuerzas han de poseerse para señorear el interminable forcejeo y vencer al fin en los dos extremos: quedar como héroe nacional de su pueblo y como ejemplo no superado de creador literario; hombrearse con los fundadores de las patrias americanas y marchar del brazo de los más altos valores de la cultura y del arte hispánicos de las dos vertientes oceánicas.

El camino y la selva

Visto desde la eminencia del centenario asombra más el campo anchísimo que cubren la palabra política y la palabra artística de Martí. Si alguna prueba de su genialidad fuera necesaria, ahí está el hombre muerto en los inicios de la madurez y que, sin dejar de cumplir un instante su tarea política, mantiene diaria vigencia de escritor y pensador original y brillante. Aunque sería cosa muy arriesgada y en definitiva ilegítima, podría intentarse estudiar separadamente las actividades trascendentes de nuestro grande hombre: rastrear su huella como libertador, de una parte, y seguir la peripecia del creador artístico, de otro lado. En una y otra dirección encontraríamos materia bastante para dos existencias singulares.

Esta dualidad, hecha de conflictos entrañables y de síntesis heroicas, que se nutre de corrientes profundas y fatales, la del político que rige y ordena y la del creador que espera, suscita,

sugiere y deleita, hace muy comprometido el diagnóstico histórico de José Martí. La verdad es que nos faltan precedentes. Es cierto que la virtud expresiva, la riqueza y novedad del razonamiento, la anchura de la información y la singularidad del lenguaje (dotes subidas a lo más alto en José Martí) están presentes en muy destacados líderes políticos. Ahí están Sarmiento en el pasado y Palmiro Togliatti en el presente. Pero esos casos no tienen que ver con el de Martí. En Sarmiento, como en Togliatti, la cultura dilatada, las dotes expresivas relevantes y las evidentes gracias del estilo, son siempre elementos informadores, conductores, instrumentales. En Bolívar mismo el escritor —a veces soberano—, es como el coronamiento cabal del gran guerrero, como el penacho, que va bien al capitán, aunque no sirva para vencer. El caso de Martí es bien otro. Martí, no importa si redacta una proclama o produce un discurso de agitación política, mantiene y defiende los caminos propios, virtuosos, rebosantes de encuentros deleitables, que buscan y conducen al escritor. Está bien claro que de no haber tenido dotes supremas de guiador, el vaivén exaltado de su prosa hubiera dañado su tarea política. Hace algunos años, en la ciudad de Santiago de Cuba, un su discípulo de la emigración nos confesaba que lo seguía siempre, aunque no siempre lo entendía, raro caso en que el *vir bonus* del dicho clásico valía más que el perito en el decir, tratándose de quien decía insuperablemente. Parece esto aludir a su conocida frase: la inteligencia no es lo mejor del hombre.

La verdad es que en muchos casos su propensión a decir con originalidad y trascendencia estorbó la claridad de la consigna, pecado político de largas consecuencias en quien no tuviera como él facultades sobradas para hacerse perdonar su impar lenguaje inseparable. Prueba el caso de Martí que la conducta, al engendrar la fe, puede primar sobre el entendimiento cabal de la prédica, siempre que constituya el relieve permanente del héroe.

Una consideración detenida del caso nos llevaría quizá a concluir que la voluntad de escribir afectaba en Martí síntomas de inclinación biológica incoercible. En el sentido más noble del vocablo, Martí fue un grafómano, un hombre movido de la impaciencia dramática de dejar en el papel cuanto le inquietaba la curiosidad o le tocaba el ánimo. Por ello, muerto a los

cuarenta y dos años, nos ha dejado una papelería que exige lustros de meditación y análisis para ser agotada críticamente. Todo Martí es una pelea entre la misión y el oficio. La misión no lo pudo apartar del oficio, que le venía en la sangre.

Nunca el símil de la selva, usado más de una vez para calibrar la producción martiana y usado por él mismo, viene tan a punto. Porque en la obra escrita de nuestro gran luchador, como en los montes de nuestras tierras cálidas, hacen presencia toda especie de criaturas y mirajes; árboles del más vario tamaño, troncos temblorosos y traslúcidos, de esos que pueden jugar a la luz y a la sombra, florescencias desmesuradas y audaces, reminiscencias de especies desaparecidas, acumulaciones violentas, espacios para la perspectiva ambiciosa, ramazones de utilidad y ramazones de lujo, recodos cargados de tiempo y renuevos de verdor inusitado. “Entre en la selva —le dice Martí en su testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui—, y no cargue con rama que no tenga fruto”. La recomendación debe ser tomada con especial cautela, como toda voluntad testamentaria; porque cuando un caso literario cobra altura ejemplar, el más débil apunte puede ofrecer un matiz nuevo o confirmar una sospecha crítica. No es justo que al que visita la selva un día se le muestren todas las ramas que la integran; pero quien viva en ella debe fundar su juicio en todos los recodos y ramajes. Sobre todo cuando, como en nuestro caso, la savia es una y la misma en el fruto distinto.

Abstracción y entusiasmo

La variedad de temas y problemas, tanto como el modo presuroso y enardecido de tratarlos, conduce con frecuencia en José Martí a dos desfiladeros igualmente peligrosos: a la exaltación sin sustancia y al examen abstracto. Hacer lo primero es gastar pólvora en salvas, integrarse de inmediato en un coro en que la consonancia con el clamor matriz nos arrastra y nos hunde sin remedio. La consideración abstracta, de perfil académico, es igualmente desdichada, porque niega a Martí su más apetecible rendimiento: el de ofrecer, para hoy y para mañana, la vigencia impulsora de su previsión cubana.

Esa consideración abstracta, desleal, de nuestro grande hombre es muy frecuente en los martianos que no son más que eso, especialistas en José Martí. Abrigamos cierta prevención, quizás injusta, hacia los que hacen de un héroe la razón única de sus vidas; porque ocurre en esos casos que se produce tal familiaridad con los dichos del ídolo, que llegan a cobrar vida autónoma, aislada de la realidad en que pensó y habló y, lo que es peor, se pierde por ese camino la pista del pensamiento magno en su actualización legítima, en su desarrollo fecundante y en su aliento profético.

Para los martianos que no son otra cosa, la obra del Apóstol se convierte muy pronto en un tesoro privado en que las joyas están expuestas y clasificadas para deslumbramiento de extraños y regodeo de iniciados. Así encuentra explicación que tengamos martianos de muchas campanillas que se extasían ante la soberana belleza con que habla Martí de la indispensable igualdad de los cubanos, pero que, en la diaria práctica, discriminan nuestra población negra. Así se da el caso de notorios devotos de Martí y concedores puntuales de la más recóndita estribación de su ideario y del último matiz de su estilo que, mientras aplauden a toda mano la originalidad y el elegante brío con que se alza su héroe contra la penetración imperialista de los Estados Unidos en Cuba, viven todo el tiempo a la sombra de esa penetración y hasta persiguen a los que, como Martí, la denuncian y combaten. De tales martianos antimartianos hay número considerable y ojalá ninguno tome la palabra en este singular aniversario.

Hacia el hombre entero y verdadero

Hay que realizar esfuerzos considerables para que este centenario sirva de contén a las habituales falsificaciones martianas. Estamos pensando, al decir esto, en ese modo frecuente de usar al hombre político, agarrándose a cada uno de sus dichos y apropiándose los a contrapelo. Ya se sabe que la manera elocuente y entusiasmada de la expresión martiense y sobre todo la indisputable raigambre romántica de su pensamiento y de su vida, facilitan mucho las apropiaciones ilegítimas. Mil veces hemos visto cómo los propagadores de la enseñanza confesional entre nosotros mechan sus sermones y comentarios de frases

martianas. Lo que es tan desleal como querer adscribir a nuestro hombre al pensamiento marxista. Para destruir tales falsificaciones bastaría con recoger cuanto dijo Martí —y dijo mucho—, contra la enseñanza sometida a la dirección o los intereses de una religión determinada y cuanto discrepó —y discrepó mucho—, directa e indirectamente, de las concepciones primordiales de Carlos Marx. Pero el hecho de que tales cosas puedan hacerse con relativa impunidad evidencia que el encuentro de un temperamento raigalmente lírico con cuestiones que piden sustanciación estricta, ofrece resquicios para la atribución errónea y el interesado aprovechamiento.

Vayamos, en el señalamiento de su primer centenario, hacia un Martí entero y verdadero, apresado en su vasta desnudez, en su hazaña artística y en su hazaña política. Todo lo que tienda a ofrecernos un Martí *a posteriori*, todo lo que se dirija a enfrentarlo a situaciones y realidades distintas de las que integraron su personalidad y provocaron su acción, es tan descaminado como el intento de darnos un Martí de espaldas al presente cubano. Ni arqueología ni quimera. Hay que ofrecer en este centenario, a nuestro pueblo y a los pueblos americanos que tuvo como suyos, un Martí que vivió por Cuba y para Cuba, pero también su tarea de revolucionario y de artista, plena de elementos fecundantes para nuestra liberación nacional y para la integración y el vuelo de la cultura cubana y americana. Un Martí, en suma, con toda la raíz y con toda el ala.

Para lograr esta difícil corrección de enfoque —sin la que todo quedará en mísera ceniza de centenario—, hay que tomar al hombre y su obra en toda su realidad tumultuosa y exaltada. Hay tal grandeza personal e histórica en José Martí, que puede y debe irse sin miedos a su intimidad y a su contradicción. Pero se hace indispensable que la búsqueda en la espesa selva se realice con recto sentido: que no se deje de visitar ninguno de sus parajes; en todos anda el hombre y su gesto. Mientras más se penetre en la selva, más cerca estaremos de la fundamental calibración; pero que ningún accidente nos distraiga de la totalidad trascendente. Mientras más se penetre en su decir y en su hacer, más cerca andaremos de sus esencias matrices. Pero no atomicemos en mirajes minúsculos y en desdibujos ocasionales ni su integridad creadora ni su impulso revolucionario. No disolvamos

con exigencias menores ni su obra literaria ni su tarea política. Los grandes escritores han de enjuiciarse en la suma poderosa de sus hallazgos y aportes. Las grandes figuras revolucionarias —y no la hay mayor en la escala cubana—, han de estimarse en el conjunto eficaz, en la medida real de sus servicios, en el balance estricto de su rendimiento patriótico.

Sobre el caso literario de José Martí

Deben ser deber y preocupación del Centenario dedicar espacio dilatado al caso literario de José Martí. Los cincuenta y ocho años que nos separan de su muerte han ido extendiendo por América y por el mundo su legítima notoriedad de escritor. Martí es en verdad nuestro gran fiador intelectual. Destacar sus facultades y logros, tanto como su ejemplaridad en el oficio de escribir, es tarea que debe quedar realizada ahora.

A raíz de su sacrificio y aún años después el brillo del líder político, del batallador insigne por la independencia de su isla, que muere en la demanda, opacó la ejecutoria intelectual de José Martí. Su talla inusual ha ido después señoreando espacios, ganando curiosidades, levantando devociones. Primero le reconocieron la magnitud los críticos americanos, que tuvieron en él hermandad, voz y magisterio; más tarde los de España, alertados luminosamente por Miguel de Unamuno. El paso del tiempo le franqueará la universal preeminencia. Ahora, en este Centenario, se le ha recordado en Washington y en Moscú, como ha destacado don Fernando Ortiz; claro que en Washington para negarlo y en Moscú para estimarlo con devoción y justicia. La certidumbre de la universalización de Martí no está abonada por estrecho nacionalismo literario sino por una prueba, en nuestra opinión decisiva. Nos referimos al hecho de que extranjeros de mucha cuantía hayan calado muy hondo en las esencias literarias de nuestro grande hombre.

Existe sin duda una singular capacidad en los escritores poderosos para sentir las señales literarias de sus semejantes. Por ello, aunque no ejerzan con habitualidad el oficio de criticar dan a menudo con los grandes secretos distintivos. Y cuando esto ocurre con gentes de la más varia ubicación y origen, queda indiscutible que el señalado como grande artista lo es a toda

medida. Plumas no cubanas han descubierto costados primordiales del escritor José Martí y sin sus hallazgos no podrá entrarse ya en el enjuiciamiento de su obra. Unamuno le descubrió el aliento impar; Darío “el vigor general de escritor único”; Juan Ramón Jiménez la llama íntima y universal que lo alumbraba por encima y más allá de los modernistas; Gabriela Mistral la condición arcangélica en que reside su ternura y su fuerza; Alfonso Reyes las dotes imponderables; Pedro Henríquez Ureña el milagroso estilo; Federico de Onís, el ímpetu hercúleo, superador de épocas y escuelas. A Andrés Iduarte, mexicano, debemos uno de los esfuerzos más sostenidos y amplios sobre su obra escrita.

A los cien años de su nacimiento están al descubierto, en buena parte por obra de sus críticos extranjeros, las razones de su singularidad literaria y ahondados, con real maestría, algunos aspectos de su papelería. En este centenario debe entrarse por sus artículos y discursos, por sus cartas y sus poemas, por sus ensayos y sus dramas, con el rigor estimativo que hace posible la obra cumplida de ordenamiento y acarreo y con la luz que han proyectado sobre su obra muy altos entendimientos. Lo investigado y esclarecido debe usarse con sentido de totalidad y trascendencia. Huir, sobre todo de esa rememoración fácil en que cada quien relaciona a Martí con su dedicación profesional, con lo que aparece especialmente a las pupilas extrañas, como un monstruo de mil cabezas errabundas. Por esos caminos se pierde pronto la huella del hombre, explicación primera y última de todas las excelencias del artista.

Uso y ruta de la cultura

Lo primero, la magnitud de la cultura y su sentido y utilización. En este campo, José Martí es en verdad un ejemplo solitario. Esta oportunidad del centenario es buena para meditar sobre el caso del hombre solicitado por todas las curiosidades, dotado de pasmosa comprensión del pasado, de inextinguible sed por toda vieja y nueva manera literaria, de capacidad poderosa para la evocación y la adivinación, al que los libros no estorbaron la gloria verdadera.

Regino E. Boti estima la cultura de José Martí “más dilatada y múltiple que intensa”. Y Andrés Iduarte, en su libro, admite a

medias la opinión al precisar que “en algunos aspectos también era profunda e intensa”. Creemos que la cosa queda en su punto diciendo que Martí atesoró en su vida breve y trajinada suma asombrosa de noticias y lecturas. Que algunas no pudieron ser contrastadas, complementadas, cernidas, fue cosa inevitable; pero lo que queda como lección primordial es la actitud martiana ante la cultura, aquella sed sin treguas, aquella curiosidad desollada, aquella vigilante ansiedad de precisión y rendimiento en mitad de la carrera y la fatiga; lo que hay que relieves y propagar es ese recio deber de estar al día, de penetrar por mano propia en todos los campos, de sentirse, sin excepción, parte responsable de la humanidad que investiga, piensa y canta; lo que hay que destacar es esa inclinación incambiable de su espíritu a aprender con el sabio y con el que no sabe; esa humildad discipular frente a toda jerarquía legítima, nunca reñida con la conciencia de la propia calidad; esa anchura de mente que en todo busca y halla novedad y aporte, sin renuncia del libre enjuiciamiento.

En este aniversario debe aquilatarse la rara utilización martiana de la cultura. Bien merecen estudios particulares sus preferencias y resistencias, su posesión de lenguas y su asombroso entendimiento de mirajes y atmósferas. Se debe seguir rastreando en su amor intelectual por la antigüedad, en su diario trato con las literaturas modernas de Europa, en su devoción, rica en consonancias y diferencias, por los escritores franceses del diecinueve, en su magistral dominio de autores estadounidenses, en su conocimiento entrañable y polémico de los clásicos españoles, en su inquietud paternal por la producción latinoamericana. Pero donde hay que ahondar más, donde hay que meditar mejor, es en aquella virtud capital que hace que lo raigal y cercano —que siempre lo amarra y conmueve, lo mismo en Calderón que en Julián del Casal—, no estorbe el desembarazo para mirar hacia todos los rumbos y tiempos. Su caso encuentra semejanza con el actual de Baldomero Sanín Cano, por lo que tiene de anchura indagadora y de impulso trasmisor; curiosidad y magisterio. Desde luego que el maestro de Colombia entera más que José Martí, porque en él el ánimo pedagógico y la facultad divulgadora no están turbados, como en nuestro héroe, por el ímpetu irrefrenable de arrancar de la

sintonización a la inspiración, del tono ajeno a la pasión propia. Pero Martí encuentra en esa vitalicia impulsión de meter las ajenas corrientes en el cauce personal las vías más hábiles para actualizar su pensamiento y confrontar su estilo. Caso singular el suyo que nos muestra, en lo más logrado como hallazgo personal, la anchura de la información, el peso de lo viejo y de lo nuevo y la hazaña de moldearlo todo en sus sabios clamores.

Es frecuente que escritores de estos poderes logren una universalidad aséptica en idioma y estilo. Parece presumible que quien hizo regla de su actividad intelectual el conocimiento de idiomas y culturas, se diera al uso de una lengua literaria un poco o un mucho cosmopolizada, algo así como una koiné moderna con los ojos desbordados hacia los cuatro puntos cardinales, como ciertas figuras del expresionismo, que miran hacia todas partes, perdiendo la precisión definidora. Pasma que quien tuvo como Martí legítima elasticidad para asomarse a todas las aguas (“yo vengo de todas partes y hacia todas partes voy”), ahondara con amor raigal en las fuentes del idioma propio y en los magnos ejemplos de su época de oro. He dicho amor raigal con toda premeditación: eso hay en la lengua española de Martí, amor de raíz, amor obstinado, sujeto a todas las tentaciones, que se hunde en el suelo nutricio como la raíz de la planta y logra, por la ascensión de la espesa savia entrañada, lo mismo la ramazón poderosa que el fruto cabal o la flor soberana. Recuérdese que en lo más apasionado y ardoroso de su panfleto *Cuba y la Primera República Española*, cuando lanza duros y justos ataques a la furia del poder español en la isla, alude Martí a la “sonoridad de la lengua española” como al más alto valor que nos trasmitió la metrópolis, ya que enfrenta a ese don “las vidas ilustres” que España ha sacrificado en Cuba, para concluir que ni una lengua de maravilla paga de esas pérdidas. Insisto en que se dé a este hecho la importancia que tiene: mírese cómo, al enfrentar Martí su gran pasión primordial, la independencia de su isla, a lo que había recibido de su metrópolis cruel, le viene a la mente la trasmisión del idioma como el más valioso aporte. En lo hondo, la misma pugna que ya señalamos entre la misión y el oficio. Martí es, en lo que mira a su idioma, fidelidad y superación, superación por la fidelidad. No en balde dijo Alfonso Reyes, juez inapelable, que en él la lengua española había alcanzado nuevas conquistas.

Como en tantas cosas, Martí es en esto una clara advertencia actual. Nuestra lengua incomparable, la más apta para nuestra expresión presente y futura, la más plástica y poderosa, la más lógica y desembarazada que existe, debe verse cada día más como un instrumento de liberación cultural. Una de las formas más repudiables —por anticubana, por postiza, por antimartiana—, de penetración deformadora en nuestras tierras es la creciente inserción de palabras de la lengua inglesa (casi siempre simples términos de *slang*), en nuestro castellano. Algunos escritores de la hora estiman tal desnaturalización como una fatalidad de época y hasta como una modernización violenta de nuestra cultura. Estaría muy bien que ahora, en su centenario, leyeran de nuevo a nuestro escritor excepcional. No se trata, desde luego, de calORIZAR una tipicidad aldeana, ni menos del culto a formas idiomáticas vencidas. No recomendaríamos insistir en los arcaísmos de Martí, aunque los use, como ha apuntado sagazmente Juan Ramón Jiménez, cuando con ellos da una idea o un pensamiento justos. Recomendaríamos, si, aquella inmersión en los grandes modelos de que nace la libertad que puede absolver del arcaísmo. La lengua es una riqueza inalienable cuando se le posee en la viva intimidad, cuando la incorporamos a nuestra naturaleza expresiva. Tal riqueza, así lograda, puede usarse libérrimamente, sin temor del agotamiento.

Creemos que a este caso de Martí, en que la anchura universal se realiza a través de una lengua radicalmente propia y distinta, no se le ha otorgado la medida adecuada. Nuestros escritores deben poner mucha atención en esto. Deben quedar convencidos de que mientras más genuina es la universalidad del escritor, más clara aparece su adhesión a la lengua propia. Pero, levantando un poco el significado del ejemplo martiano, hay que destacar lo que él supone como lección de cultura. Martí prueba cómo las legítimas tradiciones culturales abonan toda transformación superadora y cómo cada pueblo debe marchar hacia la universalidad por el camino del propio tono cultural. Y un idioma poseído en su hondura y siempre recreado es la almendra de ese tono.

Esta explicación, esta justificación de la universalidad literaria de José Martí por la fidelidad a su cauce cultural, pudiera rastrearse en toda su actividad trascendente. Su vigencia

política en importantes cuestiones cubanas viene también, en último análisis, de su poder para trasfundir lo universal en lo cercano. Pocas veces esta relación fecunda entre lo universal y lo propio ha sido registrada en todo su significado como ahora por Ilya Ehrenburg. En el hermoso homenaje rendido en Moscú a Martí el día de su Centenario, el insuperable periodista precisó que si a tanta distancia del tiempo y la geografía se recordaba al gran cubano en la capital de la Unión Soviética, ello ocurría por el mucho amor que le tuvo Martí a su tierra. “Cuanto más fuertes son las raíces del árbol, dijo bellamente el gran escritor, más son las ramas verdes que traspasan todas las rejillas y salvan todas las vallas”. En las firmes y dilatadas raíces cubanas e hispánicas de José Martí, por las que sorbe lo mismo los mejores arrastres que la sed de lo no logrado, están el poder y la originalidad de nuestro héroe. A fin de cuentas, el color de la fuerza —es decir, el modo personal, el estilo—, es posible por la fuerza misma. Y la fuerza, el singular aporte de raíz y de rama, de historia y de futuro, de calor matriz y de ímpetu sin fronteras, es el sustento de la grandeza de Martí.

Los que tuvieron el privilegio de escuchar a Martí en la tribuna y en la plática testimonian que su dicción era correcta y fluída, de un cubanismo muy sembrado de las inflexiones del castellano de América, a igual distancia de la risible imitación madrileña, tan en moda entonces, que de la chabacanería de los criollos que entienden que nuestra distinción lingüística debe residir en maltratar la gran habla heredada y en hacer del idioma un comodín servil, sin nervio ni respeto. Así deben hablar los cubanos, que ahora le celebran el centenario, sin localismo estrecho y chocarrero, pero sin extranjerismo postizo y disolvente. Un gran idioma, y no lo hay más ilustre que el castellano, es una gran trinchera y un gran camino con tal de que se le mantenga viva y dinámica la grandeza heredada.

La originalidad literaria

Lección considerable, que debe destacarse y transitarse en este aniversario, es la del entendimiento martiense de la originalidad literaria. Es muy difícil encontrar escritor de más personalidad y garbo que José Martí. Pudiéramos decir que Martí es en sí un

estilo. Quien lo haya leído una vez descubre de inmediato su marca. Desde luego que está bien averiguado que la fuerte y permanente originalidad le viene del tono, lo que estorba mucho el seguimiento fructuoso. No hay palabra suya en carta o en proclama, en poema o en artículo, que no esté atravesada y encendida de su tono erguido y trascendente. Él también, como el viejo poeta de Francia, podría haber dicho que era una temperatura, más que un temperamento, porque no salió línea de su mano sin el calor de la entraña.

La historia literaria nos ofrece algunos casos de escritores de alta temperatura permanente; en ellos la escritura es como una reiteración exaltada, como una sinfonía de metales enardecidos, secuestrada por una inevitable grandilocuencia. Asombran, pero ensordecen. Juez tan entendido como Sarmiento habla de los bramidos de Martí. El bramido da idea de exaltación primaria, telúrica, de potencia ciega, de ausencia de matices y hallazgos. Lo singular en nuestro gran escritor es que la garganta para el bramido no conduce a la monotonía agobiadora. Su obra ofrece, en su cálida unidad, diferencias de mucha cuantía. Gabriela Mistral, que ha dicho, con Federico de Onís, las mejores cosas sobre el escritor José Martí, señala las diferencias notables entre su prosa y su verso. Y Andrés Bello distingue muy ajustadamente las que se van marcando en la prosa de sus diversas etapas. Pero aún entre sus versos de una misma época y entre las prosas del mismo instante, Martí expresa matices cautivadores que le vienen de la inusitada conjugación de la energía peleadora con la ternura militante. Esa pugna entre lo que Gabriela Mistral ha llamado lo arcangélico batallador y lo arcangélico misericordioso, ofrece siempre el resorte, el relieve necesario para prender la atención del lector.

El lenguaje, protagonista

Aparte la significación y sentido de lo que dice, en Martí encontramos siempre un modo de decir que cobra calidad sustantiva. En otros escritores nos subyuga y arrastra la precisión de los términos, el ajuste estricto entre el hecho y su comentario, la virtud penetradora que va alumbrando los senderos de una cuestión hasta dejarla esclarecida. Enrique José Varona, un antimartiano

en este aspecto, es buen ejemplo. En Martí, la luz que quiere mostrar el camino tiene caminos en sí misma y se convierte, por ello, en espectáculo más que en instrumento. Una consideración detenida del lenguaje martiano podría encontrarle parecidos primordiales con la música, que gana el ánimo por encima y más allá de la preocupación concreta del compositor. En Martí, como en los grandes músicos, el lenguaje deviene en protagonista.

El hecho de que siempre esté visible la sustancia generosa y elocuente, produce en su prosa —dominio de la misión sobre el instrumento—, ciertas violentaciones de géneros y temas que dejan perplejas a gentes de preocupación académica. Una carta suya parece en ocasiones, por lo sustantiva y aleccionadora, una arenga tribunicia; y muchas veces el discurso dicho a una multitud posee la virtud de la comunicación discriminada, con nombre y apellido, inseparable de las grandes epístolas.

Lo que es permisible en Martí, esto de encender el fuego redentorista sin mirar mucho el campo en que arde, no puede recomendarse a nuestros escritores; ello equivaldría a exigir a todos una porción del ímpetu martiano, indispensable para hacerse perdonar tales desbordes. Sería pedir demasiado. Pero lo que sí hay que pedir al escritor nuestro es la virtud cardinal, ilustrada eminentemente por Martí, de dar camino desembarazado a lo personal y espontáneo, no en interés de lograr una singularidad hecha de fórmulas y artimañas, sino en el ánimo de alcanzar el relieve que trae el uso legítimo de las facultades propias. Usar la cultura sin fronteras para nutrir el dicho específico, escribir sin temor del impulso personal, fiar la originalidad de la forma a la manera ingenua del enfoque y del tratamiento, tener por el idioma el respeto entrañado de las paternidades genuinas; lealtad al origen y resistencia a la sumisión arbitraria; vivir como porción de la colectividad, pero sin mengua de la propia resonancia; hundirse en las fuentes tradicionales como manera de entenderlas para superarlas; ser hijo del idioma y padre del pensamiento; hacer del oficio de escribir trabajo diario y servicio inagotable, —sería el mejor homenaje de nuestros escritores a José Martí con ocasión del centenario.

Queda todavía por hacer el señalamiento de la virtud capital de Martí como escritor. Aludimos, naturalmente, al destino de

su tarea intelectual, a la dación irrestricta de todas sus potencias expresivas en el propósito de libertar a su isla.

No sería justo contrastar esa primordial virtud con el caso de escritores de menos enjundia apostólica; pero sí de dar relieve ejemplar a su vital función. No pidamos a un escritor que lo siga en la entrega dramática, sí en la comunicación limpia y ansiosa con su pueblo.

El escritor, testigo de su tiempo

A lo largo de la obra de nuestro libertador se encuentran parajes en que parece repudiar, por estorbosa y desorientadora, la tarea intelectual. A poco que se siga la línea de su pensamiento, se descubre el real sentido del frecuente reparo. Es que Martí tropezó con muchos casos de escritores ensimismados en su oficio que, o daban la espalda a los dolores colectivos, o estaban decididamente de parte de los que los causaban. En una ocasión habla de los peligros de la cultura “para toda alma briosa y superior”. Parece claro que Martí se refiere al hecho de que la actitud meditadora, espectante, habitual en los hombres de libro, enfrena la devoción a las grandes causas en gentes que tienen superioridad de visión y brío poderoso para servir las. Como tantas veces, como cuando habla de Bolívar o de Emerson, nuestro héroe habla, sin proponérselo, de sí mismo. Y parece evidente que su gran caso humano —revolucionario—, se hubiera frustrado si la superioridad y el brío de su alma no hubieran entendido la cultura como una responsabilidad de mejor servicio a los hombres. Es cierto, y esto anda en la meditación de Martí, que la mucha lectura llama unas veces al regodeo virtuoso, otras a la postura espectante y con frecuencia a una posición conservadora, que viene cuando el hábito de análisis y contrastación se convierte en una segunda naturaleza.

Admitir que la cultura engendra un complejo de alejamiento conformista, de ensimismamiento anquilosador; aceptar que el buen saber es un tesoro corruptor y no un instrumento apetecible, es lo mismo que declarar a la cultura elemento indeseable. Y lo cierto es que Martí es la prueba mejor de que la cultura, entendida en sus raíces legítimas, es sustento y vehículo de todas las transformaciones benéficas. Para nuestro héroe, el escritor

—hombre que trasmite el acervo cultural—debe ser un militante esclarecido de la liberación de sus semejantes. En esta exigencia tenía Martí la fuerza de una tradición americana que crece en Montalvo y llega a Hostos pasando por Sarmiento.

El caso martiano sirve como ninguno para esclarecer la encrepada cuestión del deber de los intelectuales ante la lucha política. Hay que arrancar del hecho de que es inconcebible, dentro del ámbito martiense, el escritor en el fiel de la pugna, aislado de una circunstancia que, si hiere a todos los hombres, no ha de detenerse ante el de libro y pluma. El escritor expresa su contorno cívico por acción o por omisión, por deserción o por presencia. Cuando deserta, sirve al peor costado del combate porque le deja el campo libre y porque no opone al enemigo de su propia obra la resistencia de su palabra, válida por su calidad.

No es imaginable que en este centenario, en que mil cosas sobre Martí han comenzado a esclarecerse, haya todavía quienes intenten exhibirnos un Martí de espaldas a sí mismo; un insigne escritor que discurre sobre las grandes cuestiones cubanas, de América y del mundo, con brillantez asombrosa y al que no hay que indagarle lo que postula y lo que sostiene sobre los problemas universales, americanos y cubanos. Debe quedar bien claro que esa consideración cómoda y artificial no solo empequeñece y desvirtúa al héroe a quien se aplica, sino que incapacita también para descubrir sus más firmes valores literarios. La consideración de una obra escrita sin atención a la naturaleza, sentido y alcance de lo que con ella se dice es el más grave de los despropósitos. En José Martí no se puede separar al hombre del escritor sin que se nos deshaga entre las manos. Ocurre como en el juicio salomónico: el que no grite ante el intento de descuartizamiento, no tiene vínculos sanguíneos con nuestro héroe letrado. A José Martí se le acepta y entiende por lo que dice y por el modo de decirlo, como gran unidad expresiva, como genuino y poderoso caso revolucionario, o no se le acepta de ninguna manera.

Debe esperarse que muchos de los que hablen de Martí con ocasión de su primer centenario sean escritores. Ojalá los que lo hagan estén asistidos en alguna medida de aquella central virtud del prócer recordado que, sintiéndose muy hombre de

su gremio elocuente, anduvo siempre lejos de hacer de su profesión registro mísero de la tarea de sus colegas. En este punto, Martí es una acusación viviente de tantos intelectuales que no viven en sí mismos sino en la obra de los demás. Para Martí el escritor es, sobre todas las cosas, un testigo de su tiempo, no un testigo de la tarea literaria de los otros escritores: un testigo pleno de conciencia y responsabilidad. Quien lo sea, quien vaya al encuentro de la realidad con ánimo de entenderla y superarla, quien sea “hombre entre los hombres”, como él quería, festejará dignamente el primer Centenario del escritor José Martí.

Señoras y señores:

El 28 de enero de 1853 nacía en una casa humilde de la calle Paula, en la ciudad de la Habana, un niño pobre y débil. Llegaba al mundo en lo más sombrío de una colectividad asentada en la opresión y el privilegio. Era como una llamita indefensa enfrentada a todos los poderes violentos. Los que le vieron entonces el cuerpecillo ruín y la frente desmesurada imaginaron que saludaban a un colono más, condenado, por el delito calderoniano de nacer, a una existencia hecha de resignaciones angustiosas. A los cien años del suceso intrascendente nos reunimos cerca del lugar de su muerte, a la vera de sus cenizas sagradas, a meditar sobre la manera de servir mejor la claridad magna nacida de aquella llamita, vencedora de todos los vientos.

Aquella lucecita vacilante que se encendía hace un siglo en la casa pobre del celador colonial no solo costó —como habría de decir muchos años después un español sensible—, el hundimiento de lo que restaba del poder de España en América. Aquel fue el servicio que su tiempo le impuso, pero no el íntegro destino de su luz. Bien sabemos que aquella llamita estará presente, haciendo su oficio revolucionario, en el hundimiento de injusticias más viejas, más anchas, más profundas. Y como José Martí es maestro de la hazaña ambiciosa y de las imaginaciones desembarazadas, no será descaminado imaginar a su sombra, desde este cumpleaños, lo que será su segundo Centenario. Nuestras potencias incalculables habrán encontrado entonces las vías propias de su magno encumbramiento. Los pueblos por los que vivió y murió José Martí serán ya justos, dichosos, fraternales y grandes. Y en la ancha claridad

sin sangre ni ceño de su segundo Centenario descubrirán todavía los americanos la huella de la llamita ansiosa y terca, trémula e inviolable, que nació hace un siglo, que se mantuvo viva y peleadora sin un instante de temor o de quietud, que se alimentó de sí misma para alumbrar con luz más pura y que se consumió en nuestro servicio.

Martí y España⁵³

José L. Galbe

Vengo a ingresar en el culto de Martí como humilde neófito, tan lleno de respeto que llevo trece años en Cuba y ahora es cuando voy a atreverme a decir sobre él algunas palabras, pero aunque no haya hablado del Apóstol hace tiempo que lo llevo en mi espíritu como a maestro y guía, vencedor en la mayor prueba que haya sufrido genio alguno: la de haberse incluido en sus obras completas hasta los mas íntimos de sus papeles cotidianos.

Uno de los pocos escatimadores de su gloria, don Antonio de Iraizoz, dijo que como “al genio más daña que beneficia la prodigalidad en recoger cosas no logradas”, “toca a los cubanos impedir que Martí caiga en lo risible, ya que, aunque un autor debe ser crítico de sí mismo, Martí no tuvo tiempo”.

Error craso porque Martí tuvo para escribirla el tiempo que faltó a su comentarista para leer la carta a Gonzalo de Quesada en que señaló lo que creía seleccionable de su obra, equivocándose solo en el exceso de su modestia, porque como, según dijo Pedro Henríquez Ureña, “él elevaba los temas a su propia altura”, todo ha servido, sirve y servirá, y ha quedado resuelto a su favor por su primer siglo de vida inmortal y por el ancho mundo sin orillas, que le atribuye universal talla, el gravísimo problema que para cualquier otro hubiera supuesto el ser exprimido hasta la última gota de su sustancia, y su obra total, examinada con todos los microscopios ideológicos, éticos, estéticos y políticos, ha quedado triunfante en todos sus aspectos.

⁵³ Conferencia pronunciada el 16 de marzo de 1953.

Esa grandeza debe acentuar nuestra humildad. A Martí hay que acercarse como se entra en una catedral majestuosa, en cuyos púlpitos ni aún los que lo hacen con formal derecho debieran osar encaramarse nunca, y en cuyas naves no es lícito ponerse a gritar por el gusto de oír la propia voz resonando en las bóvedas.

Viene sirviendo, sin embargo, con harta frecuencia “para llenar con pensamientos aceptables el vacío de la voz ajena”, y hay gentes que han de agradecerle una cierta efímera resonancia y supervivencia porque si no hubieran escrito precisamente sobre él jamás hubieran visto en libros ni folletos sus nombres grises.

Frente a estos, debiera formularse como mandamiento de la religión del Apóstol, a la que podríamos llamar “la religión del hombre”, el de “no pronunciarás el nombre de Martí en vano”, porque se le invoca tan desafortunada y a veces escarnecedora-mente, en fechas faustas e infaustas, y hasta por los personajes más siniestros, que pronto llegará el día de reglamentar la utilización de Martí lo mismo que ha habido que limitar coactivamente el abuso de la bandera de la Patria.

No hubiera osado incorporarme a la falange de comentaristas que “enmarañan la selva martiana de malezas con las que difícilmente lucha el hacha del leñador” si no me hubiera hecho mi gran amigo el Dr. Felipe Martínez Arango el honor altísimo de invitarme a participar en este Ciclo del Centenario.

Permitidme que mis primeras palabras sobre Martí sean una ofrenda floral más, que alzo hacia él, hablándoos, como voy a hacerlo, precisamente de un ramo de flores.

Cierto día, hace unos años, recibí un regalo gentil de un amigo admirado. Jorge Arche me ofreció una copia de su retrato del Apóstol. Es un óleo notable, hecho con unción, poniendo en él el alma. Martí es un nuevo “Caballero de la mano al pecho”, aunque el suyo generoso no lo cubre, como en el lienzo del Greco, un hábito de negro terciopelo sino una blanca guayabera criolla.

Ojos iluminados y febriles, ancha frente genial, aire romántico... Detrás —nubes, palmeras y colinas engarzadas en sol— la tibieza entrañable del campo de Cuba.

Entronicé el cuadro frente a los libros amigos y a los retratos de mis muertos, esas imágenes descoloridas que son, hasta el fin de las nuestras, lo único que nos tiene que respetar la vida a las gentes ligeras de equipaje. Y hace algún tiempo —empezaba el año del Centenario— en la diaria resurrección luminosa de las mañanas, fui viendo algo que me hizo pensar en un milagro imposible. En el jarrón, antes vacío, amanecía a diario la dulzura hecha flor bajo el retrato hecho símbolo.

Sin promesa ni comentario, discurso ni fotografía, una mujer humilde que se afana en mi hogar en las tareas domésticas, busca los ramos por los senderos de Ciudadamar, y bajo ese retrato ignorado, que solo ella y yo vemos, coloca cada mañana la ofrenda.

Pienso que a Martí, tan fuerte que pudo permitirse el lujo supremo de la ternura que amenaza la fija pupila atónita, le gustaría que lo hiciese y por Martí y por esta mujer cubana lanzo al vuelo las campanas de mi júbilo, que no está de más repetir, antes de entrar en cualquier tema de la doctrina o la actitud del Maestro, que Martí, primero que con nadie con quien estuvo fue “con los pobres de la tierra”, y por encima de cualquier hazaña nacional o política, por sobre todas sus consecuencias cubanas y americanas, quedó flotando, como la más alta bandera, su mensaje humano total, el que ondea en lo cimero de sus *Versos Sencillos*:

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace y vuelve
como de un baño de luz.

Versos inmortales, que lo colocan en la escala de los valores humanos al nivel inaccesible de un Beethoven, porque, como él, supo ir “de la hiel a la miel”, “por el dolor a la alegría” y por la desesperación a la esperanza.

Martí y España

Hablar de Martí y España es sacar agua del mar. Y ha de ser tratar de Cuba y España, que Martí la vio siempre en función

de cubano, el mejor de cuantos se alzaron en defensa de la libertad de su tierra.

El tema, a una suave luz de sentimentalismo, ha marchado con fácil lubricante de cordialidad aunque, a veces, con la confusión sinuosa de lo interesado. Han sido españoles quienes han caído más en tales trampas, y hasta mentes muy altas se apartaron de la severidad con que hay que dilucidar este asunto.

Los tópicos

El propio don Fernando de los Ríos se refirió al “alma hispánica”, como otros al “alma germánica” o al “alma eslava”, fórmulas tan rechazadas que no se habla ya ni del “alma yanqui”, que sería en nuestros días una de las más importantes sino del “modo de vida de Occidente”, porque si aún el alma misma está en discusión, y se alza contra la creencia tradicional de que el hombre sea un cuerpo con un alma la concepción unitaria de Wundt, entrevista ya desde Aristóteles, de que “lo físico y lo psíquico son aspectos de una misma serie de fenómenos”, mucho más sin sentido son esos tópicos del “alma hispánica” y el “alma cubana”, como si esas abstracciones pudieran desmenuzarse con fines sintéticos, y como si pudiera existir un “alma hispana”, en la que entrarían como ingredientes la de Teresa de Jesús con la de Isabel Segunda, la de Torquemada con la del Padre Las Casas, y la de Antonio Machado con la de José María Pemán, o un “alma cubana”, en la que habrían de mezclarse la de Miguel Coyula con la de Ramón Vasconcelos y la de don Tomás Estrada Palma con la de Fulgencio Batista.

Esta etapa de juegos florales la apuntilló don Fernando Ortiz cuando habló de “la llamada fiesta de la llamada raza”, pero estamos en otra que hay que superar también: la de “las dos Españas”, buena y mala, liberal y reaccionaria, izquierdista y derechista, roja y negra; porque sobre que no hay dos Españas sino una infinidad de aspectos de sus naciones y sus hombres, aún en la convencionalmente buena hay gentes tan viles e inútiles que las repudiamos con la misma energía con que nos batiremos hasta la muerte contra nuestros enemigos visibles del otro lado de las barricadas.

Y tampoco es aceptable la rebusca de gentilezas martianas hacia España y sus hijos, porque esa recopilación, que hecha por un Roig de Leuchsenring es admirable, y digna de la gratitud de todos los españoles, para cualquiera que lo sea, además de ser espigar un campo ya limpio, es riesgo de que se le atribuya deseo de usar a Martí en apoyo de una hospitalidad que no concedéis por orden suya sino por voluntad vuestra.

Vamos a afrontar el tema con más claridad y menos cortesía que, puesto que somos familia, sobran los cumplidos.

El tema

No puedo tratarlo sino muy brevemente y por alusiones, pues debo referirme al articularlo a los muchos contactos de Martí con España, principalmente en cuatro aspectos:

1. la filiación,
2. el amor,
3. la amistad, y
4. la cultura,

siempre a base de su propio pensamiento, en la medida en que me sea dable captarlo, y sin olvidar el de España respecto a él.

Hijo de españoles

Lo de ser Martí hijo de españoles no es un mero contacto, sino la más profunda de sus raíces biológicas y psíquicas.

Los biógrafos han hecho conjeturas y recreaciones que van desde la concepción, autocalificada de cósmica de Rodríguez Embil, que los bendice “porque fueron sus padres”, y habla de su “simple e inconsciente grandeza” hasta apreciaciones peyorativas que, por gratuitas e infundadas, no se debe contribuir a propagar.

Don Mariano Martí

Del padre hablaré antes porque es más urgente la reivindicación de una figura que desbocados improvisadores están insultando, como en una reciente escenificación de un conocido colegio

privado habanero que, con la agravante de televisión, presentó unos días a don Mariano Martí como una bestia furiosa.

De los biógrafos ha sido, sin duda, Luis Felipe Núñez Gallardo el que ha tratado la figura del padre de Martí con mayor respeto y ha entrado más decididamente por el camino correcto de reivindicarle plenamente de las gratuitas acusaciones de brutalidad.

No interesa mucho que fuera buen mozo, de lo que no hay duda, pues así lo describen todos, desde Carlos Márquez Sterling, que subraya su caballerosidad; hasta Isidro Méndez, que le celebra el “que huyera, por naturaleza, del afectado hacerse notar que caracteriza a los militares dominadores de los pueblos que subyugan”.

Gonzalo de Quesada nos lo presenta en el bautizo de Martí, “pensando con orgullo que el niño será fiel a la bandera rojigualda del regimiento de su padre”, bandera con menos amor de la milicia que el que el biógrafo supone, pues no hacía mucho que Narváez la había hecho obligatoria a los cuerpos montados, prohibiéndoles, no sin protestas, el uso de los viejos estandartes provinciales, de mayor arraigo porque siempre fueron más adictos los militares profesionales a marchar con banderas propias que bajo las de la patria.

Mañach, que se aventura a la silueta psicológica, la traza ecléctica: “ademán brusco y aire mandón, con brutal prontitud para el enojo” pero “sus blanduras de vez en cuando”, y “no sobrado de inteligencia”, mas “con ciertas cualidades primarias”.

Caben estudios más benévolos porque hasta en minucias cotidianas quedaron huellas de su bondad, y Martí habló de él muchas veces con cariño y admiración.

Era hombre ordenado que no ordenancista. “Mi padre —cuenta el Apóstol— al gato que pecaba le hundía la nariz en el pecado, y eso hago yo con los soberbios”. Limpia defensa de la pulcritud y la disciplina gatunas que no llegó a la crueldad de los que los prohíben o envenenan.

Hay un poema del Maestro que, en su segunda estrofa dice:

Mi padre era español: era su gloria
los domingos, vestir sus hijos.

Pelear, bueno...
No tienes que pelear, mejor.
Aún por el derecho es un pecado verter sangre,
y se ha de hallar, al fin, el modo de evitarlo.
Pero si no, Santo sencillo de la barba blanca,
ni a sangre inútil llama a tu hijo,
ni servirá en su patria al extranjero.
Mi padre era español: era su gloria,
rendida la faena,
ir conmigo, el domingo, de la mano...

Cuando don Mariano se puso enfermo Martí se angustió terriblemente: “Lo de mi padre, cada día peor, me tiene loco. ¡Ah, pobre viejo! ¡Y yo más pobre!”

Y cuando murió, le escribió a Fermín Valdés:

Mi padre acaba de morir, y gran parte de mi con él. Tú no sabes como llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y la hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesan y le premiara en los últimos años de su vida aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba.

Fue, en resumen, una relación normal la que hubo entre Martí y su padre aunque es lógico que en todo hogar de español que procrea en Cuba haya pequeñas fricciones porque aunque todos seamos unos hay matices que al padre a veces le hacen gracia pero otras le enojan por ver que, a causa del medio, su hijo es menos suyo o menos como él que lo que había soñado, extraño en ciertas modalidades a su propia tradición cultural, más extraño —quiere decirse— que lo que normalmente lo son los hijos de los padres, como miembros, al fin, de generaciones rivales, y si se une a ello un problema político el asunto es mucho más complicado.

Como se desarrollaron estas situaciones en el hogar de los Martí es campo abierto a la fantasía, y es el de la intimidad

martiana el tema en que se dispone de menos documentos, entre los que quizá los *Cuadernos de trabajo* sean los más importantes.

Herencia y medio

A primera vista, la figura del Apóstol representaría un triunfo notable y precoz del medio social sobre la herencia y aún la familia. Martí arranca como cubano libre sin la menor preocupación por los intereses familiares, y a don Mariano no le irrita que su hijo sea rebelde, sino que sea poeta.

Las contradicciones con aquel padre, cuya reivindicación contra las faltas de respeto de la ignorancia que se queda en el primer capítulo la dejó escrita el propio Martí, fueron mínimas.

Fue en España donde Martí acuñó más fuertemente su perfil de insurrecto, y no es paradoja puesto que vivió entre españoles rebeldes que estaban de acuerdo con su actitud.

En el hogar no debió ser el drama muy grave. No era don Mariano muy cerrilmente militarista, pues se llevaba muy mal con sus superiores, ni muy colonialista porque de los problemas que tuvo ninguno fue en perjuicio de cubanos del pueblo, sino con criollas aristocratizantes.

Pero además, concretamente, en lo político Martí legó a la posteridad la figura de su padre, el español don Mariano Martí y Navarro como la de un amigo y defensor de los cubanos, declarando en 1894 que “fue más liberal que él mismo porque entre la injusticia de su patria y las víctimas de ella se puso al lado de éstas” y porque fue de los que “se despojaron un día de las insignias de su empleo para que sus hijos no se tuvieran que ver nunca frente a ellos”.

Se nos ocurre pensar que si Martí hubiera nacido en la India hijo de padres ingleses a buen seguro que no hubiera sido jamás un Gandhi, ni siquiera hubiera formado en sus filas, mas, sobre todo, no perdamos de vista el testimonio del Apóstol, que si siempre creemos en él no vamos a negarle veracidad al hablar de su propio padre, que si no fue más que un pobre sargento pobre murió sin atropellar a Cuba ni autoascenderse a la fuerza.

La madre

A la madre —soñadora, sentimental y apasionada; una canaria a medio camino entre España y Cuba— es claro que la quiso como los hijos las quieren.

Dijo una vez, fríamente: “Todo hombre tiene dos madres: la naturaleza y las circunstancias”, pero exaltó el amor filial en muchas ocasiones: “No cree el hombre de veras en la muerte hasta que su madre no se le va de entre los brazos”. “La madre es el sostén de nuestra vida: algo nos guía y ampara mientras ella no muere, y cuando nos falta la tierra se abre bajo los pies”.

Pero aunque la quiso tanto la hizo sufrir mucho, y en este conflicto entre Martí y ella, habrá que estar con ella si hemos de seguir la lección del Apóstol.

Martí, que no bajó jamás su tono, que escribía igual sus cartas que sus libros, y a su madre lo mismo que a los demás, no supo hacer en su vida angustiada ni un solo anticlímax de distensión, y dramatizó su problema, y pregonó sin disimulo ante ella su vocación de mártir, tal vez porque entendía que esto entraba en la misión de sacrificio que se había impuesto. “Mi vida, que auguro ha de ser corta”, le escribe cuando tenía 16 años.

Hay un trágico idilio atravesado como por espadas por frases sobrecogedoras: “A otros puedo hablar de otras cosas. Con Ud. se me escapa el alma”. “Mi pluma corre de mi verdad. O digo lo que está en mí o no digo nada”. “Luego, este hablar de mí mismo, tan feo y tan enojoso”. “Muerde, muerde mi pena. No me la puedo arrancar del costado”. Hasta llegar a escribirle con crudeza inaudita, con angustia de desconsolado que busca el único consuelo, como con la frente reclinada en su regazo lejano, la pregunta de Pasión de su última carta, carta como del Huerto de los Olivos, en que hablándole de su “creciente y necesaria agonía” y de como “siempre lo acompaña su recuerdo” le dice, con palabras como las que Cristo pronunció en la cruz: “¿Por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?”. Luego se justifica ante ella: “A usted le duele en la cólera de su amor el sacrificio de mi vida, pero el deber de un hombre está allí donde es más útil”. Le pide su bendición y le hace una última caricia: “No padezca...”

Rodríguez Embil, que bendijo a los padres por serlo y los comparó a José y María, hubiera podido reservar esa culminación apasionada para este momento final en que, frente al Martí que sabe que va a morir, que va a ir, casi inerme, a darle el pecho al enemigo, su madre se nos aparece como la Dolorosa de un Vía Crucis que culmina con el galope transfigurado de Dos Ríos.

El amor y la amistad

El segundo contacto de Martí con España es a través del amor y de la amistad, que no pueden tratarse separadamente porque se entretajan, pese a cuanto se diga, y el trato entre hombres y mujeres abunda en amores amistosos y amistades amorosas que no son sino complejas manifestaciones de la libido, y no hay contraposición entre ellas sino de ambos con lo tanático, que alcanzó en Martí una importancia considerable y permanente, como ha ocurrido muchas veces en personalidades geniales.

Martí tomó la defensa de la amistad y la hizo muchas veces: “El mundo es fuerte y bello por los amigos”.

Y puede afirmarse que en ambos aspectos —amistad y amor— su mejor etapa, aquello en que vivió una vida más placida y normal, de hombre corriente y no de iluminado presto al martirio, transcurrió en Zaragoza, en mi Aragón natal, prestigiado por su elogio más rotundo.

Martí en Zaragoza

Lamento amargamente no haber investigado la vida de Martí en mi ciudad cuando pude hacerlo. Fue culpa de mis amigos cubanos de entonces: del tribuno y embajador García Kohly, del poeta y primer secretario Pichardo, del segundo secretario el erudito Chacón, buscador de caminos desconocidos y de cartas censorias de la Conquista. No me hablaron de Martí nunca, a pesar de lo sincero de nuestra amistad y de lo largo de nuestra convivencia.

La fama de Cuba en el mundo la han esparcido sus músicos, sus escultores, sus pintores, sus poetas y sus bailarinas. Los oficialmente obligados a propagarla se han dedicado más bien a cimentar sus pequeños prestigios personales, y —extraño caso— ni aún para ello han utilizado a Martí, que no tiene aún

monumentos en España porque como todos estos diplomáticos tiran más bien a reaccionarios no se apresuran por estatuas del Apóstol, y menos mal que no han instalado la de Machado, aunque no ha sido por falta de tentativas.

Ahora, el afrontar, falto de estudio, el tema de Martí en Zaragoza no voy a caer en el despeñadero lírico de los tópicos.

Sé que los nobles de Aragón, que les decían a los Reyes, al tomarles juramento: “Nos, que somos tanto como vos, y juntos más que Vos”, y que han servido para que se diga que la democracia aragonesa fue la única que existió en la Edad Media, no eran tales demócratas sino buenos latifundistas que se monarquizaron a la fuerza para no exterminarse mutuamente en excesos de feudalismo.

Sé, porque me lo dijo mi padre, don Pascual Galbe, Archivero de la Diputación de Zaragoza, que fue un paleógrafo al que consultaban Jiménez Soler, Moneva Puyol y Serrano Sanz, que “el Justicia de Aragón, Don Juan de Lanuza, se enteró de que tenía cabeza cuando se la cortaron”.

Y sé que la Jota, nuestro máximo producto de exportación, puede interpretarse, con Baroja, como “un canto de extremada violencia en que un hombre, gritando cuanto puede, compara brutalmente su hombría con la de cualquier otro competidor en la lucha por la existencia”.

Conozco todo esto y puedo imaginar la vida zaragozana de Martí, y sus relaciones con la bella rubia Blanca de Montalvo, que casó después con un catedrático de medicina, y con las “Páticas Verdes”, a las que se pinta como una especie de modistillas madrileñas, casi “midinettes” parisienses, y que probablemente no tuvieron nada de eso, sino una actitud maternal y protectora hacia el exilado pobre y triste, romántico y rebelde, aunque ya sabemos, cuando hay juventud por medio, en qué paran estas actitudes.

Los historiadores escriben sesudamente pero a veces los mejora cualquiera que sepa del caso no más que lo que pueda saber por haber vivido en el lugar del suceso. Zaragoza, con máximas de 45 grados centígrados y mínimas de 15 bajo cero, combina con las delicias del Sahara y de la Siberia la niebla de

los cuatro cursos de agua que la hacen isla —Ebro, Gállego, Huerva, y el Canal Imperial, de añadidura— y un cierto vientecillo asesino del Moncayo, famoso entre los cierzos, del que decía en San Petersburgo el ayuda de cámara de un ministro aragonés acreditado ante los Zares aunque desacreditado en su tierra: “Señor Marqués: sopla un Moncayo que aja el pellejo!”. Esto se convierte en las historias en una frase que dice: “Martí se quedó en Zaragoza por ser lugar saludable”. Y al cabo puede que tengan razón, que tengo para mí que a mi duro entrenamiento natural de zaragozano debo mi supervivencia de los campos de concentración de Francia, donde dormíamos en fosas de cementerio, para que nos pasara por encima “el Moncayo”, y para tener preparada cada uno la suya, sabia precaución porque, de los 90 000 que éramos, 28 mil las usaron en el primer año de hospitalidad sin hospitalización.

Tampoco se quedó Martí en Zaragoza para acogerse a una universidad “tan ilustre cuanto benévola”, como dice de la Cesaraugustana Mañach que aunque informado respecto al clima, al que —suavizando diplomáticamente— califica de “destemplado y mudable”, no está en lo cierto al graduar a la Universidad aragonesa, y le pido, respetuosamente que le suba el respeto, como ya se lo va subiendo a otras, que siendo Martí un genio no hay por qué atribuir a benevolencia el que aprobase de una vez unas cuantas asignaturas por un orden anómalo de concesión extraordinaria.

Lo que ocurrió fue que el rebelde cayó bien en una ciudad que también lo era, y le dio ocasión a comprobarlo *de visu* escenificando una sangrienta contienda civil de zaragozanos contra la tiranía, batalla de horas y de muchos muertos, de la que volvió herido a la fonda de la calle de la Manifestación el negro Simón, un deportado cubano, víctima de Lersundi, acusado de ñañiguismo, limpiabotas y sirviente, que fue con los aragoneses a las barricadas y salió de ellas descalabrado.

Se quedó Martí en Zaragoza —que se parece mucho a esta nuestra Santiago de Cuba en lo de tener condiciones naturales de metrópoli y, sin serlo oficialmente, rango espiritual de capital— por la cordialidad de las gentes, y porque —*ubi bene ibi patria*— uno se queda donde le hacen grata la vida aunque no llevara pensado hacerlo.

Me imagino con deleite a Martí en Zaragoza, mi tierra, rodeado de muchachas alegres, francas hasta la rudeza, agresivas hasta el descaro, festejadoras y bien vestidas, “flirteando” en pleno siglo XIX con ellas y en algo más profundo con alguna, en los antepalcos de terciopelo rojo del suntuoso Teatro Principal, con unos duros, aunque pocos, en el bolsillo y pase a todas partes, rumboso y atractivo en su aureola heroica, notorio como periodista de punta en el *Diario de Avisos*, y recibida de los talentos locales, tan hostiles al petulante madrileño, una plena consagración de forastero de valía.

No es útil sino para acentuar perfiles insistir en un cuadro que tan magistralmente han trazado Mañach y Emilio Roig. Con la propia proclamación de Martí ha de hacerse este resumen de lo que le proporcionó España en orden a esos elementos básicos de la existencia humana que son el amor y la amistad.

Claro que si Martí no hubiera sido tan universal

—Yo vengo de todas partes
y hacia todas partes voy;
arte soy entre las artes
y en los montes, monte soy—,

ni él lo hubiera conquistado tanto, ni Aragón se le hubiera entregado como lo hizo, porque ese don recíproco de la comprensión entre lo local y el recién llegado exige en este una actitud universalista sin pequeñas nostalgias, ni crítica de comparaciones odiosas, ni resentimiento contra los manejos de la vida, pero queda claro que España le dio a Martí —o Aragón en su nombre— todo lo mejor que pudo ofrecerle, y él, que era agradecido, como bien nacido, lo dijo mejor que nadie:

Para Aragón, en España,
un lugar, todo Aragón:
franco, fiero, fiel, sin saña.
Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer,

acabando con una expresión que es el grito más alto de alegría vital que se halla tal vez en toda su obra:

Amo la tierra florida
musulmana o española
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

(Entre paréntesis; esta expresión “musulmana o española” merece un esclarecimiento, y hasta un ensayo. Martí, probablemente, no quiso subrayar con ella su espíritu universal. Se refería, sin duda, al estrato árabe que hay en Zaragoza, que si fue César Augusta fue luego Zahara Kusta, y los aragoneses tienen más de moros que lo que la gente cree.

García Arista, el historiador pintoresco, que bien pudo decir “Ha habido tres sordos geniales: Goya, Beethoven y un servidor de ustedes”, sostuvo que la Jota la creó Aben Jot, y en Aragón subsiste el clan de los Galbe, la casta del moro Galbe, con B alta, que se batió en Albarracín con don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, y dio nombre, además de a un pueblo de Teruel, a todos los Gálvez con V pequeña y Z, aunque crean ellos que descienden de caballeros castellanos).

Volviendo al tema, y para acabarlo. Martí en España no se sintió desterrado nunca. Eso le ocurrió en el Norte, donde escribió aquello de que “No hay tristeza como la muerte en el destierro, cuando la casa sin raíces parece asolada por viento enemigo, y los retratos de otros tiempos dichosos miran como extraños desde la pared”.

Martí tuvo en España una actitud de hombre comprendido, que siente que su vida no se frustra, que se rehace y sigue hacia su propia meta, y lo expresó con su excelso poderío poético pero era el mismo sentimiento elemental con que otro exilado cualquiera, con menos calidad, puede expresar su gratitud, exenta de lisonja, y decir, por ejemplo, como he dicho yo al final de mi “Son de Santiago”:

Santiago: en ti, por fin
volví a encontrar mi ruta.
Y cuando me preguntan

por mi vida en la tuya
digo: Soy de Santiago,
de Santiago de Cuba.

Y visto lo que le dio España a Martí en raíz familiar, amigos y amores, pasemos a la entrega cultural española a este gran genio americano.

La cultura de Martí

De que fue española la cultura de Martí no hay duda, aunque fue hombre de varias, y la francesa fue muy gustada y asimilada por él.

Los biógrafos han tratado también el tema y poco puede añadirse a lo dicho por ellos, sobre todo por Marinello en su estudio sobre “La españolidad literaria de Martí”.

Sin embargo no fue España la que le acostumbró a escribir tan bien como lo hizo, sino Mendive, maestro de maestros, contra cuyo regaño ocasional reaccionó el Apóstol con más violencia y dolor que los que sintió al rechazar las supuestas rudezas de su padre.

Lo gracianesco, lo quevedesco, lo teresiano, Cervantes, Saavedra Fajardo, Fígaro, Bécquer, todo ha sido debidamente acotado, coincidencias y paradojas, pero no olvidemos a don Rafael, porque cuando el maestro de primeras letras es bueno —y Mendive fue excelso— nadie como él puede arar la mente y la conciencia del hombre y, por eso, así como no hay título más alto que el de maestro, no hay responsabilidad mayor ni culpa más sin perdón que la de serlo de mal modo, sin vocación ni competencia, que el buen maestro es la figura cumbre del conglomerado social pero el malo es la más siniestra, y si el bueno vive y muere en olor de santidad al falso, al que en definitiva no es maestro, más le valiera no haber nacido porque con cien vidas no pagaría el mal que hace y el desastre al que contribuye.

Martí escritor

No puedo cantar, por falta de tiempo, como sería mi gusto, a Martí escritor: las excelencias de su severidad siempre espléndida, el torrente de su verbo, el brillo relampagueante de sus metáforas, su afán artístico, que le llevó a inventar la coma corta

para musicalizar el período y, sobre todo, la decisión con que emprendió, adelantándose a su tiempo, la empresa de escribir en lenguaje directo para “que se ponga la idea en forma que vibre y luzca, y se quede en la mente como el cuchillo que va de lejos a clavarse en el blanco”, huyendo de “la erudición de segunda mano que es la impedimenta de los pueblos”, y de todo lenguaje rebuscado y artificioso —peste en España del 20 al 30— en que el escritor, con barroquismo petulante de lujos pirotécnicos, hace orfebrería ideológica a lo Cellini, y en vez de lanzar cuchillos usa finísimos buriles porque cultiva, en torre de marfil, no el aleccionamiento ajeno, sino el lucimiento propio.

Martí, al borde siempre de ese peligro, jamás cayó en él, y está bien proclamarlo también libertador del lenguaje.

España y Europa

La cultura de Martí es básicamente española, pero es más importante que sea España, la parte progresiva y revolucionaria de que se rodea en Madrid y Zaragoza, la que le transmite el impulso europeo de la revolución.

El tema “Martí y España” incluye el de “Martí y Europa” porque España, pese a sus enemigos, que dijeron que África empezaba en ella (que América empieza en ella hubiera sido más justo) es también Europa, y Martí se nutre de las revoluciones europeas del 48 y lo alientan figuras de un sobrecogedor paralelismo con la suya, como la de Alejandro Petoefi, al que podemos llamar el Martí de Hungría.

El destino de España

El español vuelto hacia América es solo un tipo entre otros. Los hubo también vueltos hacia el Mediterráneo y hacia Europa.

Dijo en cierta ocasión el autor de estas notas, cantando a Cataluña:

Tus marinos, si fueron de aventura
iban al riesgo sin ensoñaciones,
con cálculo, con lógica y medida,
siempre eligiendo las tripulaciones.
Pero fueron también empresas grandes
—en remo y velas, en ballestas y arcos—.

No llegaste a volar sobre los Andes
porque Oriente llamó siempre a tus barcos.
Tú no pusiste proa a un nuevo mundo
por un impulso loco y adivino.
Tú te volviste siempre a lo profundo
del viejo corazón del Mar Latino
y lo supiste hallar: dicen las famas
que llegaste a su mismo corazón,
y que el pez de ese mar en sus escamas
llevó impresas las barras de Aragón.

Cierto que ningún español reniega de la gloria del descubrimiento, y aunque hay una subconsciencia del error de no haber ido por el verdadero camino, que hasta Colón se equivocó al buscarlo, aún los aragoneses y catalanes, que miraron siempre hacia Oriente, se revuelven furiosos contra quien suponga que maldigan la empresa americana de España o les regatee su parte en ella.

También del autor de este trabajo fue una copla baturra que se lanzó en un torneo madrileño como bomba anticentralista:

Colón halló el Nuevo Mundo
por Castilla y por León...
con barcos de Andalucía
y dineros de Aragón,

porque fue Santángel el que impidió que Isabel tuviera que empeñar sus joyas, cosa que hubiera hecho, convencida como estaba de que era negocio salvar las almas y coger algún galeón que otro de oro o de lo que hubiere lugar.

No renegamos de nuestras complicaciones americanas los españoles. Lo hicieron los del 98 cuando estaban ya verdes las uvas coloniales.

Hasta protestamos, con reprimida violencia, para que no se piense que son resabios de hispanidad envidiosa, de la osadía con que los del Norte se han cogido para ellos lo de “americanos”, y de la dejadez con que el resto del continente se lo permite, pero tampoco dejamos de sentirnos “europeos con honra”

y debemos subrayar en Martí la resonancia de las revoluciones de Europa y, sobre todo, de las que estallaron contra los Habsburgos.

Las revoluciones europeas

El ejemplo del francés había animado a otros pueblos a los que el imperialismo prohibía hablar sus propias lenguas y dificultaba sus propias costumbres. Y mientras los grandes hablaban alemán por adulación cuando no latín por prudencia —lo mismo que había en Cuba “guerrilleros” y autonomistas— Petoeffi escribió en húngaro su drama *Marat*, y frente a su compañero Jokai, que era girondino —precaución y cautela— lanzaba anatemas acerados, dignos del ideario de Martí: “Convence a una hiena de que te tiene que dar la mitad de su comida”.

Vencidas esas revoluciones, su resaca heroica se exiló a América. Roloff peleó en Cuba. Pragay pereció en el desembarco de Narciso López. Eran las mismas gentes que en 1936 formaron en España la Brigada Internacional, con nosotros, que estamos también dispuestos a pelear contra cualquier dictadura.

Los versos de Petoeffi eran publicados en los Estados Unidos por los emigrados, y hubo mambises de la manigua que en las claras noches de luna, en el silencio del acecho mortal, los cantaban adaptados a la situación de la Patria.

El mismo sentimiento de mártir que hubo en Martí ha existido en otros hombres de otras naciones, y el paralelismo entre sus vidas obliga a la cita concreta.

Dijo Petoeffi:

Sólo hay un pensamiento que me aflija:
el de morir sobre mi triste lecho
o marchitarme lentamente, como
la fresca rosa que el gusano roe.
¡No me des esa muerte, Dios piadoso!
¡Yo quiero sucumbir como la encina
que el rayo hiere o el ciclón desgarrar!”

Y dijo Martí:

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor.

Yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!

Era una actitud romántica, pero como dijo Marinello, hablando de otra cosa, “no de romanticismo de escuela literaria sino en la línea de la conducta”.

Petoeffi tampoco era soldado, sino símbolo de Hungría libre. Mas cuando, en la víspera del encuentro fatal, le dijeron que no fuera a él les respondió soberbiamente: “Menos que los soldados deben retirarse los símbolos en las batallas, aunque sean perdidas”. “¿Creeis que cuando juré morir antes que volver a la esclavitud era sólo literatura?” “No. Petoeffi no faltara a su cita!”. Se arrancó de los brazos de su mujer, que le suplicaba de rodillas, llorando, montó a caballo, y fue en busca de la muerte.

Ni lo encontraron. Se pulverizó en la carga brutal de la caballería cosaca. El cuerpo de Martí se salvó. Son azares de la historia. Pero todos ellos quedan unidos en una simbólica tumba inexistente, que tendría digno epitafio con los últimos versos del húngaro:

¡Que mis huesos dispersos no recojan
sino el gran día, a los acordes lentos
de marcha funeral, bajo los pliegues
de las banderas de crespón orladas,
cuando en fosa común unidos duermen
todos los muertos que por ti lucharon
oh santa y bella libertad del mundo!

Y de todos ellos habla Martí en su obra: de Roloff, de Pray, de Petoeffi, de las revoluciones del 48, del dinero que los esclavófilos le dieron a Taz, y de cómo la aristocracia rusa gastaba todas sus armas en el pecho de los nihilistas.

No. No fue la cultura española, ni siquiera la de los españoles dignos, sino la cultura de los hombres libres de todas partes lo que Martí llevaba en la masa de la sangre y en la médula de los huesos.

Y es universalizarlo más decir que no fue una flor milagrosa de Cuba, y ver de qué Universo le llegó su fuerza titánica.

Queda el último y más importante asunto: lo español en el pensamiento de Martí y el pensamiento español respecto a él.

El pensamiento de Martí

La expresión de Martí sobre España no fue unitaria. Espera y desespera, ama y odia, halaga e increpa.

Ve dos Españas, no frente a frente sino una dentro de la otra, y ni siquiera se pone junto a la “buena”. Se podrá pretender eso acumulando cortes transversales de su vida y su obra, aprovechando determinados relámpagos de su genio y silenciando otros truenos terribles, pero en la línea total no solo frente a diferentes aspectos y sectores de España, sino frente al difícil concepto total —España— su sentimiento y su actitud son cambiantes, y es que tal vez no ve a las patrias como madres sino, mucho más certeramente como mujeres, que se pueden amar y odiar a la vez, y que tampoco se excluyen unas a otras.

Vayamos por partes. Los españoles primero, por ser el asunto más claro. España, después.

Martí y los españoles

En primer lugar, es claro que el Apóstol rindió tributo expreso a los que ayudaron directamente a la independencia de Cuba, peleando y muriendo por ella, hasta ahorcados, como Pintó, predicando la buena doctrina, cotizando para la causa.

Estos estuvieron presentes en la lucha en proporción mayor que la que se supone y que algún día se puntualizará debidamente.

Cuando Martí desembarca, entre los primeros 50 hombres que le presenta el General Gómez —Martí lo hace constar porque sabe la importancia que tiene— hay un asturiano y un vizcaíno, y el asistente de la cocina también es español.

Anda aún —y viva mucho tiempo— por Palma Soriano un viejo venerable, que cierto día en que tuvo un incidente en una farmacia, porque quisieron abusar con una medicina, como lo discutió agriamente y el mancebo, irrespetuoso, le llamó “galle-go” con tonillo despectivo, volvió por sus fueros con su medalla y su machete de veterano.

Y cuando en 1940 sentí por primera vez la emoción de la Loma de San Juan, como vi a un hombre ya muy maduro arriar la bandera cubana, y me dijo que era su misión cotidiana, celebré su feliz empleo de viejo mambí y me contestó, sonriente: “Bueno... mambí, si fui... pero yo soy de La Coruña!”

De esto hubo mucho, pero no es, en este trabajo lo que me interesa recopilar.

Importa más subrayar la hondura con que caló el Maestro en la filosofía de la historia; por ejemplo: su gran visión de psico-sociólogo con que explica el bárbaro fusilamiento de los estudiantes del 71 como una revuelta subconsciente de tenderos y “sobrines” esclavizados contra los muchachos brillantes de la sociedad habanera.

Esto de que sean reaccionarios, o de que tomen actitudes de serlo, gentes de las que ganan el pan con el sudor de su frente es más frecuente de lo que sería lógico. Hemos conocido fascistas furiosos en la burocracia más maltratada y entre los más vejados aprendices de comercio. Les hemos increpado: “¡Que sea fascista el Duque de Veragua se explica, pero vosotros!”. Es que la conciencia de clase es muy escasa, y para retrasarla más se la combate con la doctrina del “chance”.

El caso es que Martí escribió, hablando del tremendo episodio, estas palabras geniales:

Hay odios, como el del 27 de noviembre, que suben babeantes del vientre del hombre... Allí estaban los barbilindos, los felices, los señoritos que vivían sin trabajar, mientras ellos barrían la tienda y servían en el mostrador. Estos amos, sean criados nuestros una vez al menos.

Si fue así, la cosa toma un aspecto de guerra de clases entre señoritos y menestrales, aunque esté atrozmente desviada por las contradicciones social-políticas, y se desdibuja el problema entre cubanos y españoles.

Nadie ha vuelto sobre esta tesis. Nadie se hubiera atrevido a plantearla. Pero fue Martí el que lo hizo.

Y es que Martí trató muchas veces las cosas de España como un español más, como cuando condena, con intuición profunda, “la España de Lavapiés y cafetín”, cuyo desgarró chulo

tanto enoja al español no madrileño y aún a muchos que lo son. Por eso, cuanto habló de los españoles —para bien y para mal— los españoles casi siempre lo suscribimos.

El pensamiento definitivo

Respecto a los de Cuba, que fue de los que más habló, su pensamiento definitivo quedó formulado en marzo de 1894 en su artículo “La Revolución”, última de sus referencias al tema.

Acababa de publicar Jules Clavé, en *Le Monde Illustré* de París, un trabajo en que decía que el único obstáculo que existía ya en Cuba contra la satisfacción del unánime deseo de independencia era el miedo de los españoles a ser maltratados por los cubanos después de la liberación.

Se daba a entender —y esto es importante— que ya los españoles no se oponían a la independencia cubana, sino la temían y la retrasaban por espíritu de conservación. Y escribió Martí, resumiendo el asunto:

¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convoca a todo un pueblo, y negaremos al día siguiente del triunfo los derechos por los que hemos batallado? Los goces ilegítimos sí se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que, a favor del soborno, priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y cafetín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad (este es el español que grita aún hoy en La Habana: ¡Queremos toros!). Ese, tema. Ni tiene que temer. Se le acabará el oficio y se irá sólo. Se irá el arriero y detrás el arria. Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tierra, los que no le ven al hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, de los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las América ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles traba-

jadores, los españoles rebeldes, esos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente sino para el descanso de su persona y para la conquista de la justicia.

Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces, de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles la codicia y mala distribución de la riqueza que vienen de su reparto desigual de la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; lo que deben fiar para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben cubanos y españoles temer —con sus elementos de libertad impaciente— de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía, no lo digamos cubanos porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: Más fácil es —acaba de decir Stead— convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia. No. Con todo el hervor posible y natural de la República en Cuba el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y el desdén de los norteamericanos.

Este fue el pensamiento definitivo de Martí vigente y profético, cuando aún Cuba no era libre, cuando el español era aún el opresor y el yanqui el aliado, sobre el triángulo trágico de los grupos protagonistas de la guerra de liberación.

Martí y la conquista

En cuanto a la España total, a la entidad política histórica, hay en primer lugar en Martí un justísimo y tremendo ataque también total a la empresa imperial de la Conquista y la Colonia, que tiene enorme importancia americana, aunque, como la cantera martiana es ingente, dedicados a extraer de ella durante medio siglo lecciones de utilidad nacional, los cubanos no han puesto aún plenamente en valor las páginas colosales de “Nuestra América” en las que el pensamiento de Martí logró los vuelos más altos.

Su cuadro de la Conquista es una página verdaderamente imponente:

Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del Rey y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad y lo pone preso. Por entre las divisiones y celos de los indios adelantan. Las mujeres las roban. Lo que come el encomendero el indio lo trabaja; como flores sin aroma caen muertos y con los que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del Rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes. Los cabildos que hacían los firmaban con el hierro de herrar las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persiguen al entrar en el cabildo y que al indio que eche el caballo a galopar le den 25 azotes. Los hijos que nacen aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. Quimeras despreciables les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las

calles es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón, o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor, o para ir a la quema del portugués. El glorioso criollo cae, bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza. Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia.

Los españoles imperialistas niegan airados este cuadro atroz y zarandean al Padre Las Casas. Otros, sobrecogidos, lo suscriben y renuncian a explicarlo. Hacen mal. Vamos a intentarlo. Pero antes hay que ver lo que dice Martí de otro momento español en que su acusación es más dolorosa y al que hay que aportar más explicaciones.

Martí y la Primera República Española

Martí, que ama indudablemente a España, a veces la insulta con dureza: “España o la villanía”, “La cultura que hemos obtenido a pesar de ella”, “Madre filicida”. Otras veces lo considera todo como una fatalidad histórica: “Sería delincuente provocar o fomentar una guerra en Cuba si hubiera el menor acomodo posible entre los intereses opuestos, las necesidades hostiles de España y de la Isla”.

Sus primeras voces son ya apocalípticas, con imágenes miguelangelescas.

Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado y las hubiera pintado mejor. Si existiera el Dios providente y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro y con la otra hubiera hecho rodar al abismo aquella negación de Dios.

Es muy joven pero no importa. Como está desde el principio en la zona de lo Apostólico, más: de lo mesiánico, ahora sus palabras globales suenan ungidas de verdad, y lo mismo si las dijo a los 18 que a los 38 años.

En el 71, desde Madrid, usando la Imprenta de Ramón Ramírez, increpa a los culpables del presidio de Cuba:

La razón se resiste a creer lo que habéis hecho, lo que hacéis aún. O sois bárbaros o no sabéis lo que hacéis.

Dejadme pensar que no lo sabéis aún; dejadme pensar que en esta tierra hay honra todavía, que aquí puede volver por ella esta España de acá tan injusta, tan indiferente, tan semejante ya a la España repelente y desbordada de más allá del mar.

Vemos que Martí, que en la “España peninsular” no dejó de decir nunca lo que creyó necesario, no sentía aún la dualidad de las patrias: “Esta España de acá”, “La España de allá”.

Más tarde su voz de profeta habla de una España vestida de harapos que extiende las manos para cubrirse con ellos, y grita: “¡Desnudadla! ¡Desnudadla en nombre del honor! ¡Desnudadla en nombre de la compasión y de la justicia! ¡Arrancadle sus jirones aunque le hagáis daño si no queréis que la miseria de los vestidos le llegue al corazón y los gusanos se lo roan!”. Está anticipando la posición de los españoles de la Generación del 98.

Por fin, al proclamarse la Primera República Española, en el mismo instante en que la saluda, la conmina a que cumpla con su deber de liberarse liberando.

Era lo que le imponía su misión, y él hizo y dijo muchas veces cosas que por su misión le eran impuestas.

Cuando predicó la guerra sin odio, no podemos creerlo porque sin odio, ¿para qué guerra? Había causas de odio: ahorcados, fusilados, vandalismo. Y sin embargo él contenía el odio para que no se desbordase. Lo mismo hicimos los republicanos españoles del 36. Ahora sabemos que nos equivocamos porque las revoluciones hay que hacerlas mediante las hecatombes estrictamente necesarias, y ahorrar a destiempo las vidas de los enemigos es condenar a muerte a muchos de los nuestros. Pero Martí tenía que predicar la guerra sin odio, como tenía que pedirle a gritos a la naciente república española, a sabiendas de que era imposible, la fulminante liberación de Cuba.

El desencanto de Martí, al ver que no se hizo, no debió ser muy grande porque ya en sus propias frases admonitorias parece como si lo tuviera previsto.

Sin embargo, algunos de sus comentaristas lo han subrayado muy fuertemente. Roig dice que

[...] al asistir Martí en la Península al malogrado experimento de la República comprueba con el examen directo de la actitud y conducta adoptadas por los personajes que por su filiación republicana debían encarnar el verdadero espíritu liberal y progresista de España que aquel cambio político y gubernamental no benefició en lo más mínimo a Cuba porque sus dirigentes padecían la misma ceguera, intransigencia e incompreensión que los monárquicos en todo cuanto se relacionase con el gobierno y administración de esta isla.

Empresa imposible sería justificar lo injustificable. No lo es la de explicar a España en Cuba en función de Martí; pero no a una España “buena” ni “mala” sino al complejo, a la encrucijada humana e histórica de lo español.

La explicación de España

La historia va, y cada día más, muy deprisa. Desde el momento en que se producen el Renacimiento, los grandes inventos y el Descubrimiento, es ya historia moderna. Hay que retroceder por lo menos cinco siglos para entender lo que pasó en el XIX.

España fue la cuna del capitalismo. (No es extraño que Wall Street la arriende para que sea en Europa su último baluarte).

La agricultura había progresado con el regadío de los árabes. La Reconquista origina los latifundios y el “señorito” andaluz es el último heredero del Cid.

Siglos antes de que naciera el comercio moderno los Usatges garantizaban, desde 1068, el libre acceso y protección de las naves que llegaban a Barcelona. En el siglo XI se hacía papel en Ceuta y en el XII en Játiva y Alcoy, cientos de años antes de que los impresores aragoneses y valencianos pudieran tutear a su coetáneo Gutenberg. Desde el siglo XIII Cataluña exportaba tejidos a los Países Bajos, Inglaterra y las ciudades italianas. El primer banco con garantía de la ciudad se había creado en 1400, y mientras en el resto de Europa predominaban formas de producción gremial en España había ya manufacturas industriales. Este poderoso arranque de gérmenes propicios al progreso sirvió solo para que desde entonces

la historia de España haya sido la de una represión tan bárbara y poderosa que la mantiene aún divorciada de la historia misma.

Había en todas partes al acabar la Edad Media reyes, nobles y burguesía, y el eterno complot internacional de los poderosos para detener la marcha de la humanidad hacia su meta.

En Francia la Monarquía se apoyó en el Estado Llano para someter a los Nobles, pero cuando el Estado Llano tomó vuelo pidió auxilio a los restos de la aristocracia aunque cayó en el juego peligroso porque el Estado Llano arrolló todos los obstáculos, exterminó a los Nobles y consolidó la Revolución.

España durante la conquista

En España es completamente distinto. Carlos I de España y V de Alemania vence a los Comuneros (que son una fuerza burguesa y municipal, con incrustaciones de nobles y señores arruinados) con la ayuda de los Grandes de la Corte y esa alianza es desde entonces indestructible. Los aristócratas españoles logran desde Villalar y para siempre garantía absoluta contra toda reforma agraria, y además el Rey y los Nobles se alían, también para siempre, con la Iglesia Católica a la que ayudan a pelear contra el Protestantismo en Alemania, Inglaterra y Países Bajos, no haciéndolo en la propia España porque la Reforma, inteligentemente, ni plantea la lucha en la Península, convencida de que allí nada puede hacer.

Pelean y son arrasados judíos y moriscos en varias guerras civiles espantosas, y toda Andalucía, la séptima parte del territorio, con un millón de habitantes entonces, es entregada a los señores de horca y cuchillo.

Al problema social y político se le da matiz religioso, los que intentan resistir son llamados “herejes” y ese monarquismo no es que se disfrace de catolicismo, sino que encuentra en su rigidez dogmática la más perfecta forma de expresión, y en la Inquisición un órgano represivo integral, que dura hasta 1834, es decir 45 años después de la Revolución Francesa.

Para sostener mejor todo esto se crea un ejército de mercenarios que no lo son por entonces al modo ambicioso de los “condottieros” sino a la manera humilde de los lacayos con espada.

Y se puede decir que jamás Estado alguno ha manejado un instrumento terrorista tan maquiavélico.

Esto es lo que ocurre en España mientras en la América Española se cometen los horrores del apoderamiento y la organización.

No. No estaban tampoco “en un lecho de rosas” los españoles de España durante la conquista y la colonización.

Los de América eran los que estaban bien. Martí los cita —“soldadesca sobrante”, “alféreces rebeldes”, “licenciados y clérigos hambrones”— dándole así al desorden y al abuso una explicación que es válida para hasta el día mismo de la liberación de Cuba, porque siempre persistió, según él, “el alma inmutable de la conquista española”, aunque reconoció la parte que tuvo en la independencia “la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado”.

España durante la liberación

Contra aquel Estado, distinto de los otros absolutismos europeos, conglomerado de naciones manejadas a la turca por virreyes sin más acuerdo que el de sostener los intereses con-fabulados, estalla un descontento que no es periférico, porque si bien se alzan en Flandes se sublevan también en Portugal y Cataluña, y son los “segadors” antecesores directos de los mambises.

La liberación de América del Sur tampoco se parece en nada a la del Norte. La España imperial había impuesto en América su estructura feudal: caciquismo e Inquisición. Toda colonización es un robo, pero el de los ingleses sirvió para aumentar las fuerzas productivas del país, estimuló el trabajo, aceleró la capitalización, y la independencia norteamericana fue una revolución burguesa y democrática más.

En América española no había, ni hay aún, capital ni industria. Las riquezas robadas salían de la circulación, se doraban iglesias y acaparaban joyas los monarcas, y España con lo que robaba en América compraba en Europa los productos manufacturados que sus señores no sabían, ni querían, ni permitían producir pues para impedirlo y cortar de raíz todo germen de progreso habían ya estrangulado al precoz industrialismo peninsular.

Había en 1813, según Madoz, unos seis millones y medio de españoles productivos, tres millones y medio improductivos, millón y medio de nobles o gentes con pujos de serlo, y un cuarto de millón de clérigos. Los hidalgos, antes ladrones armados, se estaban convirtiendo en señoritos ociosos. Y España cayó en el desastre porque aunque para América seguía siendo la poderosa metrópoli, y sonaba estruendosa la música imperial, en el cuadro del mundo empezaba a ser, a su vez, un país miserable que empezaban a colonizar los capitalistas extranjeros.

El siglo XIX

En el siglo XIX la situación se hace desesperada. No hay aún clase obrera y los señores feudales, reservándose las rentas, delegan, para mayor comodidad, sus poderes y, aunque siguen siendo criados, actúan ya como mayoresales en la administración de la finca los caudillos de un extraño ejército que jamás ha servido para la guerra —Mal Tiempo y Cavite, Annual y Monte Arruit, Guadalajara y Brunete— pero que sirve perfectamente para ocupar y gobernar España contra la voluntad de sus habitantes, y que, para facilitar mejor la farsa política y ponerse al paso con los tiempos (pues no era ya posible seguir con las hogueras en la segunda mitad del siglo XIX) designa algunos comparsas de alta graduación —los O'Donnells, Serranos y Prims— para que hagan el papel de liberales, y cuando alguno va demasiado lejos o es realmente un hombre de excepción y decencia —Riego, por entonces, Galán más tarde— se asombra como si hubiera parido un monstruo, los extermina, y desinfecta a fondo para que no haya la menor posibilidad de contagio en un organismo que la Iglesia Católica sigue absolviendo ampliamente de sus crímenes porque actúa, según ella, a la mayor gloria de Dios, mientras los republicanos incipientes, que proceden del pequeño capitalismo español naciente, se pueden definir como lo hizo Ossorio Gallardo al definirse él mismo como “un hombre instalado en una escalera, llamando siempre a la puerta de la derecha y siempre sorprendido de que sea la de la izquierda la que se le abre”.

La República Española

La Primera República dice que llegó a España

[...] de una manera fatal y contra la voluntad de los republicanos. La hubo porque no pudo haber otra cosa. La votaron los mismos que habían votado la monarquía de Amadeo, y la sirvieron algunos ministros que con él habían caído del poder. No se podía volver a llamar a Isabel Segunda, la Reina Prostituta, ni a ninguno de sus amantes, ni volver a mendigar por las Cortes europeas un nuevo monarca, ni había en la familia real nada que no fuera absolutamente inservible. Había que “probar” con la República, que si resultaba demasiado peligroso ya se encargaría Cánovas de la restauración con seis meses de respiro. Y el 11 de febrero de 1873 se hizo la maniobra con un primer gobierno, de Figueras, mixto de republicanos y monárquicos.

La desvergüenza era tal que doce días después hubo que sustituir a estos por gente oficialmente republicana. El 23 de abril, Cristino Martos, Presidente de la Asamblea, intentó un golpe monárquico que Pi Margall sofocó sin sangre (y que puede equivaler a la “sanjurjada” de la segunda república). Los federales pensaron implantar su tipo de Estado y fue precisamente su presidente, Pi, el que lo impidió (como renunció Maciá, el 31, a la República Catalana, que había ya proclamado). Se nombró a Figueras por segunda vez, y el hombre, desbordado, soltó la República y se fue (Como se fue Azaña en 1939 sin volver a la Región Centro, dejándola en manos de social-demócratas y anarquistas). El 18 de julio eligieron a Salmerón y se sublevaron los cantones (como se sublevaron el POUM y la FAI⁵⁴ en Cataluña en 1938), y el 6 de septiembre le sustituyó Castelar, tan visiblemente decidido a perder la República que mantuvo a Pavia en el mando, a pesar de que sabía que iba a sublevarse (como mantuvieron a todos los generales traidores los hombres insensatos de la Segunda República).

¿Cómo fue y qué posibilidades tuvo la Primera? Pues fue una comedia política; en el mejor de los casos una imposible revolución desde arriba y por decreto, cuando ni aún las leyes

⁵⁴ Partido Obrero de Unificación Marxista (trotskista) y Federación Anarquista Ibérica.

sirven si no se apoyan en los hechos de la calle, porque las revoluciones no se hacen sin pueblos armados —tierra y fusil— que las defiendan.

Don Joaquín Costa, uno de los pocos republicanos españoles revolucionarios, el hombre que se presentó a Diputado para poder pedir el fin de la guerra y la independencia de Cuba, dijo esto:

Llegó septiembre del 68; ocurrió el alzamiento tan soñado; proclamóse la soberanía nacional, y en medio del mayor entusiasmo una constitución democrática fue promulgada. Se habló de obstáculos tradicionales y el Trono fue derribado. Pero el verdadero obstáculo, el trono del cacique, quedó incólume, y todo el aparato teatral no pasó de pirotecnia: lo graduamos de revolución y no fue más que un simulacro. Se seguía sintiendo la opresión; las cosas seguían igual porque la libertad se había hecho papel pero no se había hecho carne.

Dejadme decir, una vez más, que lo mismo ocurrió con la República de Azaña. Quienes quisimos darle desde el principio el rumbo que debió llevar fuimos arrollados.

Dejadme hablar por una vez en primera persona no ya como testigo, sino como protagonista aunque sea episódico. Yo, que había proclamado personalmente la República desde los balcones del Ayuntamiento de Sevilla, que había intervenido directamente en el aplastamiento de la rebelión de Sanjurjo, cuando tropecé con un “obstáculo tradicional” y quise remediar un atropello brutal de la Guardia Civil monárquica enquistada en la República, fui procesado por agresión a fuerza armada y tuve que interpelar a Azaña para que se hiciera una justicia relativa que si se hizo al fin fue por la forma violenta y apremiante en que hube de pedirla; y eso en plena Segunda República Española, para la que también es válida la descripción que Galdós hizo de la Primera:

Bandadas de cotorras y otras aves parleras aturden con su charla retórica; alimañas saltonas o reptantes, antropoides que suben y bajan por las ramas hostigándose mutuamente; millonadas de espléndidas mariposas, millonadas de zánganos zumbantes y molestos; rayos de

sol que iluminan la fronda espesa, negros vapores que la sumergen en tenebrosa penumbra.

Cuando se proclamó por segunda vez la república, 30 años después que la de Cuba, en la provincia de Sevilla un 5 % de propietarios reunían el 72 % de la riqueza total. En Badajoz era el 60 %, en Cáceres el 57, en varias provincias más del 40 al 49. Cuba se había librado 30 años antes de la España feudal de la que los españoles no se han liberado aún, y mientras aquí, con guante sobre la garra, resucita *Tirano Banderas*, allá a principios de 1953, además de torturar hasta la muerte en una prisión a Modesto Centeno, con la leve protesta de algunos ingleses, ahorcan en garrote, con aprobación expresa de “los campeones de la democracia occidental”, en Barcelona a los obreros textiles catalanes Pedro Fernández González, Jorge Oset Palacio y José Avelino Muñoz, en Sevilla a Hilario José Martínez, Dionisio Habas Rodríguez y Miguel García, y en Granada al jefe de guerrilleros antifranquistas José Muñoz Lozano.

Claro que la Segunda República duró más y resistió heroicamente porque había ya una clase obrera poderosa y organizada, que se entregó con abnegación a la lucha, y que no hubiera sido vencida ni aún por la coalición fascista internacional ni con la complicidad de las llamadas democracias entreguistas si no hubiera sido traicionada de un lado por los anarquistas, que ya habían asomado la cabeza en el 73 en forma de cantonales, manejados siempre por “la oposición de Su Majestad”, y de otro por los social-demócratas evolucionistas, que siempre menos revolucionarios que “Izquierda Republicana” pactaron el 23 con Primo de Rivera, y acabaron en 1939 entregando Madrid, que hubiera podido seguir resistiendo y enlazar la guerra española con la mundial, de la que fue natural prólogo, que para ello había municiones y coraje, con el que los traidores acabaron en una trágica semana, asesinando a los españoles heroicos que querían luchar hasta el fin en la invencible e invencida capital de España.

Amigos cubanos y españoles: este alto emocionado es indispensable. Entré en esta meditación para explicar a España. Creo que lo he hecho. Pero no he podido explicarme aún a los republicanos españoles. Con dolor pero con convicción

y responsabilidad absoluta tengo que confesar que frente a la República Española también tenía razón Martí.

El sentimiento español

Ya que hemos visto el sentimiento de Martí hacia España veamos también el de España hacia él. Y tampoco vamos a recopilar lo bueno que han dicho y la proclamación de su genio que han hecho todos los españoles dignos, sino a poner en la picota a los que no lo son, simbolizados por ese riquísimo y tan pobre diccionario Espasa, enciclopedia del reaccionarismo hispánico, que presenta al Apóstol como

[...] un cabecilla intransigente que se opuso a que los cubanos entrasen en la república federal española y a que se crease en Madrid un casino cubano, y que escribió algunas poesías fáciles y agradables para las cuales parecen haberse escrito las palabras de Menéndez Pelayo: En Cuba todo el mundo hace versos, y son muchos los que los hacen sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y en la primera lectura aunque carezcan, por lo demás, de todo valor intrínseco.

No es esta desjerarquización privativa de los españoles cerriles. Martí no figura tampoco en las enciclopedias en inglés: ni en la Británica, ni en la de Dood Mead and Company, ni en la de Compton, en la que figura ampliamente Francisco Franco. Hasta los peores españoles le han dado más su puesto a Martí.

El mismo Cristino Martos, al que ya hemos nombrado, reconoció siempre explícitamente su genio, y hablando personalmente con el Apóstol le dijo un día:

No cabemos juntos en Cuba; ustedes o nosotros. Pero Ud. sigue siendo español, de espíritu español, empapado de hispanidad como una esponja absorbe el agua. Y en su prosa admirable y en sus versos ingenuos están Cervantes y Teresa de Jesús, Gracián y Saavedra Fajardo, Quevedo y Larra, Pi Margall y Bécquer.

Era el lenguaje empecinado y soberbio propio de su condición.

Luego, muerto ya el Maestro, declaró que Martí “hijo de españoles, orador y prosista español, de cerebro y corazón españoles, es para nosotros el símbolo de la Cuba que amamos, en su tránsito doloroso de provincia española a nación organizada”.

Estuvo ya mejor pero no bien. Recordando esas frases de Martos, para cuya figura el español normal tiene el mismo respeto que en el Tenorio el Capitán Centellas para la estatua del Comendador, nuestro sentimiento es otro.

Nuestro Martí

La España del futuro reclamará su parte en Martí. Será cuando se pueda. Pero algún día, cuando las etiquetas estatales pierdan toda importancia, en un mundo de naciones libres y pueblos felices en que no habrá telones de hierro ni siniestros tramoyistas ante ellos, y las organizaciones internacionales no serán la farsa carnavalesca que son ahora, consideraremos una guerra civil más, manejada por poderosas fuerzas extrañas a los pueblos, la guerra hispano-cubana, y nos la explicaremos no como la pelea de la madre con la hija, a la que atropelló y maltrató más que a ninguna porque era la última que se le iba, sino como lo que fue: coletazos de un poder imperial agonizante que si explotaba hasta la extenuación a sus propios súbditos de la metrópoli, en mayor grado y con más violencia tenía que expoliar a los habitantes de su última colonia.

La respuesta más alta

Unas palabras finales tengo que añadir porque Martí dijo que “Un hombre que oculta lo que piensa o no se atreve a decirlo no es un hombre honrado”.

Cuba, nuestra Cuba, que arrastra como lastre colonial el drama de ser vista hasta por algunos cubanos como patria-finca, está en una encrucijada de su historia.

Cuando España, nuestra España, empezaba a recorrer la última estación de su Calvario muchos cubanos fueron en su ayuda. Quiero recordarlos a todos en la figura de Pablo de la Torriente, que a la pregunta sobre Martí y España, sobre Cuba y España, fue el que más claro y más alto contestó.

Un día, cuando la dictadura de Primo de Rivera empezaba y los Lanceros del Rey patrullaban Zaragoza, un joven estudiante de Derecho y Letras, sentado en un banco, vio venir sobre él a uno de los vistosos jinetes.

¡Largo de aquí!”, gritó el soldado.

“¡No me da la gana!”, replicó el estudiante.

Le echó el caballo encima pero, ágil, subió una escalinata, y la sonrisa irónica del hombre de los libros se opuso al rictus tenso del hombre de la lanza.

Ganar un poco de altura, aunque sea solo sonriendo, puede ser un modo de estar en su puesto, pero no basta.

Trece años después —hace ahora 17— el 7 de noviembre de 1936, cuando las vanguardias moras llegaban a Madrid, Pablo, con su jacket corto de suave cuero azul catalán y una pistola al cinto, caminaba con el estudiante aragonés de mi historia, angustiados e iracundos, por la “tierra de nadie”.

Venían, aspeados y maltrechos, los fusiles al rojo, sin balas en las cartucheras, grupos de toledanos en derrota.

Pablo los animaba: “¿Tendrá que venir un cubano a enseñaros a tener valor?”

Los milicianos lo miraban con asombro. Les pedían cuentas a ellos, que no habían podido ni recoger sus muertos...

Pero nadie reaccionó violentamente, y en silencio seguían caminando.

De pronto uno se echó a reír. “¿Con qué eres cubano, eh?”. “Sí. Soy cubano. Y os digo que no pasarán!”.

El de Toledo, con el fusil al brazo derecho, se acercó a Pablo y lo estrujó en un abrazo muy fuerte.

Volvimos todos. Pablo con el ceño fruncido, alta la frente, malas palabras, al viento el cabello enmarañado.

Y ya lo sabéis... Murió en España, peleando por la libertad...

Hoy sus dos patrias, nuestras dos patrias viven enfermas del mismo mal.

Allá, sangrientamente.

Aquí, en un guiñol de patriarcalismo providencialista.

Martí tronaría contra esto y aquello, y para callarlo habría que volverlo a matar.

Dijo, hablando a los niños:

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. Y cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Porque en el mundo ha de haber siempre cierta cantidad de decoro como ha de haber cierta cantidad de luz.

Y hablando a los jóvenes, hablando de la Cuba de 1892, dijo:

No es buena universidad ni tienen por qué salir hombres perfectos de aquel teatro de condescendencias y vicios donde no hay justicia sin soborno, ni ráfaga de aire sin adulación, ni pan sin mancha y quien lo quiere sin mancha se queda sin pan.

Pero por aquel milagro del diamante, que luz cuaja en medio del carbón, se cría, a la vez que la generación pecadora y ligera, otra de mozos enérgicos que buscan la riqueza en el trabajo de las fuerzas naturales o aspiran, en silencio armado, a rescatarlas del ocupante que nos las detenta.

Y eso es de todos, que el que se contenta con el bien para sí y no cuida de la infamia y la miseria que se comen a los demás, ni es hombre a derechas ni se salvará de que lleguen a él la infamia y la miseria públicas.

Y ha de escribirse un poema nuevo donde esté llena de hombres piadosos la barca del mundo, y al egoísta impasible, que crió su flor entre el hambre y la sed, se le tenga por toda una luna fuera de la barca, forcejeando en la noche vacía.

Una vez más Martí se alzaba: del lodo a la alta estrella, del abismo a la barca de salvación, de la hiel a la miel, del dolor a la alegría, de la desesperación a la esperanza.

Las dos rosas

El símbolo martiano es la rosa.

Hoy nuestras patrias son —¡Pablo!— dos rosas mustias salpicadas de fango.

¡Ojalá sean —y pronto— pétalos nuevos y fragantes de la gran rosa del mundo libre!

Martí, pensador⁵⁵

Humberto Piñera

Debo a la Universidad de Oriente y en especial a su Departamento de Extensión y Relaciones Culturales la honrosa oportunidad que de nuevo me permite hablar ante ustedes. Pero a la indiscutible gratitud de mi parte se une en este caso algo tan importante al menos como aquella, y es, señoras y señores, el sentimiento de responsabilidad que implica, para quien conoce el valor y las consecuencias del pensamiento y la palabra, referirse a un aspecto de tanta significación en la personalidad de Martí como es el del pensador. Y, por si fuera poco, en el centenario de su nacimiento y en medio de una situación sin duda harto delicada, en la cual apenas si es posible atenerse a algo que no sea la mera conjetura. Pues el estado de cosas que prevalece en el mundo, del cual nuestra circunstancia local y cotidiana es recordada expresión, nos lleva a creer, con Pascal, que “la verdad está tan obnubilada en este tiempo y la mentira está tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla” (*Pensamientos*, 864). Quizá si, porque, como dijera Pablo de su época, “los hombres tienen cautiva a la verdad” (*Romanos*, I, 19). En tales dificultades, se hace indispensable que actuemos con el mayor rigor posible y movidos por el afán de la máxima objetividad, para que nuestra meditación acerca de la condición de pensador en el Apóstol no se vicie de excesos de pasión por lo que deseamos o por defectos de comprensión de lo que, aun cuando se manifieste en contra nuestra, debe ser analizado, por esto mismo, con mayor serenidad aun si cabe.

⁵⁵ Conferencia pronunciada el 26 de marzo de 1953.

A la pregunta de si es Martí un pensador, no podría nadie dar respuesta ni afirmativa ni negativa, si antes no logra ponerse en claro acerca de lo que es realmente un pensador. Sé que muchos fruncirán el ceño en señal de inconformidad con esta observación, pero adviértase que la misma no pasa de ser lo que es: una observación. Para tranquilidad de los inconformes, debo adelantarme a significar que, en mi concepto, Martí es todo un pensador. Pero, ¿por qué y cómo? Pues el mínimo de rigor exigible a quien trata de sostener una afirmación, supone que se le sustancie con las debidas pruebas.

El pensador y el filósofo

En primer lugar, hay que fijar con la máxima claridad posible la verdadera naturaleza del pensador. Tomemos, para comenzar, un caso, el del filósofo. ¿Es realmente el filósofo un pensador? Creo que nadie podría poner en duda la identidad del filósofo con el pensador. Pero, ¿cabría decir lo mismo a la inversa, o sea que todo pensador es filósofo? No creo que pudiera nadie atreverse a tanto. Y no es que se trate de una cuestión bizantina provocada por una confusión terminológica. No. Es que existe una profunda y decisiva diferencia entre el filósofo y el pensador. Como igualmente entre el filósofo y el hombre de ciencia, o entre el filósofo y el esteta, etc.

¿Qué distingue, pues, al filósofo del pensador? Sin duda alguna el hecho de que hay una universalidad y abstracción radicalísimas, que es exclusivo patrimonio de la filosofía, de tal manera, que al filósofo no puede ni debe importarle nada la definitiva solución de los problemas a los cuales se consagra con la resuelta decisión del que está de antemano convencido de su imposible solución definitiva. Tal es el caso de Sócrates, de quien se dice —y muy bien dicho— que jamás dejó resuelto ninguno de los tremebundos problemas que él mismo suscitaba. Tal es el caso de Platón, cuya preferencia por lo mitológico no es, como ingenuamente apuntan los manuales de filosofía, un caso de personal predilección por una forma literaria (pues, además, el mito no es un elemento formal, sino un contenido concreto), que expresa el convencimiento del filósofo acerca de la imposibilidad de trascender la limitación que al hombre

imponen la experiencia sensible y la razón. Como asimismo es el caso de Descartes, de Husserl y Heidegger. El pensador que es el filósofo se fija, pues, por meta lo inaccesible y por principio inacabable, porque su especulación se mueve en el plano de las más rigurosas abstracciones, más allá de toda posible referencia a lo concreto. Y aun cuando esto último aparezca en la obra del filósofo, es siempre ocasional y como el puente que permite pasar a la otra orilla, a la de la realidad por esencia irreal, donde toda medida tiene su límite máximo y a la vez mínimo; donde se anula y desaparece toda contradicción; el plano de lo ideal y por lo mismo irrealizable y en donde todo ha de ser concebido *sub specie aeterni*.

El pensador que es todo filósofo tiene, pues, que apuntar en su especulación a la utopía, que no en vano han sido las mejores utopías las concebidas por los filósofos. Pues la radical absolutidad y universalidad de las exigencias del pensar filosófico no permiten la menor condescendencia hacia la realidad en la cual actúan el poeta, el artista, el hombre de ciencia o el político. Para que esto último fuera posible en el caso del filósofo, tendría este que prescindir de su materia prima —el ser, la sustancia, la verdad, la belleza, el conocimiento del conocimiento, etc. Pero todos con mayúsculas, o sea en su plenaria manifestación respectiva. De aquí que la realidad buscada por la filosofía no sea la de este o aquel ente, sino toda y sin embargo ninguna en particular; como asimismo que la verdad a que aspira no sea la de la ciencia, o la del arte, o la de la moral, etc., sino la Verdad. Y lo mismo cabría decir de la belleza, o de la moral. Todas y sin embargo ninguna.

La diferencia fundamental que separa al filósofo de cualquier otro tipo de pensador es, pues, la que consiste en esa radicalidad de la exigencia pensante, que lleva inevitablemente al filósofo a abstraerse de la realidad. No hay, en consecuencia, como ocurre en el caso del filósofo, una utopía tan exagerada cual la que sustenta el pensamiento filosófico.

Si todo esto es así, no cabe duda que entonces el pensador no filósofo podría ser caracterizado como aquel tipo de hombre que sí participa en cierta medida de la realidad. Tal cosa es, en mi concepto, indiscutible. Pues todo otro tipo de pensador que

no sea el filósofo, participa en alguna medida de la realidad en la cual ha de asentarse para producir su obra cogitativa.

¿Qué realidad, diremos entonces, es la que maneja el pensador no filósofo, con la cual tiene que contar para su obra? Señalemos, por lo pronto, que el pensador no filósofo encara siempre en su labor de pensamiento alguna forma sustante de la realidad cotidiana. Tal es el caso del gran poeta (el caso de Homero, o de Dante o de Goethe), como igualmente del escritor (Cervantes, Shakespeare, Dostoyewski), del hombre de ciencia (Galileo, Newton o Einstein), del esteta y el historiador, etc. No es que en todos ellos deje de manifestarse el afán de infinita perfección, que se trasunta en la idealidad a que aspira cada una de esas manifestaciones. No. Pero hay un límite, por el cual quedan todas esas obras de la parte de acá de la realidad. Don Quijote, si bien es cierto que en alguna medida es un ente irreal, no es menos cierto que lo es real en mayor medida. Como ocurre con el doctor Fausto, o con Raskolnikov, o con el plano inclinado de Galileo, o con las leyes gravitatorias de Newton, o con las formulaciones estéticas de Lipps. Aspiran —¿qué duda cabe!— a su plena confirmación en la inmutable serenidad y en el equilibrio de lo ideal (fórmulas, leyes, principios, normas), pero, en primer lugar, arrancan siempre del mundo real, de nuestra realidad *hic et nunc*, de cuya textura son una porción; y luego, si bien pretenden idealizarse, que es como decir justificarse a plenitud, conservan su real origen y su configuración espacio-temporal. De ahí que las sintamos como algo que forma parte de nuestro ser constitutivo, puesto que están hechas con la estofa misma de nuestra dramática circunstancia cotidiana.

Lo dicho hasta ahora permite, según creo, ver claramente que si bien el pensamiento no filosófico participa en cierta medida de la aspiración a la radicalidad y universalidad de lo ideal absoluto, conserva, sin embargo, en considerable proporción, el vínculo con la realidad inmediata. Su finalidad de perfección es, por consiguiente, más reducida, sin que esto implique inferioridad alguna en cuanto al noble propósito de alcanzar a plenitud, si tal cosa fuese posible, la perfección sumaria de lo ideal. Lo que sucede, según creo, es que el pensador no filósofo aspira tal vez más a idealizar lo real (mediante el contraste de ambos

reinos) que a realizar lo ideal (como parece ser la pretensión excesiva del filósofo). Y es esto lo que confiere a la creación del poeta, del escritor, del historiador y hasta del hombre de ciencia esa impresionante característica de una realidad que aparece transida por el intenso fulgor de lo ideal. Se trata siempre de una realidad a la cual podemos conocer precisamente porque es real —es *res*, alguna cosa—, pero que ya no se muestra simplemente como lo real primario que era, sino transfigurada por su proximidad a lo ideal. Así, don Quijote y Fausto son nuestra realidad y no lo son, pues son tanto lo que somos y no debemos ser, como lo que no somos y debemos ser. Y la ley y su fórmula correspondiente del plano inclinado de Galileo es y no es nuestra realidad, porque los cuerpos caen y no caen a la vez según la genial disposición “realizada” por el físico pisano. Y de aquí también la impresión que nos produce cualquier pensamiento de Martí. Cuando leemos que “el deber de cada hombre consiste en estar allí donde es más útil”, sentimos que un escalofrío nos sacude, pues o bien tenemos la certeza de no estar donde debemos, o tal vez no sabemos a ciencia cierta cuál debe ser nuestro puesto. En cualquiera de los dos casos, la realidad se nos aparece transparentada por la inmutable serenidad de lo ideal. Es algo real que apunta insistentemente a lo ideal, pero que no se puede realizar decisivamente.

Tal es, por consiguiente, la naturaleza propia del pensador no filósofo. Es el hombre que se mueve desde el plano de la realidad inmediata hacia el de la pura idealidad, pero que conserva siempre la mayor porción de lo real como asiento de su propia especulación. Hay, entonces, en el pensador no filósofo, un mayor sentido de la realidad, puesto que él aspira a expresar en su obra la realidad inmediata a través de lo ideal. De aquí, también, que el pensador no filósofo, si bien admite la necesidad de contar con lo real y pretende justificarlo en lo posible con el concurso de lo ideal, se pone a sí mismo un límite en lo que respecta a la condescendencia con lo real. Aceptar lo real y aspirar a transfigurarlo en lo ideal, no significa para el pensador no filósofo que deba aceptar sin más toda realidad. Por el contrario, donde lo ideal no pueda encajar en alguna medida en lo real, de modo que esto aparezca modificado por aquello, estará de más el pensador. Tal condición es la que diferencia a Homero

de un vulgar versificador ripioso, o a Dostoyewski de un Felipe Trigo, o a Martí de un *politician* verboso y sin escrúpulos. Pues, para el pensador no filósofo, estar en la realidad no es simplemente permanecer en ella. Como a don Quijote, al pensador no filósofo siempre habrá de importarle mucho más el camino que la posada.

Y es esta última diferencia, que he traído intencionadamente en este punto, la que en forma radical distancia al pensador no filósofo del político. Esta es otra de las distinciones que creo indispensable en mi trabajo, sobre todo ahora, en que, con motivo del centenario del Apóstol, al tiempo que su egregia condición pensadora sube tan alto, la profesión del político desciende tanto entre nosotros.

El pensador no filósofo y el político

Pero, ¿qué es un político? Creo que la definición de este tipo humano es válida para todos los tiempos y no importa el lugar. Ya Aristóteles y Maquiavelo nos han hecho ver, de manera profunda y convincente, qué es ese congénere nuestro dedicado a una de tantas profesiones como las que practican los hombres. Pero ha sido Ortega y Gasset el que, a mi modo de ver, ha dado la definición más certera del político. En efecto, para el gran pensador español, el político es el hombre que aspira, no a entender las cosas, sino a utilizarlas. Además, nos dice, el político miente profesionalmente, tiene que hacerlo, pues de otro modo se vería imposibilitado de contar con la realidad inmediata y ponerla a su servicio, a cambio de transigir con ella. El político, pues, no pretende, como el filósofo, la realización de lo ideal absoluto, ni como el pensador no filósofo la idealización de lo real. No. Aspira simplemente a realizar lo real, es decir, a hacerlo aún más real si cabe. Seguir el camino del filósofo o del pensador equivaldría, en el caso del político, a la persecución de la verdad, de la belleza o del bien, dejando en este empeño una considerable parte de lo real, o lo que es lo mismo, volviéndose resueltamente contra la realidad a cuya idealización se aspira. Pero al político no le interesa la obra, sino su inmediato resultado en el medio en el cual se produce. La habitual incompreensión que rodea la gran obra del filósofo y la del pensador, como la del artista, se-

ría segura sentencia de muerte inmediata para la empresa del político. Por eso ha de renunciar a explicar nada y a resolverse a mentir en todo. Pues el político no aspira ni a adelantarse a su tiempo ni a retraerse de él, sino a cabalgar victorioso en la cresta de la ola del momento que le toca vivir. Decididamente la verdad, la belleza y el bien son quizá dones demasiado excelsos para la finalidad del político.

Desde luego que tampoco debemos ser excesivamente implacables con el político y su peculiar *modus operandi*, pues no puede faltar en el mundo alguien capaz de mandar, y esta misión está inevitablemente reservada al político. El arte de gobernar será siempre un arte de realidades, en todo momento las más ásperas e ingratas, y el político deberá en cada ocasión sacrificar lo ideal a la realidad, el deber-ser a lo que es tal como se presenta. Pero, por esto mismo, el político está incapacitado para ejercer la augusta función del pensador. Y si en algunas ocasiones un pensador ha actuado como político, sin duda que se ha visto obligado a desviarse del menester delicado del pensamiento para vacar a la función congruente con la política.

Lo que se acaba de expresar implica, por consiguiente, que el político jamás puede dejar de vivir y actuar en puro presente. La futuridad de esa traza ideal que se muestra en la obra del pensador, resulta inencontrable en la política, ya que, si así fuera, entonces lo político alcanzaría un plano desde el cual no es posible solucionar problema alguno de la inmediata realidad cotidiana. Y aquí reside, sin duda, el secreto de la ingeniosa sentencia orteguiana. En efecto, el político no se puede entretener en la explicación de las cosas con las que debe contar en su función como tal político, sino que deberá utilizarlas, es decir, considerarlas como instrumentos de provecho, de beneficio para sí y para los otros, en fin de cuentas: como útiles, que son siempre las realidades más inmediatas de que es posible dar noticia. La aleccionadora posibilidad de una superación, como resultado del contraste entre lo real presente y lo ideal en cierto modo alcanzable, y que es la esencia misma de la obra del pensador, carece de sentido para el político.

No se me oculta la objeción que constituye el caso de los llamados grandes políticos, pero creo que son justamente estos

los que personifican en grado eminente la tesis a que acabo de hacer referencia. Pues en la obra del gran político, si bien en el orden práctico queda siempre un resultado que es a veces asombroso por lo positivo y beneficioso para su pueblo, es siempre a base de muy poderosas realidades y con flagrante violación de toda norma ética, ya que se realiza en cada ocasión mediante el desconocimiento de los derechos y el respeto a las determinaciones de los demás, sean hombres o pueblos. César, Richelieu y Bismarck representan a la perfección el caso del político en su plenitud de talento y de adhesión a la circunstancia espacio-temporal, o sea con radical apartamiento de toda posible idealidad. Sócrates (en lo que resulta tangente a la política), Mazzini, Lincoln y nuestro Martí encarnan el tipo del pensador para quien lo ideal tiene que prevalecer sobre lo real inmediato y contingente, pues para todos ellos no se puede justificar la realización del presente sino por medio de un contraste con lo ideal que le sirve de estímulo superador y por esto mismo le hace mostrarse, más que como un hecho de la áspera realidad presente, como un proceso del cual cada uno de sus momentos es más bien etapa de un camino que aspira a culminar en la máxima perfección posible.

De aquí el peligro de una excesiva politización de un país, ya que la función política es inevitablemente mostrenca y siempre tejida sobre la urdimbre del compromiso y la ambición del poder. Esto es al menos lo que nos enseña la historia. Sin duda que la política es a la vez necesaria e inevitable, pero no debe constituir la primordial preocupación del grupo social. Y este es el caso de Hispanoamérica, donde cada quién siente y actúa más o menos ostensiblemente, como político. Si se observa con detenimiento la estructura de nuestros conglomerados sociales se comprobará que, en efecto, todos nosotros, en forma directa o indirecta, estamos sometidos decisivamente a las determinaciones de la política. Se dirá que en esto obran poderosas razones que establecen que sea así, y sin duda que tal afirmación es del todo admisible. Pero lo es en términos de lo que debe ser deplorado, pues la casi absoluta limitación de lo ideal en la política, hace de esta un género de actividad fundado en lo cotidiano e inmediato, transido de ambición y dominado por la pequeñez.

El pensador y el político en Martí

Y es aquí donde comienza realmente nuestra interpretación de Martí como pensador. Pues era indispensable una previa situación del problema, lo que solo podía conseguirse mediante el esclarecimiento de aquellos conceptos que forman parte del susodicho problema. Porque Martí ha sido a la vez pensador y político. Y esta simbiosis de ambas actividades en la excelsa personalidad del Apóstol y que hemos calificado de antagónicas, requiere una cuidadosa dilucidación con el fin de justificarla en la medida en que debe serlo.

Al leer detenidamente el pensamiento del Apóstol llama ante todo la atención el sentimiento de futuridad que lo recorre íntegramente. En efecto, cada línea de sus meditaciones parece concebida para ser realizada en un momento posterior, que se ofrece como inacabable nueva ocasión de mejora del presente.

Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento las entidades que el puntillo o el interés pudieran traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce de todos.

“Desde sus raíces se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propias nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía”. “Triste patria sería la que tuviese el odio por sostén...”. “La libertad ha de ser una práctica constante para que no degenerare en una fórmula banal...”. Y así podríamos multiplicar las citas martianas en las cuales el sentimiento de una constante realización como constante proyecto de perfección deja ver claramente la porción de idealidad que fundamenta su pensamiento.

Pero, por otra parte, aunque orgánicamente vinculada a la anterior condición, aparece otra del pensamiento martiano, cual es la de su sentido ético. Y en este respecto el pensamiento del Apóstol es de punta a cabo de una irrecusable e insoslayable exigencia ética. Pues Martí no transige en momento alguno con

la circunstancia cotidiana, si esta —como es inevitable que así ocurra— va contra la pureza de lo ideal. Y es aquí donde viene a punto preguntar qué hubiera sido del Apóstol si en lugar de caer en Dos Ríos conserva su preciosa vida más allá del fin de la guerra. Sé que la reflexión es ingenua, pero ¿qué pregunta no lo es? ¿Cómo habría tenido que actuar Martí, una vez concluida la contienda emancipadora, para hacer realizable, al menos en parte, su glorioso ideario concebido, como se sabe, para los tiempos de paz, o sea a impulsos de ese sentimiento de futuridad a que ya se hizo alusión? Tal vez la respuesta pueda suministrarla la terrible y desalentadora lección de la historia. A respondernos saldrían de inmediato las sombras augustas de Jesús, Sócrates, Juana de Arco, Servet y muchos más. La realidad política, de todos los tiempos, devora a quienes osan oponérsele, y es solo a través de los vaivenes de la historia como va apareciendo, en su aleccionadora lucidez, el ejemplo del pensamiento concebido, como es el caso del Apóstol, a la luz de la eternidad.

El sentido ético, en el pensamiento martiano, constituye el sustrato fundamental del cual surge. Y este sentido se revela en cada ocasión envuelto en el ropaje de una austera aspereza. “Los pueblos dormidos, invitan a sentarse sobre su lomo, y a probar el látigo y la espuela en sus ijares”. “Es un crimen valerse de la aspiración gloriosa de un pueblo para adelantar intereses o satisfacer odios personales”.

En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan antes que todo su propio interés, bien sea el de su vanidad, o el de su soberbia, o el de su peculio; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan antes que todo el interés humano.

.....

Un pueblo está hecho de hombres que resisten y hombres que empujan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebela; de la soberbia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo; de los derechos y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos; y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades,

bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado.

Precisa leer estas últimas citas del Apóstol con el indispensable cuidado. ¿Qué político sería capaz de expresarlas y al mismo tiempo hacerlas valederas en la única forma posible, a saber, aplicándolas por igual a todos los hombres, sean o no de su partido; estén o no en su contra; le ayuden o no a escalar el poder? Confesemos, en honor a Martí, que tal no es, no podría ser jamás la actitud del político, de donde la blasfemia constante que ha sido, es y seguirá siendo la palabra y el pensamiento martianos en labios de quienes, por fuerza de la profesión que han escogido (me refiero a la política), han de sacrificar al personal interés y a la circunstancia inmediata el sentido ético que fundamenta dicho pensamiento.

Pero este sentido ético implica algo más decisivo todavía y es que el pensamiento basado en este sentido ético compromete decisivamente a quien lo concibe. No es que vayamos a contradecirnos en lo ya expresado acerca de que el pensador jamás accede a la realidad inmediata con prescindencia de lo ideal, o sea que transige decisivamente con el mundo exterior. No. Pero dentro de la categoría del pensador hay unas formas o manifestaciones del pensamiento que comprometen, más o menos terminantemente, a quien piensa con sus propios pensamientos. Así el poeta, o el novelista, o el hombre de ciencia, sin que dejen de rendir culto a la verdad para la cual viven, no se encuentran comprometidos con la responsabilidad implicada en su pensamiento como sí lo está el moralizador, el predicador, el conductor de pueblos de la estirpe de Martí. Pues los contenidos ideales de una obra poética (digamos la *Divina Comedia* o el *Paraíso Perdido*), o dramática (*Antígona* o *Hamlet*), o científica (*El origen de las especies* o la *Teoría de la relatividad*), podrán ser o no ser de inmediata realización por parte de su autor respectivo, y además este no tiene por qué hacerse solidario de los principios que sustenta en su obra más allá de lo que resulte probable según el caso. No hay, en consecuencia, un compromiso insoslayable. En cambio, en el pensamiento de Sócrates, de Jesús o de Martí el

contenido cogitativo forma una parte indiscernible de la persona de su autor, de tal modo, que sin el respaldo sin limitaciones a la obra de pensamiento esta sería absolutamente indiferente. Pensemos por un momento a Sócrates aceptando su evasión de la cárcel o la compra de su condena, como querían sus discípulos y las leyes áticas lo permitían. O a Jesús retractándose en la cruz. O a Martí rehuyendo el compromiso de hacer por sí mismo, con el riesgo máximo de su vida, lo que imponía a los demás a través de su pensamiento. Por eso viene a Cuba a morir por su libertad. Porque sabe, como todo iluminado, que en sí mismo se debe resolver lo que hasta ese momento ha sido formulación teórica, obra de pensamiento. Pues lo ético no admite la más insignificante concesión; por el contrario, requiere el respaldo de un ejemplo que pruebe cómo no ha sido simple formulación teórica, sino realización definitiva en el impar momento que el destino parece reservar al pensador de este rango.

No creo que ningún otro aspecto de los que forman la condición de pensador en Martí pueda alcanzar un nivel semejante al del sentido ético. Pues lo ético, casi que no hay que repetirlo, es la íntima proyección de cada quién, su inalienable e intransferible modo de ser, a diferencia de ese otro *ethos* que impone tal o cual forma de moral positiva, esta o aquella idea acerca de lo que debe ser y, en consecuencia, de lo que no debe ser. Mientras que lo realmente propio del *ethos* individual e irremplazable es esa interna determinación que acompaña nuestras decisiones y las lleva a resolver en relación con nuestro medio exterior, o sea con nuestra circunstancia. Ahora bien, respecto de las decisiones del *ethos* individual, cabe hablar de tres formas típicas y por lo mismo casi constantes, a saber: la forma de reacción del *ethos* frente a la circunstancia exterior, en la cual aquel sobrepone la circunstancia, o tal vez mejor el interés por ella, al deber-ser. Es el caso frecuente del egoísmo y de la apatencia de bienes materiales, que desgraciadamente prevalece en la mayoría de los casos. En segundo lugar, tenemos la forma de reacción que equilibra o trata de equilibrar lo interior y lo exterior, lo que dicta el deber-ser con la circunstancia exterior. Es el caso de quien no es egoísta ni tampoco ambicioso, pero resulta incapaz de un sacrificio. Y la tercera forma es la que subordina la circunstancia o el interés por esta al deber-ser, de modo que

este prevalezca, aun cuando, para conseguirlo, sea preciso sacrificar la circunstancia y la interioridad del sujeto a la llamada del deber-ser. Esta es la forma augusta que caracteriza al gran hombre que hace de su pensamiento trágica porción de su propio ser y, en consecuencia, culmina en el sacrificio de su propia vida, al convertir las ideas por las cuales muere en su propia carne y sangre.

Así procede Martí, por lo que su labor de pensamiento no podía tener otro desenlace que el que tuvo. Y de haber rebasado con vida la gesta emancipadora hubiera tenido que sufrir no solo la incompreensión de los demás, sino hasta la cárcel, el exilio y quién sabe si la muerte. Pues el profundo sentido ético, decisivo en su obra, y el sentimiento de futuridad de la misma, no hubieran ajustado con la complicada circunstancia que subsiguio a la terminación de la guerra. Tal como sucedió con Bolívar, San Martín, Lincoln y tantos otros a quienes no podía caber otro final que el inevitable en esos casos.

El contenido filosófico en el pensamiento de Martí

Es también un aspecto muy importante, que hemos preferido dejar para el final de este trabajo, el que se refiere al contenido filosófico de la obra de pensamiento de Martí. Quizá si el aspecto más delicado de cuantos pueden ser sometidos a discusión en su labor cogitativa. Pues, en primer término, hay que preguntar si en realidad fue Martí un filósofo. Y la respuesta tiene que ser forzosamente negativa: Martí no fue filósofo. No podía serlo, quien como él pretendía idealizar lo real —en la medida de lo posible—, pero jamás aspiró a la utópica pretensión del filósofo de realizar lo ideal. Se quiera o no, el filósofo intenta, siempre en vano, ese ingenuo juego que, según la despiadada ironía de Voltaire, consiste en “buscar en un cuarto oscuro un gato negro que no existe”. Porque, en efecto, esa es la angustiada empresa de toda filosofía, pues —como lo expresa el filósofo alemán Heidegger— “la metafísica hay que hacerla desde dentro”, o sea que solo con una resuelta decisión de apartarse de toda realidad, para sumirse en lo ideal, es que se puede hacer filosofía. Esto explica la tremenda desolación del paisaje filosófico, cuando se le contempla desde la cima ya empinada del

presente, a lo largo de ese trecho que comienza en Grecia en el siglo VII a. de C. y culmina, al menos por ahora, en nuestra época gris y turbulenta. Es, pues, la filosofía a modo de desierto paraje donde inútilmente ha intentado toda floración asentarse. El filósofo no puede, si toma en serio su tarea, aspirar a nada más que a confrontar lo real con lo ideal, sin que jamás le sea dable ninguna realización efectiva, en el sentido de que su obra quede “realizada”, es decir, convertida en hechos. Y sin duda que habrá de parecer extraño que todo esto sea dicho precisamente por alguien que ha puesto su vida al servicio de la filosofía. Sin embargo, es así, por lo que a la pregunta de si la filosofía ha dejado un positivo saldo en el mundo real, hay que contestar que no. Y a esto se debe que la mayoría de las gentes, las cuales no hacen filosofía, estimen que esta es completamente inútil, por lo que sería preferible prescindir de ella. Mas no vayamos tan lejos, pues la aparente inutilidad de la filosofía es su mejor justificación, ya que nos permite ver la realidad, en todo como en parte, a la luz de una peculiar comprensión que ningún otro conocimiento puede proporcionarnos. La idealidad de la filosofía, inencontrable en el resto de los saberes, es su propia sustancia. Y como lo ideal no es lo real —y parece que no es preciso un gran esfuerzo para comprenderlo—, la filosofía carece, en rigor de verdad, de entraña real.

Por otra parte, en todo pensamiento filosófico, aún en aquellos que parecen menos sistemáticos, hay siempre implicado un sistema. A veces ostensiblemente, como son los casos de Platón, Descartes, Kant y Hegel. A veces en forma implícita, como ocurre en Sócrates, Dilthey y Bergson. Pero la trama que constituye el *corpus idearum* con el cual el filósofo elabora una concepción del mundo y la eleva a la categoría de sistema, no falta en ningún caso. Y, en tercer lugar, la teoreticidad es otra *conditio sine qua non* del filosofar. Porque el filósofo, aun cuando toque temas de sustancia muy real, ha de hacerlo desde la absoluta y universal generalidad de las ideas o los conceptos, de modo que la edificación de su sistema o de su doctrina es irrecusablemente teórica, lo que quiere decir que no puede dejar de serlo.

Ahora bien, el pensamiento de Martí es sin duda un pensamiento que emerge de lo real y vuelve a él indefectiblemente, pues su razón de ser es siempre la mencionada idealización parcial de lo real. O dicho lisa y llanamente: a Martí jamás se le hubiera ocurrido formular un sistema filosófico a beneficio de inventario, o sea para su posterior corroboración *sine die*. Porque, además, en su caso no se trataba de hacer valedera por la razón un conjunto de juicios sobre la realidad, sino de defender, con el calor de la creencia, aquello por lo que uno vive y muere. Esta es una esencialísima diferencia entre el pensamiento filosófico y el pensamiento de un hombre como Martí. Pues Descartes o Kant hubieran defendido, hasta cierto punto, lo que para sus respectivos fueros de la dignidad personal y humana, significase su filosofía; pero no se trataba, en el caso de ellos, de morir por la defensa de una teoría. En cambio, Sócrates, Juana de Arco o Martí sí tenían que dar sus vidas, no solo ni primordialmente por las ideas a las cuales servían, sino por algo más profundo y decisivo, a saber: por la creencia en que esas ideas se resolvían en última instancia. Y, además, porque no se trataba, como en el caso de los filósofos, de hacer prevalecer tal o cual consideración teórica sobre hechos reales, sino de elevar lo real inaceptable tal como a ellos les tocó confrontarlo, hasta la majestad de lo ideal. Pues cuando Descartes nos dice que hay dos sustancias —una pensante y otra extensa—, o Bergson afirma que el instrumento por excelencia del conocimiento es la intuición, podemos estar o no estar de acuerdo, sin que en ello nos vaya un real compromiso con nosotros mismos. Pero cuando leemos en Martí: “En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre”, sabemos que esto no requiere prueba teórica de ningún género, ni que da lo mismo que sea verdadero o falso en todo o en parte. Por el contrario, sabemos, porque lo sentimos, que ha de ser así, y que cuando se falta a la evidencia moral que es la entraña de esa sentencia, lo humano deja de ser categoría que nos pertenece.

Por lo mismo que el pensamiento de un hombre como Martí va siempre a la urgente instancia de lo real que clama por su eliminación o su mejora, no es posible encontrar en él un sistema. Y no es posible encontrarlo porque el sistema, ya lo dijimos, se edifica a base de ideas o conceptos, o sea con elementos

ideales. En tanto que el pensador como Martí tiene que descender hasta el suelo de las realidades cotidianas y tomarlas como elementos de su pensar. De donde la cómoda posición del filósofo frente a la incómoda del pensador que aspira a modificar en parte la realidad de la que arranca. En fin de cuentas, es la actitud de Sócrates frente a la de Aristóteles, la de Juana de Arco en contraste con la de Galileo, como la de Martí en relación con la de Voltaire. El maestro de Platón no pretende solamente justificar *per deductionem* un punto de vista de índole teórica, sino que defiende una cuestión de principios. Por eso muere por ella, en tanto que Aristóteles, quien sí ve los problemas de su tiempo *sub specie aeterni*, no vacila en dejar Atenas cuando la furia del populacho le señala con el dedo. Así también Juana muere en la hoguera por causa de una causa que era su propia vida, mientras Galileo se retracta, pues la teoría de que la tierra se mueve no es más que una pura cuestión teórica. Y a diferencia de Voltaire, quien pone pies en polvorosa cada vez que sus teorías filosóficas le concitan la inminencia de la cárcel o la muerte, nuestro Apóstol viene voluntariamente a Cuba para realizar en el sacrificio de su existencia el ideario por el cual se justificaba su vida.

Congruencia de la teoría y la acción en el pensamiento de Martí

Lo que se acaba de exponer sirve para explicar, según creo, la aparente paradoja del hombre a la vez teórico y de acción, como es el caso de Martí. Pues así como es posible la pura acción y el puro pensamiento, en el intermedio de ambas vitales manifestaciones se da el caso de la simbiosis de dichas dos humanas capacidades. Un hombre de puro pensar es Platón, o Aristóteles, o Descartes, o Dante, o Goethe, etc. Mientras que el hombre de pura acción es Alejandro, o Atila, o Gengis Khan, o Godofredo de Bouillon, etc. Pero hay el hombre que puede ser, y en efecto es, a la vez pensamiento y acción, como Sócrates, Jesús, San Francisco de Asís, Juana de Arco, Lutero, Lincoln o Martí. Hombre de pensamiento en cuanto se apoya en un ideario, en un programa ideológico, no importa ahora cuál sea su contenido religioso, político, social, etc., y en el cual se funda la acción que desarrolla

paralela al pensamiento. Un pensamiento que no se puede quedar en solo pensamiento, sino que se transforma en acción, y una acción que no es única y espontáneamente acción, sino que surge y actúa como la inevitable secuela del pensamiento. Y en esto se distingue la acción de este género de esa otra y simple acción del hombre que no tiene sino esto. Pues esta última, la pura y simple acción, es fuerza bruta desencadenada que obra a tenor de las circunstancias que la originan, mientras que la acción dimanante del pensamiento es la realización de la idea, su formulación práctica. Una acción consciente, diríamos, que sabe a dónde va, por qué debe ir al sitio a que se dirige, y procura detenerse prudentemente allí donde, de seguir avanzando, dejaría de constituir la acción inteligente para convertirse en ciego acontecer librado a su propio ímpetu.

Hay entonces, en conformidad con lo que se acaba de expresar, una filosofía en Martí, del mismo modo que es posible hallarla en Sócrates, en el Nuevo Testamento, en Lincoln y otros. Una filosofía implícita, es decir, concebida bajo la especie de un pensamiento enraizado en la realidad, pero que se levanta hasta transfigurarse con la lumbre de lo ideal. Pero no hay, no puede haber, una filosofía explícita, o sea en la forma de una elaboración sistemática de un pensamiento que es, en todo instante, puro pensamiento, rigurosa teoría.

Porque, en definitiva, la filosofía implica, en cierto sentido, un contenido y una actitud correlacionados ambos con la realidad inmediata donde todo filósofo prolifera. En el caso de la filosofía rigurosamente teórica predomina, por lo regular, el contenido. Esto es lo que sucede con Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel, etc. En cambio, cuando el predominio corresponde a la actitud, nos hallamos en presencia de Sócrates, Séneca (pese a sus ostensibles fallas), Plotino, San Agustín, Pascal, Kierkegaard, Unamuno, etc. Y es claro que en ningún caso es exhaustiva la relación ni pretende establecer un criterio absoluto. Pero basta leer a Sócrates y a Aristóteles, a San Agustín y a Descartes, a Hegel y a Kierkegaard, para advertir a seguidas cuánto va en el caso de los filósofos actitudinales de aquello de la famosa apuesta pascalina.

Y próximo a la filosofía de la actitud se encuentra Martí. Su pensamiento deja ver el trasfondo filosófico, mucho más en la

intención fundamental, que en el contenido cogitativo, el cual, si lo consideramos filosóficamente, apenas si se manifiesta. Para Martí, el pensamiento es ocasión para un actuar que le permite justificarse a plenitud. Sin el implicativo de esa acción en la que se funda y se resuelve en última instancia su pensamiento, carece éste de significado. El pensamiento martiano nace, pues, de la acción y a ella vuelve, en un proceso interactivo cuyos dos aspectos son, en el fondo, una y la misma cosa.

La objetividad del pensamiento de Martí

Queda por hacer mención en este trabajo de la naturaleza eminentemente objetiva del pensamiento de Martí. Y sin duda que se trata de algo sobremanera importante, puesto que a pesar de ser un pensamiento proyectado en la acción y concebido con vistas a esta, ofrece, en la totalidad de sus manifestaciones, una rigurosa objetividad que deja ver, con admirable limpidez, el vigoroso sentido ético que lo fundamenta.

Si se toma uno el trabajo de anotar con cuidado las veces en que la forma impersonal aparece en la meditación del Maestro, veremos que se presenta en la mayor parte de ellas. “De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella”.

¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira: y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

“Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario...”. “Aplazar no es nunca decidir”. “¡No es un hombre honrado el que desee para su pueblo una generación de hipócritas y egoístas!”. “Apena ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar por el derecho ajeno”. Y así se podría seguir durante páginas enteras multiplicando las citas en las cuales no es Martí el que habla, en primera persona, como lo hace el político, el demagogo, el que aspira a poner a su servicio la credibilidad de los otros. Hay, por el contrario, un decisivo

tono impersonal, un austero apartamiento de todo personal punto de vista, de todo orgullo, suficiencia o vanidad.

Y, por el contrario, en las contadas veces en las cuales el Maestro emplea la forma de expresión en primera persona, vemos como lo hace en actitud humilde, cargada de cuidadosa discreción, como si en tales ocasiones se viera forzado a ponerse por delante, pero consciente de que esto puede desmerecer la fuerza adoctrinadora que persigue su pensamiento.

Ahora bien, importa destacar a este respecto que la impersonalidad u objetividad del pensamiento martiano proviene precisamente de su riguroso sentido ético, pues lo que ese pensamiento exhibe en su contenido no es de Martí más que en la forma, mientras que el *ethos* que lo engendra se identifica nada menos que con el propio deber-ser a que aspira ese *ethos* y por el cual se orienta. La impersonalidad es, pues, signo de la ideal objetividad que sirve de trasfondo al pensamiento del Apóstol. De modo que, no obstante haber sido expresado en un momento y un lugar determinados, o sea para una específica circunstancia (el proceso de nuestra independencia) sigue y seguirá teniendo vigencia. Rebasa, por consiguiente, como sucede con toda expresión de auténtico sentido ético, las limitaciones espacio-temporales, para permanecer como paradigma de formas de conducta aplicables, individual y colectivamente, en todo tiempo y lugar.

Y aquí el pensamiento de Martí empalma de nuevo con la filosofía. Pues la ética es filosofía de la conducta, o sea la busca en forma de expresiones ideales de lo que debe ser, pero que ¡ay! jamás puede llegar a ser. Pero la ética del ideario martiano no se queda reducida *in stricto* a la idealidad que implica la filosofía, sino que participa de lo real y lo ideal, o sea que se mueve entre ambos extremos. Sería pura ética el pensamiento del Apóstol si advirtiéramos en él una decisiva imposibilidad de realizarse, porque estuviera constituido por una estructura rigurosamente teórica, sin posible deslizamiento al plano de la realidad espacio-temporal. Pero vemos y sabemos que no es así. Por el contrario, la ética implicada en el pensamiento de Martí dimana de su contacto con la realidad a la cual pretende elevar de rango mediante el contraste con la norma ideal a la

que aspira a subordinar aquella. De aquí que nos sintamos directamente implicados en el pensamiento del Maestro tan pronto accedemos a su lectura. Realizamos, al hacerlo, la profunda e impresionante experiencia de que, en cierta apreciable medida, somos el problema inmediato y urgente que palpita en cada uno de sus pensamientos.

Conclusión

Tal es, señoras y señores, el resultado de estas modestas cogitaciones acerca de la indudable condición pensadora de José Martí. Pues en él floreció, con la excepcional lucidez que atestigua su meditación, ese privilegio que hace del hombre el primero entre todos los seres de la creación. Por el pensamiento se levanta el ser humano y también por él cae. Y la historia de la humanidad en su camino de perfección y de errores está decisivamente dominada por lo que el hombre ha sido capaz de pensar. Cuando lo ha hecho en el sentido de lo más noble y lo más justo, la capacidad cogitativa del hombre ha adquirido la máxima altura a que le es dable ascender. Cuando, por el contrario, su pensamiento ha sido mostrenco, egoísta e impulsado por los más innobles apetitos, ha descendido a los niveles más indeseables. Y en esto consiste la historia del mundo: en pensar alto o en pensar bajo. Y sospecho que en esto habrá de seguir consistiendo, si es que debe continuar el mundo y con él la historia.

Martí —¿será preciso decirlo?— pertenece al grupo de los que han sido capaces de pensar todo lo más alto posible. Y por eso su pensamiento exhibe las notas que hemos creído constitutivas esenciales de su obra cogitativa en general, a saber: el sentimiento de futuridad, el sentido ético y la impersonalidad u objetividad. Y solo cuando se es capaz de un pensamiento dirigido hacia la altura de lo ideal, aun cuando no sea necesario quedar decisivamente anclado allí, es que se puede reclamar la excelsa condición de pensador. Porque no importa todo lo que pese la fuerza, el pensamiento le aventajará siempre en lo que la fuerza jamás puede tener, es decir, en sutileza y perdurabilidad. Pues lo sutil siempre será más fuerte que todo lo fuerte que puede haber, como lo comprueba la ironía socrática, la mansedum-

bre cristiana y el desinterés del patriotismo al estilo de Martí. Y el pensamiento también siempre será mucho más perdurable que la fuerza, porque esta es materia, y como todo lo real está llamado a desaparecer. De esta manera, mientras Nínive, Babilonia, la Atenas de Pericles y Sófocles, la Roma de los Césares, no son más que borrosos recuerdos en el tiempo, el pensamiento dignamente perdurable de esas épocas subsiste en el presente y opera en este con una considerable parte de la eficacia que le caracterizó en el tiempo durante el cual hubo de surgir y actuar.

El Apóstol José Martí puede ser considerado, sin reparo alguno, entre los que la historia acredita como pensadores. Pues su obra cogitativa, caracterizada por las notas esenciales de todo gran pensamiento, así lo demuestra. Y a través del tiempo adquiere la fisonomía de lo intemporal, como efectiva constatación de que, por lo mismo que ese ha sido su origen, ha de permanecer en la intemporalidad que opera en el tiempo, o sea en la eternidad. Tal es la gloria irrecusable del hombre que supo morir para renacer en cada instante, con la única vida que jamás se apaga —la vida del espíritu.

Martí, antimperialista⁵⁶

Emilio Roig de Leuchsenring

Quienes de veras conozcan, comprendan y amen a Martí —al Martí Apóstol y Mártir, no solo de las libertades del pueblo cubano, sino igualmente de las de los pueblos hispanoamericanos; al más genial de los estadistas de nuestro continente en todos los tiempos; al defensor de los pobres y los oprimidos de la tierra; al pensador de visión sin límites, que ideó en términos universales y que quiso lograr el equilibrio del mundo— han de reconocer y proclamar que es imposible encerrar en los estrechos límites de lo cubano su apostolado y su martirio, sino que su vida y su obra tienen evidente y constante carácter americanista, internacionalista y antimperialista, al extremo de poder sostenerse con toda justicia que para Martí la independencia de Cuba y Puerto Rico no es un fin, sino un medio; el paso indispensable para lograr la consolidación y engrandecimiento de las repúblicas de esta parte del Nuevo Mundo a la que llamó “Nuestra América” y “Madre América”, y con vistas al empeño de hacer obra universal, anchamente humana.

En lo nacional

Entre la riquísima documentación que de Martí atesoró su fiel y amado discípulo, compañero y amigo, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y que su hijo Gonzalo de Quesada y Miranda guarda con devoción ejemplar y ha venido divulgando en la Colección de *Obras Completas* del Maestro, por él dirigidas, figuran veinte

⁵⁶ Conferencia pronunciada el 17 de abril de 1953.

cuadernos que contienen pensamientos, apuntes, acotaciones a libros, breves juicios de personajes y acontecimientos. Leyendo y releendo, y anotando, esos tan valiosísimos cuadernos, encontramos en uno de ellos —“un block comercial de 13 x 22 centímetros”— que Quesada y Miranda publica, con el número 15, en el tercer tomo de aquellos, esta frase, maravilla de concisión:

Y CUBA DEBE SER LIBRE — DE ESPAÑA Y DE LOS ESTADOS UNIDOS.

No puede haberse formulado, en menos palabras, más completo y cabal programa político cubano, que el que Martí concreta, como aspiración suprema de todos sus ideales y luchas nacionalistas, en ese que bien puede calificarse de principio fundamental de la Revolución y de la República.

Cuba necesitaba forzosamente independizarse de España. Pero, también, para poder ser realmente libre, democrática, culta, próspera y feliz, le era imprescindible libertarse de los Estados Unidos, de la dominación económica, y por consecuencia política, que sobre la futura República amenazaban establecer los intereses yanquis, pues sabía perfectamente Martí que al desatar la continuación de la guerra independentista iniciada en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, solo podría arrancar a la vieja y decadente metrópoli española lo que le restaba de su poder sobre Cuba —la dominación política—, ya que, después de la tregua del Zanjón, se había ido produciendo un hecho de tan extraordinaria significación y trascendencia cual era el desplazamiento de España por los Estados Unidos como metrópoli comercial de Cuba, debido no solo a las circunstancias fatales de nuestra vecindad al territorio de la Unión y la riqueza de nuestro suelo, así como al expansionismo económico de Norteamérica, ya en marcha en aquellos tiempos, y a los propósitos de poseer la Isla, manifestados desde 1805 por el Estado norteamericano, a través de todos sus gobiernos, sino, también, a los errores y torpezas de los gobernantes españoles. Por esas diversas causas señaladas, el mercado de España había ido poco a poco desapareciendo para Cuba, de igual modo que los de otras naciones europeas, sustituidos, casi totalmente, por el de los Estados Unidos, que había quedado como el único de la Isla.

El ideal, pues, la aspiración máxima de la lucha revolucionaria de Martí era una doble conquista antimperialista: contra el imperio español en ruinas, y contra el naciente imperio norteamericano.

De nada valía, para Martí, arrancar a Cuba de las garras del despotismo imperialista español, si no la mantenía libre también de la absorción y explotación imperialista yanqui.

A los que nos hemos adentrado, durante años y años, en la investigación y el estudio de la vida y la obra de Martí, y hemos laborado, sin tregua ni descanso, para esclarecer y divulgar, por sobre todo, su pensamiento político y revolucionario, no nos asombra, porque bien lo conocemos, pero sí nos hace admirar cada día más su genio, el observar cuán profundamente meditado fue su empeño de independizar a Cuba por la revolución y cómo supo ver y prever las dificultades y las necesidades con que tendría que enfrentarse en el desarrollo de su labor preparatoria y organizadora de la guerra que era indispensable desatar para conseguir, con la derrota y la expulsión de España, la instauración, consolidación y engrandecimiento de la patria libre.

Así lo comprobamos claramente expresado desde la remota fecha del 20 de julio de 1882, en que le escribe al general Máximo Gómez, desde Nueva York, su primera carta sobre la revolución de Cuba: “Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliadora, y la necesidad de una revolución violenta”. Pero juzga “de locos” el llevar a su país a una guerra impreparada, e indispensable enseñarle “que la revolución no es un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsoramente pensada”. No se debe, por tanto, precipitar ni violentar la revolución, sino encauzarla y organizarla: no llevar al país, “contra su voluntad, una guerra prematura, sino tenerlo todo dispuesto para cuando él se sienta ya con fuerzas para la guerra”, pues lo contrario lo califica de gravemente peligroso.

Martí, con genial visión política, previó, al mismo tiempo que los peligros de una guerra prematura, “otro peligro mayor tal vez que todos los demás peligros” para Cuba: “La influencia

y atracción yanquis”. Y en la carta a Gómez, ya citada, así se lo expresa, y explica:

En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastantes soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como ésa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.

Y en otra carta del mismo *Epistolario*, de 16 de diciembre de 1887, insiste con Gómez sobre ese punto, señalándole, como una de las cinco bases “que han de inspirar nuestras palabras y actos”, esta: “Impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria”.

Quedan apuntadas en esas citas la extensión e intensidad de la obra revolucionaria y política de José Martí, la que traspasa los límites de la labor preparatoria, organizadora y ejecutiva de la lucha por la independencia de Cuba, para alcanzar otros empeños no menos trascendentes. Así, en el ideario martiano no solo encuentra el cubano —de ayer, de hoy y de mañana— normas políticas, siempre oportunas, para la consolidación y el engrandecimiento de la República, sino que Martí ofrece también, al cubano en particular y al hispanoamericano en general, consejos, advertencias y enseñanzas de inapreciable valor para encauzar y mantener las relaciones de los países hispanoamericanos entre sí y con la América anglosajona, advirtiéndoles de los peligros, asechanzas y males que para la América Hispana encierran la absorción y explotación política y económica de sus pueblos por los Estados Unidos: es decir, el imperialismo yanqui.

Y si bien los precursores de nuestra independencia y los revolucionarios de 1868 aspiraron a contar, en algún momento, con el apoyo de Norteamérica, Martí, muy por el contrario, con un conocimiento minucioso y clarísimo de la historia de los Estados Unidos, del carácter de sus gobernantes, de la política desenvuelta por estos en lo interno y en lo internacional, de las ambiciones sin límites de sus hombres de negocios, de las virtudes y defectos, vicios y males de su pueblo; y sabedor, al mismo tiempo, de la historia e idiosincrasia de los pueblos de la América nuestra, señaló, precisa y certeramente, a los cubanos qué actitud convenía que adoptaran con la América anglosajona, durante la revolución por la independencia, primero, y después en la República, y cuáles eran los lazos que debían unirnos a los pueblos de Hispanoamérica.

Desde Nueva York, el 16 de noviembre de 1889, y aprovechando la oportunidad que le ofrece la celebración de la Primera Conferencia Panamericana, convocada y dominada por el Gobierno de Washington, le pondera a su amigo Serafín Bello los irreparables males que para el futuro de Cuba representa la reunión en Washington

[...] de ese Congreso de naciones americanas, donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de los E. Unidos a apoderarse de Cuba, que los que comprenden que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas. Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza.

En carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, de 29 de octubre del mismo año, enjuicia esas conferencias panamericanas y ese panamericanismo de factura oficial yanqui, porque de ellos está convencido que “nada práctico puede salir, a no ser lo que

convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros”, se opone a que el caso cubano se lleve a dicha primera Conferencia Panamericana, a fin de “no sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal”. Y expresa su terminante negativa a toda participación de Norteamérica en la batalla por la independencia de Cuba; su convicción de la imposibilidad de “que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado”, porque, agrega:

[...] una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera, —no del pueblo que es, propio y capaz—, sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo.

Y califica cualquier proyecto emancipador en que se dé participación a los Estados Unidos de un modo directo de anexión.

Y el 14 de diciembre de ese año, le escribe de nuevo a Gonzalo de Quesada y Aróstegui:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

No hay un solo documento ni trabajo de Martí en que aparezca, ni siquiera insinuado, que contara con el apoyo material de los Estados Unidos para la realización de su ideal libertador.

Y no podía contar con ellos, porque los conocía suficientemente, según ya anticipamos, como potencia que iniciaba entonces su imperialismo fatal y avasallador. Y, además, y sobre todo, porque pensaba, como hemos de comprobar más adelante, que la independencia de Cuba y Puerto Rico debería servir, no tan solo para la felicidad de estas dos islas, sino para otro fin de trascendencia continental: impedir el desbordamiento del imperialismo yanqui sobre América Hispana y sobre el mundo.

Martí vivió largos años en los Estados Unidos, y en diversas ocasiones recorrió muchas de sus grandes y pequeñas poblaciones; casi toda su propaganda revolucionaria la hizo desde territorio norteamericano; trató a sus hombres humildes y poderosos, estudió sus costumbres, su carácter, su política. Cuando habla, pues, de los Estados Unidos, lo hace con pleno conocimiento de causa y sin apasionamientos ni prejuicios. “Viví en el monstruo —dice en carta a Manuel Mercado, de 18 de mayo de 1895, la víspera de morir—, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Iniciador y propulsor de la revolución contra España y profundamente convencido de que “la separación de España es el único remedio a los males cubanos”, según frase de su manifiesto de 1893, El Partido Revolucionario a Cuba (*Patria*, 27 de mayo), insistentemente reiterada en muchos trabajos, no tuvo nunca, sin embargo, ni una sola palabra de rencor o animadversión para España ni para los españoles.

Es indispensable tener muy en cuenta que —según el certero juicio del insigne dominicano Américo Lugo, expresado en el prólogo de la selección de trabajos martianos que publicó el año 1910, con el título de *Flor y lava*— si en la lucha librada por Martí para independizar a Cuba de España, “el pueblo español salía ileso de sus ataques al gobierno”, lo que llevó a la ilustre chilena Gabriela Mistral a calificarlo de “el luchador sin odio”, no es menos exacto que su palabra y su pluma —que han de flagelar a la plutocracia yanqui, en su afán sin límites de ganancia por todos los medios, y al imperialismo explotador desatado por la mayoría de sus políticos y gobernantes— supieron reconocer y proclamar las virtudes que descubrió en el pueblo norteamericano.

Pero, como ya dijimos, no cuenta con la ayuda oficial norteamericana para llevar adelante la revolución. Cuando se dirige a Norteamérica, solo lo hace a su pueblo y en esta forma (Al Director del *New York Herald*, 2 de mayo de 1895):

Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español.

Solo que, entiéndase bien, abrirles no es entregarles, ni es esperar auxilio de ellos a cambio de futuras concesiones, que ya él sabe perfectamente cuáles fueron la actitud y las miras yanquis con Cuba desde Jefferson hasta los comienzos de la revolución del 95; abrirles significaba para Martí que la República conquistada por la Revolución será “un pueblo libre en el trabajo abierto a todos”, como afirma en el Manifiesto de Montecristi.

¡Y qué bien conoce las entrañas del monstruo...!

Luego de haber dicho su primera entusiasta sorpresa ante la novedad política y social que entonces representaban los Estados Unidos, bien pronto supo ahondar en los aspectos sombríos de aquella realidad.

El Norte —expresa en “La crisis y el Partido Revolucionario Cubano” (*Patria*, 19 de agosto de 1893)—:

ha sido injusto y codicioso: ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías; aquí no calma ni equilibra al hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no existen la caridad y el patriotismo que los pudieran resolver. Los hombres no aprenden aquí a

amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahíto de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está llenos de odios...

Rechaza Martí enérgicamente toda injerencia norteamericana en el gobierno de nuestra patria, ya constituida en república, por no considerar a los yanquis con autoridad moral para ser nuestros mentores ni nuestros guías; ni el ejemplo de su vida republicana es digno de ser tenido en cuenta por nosotros, ni mucho menos imitado. Así lo proclama en su discurso de 10 de octubre de 1890 en Hardman Hall:

No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa, para que nos gobierne, a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso Nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos!

Prevé las influencias que la aparatosa civilización norteamericana podrá, tal vez, ejercer en los cubanos, y les da la voz de alarma, haciéndoles ver la verdad que él ha descubierto de ella (“La religión en los Estados Unidos”, correspondencia a *La Nación*, 8 de abril de 1888):

En los Estados Unidos —aclara— la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza.

Y sobre el peligro y la amenaza que ellos constituyen para la libertad de Cuba y de las repúblicas de nuestra raza afirma en su correspondencia a *La Nación*, de 3 de enero de 1887 que figura con el título de “Sobre los Estados Unidos”:

La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta.

En su trabajo “Vindicación de Cuba”, publicado en inglés en *The Evening Post* de New York, el 2 de marzo de 1889 dice a los cubanos, reafirmando esos consejos que acabamos de copiar, cómo no deben jamás rendir vasallaje, ni someterse, ni humillarse a los Estados Unidos:

Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos...

Pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

Cuida Martí de refutar a aquellos —cubanos y españoles— que por dudar de la capacidad cubana para el gobierno propio, consideran que la capacidad se podrá lograr con la tutela de los Estados Unidos, según afirma en “El remedio anexionista” (*Patria*, 2 de julio de 1892).

No pudo la mente de Martí concebir nunca la idea de pagar el odio vano y contraproducente a Norteamérica. La situación especialísima de Cuba en lo geográfico y lo económico, obligaba a la amistad y a las cordiales relaciones con los Estados Unidos, pero sin lazos funestos de vasallaje y dependencia, ni políticos ni económicos.

Para adoptar y mantener esta actitud, Cuba necesitaba darse a respetar. En su artículo “La protesta de Thomasville”, de *Patria*, 27 de enero de 1894, dice: “Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar...”

Y en su carta a Gerardo Castellanos de 9 de agosto de 1892, hace ver Martí que no pretende que seamos enemigos de los Estados Unidos, sino que piensa que “debemos tener la firme decisión de merecer y solicitar y obtener su simpatía, sin la cual la independencia será muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener”; amistad que no puede significar, ni para Cuba ni para los demás pueblos de nuestra América, sometimiento a una nación como “el Norte revuelto y brutal, que los desprecia”, según escribió a Manuel Mercado en la última carta que salió de su pluma, el 18 de mayo de 1895.

Juzga, y juzga bien, que

[...] no hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecerse es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar,

de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba.⁵⁷

En lo continental

En su admirable ensayo “Nuestra América” (*El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891), Martí proclama su fervoroso amor a la gran patria continental, que para él es Hispanoamérica, dejándonos expresados en breves y contundentes pronunciamientos el acucioso y comprensivo examen de sus necesidades más urgentes de satisfacer y de la forma en que deben ser gobernados cada uno de sus pueblos, a fin de consolidar la independencia lograda de España, de alcanzar la permanente estabilidad y el engrandecimiento de las Repúblicas ya constituidas y poder rechazar los peligros de la absorción y explotación de las mismas por parte de “la otra América”: Norteamérica.

Si aquel otro luminoso pronunciamiento de Martí, que tomamos de uno de sus cuadernos de apuntes legados a Gonzalo de Quesada, revela, en certera síntesis, como ya expusimos, su programa revolucionario y republicano cubano, los pronunciamientos de este y otros muchos trabajos que inmediatamente glosaremos, dan a conocer el sentido y alcance de su americanismo. Y juzga que, de igual modo que a Cuba, también a todos los demás pueblos hispanoamericanos les es indispensable, para lograr la consolidación de sus nacientes repúblicas, no sufrir la influencia, fatalmente nociva, en lo político y económico, de los Estados Unidos.

Su prédica americanista la fundamenta Martí en la existencia de dos Américas: una, Hispanoamérica, su América, a la que exalta amorosamente llamándola “Nuestra América”, y

⁵⁷ Cita de Gonzalo de Quesada y Aróstegui en la página 6, del vol. VI, *Hombres*, de la colección de *Obras de Martí*.

“Madre América”; y frente a ella, y contra ella, la América sajona, “la otra América”.

Cada vez que Martí hace el paralelo entre ambas Américas —la hispana y la anglosajona— no puede ser más claro y explícito, ni realizar defensa más elocuente de los pueblos de la América nuestra, ni señalar de manera más precisa cuál ha de ser la conducta que debemos observar con los poderosos vecinos del Norte.

En América —declara en su trabajo “Honduras y los extranjeros”, ya citado— hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes o costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

A las dificultades y revoluciones que sufren nuestros pueblos, él sabe darles su justa importancia y significación, rechazando el contraproducente e interesado apoyo que, a título de protectores y mentores, nos imponen los Estados Unidos, según lo precisa en “Las guerras civiles en Sudamérica” (*Patria*, 22 de septiembre de 1894).

En su citado ensayo “Nuestra América”, estudia, como pocos han sabido estudiarlos, los males que padece nuestra América, les descubre las causas y les señala los remedios, revelando al hacerlo su corazón de hijo amoroso y comprensivo de la gran patria hispanoamericana. Dándose cuenta perfecta de la vitalidad asombrosa que América encierra, de las virtudes y los defectos de sus hijos, de las dificultades de todo orden que en su desenvolvimiento han encontrado nuestros pueblos y de lo poco comprendidos que son, afirma: “De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.

Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riquezas y producción naturales de cada país,

el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa acertadamente, que es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después, no querer gobernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos: “El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.

Es necesario contar con los elementos populares nativos y con ellos crear cada nacionalidad. Por no hacerlo así, o por desdenarlos o explotarlos, ha padecido y padece Hispanoamérica tiranías, despotismo y dictaduras:

Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

Para gobernar, hay que aprender el desempeño de esta función política, y el arte de gobierno requiere el conocer los factores reales del país, decir la verdad bien alto, de vicios y defectos, no ocultarlos hipócritamente envueltos en un manto de falso e interesado patriotismo. Así lo ve y lo aconseja Martí en este luminoso trabajo que estamos glosando.

Amar, comprender, criticar, crear; con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia, que “estos países se salvarán”:

Ni el libro europeo, —dice en el mismo trabajo— ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano...

El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república...

Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un sólo pecho

y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos ! ¡ Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país!...

No podía Martí dejar de señalar en ese mismo trabajo, que, como hemos indicado, constituye un verdadero programa de buen gobierno para los pueblos hispanoamericanos —lo que vimos anteriormente juzgaba el máximo peligro de nuestra América: la absorción económica y política por los Estados Unidos, en aquellos tiempos iniciada, y desde hace años en marcha triunfante y arrolladora, en su fase o etapa final y superior del capitalismo imperialista.

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América —termina Martí—, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña...

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

Este peligro de la absorción y explotación de Hispanoamérica por los Estados Unidos lo presenta y estudia Martí, además de en Nuestra América, en otros muchos trabajos, y constituyó, como veremos más adelante, el eje y la base de su labor revolucionaria en pro de la independencia de Cuba y Puerto Rico.

En el prólogo de sus *Versos Sencillos*, pinta su angustia de solo pensar que los pueblos hispanoamericanos sean domina-

dos por los Estados Unidos o sometidos a ellos, y de que Cuba se incline a la América anglosajona, en lugar de hacerlo a la hispana. Y recuerda que escribió esos versos en “aquel invierno de angustia en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”.

Dada la gravedad excepcional que para Martí tiene ese convite de Norteamérica a Hispanoamérica, considera necesario lanzar la voz de alerta a los pueblos y a los hombres de pensamiento y acción de su “Madre América” —su autorizada prédica americanista, que no era la de un desconocido, ni la de un improvisado e irresponsable demagogo agitador de las masas, sino la de un ciudadano de “su” América, bien reconocido y respetado por el fulgor de su genio y la limpieza absoluta de sus intenciones— seguro como estaba de que no arararía en el mar ni clamaría al viento.

(Y es esta oportunidad preciosa para dejar constancia de que Martí era, en estos tiempos anteriores a la plasmación definitiva en el Partido Revolucionario Cubano de sus empeños libertadores, no solo mucho más conocido que en su patria y por sus compatriotas, en las demás patrias hispanoamericanas y por los hijos de estas tierras hermanas de la suya, debido a su actuación política, educativa y cultural en muchas de ellas, y a sus numerosísimos trabajos publicados en la prensa de esos países, sino también profundamente admirado como mentor y guía de los hombres libres del Continente).

Según comenzamos a referir, Martí lanzó su palabra admonitoria contra ese proyecto de Congreso Panamericano, que juzgó un instrumento de dominación imperialista yanqui, con dos correspondencias enviadas el 2 de noviembre de aquel año a *La Nación*, de Buenos Aires, y que fueron publicadas en dicho importantísimo periódico argentino los días 19 y 20 de diciembre, con el título de “Congreso Internacional de Washington”.

En ellas apenas roza el problema cubano, dirigiéndose primordialmente a las naciones hispanoamericanas ya constituidas en Estados.

Les muestra —sin exageraciones, pero también sin atenuaciones— la realidad del peligro que las amenaza.

Les recuerda que los Estados Unidos se abstuvieron de colaborar a la independencia de los pueblos hispanoamericanos.

Así como también, que ya al federarse, pusieron al descubierto sus ansias de dominación continental; y que los intereses politiqueros capitalistas de los caciques de las diversas regiones hicieron imposible el intercambio comercial con Hispanoamérica.

Plantea a los gobiernos y pueblos hispanoamericanos que es absurdo esperar que en esa reunión interamericana se puedan alcanzar resultados beneficiosos, pues los Estados Unidos no se han anticipado, con oportunas rectificaciones, a ofrecer garantías de un nuevo y justo trato para con sus vecinos de habla española.

Dos años más tarde, en 1891, tratando Martí (en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York, número de mayo) de la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, a la que concurrió como representante de la república del Uruguay, rechaza toda posibilidad de que se trate de recomendar, defender y hasta llevar a la práctica como útil y salvadora para la América hispana, y para Cuba en particular, la concertación con la América anglosajona, de pactos de alianza política y convenios de reciprocidad comercial. El estudia estos problemas, señala sus peligros y da consejos que desgraciadamente no han sabido aprovechar muchas de las naciones hispanoamericanas, ni sus propios compatriotas en la vida republicana. Oigámosle:

Ningún pueblo hace nada contra su interés, de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. [...] ¿Qué pueden ofrecer los Estados Unidos a los pueblos hispanoamericanos en ejemplos morales y en beneficios materiales?

Para Martí, según expone en el citado trabajo:

Ni el que sabe y vé puede decir honradamente, —porque eso sólo lo dice quien no sabe y no vé, o no quiere por su provecho ver ni saber—, que en los Estados Unidos prepondere hoy siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana, sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el ingerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: Esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, —como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla—, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

A Hispanoamérica, a Cuba, se contesta Martí, no le conviene esa unión con los Estados Unidos, porque lo que necesitan los pueblos hispanoamericanos, es conservar o conquistar su independencia económica. De no hacerlo así, dejarán de ser libres políticamente:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo. Y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo

excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Aunque es muy difícil, si no imposible, por la riqueza inagotable que todas encierran, destacar en primer término esta o aquella página en la obra política de Martí, hemos considerado siempre la que acabamos de copiar como la más singularmente reveladora del estadista genial que hay en José Martí. Los consejos y las enseñanzas que en esa página admirable ofrece a los cubanos, y a todos los pueblos de América, son siempre actuales y constituyen el más completo y sintético programa de gobierno y administración para nuestra República. Cada vez que nuestro país sufre, por obra y desgracia de la absorción imperialista yanqui, dificultades, caídas, crisis, que nos hundan más y más en la triste condición de colonia factoría, nos parece increíble que todo ello pueda ocurrirnos habiendo sido tan fácil evitarlo con solo seguir la norma de conducta, que para lo interno y lo internacional, Martí nos dejó trazada en esa

maravillosa página de su incomparable estudio sobre la “Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América” en 1891.

Muchas de las ideas contenidas en esta página aparecen expuestas por Martí en otros trabajos de épocas posteriores, y no faltan, ya dirigidos de manera expresa a sus compatriotas, esos consejos y enseñanzas, en el manifiesto que como Delegado del Partido Revolucionario, publicó en *Patria* el 27 de mayo de 1893, con el título “El Partido Revolucionario a Cuba”, documento tan notable o más que su posterior *Manifiesto de Montecristi*.

En lo internacional

El mismo día —25 de marzo de 1895— en que, ya al partir para los campos de Cuba Libre, Martí firma, en Montecristi, con Máximo Gómez, el manifiesto-programa de la Revolución que es conocido por el nombre de esa población dominicana, escribe a su fraternal amigo Federico Henríquez y Carvajal, la carta que es considerada como su testamento político.

Complemento de este, es la carta que Martí redactó, y no pudo terminar, en el Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de ese mismo año, dirigida a su también amigo fraternal, el mexicano Manuel Mercado.

En estas dos cartas se encuentra sintetizado lo que constituye, a nuestro juicio, el aspecto más trascendental de toda la obra política y revolucionaria de José Martí, empeño singularísimo que lo transforma, de libertador de Cuba, en libertador de la América Hispana, en estadista genial de todo el Continente, que se propone, con la emancipación de Cuba y Puerto Rico, no solo arrancar del poderío español esas dos islas, sino equilibrar con la independencia de ambas el Nuevo Mundo, convirtiéndolas, hechas ya naciones libres, en valladar que impidiera el desbordamiento del imperialismo yanqui sobre los pueblos de Hispanoamérica y sobre el mundo.

Y esa extraordinaria labor internacionalista que Martí se propone llevar a cabo al organizar la revolución de 1895 por la libertad de Cuba y Puerto Rico explica muchos puntos, al parecer oscuros, de sus trabajos y de su actuación.

Vemos cumplidamente demostrado que no es sentimentalismo hispanoamericanista o antillano el que le mueve a propiciar, conjuntamente con la independencia de Cuba, la de Puerto Rico, sino necesidad imperiosa para el desarrollo de su genial programa político. Quiere constituir en el estratégico lugar en que la naturaleza las situó, dos naciones, aunque pequeñas territorialmente consideradas, fuertes por su grado de cultura y de civilización, respetadas de las demás, por saberse respetar a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones por la mayoría de los electores, verdaderos y conscientes ciudadanos.

Fue Américo Lugo —el preclaro dominicano que puso siempre su pluma al servicio de las nobles causas continentales, rompiendo lanzas cada vez que lo juzgó necesario en pro de la libertad y la justicia para los hombres y los pueblos y contra toda clase de imposiciones, atropellos y explotaciones, dictaduras e imperialismos— el primero, entre los escritores martistas, que señaló y ponderó, como lo más trascendental de toda la obra de Martí, lo político y revolucionario, y de esto, su americanismo internacionalista. En el magnífico ensayo que es su prólogo a la primera antología martiana publicada, el año 1910, en París —*Flor y lava*— proclama:

Martí fue patriota en la más alta acepción de la palabra. Amó locamente a su patria; pero el fuego de su cariño se desbordaba sobre las Antillas y sobre toda la América Latina. Para él, el Continente entero era un solo pueblo [...]. Patria suya era toda la América [...]. Libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional: este afecto sagrado resulta mezquino ante el amor que inflamaba a Martí por la humanidad entera y del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimos reflejos...

A Américo Lugo debemos el haber orientado en ese sentido americanista e internacionalista nuestros estudios martianos, y buscado al hombre para mejor encontrar al estadista, al genio, al libertador, ayer y hoy, no solo de Cuba, sino de las Antillas, de América y del mundo.

Este carácter internacionalista y antimperialista que caracteriza la lucha revolucionaria de Martí en pro de la independencia de Cuba, fuimos los primeros en señalarlo en nuestra patria, al ofrecer, el 17 de marzo de 1927, desde la tribuna de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, una conferencia titulada Nacionalismo e Internacionalismo de Martí. Y, desde entonces, hemos publicado numerosos trabajos periodísticos, dictado conferencias, y escrito ensayos recogidos en la prensa y el libro, destinados a estudiar y divulgar los múltiples pronunciamientos martianos en que se revela esta característica trascendental de su obra política.

Julio Antonio Mella —amigo y compañero inolvidable de luchas antimperialistas— en artículo publicado en el mes de abril de aquel año de 1927 en la revista *América Libre*, tocó breve, pero certeramente, el internacionalismo de Martí, y anunció el propósito de ahondar sobre tan sugestivo tema, lo que le impidió llevar a cabo su prematura muerte, a manos, precisamente, del asesino a sueldo de un lacayo —Gerardo Machado— del imperialismo yanqui, por este sostenido en una sanguinaria dictadura, y por este arrojado del poder cuando dejó de ser útil a los propósitos de absorción y explotación política y económica de nuestra República, que habían motivado el apoyo del Estado norteamericano.

En su apostolado y en su martirio, Martí es un precursor de la lucha antimperialista contemporánea.

Martí no pudo abarcar en todas sus modalidades el fenómeno imperialista moderno, por la sencilla razón de que en la época que realizó su campaña revolucionaria por la independencia de Cuba y Puerto Rico, no se había producido aún el imperialismo como fase monopolista del capitalismo, ni Norteamérica era aún gran potencia imperialista, en el sentido actual del término, aunque tenía desde 1805 puestas sus miras sobre Cuba, por razones de rivalidad política y comercial con Inglaterra y a causa de la situación geográfica de la Isla, inmediata a las costas de la Unión.

Martí, sin comprobar, porque aún no existía, el fenómeno imperialista moderno, previo su advenimiento, y dándose cuenta de

la especialísima situación geográfica y económica de las Antillas, en relación con los Estados Unidos, no cuenta jamás con estos para llevar a cabo su labor libertaria, no por odio o animadversión a Norteamérica y sus hijos, sino porque, conocedor profundo de las “entrañas del monstruo”, y de la idiosincrasia de nuestros países, quiere impedir que los Estados Unidos se apoderen de las Antillas, y dueños de ellas invadan con su imperialismo, la América y el mundo.

De tener carácter exclusivamente nacionalista la obra de Martí, le hubiera bastado conquistar la independencia para su patria nativa; pero se propuso, a la vez y conjuntamente, la libertad de Puerto Rico, para no dejar en manos de España esa tierra antillana y en peligro inminente de caer en poder de Norteamérica, lo que habría frustrado sus propósitos antimperialistas.

Esa extraordinaria, no igualada, y apenas comprendida visión política de Martí, la descubrimos, arraigada ya en su pensamiento, desde que comienza sus trabajos revolucionarios por la independencia de Cuba, comprobándose claramente que el ideal libertador cubano y el ideal antimperialista brotan hermanados en su mente y en su corazón, y hermanados marchan durante toda su actuación política.

En carta de 13 de septiembre de 1892, ya constituido el Partido Revolucionario Cubano, se dirige como Delegado del mismo a Máximo Gómez, pidiéndole ponga de nuevo su talento y su brazo al servicio de la revolución cubana y ofreciéndole el puesto de General en Jefe del Ejército Libertador. En esa carta no se olvida de expresarle al hombre que juzga el más capaz y el indispensable para realizar la revolución emancipadora, los propósitos claros y definidos que el Partido persigue con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

Usted —le dice— que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar su retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la in-

dependencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

En otras cartas al Generalísimo, que integran ese valioso *Epistolario*, encontramos reiteradas menciones de estos propósitos internacionales que caracterizan la labor revolucionaria de Martí.

En el artículo “Las Antillas y Baldorioty Castro” (*Patria*, 14 de mayo de 1892), refiriéndose a las Antillas, las ve como

[...] las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanos [...] las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

En el breve artículo sobre Domingo Estrada, de 18 de junio de 1892 en el periódico *Patria*, aparecen estas palabras, expresivas de sus altos ideales y fines políticos:

Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

En un trabajo publicado en *Patria* el 12 de agosto de 1893 —“Un poema cubano. *Los arabescos de Eduino*, por José Antonio Calcaño”— al referirse a Venezuela, “donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española”, deja constancia del propósito bolivariano —y suyo, como continuador de la obra americanista de Bolívar— de redondear el mundo que aquél engendró, “con

la libertad de las Antillas, peligro y rémora del Continente y de la paz universal mientras continúen esclavas”.

Examinando los trabajos y documentos de los últimos años, se comprueba cómo desde la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892, hasta su muerte en los campos de batalla en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895 Martí está totalmente consagrado a la obra libertadora, no meramente cubana, sino antillana, hispanoamericana e internacionalista por la que ofrenda su vida. Cuba, Puerto Rico, Las Antillas, Hispanoamérica, constituyen la preocupación constante e ininterrumpida de todos los minutos de estos los años postreros de su gloriosa y fecunda vida: liberar las dos islas mediante una revolución debidamente preparada sobre las bases del más fiel respeto a la voluntad popular, sin caudillismos ni autocratismos militares, sin precipitaciones ni improvisaciones, meditada con tiempo, estalada a tiempo; y que así nacidas estas dos nuevas repúblicas, libres de los tropiezos, las dificultades y las inestabilidades que padecieron en sus albores las repúblicas centro y sudamericanas, queden transformadas, desde los primeros días de vida libre, en naciones con fortaleza moral suficiente para que, resistiendo los embates de la codicia yanqui, se salven de la absorción económica de los Estados Unidos, y salven a las Antillas, a toda Hispanoamérica y al mundo. Por ello lucha, por ello muere, Martí. Es apóstol, héroe y mártir de nuestra independencia y de la de Hispanoamérica, y precursor de la lucha anticolonialista contemporánea.

En sus cartas y artículos de 1892 al 95 y en sus manifiestos de esta época se multiplican y se hacen cada vez más diáfanos las referencias de Martí al verdadero carácter y finalidad de sus empeños revolucionarios.

El nombre de Cuba va siempre unido al de Puerto Rico, porque, como dice en su artículo “El convite a Puerto Rico” (*Patria*, 14 de marzo de 1892), en el porvenir, como han sido una en el pasado, “el alma de Lares y el alma de Yara” y “unos son hoy en la preparación, como fueron ayer en la cárcel y el destierro, los cubanos y los puertorriqueños”. Por eso, “unos han de ser en la acción, para acelerar, con el esfuerzo doble, la libertad común”.

En sus instrucciones de 9 de mayo de 1892, enviadas a los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y

New York, les aclara los motivos por los que ha aceptado el cargo de Delegado; entre los que figuran estos:

[...] porque, en la hora definitiva del ajuste y distribución de entidad entre los pueblos del Continente americano, da poder expreso para contribuir, con la independencia de los últimos pueblos esclavos de América, con el prestigio y laboriosidad del hombre libre en los pueblos que en ella se han de emancipar, al equilibrio y crédito, necesarios a la paz y justicia universales, de las naciones de lengua castellana en América; —porque permite a un cubano, puesto de alfombra de la libertad y de brazo del derecho, continuar la pelea de poner al hombre en el goce pleno de sí mismo, llevar a la patria el alma creadora de sus hijos ausentes, y seguir envidioso por la vía sembrada de mártires.

Es “para bien de América y del mundo”, por lo que el Partido Revolucionario Cubano convoca a la guerra, la organiza y la realiza. Y al constituirse el Cuerpo de Consejo de los siete clubs existentes en Veracruz, Martí publica en *Patria* de 19 de agosto de 1893 un artículo, “Otro Cuerpo de Consejo”, precisando la finalidad hispanoamericana de la revolución cubana, que a Cuba basta dar a conocer, para lograr la adhesión y cooperación de sus hermanas del Continente. “Cuba no anda —dice— de pedigüeña por el mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América”. No quiere Martí crearles conflictos a los pueblos hispanoamericanos, pero les advierte que no deben dejarse engañar por las falsas palabras de España ni olvidar un solo momento la trascendencia que para ellos tiene la independencia de las dos Antillas:

Las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo y apretar luego con todo este peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y Puerto Rico.

Martí, con su visión de preclaro estadista conjeturó lo que las Antillas representarían en el futuro político y económico de la América hispana y los gravísimos peligros que para la libertad de sus pueblos existiría en el imperialismo yanqui, sobre todo el día que llegase a abrirse el istmo de Panamá uniendo los dos océanos, acontecimiento excepcionalmente trascendental que vio y pesó en todas sus fatales consecuencias para Hispanoamérica. Todo ello lo encontramos previsto en el importantísimo trabajo “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América, que aparece en *Patria* el 17 de abril de 1894.

No son meramente —afirma— dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirles de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo.

¿Qué papel debe estar reservado a las Antillas, debido a su posición geográfica? El papel que Martí les señaló y que quería desempeñasen en América y en el mundo, lograda la independencia de Cuba y Puerto Rico:

El fiel de América está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana: y si libres—, y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora, —serían en el Continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—, por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles, —hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea

inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Leyendo y meditando estas palabras de Martí de 1894, quédase uno deslumbrado ante la visión política de este hombre superior, que nos deja trazado en esas breves líneas todo el cuadro de la América de nuestros días; que prevé los acontecimientos de los años venideros y trata de encauzar la marcha del mundo, salvando a la América y a la humanidad del desastre pavoroso que ha de traerle el desbordamiento del imperialismo yanqui; que quiere impedir que Cuba y Puerto Rico se conviertan en “pontón” y “fortín” de la guerra imperialista que desencadenará el capitalismo norteamericano, y aspira a librar al propio pueblo de los Estados Unidos del deshonor y la ignominia con que han de mancharlo sus gobernantes, políticos y negociantes.

Obra esta tan trascendente como difícil de realizar. Martí lo comprende. Y así dice en el último trabajo citado:

No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.

Ante la grandeza y trascendencia de esa obra, toda ella pendiente de lo que sean y cómo sean las futuras repúblicas de Cuba y Puerto Rico, Martí juzga que deben subordinarse y acallarse y desaparecer la vanidad, el interés, la envidia, de los hombres o de los grupos,

¡Cuán pequeño todo —exclama—, cuán pequeños los comadrazgos de aldea y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la necia intriga de acusar de demagogia y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas

prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición!

Ya alzada Cuba en armas, en una comunicación de febrero de 1895 le hace al Presidente del Club 10 de Octubre, de Puerto Plata, las sugerencias que cree oportunas para la mejor colaboración de ese club en los propósitos revolucionarios, destacándole el interés que los pueblos hispanoamericanos deben tener en el éxito de la empresa acometida: “que al fin —le dice— cada ciudad de América sea una bolsa de la libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el Continente. Estamos haciendo obra universal”.

En Montecristi, el 25 de marzo de 1895, antes de partir en unión de Máximo Gómez para los campos de Cuba libre, redactó Martí dos documentos trascendentales en los que dejó precisados el carácter y la finalidad internacionales de sus propósitos revolucionarios.

Uno de esos documentos es el ya citado *Manifiesto de Montecristi* —El Partido Revolucionario Cubano, a Cuba—.

En él aclara la significación excepcional de la revolución, agregando:

Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.

En la magnífica y conocidísima carta, dirigida el 25 de marzo de 1895 a don Federico Henríquez y Carvajal, que es considerada como anticipamos, su testamento político, le expresa al dominicano esclarecido que fue su fraternal amigo, el intenso cariño que profesa a la República Dominicana:

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo,

que soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aún diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Y le precisa:

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.

Martí reitera, esta vez ante el pueblo norteamericano, el concepto de alcance internacional que para él tiene la revolución cubana, en la carta que, ya desde los campos de Cuba Libre, firma con Máximo Gómez, y que ambos dirigen al director de *The New York Herald* en 2 de mayo de 1895, ponderando así los provechos que al mundo reportará la independencia de nuestra patria:

A la boca de los canales oceánicos en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, y a las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer y hoy compra a sus tiranos. Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América, donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar.

Y en otro pasaje completa Martí el anterior pensamiento:

Plenamente conocedor con sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la

bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la República independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano.

Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación a “problema de tanto alcance y honor tanto”, Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al mundo de la futura y temible invasión del imperialismo yanqui.

Y muere Martí con esos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazado va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, le escribe a Manuel Mercado una carta ya citada, en la que, presagiando su fin inmediato, le dice:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara:

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Cómo se cumplieron las previsiones de Martí

La carta de Martí a Mercado quedó sin terminar. Suspendida ese día la escritura, probablemente, por la llegada del general Bartolomé Masó al campamento, al día siguiente moría Martí, según anheló, “como bueno: de cara al sol”.

Y con la muerte, quedó también sin terminar su obra: Y algo más grave y doloroso aún: la independencia de Cuba sirvió precisamente para todo lo contrario de lo que Martí se había propuesto conquistar con ella.

Todas las provisiones geniales de Martí —para Cuba, para las Antillas, para el Continente, para el Mundo— fueron llegando después de su muerte, a catastrófica vigencia.

Los Estados Unidos, después de haber demostrado, a lo largo de toda la lucha separatista cubana, su contumaz apoyo a España y su permanente hostilidad a nuestra independencia, intervinieron al fin, no para ayudar a los patriotas revolucionarios, sino porque, conocedores de que ya el Ejército Libertador, con el respaldo de la mayoría del pueblo de la Isla y de las emigraciones, estaba en vías inmediatas de abatir definitivamente el poderío militar y económico de España, quisieron impedir que la final derrota de esta se consumase por el propio esfuerzo cubano, con el avieso propósito de que fuese Norteamérica el factor determinante de la nueva situación política que habría de surgir al cesar la soberanía española en Cuba.

Derrotada la vieja y decadente metrópoli en la Guerra hispano-cubanoamericana, única y exclusivamente por haber aceptado y seguido el ejército norteamericano los planes bélicos del general Calixto García y contado en todo momento con la cierta dirección del gran jefe cubano y la decisiva participación de sus disciplinados y heroicos mambises, se descubrió, bien pronto, que aquella había sido para los Estados Unidos una guerra de rapiña imperialista.

Los cubanos fueron despreciativamente eliminados del acto de la capitulación de Santiago de Cuba, por ellos lograda, y de las Conferencias de la Paz, celebradas en París. Ocuparon los yanquis nuestra Isla y se apoderaron de la de Puerto Rico, quedando así abierto el camino que Martí pensaba “que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anejiación de los pueblos de nuestra América, al Norte, revuelto y brutal que los desprecia”.

Todos los planes e ideales de Martí se derrumbaron. La Isla por cuya libertad luchó y murió, y a la que tenía señalado papel trascendental en América y en el Mundo, se convirtió en colonia del imperialismo yanqui.

Precisamente después de la Guerra hispano-cubanoamericana es cuando los Estados Unidos se convierten en gran potencia mundial y cuando el imperialismo yanqui entra en la

gran etapa de su desarrollo que alcanza a la hora actual. Desde 1805, en que por primera vez pusieron sus ojos sobre Cuba y expresaron su intención y necesidad de apoderarse de la Isla, estuvieron esperando el momento oportuno y conveniente en que la fruta se madurara y cayera en sus manos, y hasta 1898 fue su política impedir que Cuba dejara de ser española, no por beneficiar a España, sino por propia conveniencia, a fin de que no pasara a manos de Inglaterra ni de ninguna otra nación europea, ni se independizara, ni se incorporara a alguna de las nacientes repúblicas hispanoamericanas. Tampoco aceptaron jamás la anexión de la Isla como un Estado más de la Unión, porque eran otras la miras que sobre ella tenían, según aparece amplia y documentalmente demostrado en nuestro libro *Cuba y los Estados Unidos*.

La gran habilidad de los gobernantes norteamericanos fue saber esperar, no precipitándose ni forzando los acontecimientos. Sus poderosos auxiliares fueron los españoles y los cubanos.

Los españoles, con la torpeza, incomprensión e intransigencia congénitas de sus políticos, aferrados únicamente, en los asuntos de Cuba, a esta máxima —su programa y bandera— propugnada por Cánovas y Sagasta: “La nación española está dispuesta a sacrificar, en el empeño de mantener la soberanía española en Cuba, el último hombre y la última peseta”.

Y esta posesión la querían para lo que ansía el avaro el dinero: por el mero afán de posesión. En nada se beneficiaba el pueblo español con que Cuba continuara bajo la soberanía de los Borbón-Habsburgo. Muy por el contrario, al pueblo español le costaba la sangre de sus hijos y el dinero que se distraía de la educación, la sanidad, la agricultura, etc., para regalo de los oficiales, políticos y comerciantes que hacían su agosto con la campaña de Cuba. Nunca quisieron los políticos españoles reconocer la justicia de las demandas cubanas. Una y mil veces engañaron con vanas palabras y falsas promesas a los cubanos. Y las voces de los pocos dirigentes o intelectuales españoles inconformes con la política de intransigencia y de explotación fueron ahogadas por el clamoreo patriotero de los Cánovas y los Sagastas.

Los cubanos fueron también, contra sí mismos, poderosos auxiliares de los planes imperialistas yanquis. Con la muerte de Martí, como hemos dicho ya reiteradamente, desapareció el único estadista de Cuba y de la Revolución del 95. Su visión genial sobre el futuro de Cuba y el peligro imperialista yanqui no fue comprendida ni recogida de manera efectiva por sus colaboradores en la obra revolucionaria. Grandes y gloriosos guerreros tuvo la revolución. Los nombres de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García... pueden parangonarse con los de los más ilustres jefes militares del Continente; pero, aunque de principios e ideales ant imperialistas, actuaron como guerreros, y nada más que como guerreros, y les fue imposible hacer valer su criterio ant intervencionista, ni ante el Delegado de la Junta Revolucionaria de Nueva York, ni ante la Asamblea de Representantes y el Consejo de Gobierno.

Los hombres civiles de la revolución del 95 no tuvieron talla de estadistas —los que pudieron haberlo sido, como Manuel Sanguily y Enrique José Varona, no llegaron nunca a gozar de poder efectivo en la dirección revolucionaria—, y mucho menos tuvieron visión americanista e internacionalista de la guerra de Cuba.

En lo que a Cuba se refiere, la República que surgió el 20 de mayo de 1902, no fue, sin duda alguna, la que concibieron y por la que lucharon y murieron varias generaciones de cubanos, la conquistada plenamente por la Guerra Libertadora de los Treinta Años.

Aquella nueva y libre nacionalidad —antítesis de la colonia en principios y normas de gobierno, creada por su pueblo y para el bien de su pueblo, la de Varela, y Luz, Céspedes y Agramonte, Gómez y García, Martí y Maceo— fue frustrada por la fatal interposición de los Estados Unidos en la larga contienda cubano-española. Los ideales libertadores quedaron forzosamente supeditados a las dolorosas realidades de una intervención extranjera. España había dejado, sí, de ser nuestra metrópoli. Pero Cuba no era ni independiente ni libre todavía. El pueblo tuvo que seguir peleando por conquistar la República. Y, como poco antes, por su propio esfuerzo, ganó la independencia, ahora también, en forma análoga, pudo arribar a la vida republicana,

pero mediatizada esta por ese instrumento de dominación imperialista que fue la Enmienda Platt.

Nacida la República de Cuba en las especialísimas y precarias circunstancias que hemos señalado, ella ha malvivido siempre bajo la sombra fatídica de la absorción y explotación imperialista norteamericana.

Las condiciones dolorosas y peculiarísimas en que nació la República en precario dieron por fruto, en el desenvolvimiento de la vida republicana, estas consecuencias funestas:

Por obra y desgracia de la interposición norteamericana en la lucha de Cuba contra España, al cesar el dominio de la Metrópoli en la Isla la colonia no pudo ser liquidada: el empeño que Martí juzgó de imprescindible realización —“el trabajo no está en sacar a España de Cuba, sino en sacárnosla de las costumbres”— quedó sin realizar, porque la España autocrática se aferró desesperadamente al ánora de salvación que le tendía la ocupación militar norteamericana e hizo causa común con gobernantes y negociantes yanquis, sumándose a todas las manifestaciones ingerencistas e imperialistas desarrolladas en Cuba durante aquel período, tergiversando el sentido cordial, humano y justo de la frase de Martí, “la República, con todos y para el bien de todos”, a fin de perpetuar en Cuba independiente la organización social de la colonia, basada en dos castas, una minoría de explotadores y una mayoría de explotados, y logrando luego mantener o devolver a la arena pública, después del 20 de mayo de 1902, a hombres e instituciones, cubanos y españoles, afectos al viejo régimen vencido por las armas, imbuidos del espíritu de la Colonia, indiferentes, cuando no hostiles a la República, y no ya incapaces de continuar la obra de los libertadores sino empeñados en deshacerla en toda la medida de sus fuerzas.

La intervención de los Estados Unidos en la lucha armada de 1895 a 1898, la subsiguiente ocupación militar norteamericana del territorio de la Isla y, por último, la imposición de la Enmienda Platt a la República naciente crearon en nuestro pueblo un terrible complejo de inferioridad, de escepticismo, de desconfianza en sus propios destinos, de falta de fe en la República, mientras que los elementos menos escrupulosos, los politiqueros y desgovernantes que han ocupado el poder o deseado asaltar-

lo se lanzaban a la lucha por ver quien, de entre tales interesados competidores, captaba más rápida y eficazmente la protección y el apoyo del gobierno norteamericano, sin vacilar en entregar, a cambio, al extranjero, la tierra y la economía nacionales.

La falta de confianza en la estabilidad de la República, provocada por el perturbador derecho de intervención que se arrogaron los Estados Unidos, facilitó la adquisición de grandes cantidades de tierra cubana por particulares y empresas norteamericanas, mientras que en ciertos casos el temor al poder extranjero, al que se consideraba árbitro de los destinos de la patria, y en otros casos la debilidad ante su fuerza o el deseo de merecer sus favores llevaron a los gobernantes a la concertación de empréstitos onerosos y de tratados de supuesta reciprocidad comercial nocivos a los intereses del país; y con la complicidad o la acquiescencia de sus mandatarios —con excepciones honrosísimas, entre las que se destaca el eximio Manuel Sanguily—, Cuba quedó convertida en campo propicio a los propósitos dominadores y absorbentes del imperialismo yanqui, que, precisamente, en 1898, con la explotación económica de nuestro país, comenzó la carrera ascendente que ha llevado a los Estados Unidos a convertirse en la gran potencia imperialista de la época actual.

La influencia perniciosa del imperialismo yanqui sobre la República, no solamente ha asfixiado la vida económica de la nación y perturbado a cada paso, desde afuera, el normal desarrollo de su vida política con la continua e interesada ingerencia en nuestros asuntos de toda índole, sino que la ha desorganizado en lo interno, pues, con objeto de lograr instrumentos más dóciles a sus fines de dominio, ha favorecido casi invariablemente, en alianza con las fuerzas más reaccionarias del país, a los peores candidatos y gobernantes, propiciando el desgobierno, la inmoralidad y las tiranías de toda laya, ya que en aquellos países en que existe un gobierno nacional, más o menos ficticio, el imperialismo requiere que suban o se establezcan en el poder los elementos más carentes de fuerza moral y de verdadero apoyo popular; y, a su vez, las dictaduras y las tiranías —descaradas o solapadas, militares o civiles— que

necesitan del imperialismo para sostenerse, están siempre más que dispuestas a servirle.

Tan perturbadora ha sido la influencia, en nuestra vida republicana, del intervencionismo imperialista, que este puede servir de piedra de toque para aquilatar a los buenos y malos políticos y gobernantes, pudiendo afirmarse, sin temor a equivocación, que cada vez que uno de nuestros políticos o gobernantes defiende la intervención, busca el apoyo de Washington o proclama su incondicional adhesión a Norteamérica, es porque va a realizar o está realizando algo perjudicial a la República, ya en el orden político, ya en el administrativo, ya en el económico.

Cierto es que la Enmienda Platt, que mutilaba la soberanía de la República de Cuba, fue derogada en 1934; pero la supuesta derogación suprimió solamente el fundamento legal de la ingerencia norteamericana en Cuba, lo externamente humillante para el decoro nacional, mientras permanece invariable —según podría ilustrarse con incontables y recientes ejemplos— el dominio imperialista yanqui, en formas a veces sumamente agresivas, sobre toda nuestra vida económica, y la intromisión continua de los gobernantes norteamericanos en nuestros asuntos políticos, gubernativos, sociales, con el fin de apoyar los intereses capitalistas y guerreristas de los Estados Unidos.

Las previsiones del estadista genial que fue Martí no se cumplieron solamente en cuanto a “la tierra en que le tocó nacer”. El había sabido mirar con “ojos americanos”, y la funesta intervención de los Estados Unidos en la lucha independentista cubana produjo todos los frutos de miseria, dolor y sojuzgamiento que él con sangre de los hijos de Cuba había querido evitar a nuestra América.

Cuba y Puerto Rico, esclavos, fueron, según el funesto presagio de Martí, “mero pontón de la guerra de una República imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, mero fortín de la Roma americana”.

La “clave de las Antillas”, que “los vecinos de habla inglesa codician [...] para cerrar en ellas todo el Norte por el Istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur”, cayó en manos de los Estados Unidos, y dueños de ella, estos, efectivamente,

cerraron todo el Norte por el Istmo y apretaron con todo este peso por el Sur.

Gracias a la intervención en Cuba y la posesión de Puerto Rico fue como el imperialismo yanqui pudo desbordarse por Hispanoamérica, y luego de sojuzgar a Hispanoamérica, invadir el mundo.

Domina con intervenciones económicas y militares a la República Dominicana y Haití, provoca la revolución de Panamá con el avieso propósito de tener manos libres para abrir y usufructuar el Canal de Panamá. Y abierto este, con su marina mercante y de guerra se adueña de ambos océanos y extiende sus negocios y su influencia por todo el orbe.

Utilizando a Cuba y Puerto Rico, según previó Martí, como “pontones”, ¡qué fácil le ha sido al yanqui apoderarse de Centro América! Y con sus banqueros y negociantes y su infantería de marina ha conquistado la hegemonía política y económica de las cinco repúblicas centroamericanas; asaltó a una de estas: Nicaragua; e intervino en México.

El imperialismo yanqui ha constituido y constituye el mal de males y la amenaza constante para la libertad y la soberanía de todos los pueblos hispanoamericanos, tendiendo sobre ellos las redes, difícilmente rompibles, de empréstitos, monopolios y concesiones, impidiendo la consolidación de sus industrias nativas y el desarrollo de su marina mercante; y tratando de anular los movimientos populares por la reconquista o conquista del suelo y el subsuelo y de la económica de cada uno de nuestros países.

El caso de Puerto Rico es catastróficamente revelador de la jamás satisfecha voracidad de dominación y explotación del imperialismo yanqui: el ser botín de guerra es la única razón de la sinrazón del fatal coloniaje que padece la antilla hermana desde 1898 hasta la fecha; de una guerra en que el pueblo de Puerto Rico no había sido parte. Y los puertorriqueños fueron para los Estados Unidos gente negociable y explotable, o más bien, esclavos vendibles y comprables en el gran mercado de las transacciones internacionales, con cuya voluntad no valía la pena contar. Ni España ni los Estados Unidos consultaron, tampoco, a las Cámaras insulares que gobernaban y administraban

la Isla y que habían sido aceptadas por su pueblo, sin la repulsa ostensible que provocaron en Cuba.

Puerto Rico está sufriendo todavía las consecuencias de aquella guerra; sigue siendo tratada como botín de aquella guerra. Y desde los primeros días en que la Isla fue ocupada por el general Miles, el pueblo puertorriqueño, por la palabra, la pluma y la acción de los mejores de sus hijos —con Eugenio María de Hostos, Zeno Gandía, Rosendo Matienzo Citrón, José de Diego, Ramón Mayoral Barnés, Antonio Vélez Alvarado y Pedro Albizu Campos a la cabeza— viene luchando heroicamente en pro de la independencia absoluta de la Isla, siendo incontables los héroes y mártires —hombres, mujeres, niños y ancianos— con que cuenta esta nobilísima cruzada por la libertad y la justicia y contra el imperialismo absorbente y explotador de los Estados Unidos, que en vano tratan de ahogar o tergiversar, calificando a estos patriotas puertorriqueños de minoría inconforme, los traidores y vendepatrias al servicio del régimen colonial allí mantenido por el Imperio norteamericano.

En estos cincuenta y cinco años de dominación imperialista yanqui, Puerto Rico, que gozaba de muy próspera situación económica en 1898, ha ido hundiéndose cada vez más en el coloniaje, con la secuela de la absorción de sus tierras, industrias, comercios, por el capital norteamericano. Ha sido despojado de buena parte de su territorio, convertida la isla en una estación naval, militar y aérea, y depósito de bombas atómicas; empobrecida, corrompida y desnacionalizada su población.

De la aguda crisis económica que sufre Puerto Rico desde 1898, culpan el yanqui ocupador y el criollo lacayo a la superpoblación, cuando es lo cierto que no obedece más que a una causa: la superexplotación imperialista.

La revolución independentista de octubre de 1950 ha servido de pretexto para colmar las cárceles coloniales de centenares de patriotas y auapar —con la farsa de un ridículo y mentiroso “estado libre y asociado”, que ni políticamente puede considerarse como un “estado”, ni goza de libertad, ni está asociado a los Estados Unidos, sino que es tan solo un disfraz carnavalesco de la misma colonia factoría, sometida, vilipendiada y explotada a partir de 1898— a los ganapanes al servicio del yanqui concul-

cador de todos los ideales libertadores, antillanos, americanistas y antimperialistas que Martí se propuso alcanzar con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

La intervención de los Estados Unidos en la guerra que los cubanos sostenían contra España dio al imperialismo yanqui sus primeros puntos de apoyo fuera del continente americano, sentando las bases de su actual dominio sobre territorios situados en todas partes del mundo.

Vencida España, los Estados Unidos no solamente ocuparon militarmente a Cuba y tomaron a Puerto Rico, sino que se anexaron a Guam y las Filipinas.

Más adelante su yugo económico imperialista sobre nuestra América fue elemento principalísimo para su ascenso en poderío, que las llevaron a ocupar posición cada vez más importante, frente a los viejos imperialismos europeos, por la supremacía mundial.

Por último, la participación de los Estados Unidos en la primera guerra mundial, libres ya de toda forma aislacionista, declarada o encubierta, mantenida con anterioridad a 1917, les facilitó el desbordamiento imperialista sobre el mundo, que Martí previo y trató de evitar.

Pretendiendo cubrir su imperialismo con el mismo hipócrita manto de democracia universal y de igualdad internacional el Presidente Wilson creó la Sociedad de las Naciones, pensando que apoyándose en ella los Estados Unidos serían los árbitros del viejo mundo, como ya habían dominado el Nuevo. El fracaso de esta organización, no les impidió abandonar el terreno abonado ya al considerarse salvadores de las democracias europeas frente a las ansias expansionistas del imperio alemán y ensayar otras organizaciones que, dominadas por ellos, con la cooperación de sus satélites hispanoamericanos, les permitieran el más fácil desarrollo de sus planes imperialistas mundiales.

Ante el buen éxito alcanzado con las diversas organizaciones de carácter educativo cultural, científico, industrial, comercial y pacifista, que al efecto crearon y en buena parte mantuvieron económicamente, y el complaciente reconocimiento a que se hicieron acreedores por las naciones europeas a las que

ayudaron a salvar de una inevitable derrota, no es de extrañar que al desatarse la Segunda Guerra Mundial ya tuvieran el camino expedito para robustecer y expandir su liderazgo político militar y económico, con su decisiva participación en esta nueva contienda universal.

Y así ocurrió. De esta conflagración bélica salieron los Estados Unidos transformados en los usureros del Viejo Mundo, convertidas las tres grandes potencias europeas —Inglaterra, Francia e Italia— en colonias económicas de Norteamérica, y atadas ellas y las otras naciones de aquel continente a los Estados Unidos por pactos bilaterales y multilaterales de asistencia mutua y por la Organización de las Naciones Unidas, organismo internacional al servicio casi exclusivo de sus intereses imperialistas, en el que cuentan, no solo con los votos de sus “buenas vecinas” hispanoamericanas —salvo muy contadas excepciones sino también con los de sus “agradecidas” deudoras del Viejo Mundo.

No necesita demostración alguna, que bien a la vista está del más miope y aun de los que no quieran ver, que los Estados Unidos gozan hoy de una hegemonía económica y política —imperialista— sobre gran parte del mundo, con la gravísima característica de que las torres de su presunta democracia, “que desprecio al aire fueron”, “a su gran pesadumbre se rindieron”, pues, lejos de ser los defensores de los más altos principios democráticos y humanos, en favor de los pueblos oprimidos por los carcomidos imperios europeos que aún sostienen precariamente el dominio de sus colonias, se han puesto económica y militarmente al lado de esos imperios; y son también en América mantenedores de tiranías y dictaduras, importándoles poco —como no les importó la masacre weyleriana desatada por el despotismo español contra el pueblo cubano— contemplar cómo se desangran esos pueblos asiáticos y africanos con las balas y las bombas por Norteamérica facilitadas a sus aliadas las naciones imperialistas europeas y se mantienen en todas partes del mundo regímenes despóticos y tiránicos con el respaldo económico y los armamentos logrados de Norteamérica.

Realidades pavorosas son estas, que Martí previó y quiso evitar al tratar de impedir que los Estados Unidos, dueños de las

Antillas y de América, cayesen sobre el mundo y lo sojuzgaran y explotaran, para desgracia de los pobres y los oprimidos de la tierra, con los cuales él hizo causa común.

Vigencia de la lucha antimperialista

La bandera de lucha contra el imperialismo yanqui, que alzaron junto a la enseña gloriosa de la estrella solitaria los Cuatro Grandes de la Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años —Martí, Maceo, Gómez y García—, enarbolada también por los constituyentes de 1901 y por el pueblo de Cuba al combatir la Enmienda Platt, continúa siendo símbolo de sano y fervoroso patriotismo, porque el antimperialismo entre nosotros es sinónimo de cubanismo, a extremo tal, que no se puede ser buen cubano sino se es buen antimperialista.

Y creemos que lo mismo puede decirse de todos los países de la América nuestra, víctimas unos, hasta la subyugación y la miseria, del imperialismo yanqui, sometidos otros a mayor o menor vasallaje económico y tutela política, hoy obligados todos, salvo casos rarísimos, a servir de mero eco, en las grandes asambleas internacionales, a la potencia que se arroga el derecho de hablar en nombre del Hemisferio. Ha de ser antimperialista todo patriota sincero y sagaz de nuestras tierras de América.

Pero, como en estos últimos tiempos especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, como ya indicamos, el imperialismo yanqui se ha extendido por todas partes del mundo, no ya a la usanza antigua de conquista e incorporación de territorios, sino en su modalidad de dominio económico —agravado últimamente con la agresión a la soberanía nacional que significan el establecimiento de bases militares, navales y aéreas en suelo de otras naciones, y la intervención en asuntos de su política interna mediante la presión de carácter económico—, sucede que, como reacción patriótica popular, el antimperialismo ha tenido que extenderse, apareciendo hasta en la propia Europa, que antes únicamente ejercía el imperialismo sobre países débiles o atrasados, y que ahora va pasando a esta categoría según el concepto de la más joven, la más rica y la más poderosa de todas las potencias imperialistas.

He aquí por qué lo que desde largo tiempo atrás propugnamos para Cuba es ya, no solamente consigna para nuestra América, sino lema de patriotismo en el mundo entero. A los que se agrupen bajo la bandera antimperialista no ha de tachárseles de extremistas, sino elogiarlos como patriotas que entienden el momento actual que vive el mundo. Y tampoco el antimperialismo deberá considerarse como bandera exclusiva de partido o tendencia política determinada; ella es lo suficientemente amplia como para que puedan caber bajo sus pliegues todos cuantos, en Cuba, en América, en el Mundo, ansíen para su patria lo que para la nuestra hizo Martí: un estado de pleno decoro nacional, de soberanía total, en que la independencia política se sustente sobre los firmes cimientos de la independencia económica. Y que sean los adalides de este gran movimiento de liberación aquellos que no ciñan su concepto antimperialista a las fronteras de la tierra natal, sino que sintiendo, como Martí sintió, “con entrañas de humanidad”, quieran el fin de todo sojuzgamiento, de todo imperialismo, y alienten, como ideal supremo, el de la patria libre en un mundo en que no haya sino patrias libres.

Convergencias y divergencias entre Bolívar y Martí⁵⁸

Juan I. Jimenes Grullón

Fue tendencia clásica dentro de la Historiografía establecer paralelos entre los grandes hombres, siguiendo los moldes trazados por Plutarco. Presentábanse así las características fundamentales de cada psicología, o sus realizaciones en el campo de la acción. De las similitudes espirituales o del parecido entre los hechos, brotaba el paralelo. Por haber ambos realizado amplias conquistas, Plutarco estableció paralelismo entre Alejandro y Julio César, pese a los numerosos signos de contradicción existentes entre sus temperamentos y a la substancia, esencialmente diversa, que presidió y explica sus hazañas. La tendencia traduce, obviamente, falta de espíritu científico: no es en realidad histórica. La historia, tal como la concebimos hoy, poco tiene que ver con la psicografía o la narración de las actuaciones de un individuo. Ella es algo más hondo: es el estudio de la interdependencia entre el hombre, la comunidad de su época y los sucesos subsiguientes. En verdad, los tiempos dejan siempre su huella en cada espíritu e influyen de manera notoria en la orientación de los actos. A veces, esta influencia tiene tal poder, que desvía las proyecciones lógicas de una psicología. Y así dos hombres, que nacieron con idéntico *subtractum* íntimo, aparecen en la perspectiva histórica como seres netamente diferenciados.

Los modernos historiógrafos, al comprobar estas verdades, han dejado de mostrar interés por el tema —antaño apasionante—

⁵⁸ Conferencia pronunciada el 24 de abril de 1953.

de las vidas paralelas. Algunos llegan más lejos: afirman que, como los tiempos son siempre nuevos, todo intento por encontrar rasgos de identidad espiritual o convergencias de misión entre los grandes personajes históricos, es por fuerza baldío. No hay un hombre igual a otro, dicen. Y al hablar así, están teóricamente en la razón. Pero ello no obsta para que al adentrarnos en el análisis de los más sobresalientes prototipos humanos, dejemos de encontrar, junto a las divergencias naturales, que son siempre de cuantía impresionable, notables similitudes. La época actúa tanto sobre las unas como sobre las otras, pero pese a esa actuación, puede a veces vislumbrarse o captarse el elemento psicológico substancial, con el cual se nace, o para decirlo mejor: la idiosincrasia anímica. Naturalmente, el vislumbre o la captación nunca autoriza a proyectar al hombre fuera de su tiempo; pues el destino de cada cual está siempre moldeado por las apetencias de la comunidad, y lo que la historia busca, al estudiar a los hombres, no es su temperamento en sí, sino precisamente ese destino. Pensamos que sólo cuando el de uno se muestra armónico, en sus finalidades trascendentes, con el de otro, es que es válido establecer entre ambas vidas un paralelo.

Carlos Pereyra, eminente historiador mexicano, publicó hace tiempo un libro sobre Washington y Bolívar, que subtítulo: “Un paralelo imposible”. Si nos atuviéramos a las esencias personales y a las expresiones de las épocas, diríamos que es también imposible establecer un paralelo entre Bolívar y Martí. Pero como la historia es un todo orgánico y está animada por un sentido de permanente progreso; y frecuentemente la obra de uno de sus adalides es la continuación o la culminación de las realizaciones de otro, cosa mostrada por estos dos varones ejemplares, precisa rechazar la imposibilidad. Mas el rechazo no puede entrañar la omisión de las contradicciones que ofrecieron. En hombres como estos, es en ellas y en sus identidades o similitudes, donde la historia descubre la unidad de sus destinos.

Ambos vivieron a casi un siglo de distancia. Bolívar crece en la época del derrumbe feudal europeo —época de grandes transformaciones— y su juventud siente el contagio de los ideales de la Revolución francesa y el impacto de las hazañas de Bo-

naparte. Martí nace cuando ya la burguesía se había adueñado del poder en Europa y en América y la democracia capitalista iniciaba su notorio florecimiento. Presencias epocales llamadas a influir en sus vidas. Había, además, diversidad en las raíces. Bolívar surge en la opulencia. Pudo así lograr una educación esmerada y viajar por Europa en condiciones holgadísimas. Pese a su juventud, lleva allí vida de gran señor, frecuente tanto en París como en Madrid los más altos círculos sociales y se entrega con frenesí a los placeres mundanos. El amor toca a sus puertas, y él lo abraza con pasión. Mas es amor que lo lleva a la desdicha, pues Teresa, la adorada esposa, muere a los pocos meses de matrimonio. Durante esa época, apenas se acordó del dolor de su pueblo. Era un ser privilegiado, que malgastaba el dinero amasado con el sudor de los esclavos y, en el vértigo de la frivolidad, no había aún sabido darle un sentido a su vida. Su extraordinaria inteligencia, sin embargo, maduraba. Como maduraba también la valentía de su carácter. El fulgor de aquella y los arrebatos de esta eran frecuente pasmo de los salones. Poco a poco fue observando que cada deleite le dejaba un penar profundo, y que aquella existencia, aparentemente llena de satisfacciones y olopeles, estaba en realidad vacía. Fue entonces cuando su alma se irguió sobre su esterilidad y buscó rumbos ajustados a su naturaleza. Acudió al preceptor de su infancia, Simón Rodríguez, y con él dio un viaje a Italia. Allí, junto al Aventino, juró en presencia del maestro, dar la libertad a América. De regreso a su país natal, despiértase en él el afán conspirativo y da los primeros pasos en el camino de su futura gloria...

Buceando en estos hechos descubrimos, de primera intención, que el alto propósito que animó entonces su vida apenas tenía contacto con la realidad angustiosa de sus pueblos. No es esta realidad lo que lo empuja, por encima de todo, a la lucha, sino más bien un ansia íntima de excelsitud y gloria. América no podía permanecer rezagada frente a una Europa en ebullición y progreso; tenía que dar un firme paso hacia adelante. ¡Y él se sentía con la capacidad para impulsarlo y dirigirlo! Logrado el triunfo, su fama se acrecentaría con los siglos.

En Martí vemos otro cuadro. Nació en la pobreza, y en ella se desarrolló su infancia. Ya adolescente, entra bajo el tutelaje espiritual de Rafael María Mendive y a su calor, su inteligencia se

desarrolla y se perfilan los rasgos fundamentales de su espíritu. Desde temprano, su sensibilidad se aguza y depura. Mira a su alrededor, y por donde quiera observa lágrimas. La patria sufre... Indignado ante esta realidad, estudia sus raíces. Y como ve en la opresión colonial al máximo culpable, decide, imberbe aún, luchar contra ella. Va a los actos y cae en el presidio. Allí, junto a su propio dolor y al dolor de los demás, toma una alta decisión: enrumba su vida al sacrificio. ¡Será lámpara que alumbrará caminos de libertad y dicha! Su dación es, por tanto, un producto de la propia masa, el fruto de la convicción de que el hombre sufre y de que solo dándose a él es como puede ese dolor superarse. Claro está: en daciones de ese tipo no hay nunca aspiración de gloria. Se ejecutan por imperativos de la conciencia, sin preocupación de lo que dirá el mañana y sin temor a las angustias que guarda el porvenir.

Ello ya denuncia los dos tipos diversos de personalidad y la actuación del ambiente. Mientras en Bolívar este permitió su abstracción de la tragedia de sus pueblos, en Martí fue el mayor incentivo de la lucha. En el primero, la opulencia fue razón del alejamiento; en el segundo, la pobreza fue estímulo de su presencia. Pero tanto en el uno como en el otro, la entrega al ideal revela méritos extraordinarios. Decidido a abrazar la gloria, Bolívar sacrifica las posibilidades de paz hogareña y todos sus bienes materiales; renuncia a sus posiciones de buen burgués para convertirse, como él mismo lo dijo, en un Quijote. Dedicado al desarrollo y mejoramiento de sus ricas posesiones, hubiera llegado a ser un potentado. Pero prefirió lo otro. Preferencia nacida de un impulso romántico y como tal, ajeno a la previsión de las acechanzas del destino. Veía el porvenir claro y se sintió con poder, por su inteligencia y su carácter, para realizar la obra. Hay sin par grandeza en la actitud, como también en la de Martí, pues este, aunque pobre, hubiera llegado a la opulencia si su talento y su perseverancia se hubiesen puesto al servicio de empresas materiales. En aquel, pasma el vuelco de hombre acaudalado a Libertador de un Continente. En este, admira y recoge su fidelidad para con los pobres de la tierra y su heroica devoción a la sublime empresa de llevar a ellos la alegría. Desde los inicios, en Martí florecen el sentido de santidad y la capacidad para el martirio. Va a la lucha por convicción, para cumplir, como el me-

jor, con un deber de humanidad, y a sabiendas de los sinsabores que lo aguardaban.

La génesis de ambas actitudes es pues, distinta. Pero estas no niegan las afinidades de sus almas. Como todos los grandes creadores de épocas, ambos eran apasionados. Se desbordaba esa pasión en el fuego del amor y en el fervor con que abrazaron sus respectivas causas. Ella explica, además, la pasmosa actividad de que dieron muestra y su constancia aún en medio de los peores reveses. Se sentían poseídos por el demonio de su propio ideal, que no les daba descanso. Junto a estas afinidades, aparecían las divergencias. La íntima orientación del afán —o sea la aspiración a la gloria— presenta a Bolívar como un prototipo, indudablemente excelso, de humanidad. En todo momento es hombre. Y hombre superior. Dados su romanticismo y su desvinculación del ambiente en que naciera, hubiera sido más lógico esperar de él una actuación rica en ilusiones y tan tocada por lo irreal, que tradujera un temperamento suprahumano. Pero la lógica erró en su caso. El romanticismo no fue más que el ímpetu conductor: ya en el frenesí de la lucha, surgieron las meditaciones y su robusto talento se orientó a las disciplinas sociológicas; estudió a fondo las condiciones de vida de nuestros pueblos y comprendió que su actividad libertadora tenía que ajustarse a ellas. Así fueron naciendo sus perfiles de legislador y de estadista. Inclinado estaba ahora ante la realidad, cuya naturaleza sin cesar ahondaba. Y lo hacía en el fragor de los combates, entre victorias y reveses. Ya su genio militar había despuntado y con él, la dureza, el sentido de la responsabilidad y la disciplina, el ímpetu heroico, las dotes de mando...

En Martí observamos otra evolución. Aun cuando orientó fundamentalmente su actividad a la lucha por la liberación de las Antillas, la inquietud máxima de su espíritu era la superación y la dicha humanas. Su única ambición: contribuir a ese propósito. El objetivo secreto de su ideal era, por tanto, el hombre, considerado en el plano cósmico. Si se dedicó a hacer patria fue porque tenía que dolerle más, como era lógico, la angustia de sus hermanos; y porque en la libertad de Cuba y de las Antillas veía el necesario equilibrio del Continente. Sus dotes de sociólogo y de estadista germinaron desde temprano: no fue el producto de la

lucha revolucionaria sino la manifestación natural de un talento que vivía atado al dolor y a las necesidades de América y del mundo. Humilde, albo siempre tanto en la intención como en el hecho, aparecía más que como un conductor de hombres, como un guía de almas. Era el moralista que, con su pluma, la palabra o la actitud, trataba de crear conciencias. Y todo ello explica que no tuviera naturaleza de guiador militar y que careciera de la dureza y el resplandor apocalíptico del otro. Mientras Bolívar es humano, altamente humano, humano hasta en su amor legítimo a la gloria, Martí asoma como un ser excepcional, situado por encima del nivel de los hombres, que ha logrado domeñar toda pasión pequeña, se entrega a la pasión más alta y pura, y va conscientemente al martirio.

A ambos, la época brindó el material para sus respectivas actividades y los moldes de su afectividad y pensamiento. Naturalmente, como en todos los hombres que viven para la eternidad, los moldes frecuentemente se quebraban y surgían así el pensador o el poeta que trazaban nuevos caminos. Bolívar es un claro producto de la Revolución francesa y uno de los primeros paladines del romanticismo. Sin estos factores no sería explicable la colosal dimensión de su vida. La Revolución francesa lo deslumbra con su fondo y su forma.

Ofrece ante su pensamiento una nueva perspectiva ideológica y hechos y hombres de tal valor que lo obligaban a una meditación constante. La figura de Napoleón se impone ante su espíritu con su magnético brillo; pero la admiración que por ella siente no le cohibe el ejercicio de la crítica; ve a este hombre en su verdad desnuda: como un genio extraordinario en quien, a medida que pasan los años, se va apagando el ímpetu idealista que presidió su faena inicial. No justifica que, de soldado de la libertad, se convierta en conquistador de pueblos y acepte una corona. Y esta actitud delata el señorío que sobre él ejercían las Tablas de los Derechos del Hombre. Por encima de todo, se siente revolucionario; y atado, por tanto, a los principios de libertad, igualdad y fraternidad proclamados por aquel movimiento. Rousseau y Montesquieu son sus guías. En los comienzos, más el primero; en la madurez, el segundo. Y Rousseau, sobre todo, explica su fervor romántico, que se forta-

lece con el contacto del pensamiento europeo contemporáneo. Había allí entonces —principios del pasado siglo— un afán de supremacía de lo afectivo, de entrega total al ensueño, y él siente su contagio. De ahí su estilo literario, tan rico en hipérbolos, y el divino calor que inflama sus pasos más trascendentales.

También en Martí vemos ese impacto de la época. Ella le brindó el panorama de su patria encadenada y de una América Latina contradictoria, campo de miserias y de privilegios, donde las grandes mayorías, víctimas de la ignorancia y la explotación, no tenían la posibilidad de elevarse a la dicha y la cultura. Se sentía también soldado del Derecho y, en consecuencia, como Bolívar, impulsado por los ideales de la Revolución francesa; se entregó al romanticismo y esa entrega, parcial y temporal, da la explicación de muchos de sus actos juveniles. Fue, pues, como el otro, producto del siglo. Pero ambos pudieron hacer el milagro de pensar y crear para el porvenir, estando de pie sobre el presente. ¡Se salieron de los moldes de sus épocas! Y por ello: alcanzaron las cumbres de la excelsitud.

Lo hicieron, más que con la acción, con el pensamiento.

Su raíz y el siglo señalaban a Bolívar que el campo de su actividad no podía ser otro que su propia América. A ella viene a desarrollarla. Desde los inicios, se sienten las sacudidas de su genio. Así como se improvisa el ejército revolucionario, él se improvisa militar. Sucédense los triunfos y los reveses, las alegrías y las angustias. Comprueba la impreparación del pueblo para el ejercicio de la libertad, y de su mente brotan pensamientos notables gracias a cuya aplicación estima que será posible armonizar su ideal con las torvas realidades. El ímpetu romántico cede ya a la reflexión del sociólogo. Pero a veces vuelve a tomar fuerzas, pues la rica esencia de su naturaleza no había nacido para el permanente ajustamiento a lo circundante. Y aunque ve que la geografía, la economía y la incultura parecen valladares infranqueables, lanza primero la consigna de la Gran Colombia, y luego, la de la Federación de los pueblos americanos. Y crea todo un cuerpo de doctrina del cual extraería sus más hondas substancias, el Derecho Internacional Moderno.

En Martí, por el contrario, el sociólogo amortigua desde temprano el ímpetu romántico. Basta leer los trabajos que en

su juventud escribiera sobre Nuestra América para captar de inmediato el profundo estudio que él ya había hecho de nuestros problemas e impresionarnos con las soluciones ofrecidas. No era entonces el poeta que alzaba el vuelo de la imaginación a las alturas del ensueño, sino el pensador penetrante que se hundía en la realidad y blandía como espadas sus ideas de mejoramiento. Mientras Bolívar soñaba —y su sueño no era otra cosa que anticipación del porvenir—, él permanecía atado a la tierra, ahondando en nuestra naturaleza y nuestras posibilidades, y preparando, con meticuloso ordenamiento, la gran hazaña de la liberación de Cuba y Puerto Rico. Sus actos no nacían de la fiebre que da la exaltación en un poseso de un empeño, sino del diario enjuiciamiento de los hechos y de la convicción de su necesidad. Carecía del arrebató de Bolívar: tenía más bien la paciencia indispensable para lograr el acopio de elementos que garantizaran el triunfo. En vez de improvisar sobre la marcha, prefirió planear con anticipación, previéndolo todo. La epopeya fue así para él la culminación de un proceso vital consagrado a prepararla. No pueden separarse el uno de la otra. Y su mayor grandeza reside en la substancia del todo, que es afán de dicha universal y de armonía cósmica. Liberándose del romanticismo e imprimiéndole a la actividad rigor científico, sin menoscabo de la albura del propósito, Martí aunó el sentido práctico al vuelo idealista. Comprende que la lucha por la libertad de Cuba y Puerto Rico no es solo el deber máximo de sus hijos, sino una necesidad imperiosa para lograr el ajuste y la armonía del Continente; capta en su entraña el problema imperialista, precisando los peligros de la expansión norteamericana; y urge la unidad de nuestra América, unidad política y económica, como primer paso hacia la Federación Mundial. Patria, para él, era Humanidad. Vemos así que mientras en Bolívar la concepción americanista, de la cual fue indiscutible creador, es un brote intuitivo, en Martí es conclusión meditada y tiene mayor alcance. Al postularla, ambos se adelantaron al porvenir: obraron como genuinos creadores de épocas.

Creador de época fue también Martí en el campo literario. Como escritor, superó indudablemente a Bolívar. Lo era nato, de calidad excepcional e inagotable fuerza creadora. En su prosa cálida, desbordada, donde la riqueza y la multiplicidad

de las ideas compite con la belleza de la forma, está a menudo contenido el poema. En él, el poeta se alza a gran altura, y prosa y poesía abren nuevos horizontes literarios. No diremos que en estas artes estaba su vocación máxima; pero sí su habilidad mayor. Alma fue la suya de gran artista; aun lo más trivial que ella tocara, de inmediato cobraba aromas y destellos. Claro está: si su obra brilla con tan intenso fulgor es porque el artista estuvo siempre al servicio del apóstol, y así, tanto en el hecho, como en la prosa, el verso o el discurso, asomó siempre una perfección eurítmica cuya esencia era levadura de mejores tiempos. En pocos, como en él, la palabra fue instrumento de máxima utilidad para el empeño alto. Con ella —y con su prosa también— captó voluntades, las enardeció para la lucha y las contagió de su ensueño. Sus dotes oratorias llegan a las cumbres que, con las suyas, alcanzó Bolívar. Poseían ambos extraordinaria elocuencia. Subyugaban a las multitudes y deslumbraban a las minorías selectas. En Bolívar, sin embargo, el orador iba enmarcado en su época. Sus discursos, ricos en conceptos, son joyas radiantes; en ellos, las imágenes se suceden en tropel, nacidas, muchas veces, de las hazañas y los grandes hombres de la antigüedad. Pletóricos de colorido, delatan, en su forma, la influencia romántica. Pero eran más directos que los de Martí. Pues este, al hablar, hermanaba de tal modo el fulgor de la expresión a la variedad y la hondura de las ideas, que dejaba en el auditorio la impresión de lo sobrenatural, de lo extraordinariamente hermoso, pero oscuro... En verdad, esta impresión la deja también, frecuentemente, su prosa. Y es que el pensamiento desbordaba continuamente su riqueza, obligándolo a apretadas síntesis. De ahí: la enjundia de sus escritos. El pensador pugnaba, en la intimidad, con el artista. Escena casi permanente, que nunca se vislumbra en la prosa de Bolívar. Es esta rutilante y clara, vivida, integrada por períodos armoniosos de sostenido brillo. Prosa de un escritor de altura, reñido con la vulgaridad y leal a los cánones de la belleza. Es esta lealtad —lealtad a su naturaleza de artista— la que lo empuja, en momentos de excepcional inspiración, a concepciones calificadas como delirantes, que entran, obviamente, en el marco de lo poemático.

¿Quién duda que fuera poeta? El ciego impulso que lo llevó a sus grandes realizaciones, palpita de poesía; y poeta por

encima de todo, fue en muchos momentos estelares de su vida. Lo fue cuando, en 1812, desafió en Caracas, sacudida por el terremoto, a la naturaleza; cuando, derrotado, va, siendo casi un desconocido, a Cartagena, y allí logra formar un Ejército con el cual atraviesa los Andes y realiza la primera liberación de Venezuela; cuando postula, ante el asombro de sus contemporáneos, la tesis de la federación americana; cuando, después de vencer al enemigo y a la naturaleza, escala las cumbres del Potosí, y allí le canta a la nueva América. Poeta fue, además, y grande, en su amor siempre vivo a Manuela Sáenz y en el cuidado que puso de mantener su gloria inmaculada. En Martí vemos al plasma-dor de versos notables y al hombre que supo hacer de toda su vida un poema perfecto, cuya belleza ascendente culmina en la escena de la inmolación. De Bolívar no se han conservado versos; pero su existencia irrumpe en presencias poemáticas temporales, que llegan a lo sublime. E irrumpe en medio de una vida que tuvo que consagrarse a las armas, en cuya disciplina brilló con el relieve de los grandes capitanes de la historia.

¿Cómo explicar ese brillo? ¿No es acaso conocido que jamás él frecuentó una Academia Militar ni mostró interés, en su juventud, por las obras de estrategia? Se explica porque nació valiente, tozudo y con don de mando, y porque a esto unía un genio singular que se adaptaba maravillosamente a todas las necesidades. Puso ese genio al servicio del arte de la guerra. A diferencia de Napoleón, su obra, en este campo, fraterniza con la de los grandes militares de la antigüedad. No existía entonces una verdadera ciencia de la guerra; sobresalir en esta traducía talento intuitivo, aunado a otras dotes del carácter. Lo extraordinario en Bolívar es que supiera enriquecer su intuición con los conocimientos derivados del ejercicio. Cada experiencia, de victoria o de fracaso, le dejaba una enseñanza, cuya explicación científica buscaba, ardorosamente, en los tratados militares. Así, de estrategia instintivo fue paulatinamente transformándose en estrategia científico.

No cabía en Martí —ya lo dijimos— el cultivo de esta disciplina. Las esencias místicas de su alma aparecían reñidas con tan sangriento menester. Por otra parte, a su lado había hombres, hermanados en su voluntad de patria, capaces de ejercerlo.

Mientras Bolívar, por su empujamiento sobre los demás, se veía obligado a cubrir multitud de campos, Martí comprendía que su verdadera misión, en el caso de las Antillas, era la del organizador, el aunador de fuerzas y el guiador espiritual del movimiento. En realidad, su aparición se efectuó cuando ya una guerra, larga de diez años, había encendido en Cuba la llama del heroísmo. Aunque al iniciar su actividad revolucionaria la fruta no estaba aún madura, el terreno era, por tanto, fértil. A madurarla dedicó él los primeros empeños. Y solo cuando se percató de que la madurez era ya plena, dictó las órdenes para la gran hazaña. Procedió, pues, con el cuidado y la previsión del sabio. Bolívar no. Es verdad que se lanzó a la lucha aprovechando la coyuntura histórica de la invasión de España por Bonaparte. Pero aún si esta no se hubiera producido, habría dado el grito. Porque se sentía con el ímpetu necesario y consideraba que esa era su misión. Mientras en aquel hubo premeditación y largo decursar de preparativos, en este obró la exaltación. Y se encontró, de la noche a la mañana, con lo inesperado, forzándolo a una improvisación constante. Sobre sus hombros se echó las más pesadas cargas. Y aunque por dondequiera surgían a su paso los obstáculos, había en su espíritu la firme decisión de vencerlo. ¡Y lo logró! Pero el triunfo no fue completo. Pues si bien es cierto que al toque de su espada nacieron cinco naciones, tanto su ideal de crear hombres libres como su empeño de unificar el Continente, momentáneamente se frustraron.

Los caminos —insistamos en ello— fueron distintos. Por eso no puede sorprender que distintas, y a veces hasta invertidas, aparezcan las escenas en que intervinieron. Bolívar fue a la lucha rebosante de optimismo. Pensaba, en pleno ensueño romántico, que nadie podía negarle su cooperación. ¿Quién —se preguntaba a sí mismo— puede, siendo esclavo, rechazar los beneficios de la libertad? Asombro tuvo que sentir cuando vio la oposición de tantos compatriotas insignes; y cuando comprobó que gran parte del pueblo mísero se incorporaba a los ejércitos del Rey. Desde entonces, su alegría inicial, nacida del optimismo, trocóse en pesadumbre y en cólera. La libertad —bien lo comprendía y espanto causa la paradoja— tendría que ser impuesta por la fuerza. Era aquella convicción un duro golpe a su ideal romántico y una mina de dolor. No había, sin embargo,

posibilidad de retroceso. Su destino lo empujaba a la lucha y en ella persistiría. Mas la persistencia, sin manchar la pureza y el sentido idealista del propósito, se cargaría de observaciones trágicas y conclusiones lúgubres. Su América no era lo que él, en el alba de su conciencia, había soñado. La minaba la ignorancia y la llagaba la esclavitud. Con hombres habituados a estos terribles yugos, iba a ser casi imposible levantar el cetro de la libertad y la dicha. Pues no se pasa de un salto de la barbarie a la civilización y la cultura. Vemos entonces cómo, convencido de la fragilidad de su obra, medita y hace extraordinarios esfuerzos por salvarla. El sociólogo produce al legislador. Y este se muestra hondamente conservador dentro de su republicanismo. Postula la tesis de la Presidencia vitalicia y de un Senado, vitalicio también, que ejerza la función de un cuerpo de censores. No estaba preparada la América —decía— para la alternabilidad en el poder. Pues el pueblo no tenía conciencia de lo que era el voto y solo se movía a voluntad del caudillo. Si se admitía la alternabilidad advendría, creada por el desenfreno de los apetitos bastardos, la guerra civil permanente y con ella el caos. Precisaba, por tanto, crear un gobierno fuerte y honesto que, nacido de la voluntad popular, se dedicara durante años y años al empeño de la construcción civilizadora.

No cabe dudas de que, teóricamente, estaba en la razón. En lo que erró su juicio fue en presumir que una organización de ese tipo, o de cualquier otro, podía evitar la caída en la anarquía o en el despotismo. Pues, ¿qué significa la ley para un caudillo inculto levantado de la llanura a la cumbre por obra de sus victorias?, ¿qué sentido tiene ella para una masa gregaria que creció adiestrándose en costumbres bárbaras? El caos y el despotismo —con todo lo que este tiene de caótico— tenían que ser, por fatalidad histórica, las consecuencias inmediatas de la creación nacional. Ya había llegado a la madurez cuando él hubo de comprenderlo. Y aunque desde el fondo de su espíritu seguían brotando relámpagos de ensueño romántico, lo cierto es que para esta época, el discípulo de Rousseau apenas recordaba a su maestro: su pensamiento vivía apegado a la realidad y su alma se destrozaba en el dolor del fracaso por enrumbarla hacia la meta ansiada. Destino singular el suyo: a medida que las sonrisas del triunfo militar se multiplicaban, y que sus glorias de

libertador de pueblos alcanzaban, con la victoria de Ayacucho, su luz más radiosa, la pesadumbre fue creciendo en su espíritu hasta cobrar tono de tragedia. Su sino le decía que él había nacido para llevar una nueva vida al Continente y que la obra de la liberación de España no era más que el paso inicial. Pero no podía seguir adelante. Tropezaba con la traición del amigo, la voracidad de la minoría selecta y la barbarie de las masas. Luchador tesonero, se alzaba con más fuerza después de cada tropiezo; y en su afán de llevar a feliz término la obra, creyó imprescindible renunciar momentáneamente a principios que habían sido en él fundamentales y hacerle concesiones a la realidad para así, desde dentro, poder superarla. El sociólogo y el legislador se completaron con el político. Político de tanta penetración en lo ínfimo como en lo máximo, en lo banal como en lo trascendente. Aceptó la dictadura. Y mientras impartía hábiles instrucciones a sus amigos más fieles, encaminadas a mantener en pie el nuevo armazón institucional, daba los últimos toques a su proyecto magno de anfictionía americana y lanzaba la convocatoria del Congreso de Panamá. El dualismo de su personalidad y su destino asomó entonces imponente: de su cetro de ensueño descendió para asumir todo el poder, el poder que da la dictadura; y desde esta, a ras de tierra, alzaba de nuevo el vuelo hacia la quimera. Quimera que, con el devenir de los tiempos, iría ganando perfil de realidad. En ese dualismo latía el secreto de su drama. El brillo y la fuerza del político, poseídos por él en alto grado, nada decían a lo que era substancia de su vida. Esta substancia lo empujaba a lo grandioso, a la creación de un nuevo mundo para la libertad y el ejercicio de la virtud. Era, pues, un alma desgarrada, casi avergonzada de sí misma, la que por boca del dictador hablaba. Su dolor no tenía límites. Pero pensaba que iba a ser indudablemente mayor si, rehusando el supremo mando, dejaba a su América entregada a la convulsión y el probable aniquilamiento. Su conciencia le decía que su deber era continuar en la faena, para la salvación de su obra, aun a trueque de los más caros principios y de su paz y su alegría. En realidad, era un prisionero de las circunstancias. Y hombre al fin, daba claro testimonio de la imperfección de nuestra naturaleza, que tanto obliga a transigencias lacerantes. No veamos en él al santo. Veamos, por el contrario, lo humano en su máximo señorío y esplendor.

Busquemos, además, en cada una de sus caídas, la intención y el ambiente de que nacieron. Y comprobemos que ante él, en aquellos instantes, se presentó un dilema aciago: la dictadura o el desistimiento pleno. Lo primero abría posibilidades para la continuación de su empresa y la tesonera siembra de su ideal; lo segundo, por el contrario, entrañaba una huida en medio de la pelea y la firme seguridad del desmoronamiento total de sus realizaciones. Si se decidió por lo primero, fue porque quiso preservar a América de terribles males y al completar su gesta, hacer más luminosa y nítida su gloria. En verdad, si algo puede criticársele, no fue el hecho de que asumiera la dictadura, sino la esterilidad de la actitud. Porque de ningún modo podía entonces cristalizar su sueño... Pero no es crítica que lo mancha. Máxime cuando él mismo, con el decursar de los días, llegó a ese convencimiento. La copa de su dolor estaba ya colmada; y a dondequiera que dirigía la vista, veía espectros de pavor y de miseria. La ingratitud y la injusticia de los hombres lo empujaban a la desesperación. Se sentía, además, enfermo. Y optó por el renunciamiento. Declinó el poder y se fue casi solo a Cartagena, y de ahí a Santa Marta, a morir en la indigencia. Su voz íntima ya era un grito escéptico. Llegó a desconfiar de nuestros pueblos. Pero antes de morir urgió de nuevo, en patética despedida, la unión a los colombianos y su consagración a la causa de la libertad y de la Patria.

¡Qué diferente la ruta de Martí! En él, el dolor es, desde la infancia, compañero casi inseparable. Dolor nacido de sus luchas por el pan, de los sacrificios por su ideal y, sobre todo, de su conciencia del dolor del mundo. Toda lágrima vertida a su alrededor, él la hace suya... Comenzó a padecer desde niño. En la adolescencia, la prueba de la cárcel y los trabajos forzados acentuó el padecimiento y lo despojó de todo impulso de pasiones menores. Puro y albo aparece ya en su primer libro: *El Presidio Político en Cuba*, dorada urna del más elevado sentir y llamada angustiada a la justicia. Al través de sus páginas, inflamadas de soplos bíblicos, compruébase hasta dónde había llegado a herirlo la iniquidad. Y la herida lo empuja a sumisión apostólica. El dolor carcelario aparece como el punto de partida de su destino alto. A su conjuro, nacen en su mente las más hondas reflexiones y se hace firme la decisión de dar la vida

en bien de los hombres. Libre ya, penetró en el mundo. Y vio que era una cárcel más amplia donde los carceleros eran unos pocos privilegiados y los presos el pueblo. Hermanado a ese pueblo, siguió sufriendo. Comprendió que el éxito de toda misión dependía de la capacidad existente para ejercerla. Y como el destino le había hablado en lo íntimo diciéndole que él iba a ser guiador de hombres para empresas de libertad y de justicia, decidió penetrar en ellos, conocer no solo su realidad presente, sino la historia de su vida y sus instituciones. Se inclina entonces, ávido de saber, sobre los libros. En Europa obtiene un título. Pero no permanece en ella: vuelve a su América, donde el dolor es mayor y hay mayores urgencias humanas. Vino precozmente maduro, poseedor ya de una ética robusta, cincelada por el sufrimiento. Ética que reposaba en dos conceptos básicos: el amor y la justicia. Armado de ella, se lanza a la prédica. Y sigue estudiando. Más en el libro de la vida que en las obras de los autores. Ahonda en el alma colectiva. Descubre que en el hombre americano hay un fantástico potencial de virtud y de belleza, que no puede apenas florecer porque lo impide la injusticia. Ve en los padecimientos de la comunidad la consecuencia de una explotación secular, y su palabra, transformada en látigo, cae sobre las espaldas de los poderosos. En su Cuba supo cómo negros, mulatos y blancos, habían desafiado, en la Guerra de los Diez Años, el martirio y la muerte. En México y Centroamérica, lloró con la tristeza del indio, comprobó su virtud doméstica y su vocación por las artes plásticas y vislumbró la grandeza de su alma, rica en porvenir. Al llegar a Venezuela, buscó afanoso la estatua del Libertador y buriló, en su gloria, la joya del más hermoso panegírico. Y se aunó a los sabios y al hombre de la calle. En Santo Domingo, se deslumbra con la belleza de la tierra, ideal connubio de valles y montañas, y le canta al hombre, cuya generosidad hace estallar los pechos.

Ya había meditado a fondo sobre la historia de nuestros pueblos y llegado a claras conclusiones. Comprendía que la anarquía de la infancia nacional había sido una etapa inevitable, nacida del oscurantismo y la desigualdad prevaecientes antes de la génesis. De ella no era culpable el hombre, sino el sistema económico-social imperante ayer y prolongado hasta nuestros días. Sistema en el cual la incultura, la superstición religiosa y la

inequidad son bases fundamentales. La barbarie existió en muchos aspectos, pero solo ese sistema era su causa. Ley forzosa fue que el ascenso a la civilización se realizara, por ello mismo, en campos de violencia y sangre, entre destellos de virtud y explosiones de infamia. En vez de abjurar de las guerras civiles, veía en ellas pasos hacia el progreso y escuelas para el temple del alma. Pecado, signo de debilidad hubiera sido su ausencia, pues nada mejor que esta para eternizar el despotismo. Dondequiera que llegaba recibía, en bandejas de emocionada ternura, las dádivas del pueblo. ¡Cuánta bondad en aquellas almas, cuánta generosidad, cuánta capacidad para el trabajo decoroso y el arranque heroico! Brillaban estos excelsos dones del espíritu por encima de la opresión y la miseria. Y ese brillo despertó en su alma una honda fe. Confiaba en la virtud de nuestros pueblos y en su porvenir radioso. Y con esa confianza se hundió en la tumba... Confiaba porque su alma estaba hecha para medir honduras y captar la eternidad; porque buscaba siempre, con penetración de filósofo, la causa oculta de las realidades, lo que estaba más allá de los sucesos. Acostumbrado a sufrir, nunca permitió que el dolor quebrara la serenidad de su alma o desviara el rumbo recto de su visión. Esta iba siempre a la entraña de las cosas y era allí donde encontraba su alimento.

A medida que maduraba su vida, se iba acentuando en su intimidad la fe en nuestros pueblos y el firme propósito de entregarse a la faena de crear su dicha. En vez de evadir los sacrificios, con fervor los buscaba. Y así, hasta el momento de llegar a la manigua, sus horas fueron de agonía constante y dación sin límites. Entonces prodúcese algo milagroso: por primera vez florece en su espíritu, con carácter casi permanente, la alegría. Su prosa de esas semanas es sonrisa y ala, flota como un perfume suave y nos llega como el canto de un niño o el arrullo de palomas. ¡Ya no hay lágrimas en ella! Porque unido a los pobres de la tierra, siente su contacto generoso; y porque comprendía, en la hondura de su ser, que estaba ya cerca de la gloriosa culminación de su destino... Pero antes de llegar ahí, ¡qué titánica faena! De las más hondas meditaciones tenía que alejarse, como Bolívar, para la atención de lo rutinario; para armonizar, con habilidad política notoria, intereses encontrados; para recabar, a veces a fuerza de fervorosos ruegos, la cooperación necesaria; para aunar tantas

voluntades disímiles —y a menudo indiferentes— en el propósito común; para burlar el espionaje del enemigo; para construir, en suma, el armazón arquitectural de la magna empresa. Demostró entonces que aunque su aspiración era brindar a los hombres el cielo, vivía apegado a la tierra; y ser poseedor de dotes políticos excepcionales llamados a brillar en el ejercicio del gobierno.

Pero gobernar no era su destino. Además, el poder no es necesario para que el verdadero estadista deslumbre con su capacidad y sus concepciones. Tan estadista fue Bolívar con el supremo mando en las manos como cuando escribió, en el abandono y el dolor del exilio, su célebre carta a “Un caballero de Jamaica”. Mientras conspira, Martí ya es estadista. Así aparece en sus estudios sobre hombres y escenas norteamericanas; en sus trabajos sobre los problemas fundamentales de nuestros pueblos; en el señalamiento de las vías para nuestra superación y dicha; en su afán de unidad del Continente dentro de normas de decoro y de derecho; en su visión certera del peligro imperialista y de la necesidad de confederar urgentemente nuestras Antillas para poner así un fuerte valladar a la expansión norteamericana. Lo fue, además, al dar un rumbo trascendente a la lucha por la liberación de Cuba y Puerto Rico y al precisar, con escrupulosidad notoria, las altas finalidades del movimiento. En la obra de estadista de Bolívar se destacan la objetividad y la aguda penetración del sociólogo; en la de Martí brilla la hondura del pensador que, clavado en la tierra, señala rumbos hacia la eternidad.

Y así, junto a las diferencias, obsérvanse las similitudes. Bolívar es —insistamos en ello— fuerza de humanidad en su máximo apogeo y relieve. Y Martí, pasión de santidad en florecimiento perfecto. Mientras el primero deslumbra, el segundo arroba. Porque era mucho más humano, en Bolívar hay mayor número de contradicciones, que el escenario, vasto y tumultuoso, frecuentemente explica. ¡Cuántas veces actuó en forma contraria a su sentir! Él odiaba la crueldad. Sin embargo, a la devastación y el despiadado crimen del enemigo, contestó con la guerra a muerte. Gesto justificado por la historia, pero en pugna con las normas del sentir civilizado. ¡No dejaba él de comprenderlo! Se rebelaba ante la necesidad de utilizar la barbarie, para

combatirla. Pero no había otro camino... Si no obraba así, iba al fracaso. Estaba en el vértigo de la crueldad, tanto de los españoles como de los suyos, y forzoso era armarse de procedimientos crueles. Aun cuando ello le dejaba el alma desolada, y le hiciese derramar, en silencio, lágrimas. No había nacido para aquello. Se sentía, por el contrario, capaz de la mayor magnanimidad y el máximo desprendimiento. Magnánimo fue mil veces. Y desprendido hasta lo inconcebible. En ello fraterniza con Martí. Pero a este, la incapacidad para el mal y la injusticia, aun cuando fuesen necesarios, lo coloca en un nivel espiritual más alto. Imposible es imaginárnoslo empujando a los soldados a la devastación total y el aniquilamiento inmisericorde de todo cuanto fuese enemigo. La conclusión, sin embargo, desvalorízase al recordar los tiempos. Distinta era, para el uno y para el otro, la visión de los problemas. Mientras en Bolívar todo lo español era, en el frenesí de la guerra, objeto de odio, Martí, más inclinado a la reflexión filosófica y al enfoque universalista de los sucesos, distinguía en España dos realidades: una buena, integrada por la mayoría del pueblo; y otra mala, compuesta por los señores del privilegio, unidos a los militares y al clero. Por tanto, él no podía abjurar de todo lo español. El bien y el mal eran, a su juicio, fuerzas universales, que no tenían fronteras; y lo que daba presencia viva y mérito al hombre, no era la Patria, sino su limpia postura ante la vida. Concepción esta dominante en su espíritu, que delata la amplitud de su mirada y el sentido cósmico que imprimió a su empeño.

Reñido con el nacionalismo a ultranza, hizo, sin embargo, Patria. Pero mientras la hacía, pensaba en la Humanidad y en la contribución que al decoro de esta iba a brindar su obra. El apóstol y el filósofo imponíanse, por tanto, sobre el estadista. Y si este se destacó relevante, fue en función de su afán de fraternidad humana y de norte de una nueva época para la totalidad del hombre. Creemos que poco influyeron, en esta actitud, las corrientes filosóficas del momento. Es cierto que ya Augusto Comte había fundado el positivismo, en el cual veía una nueva religión para la Humanidad; y que Carlos Marx ya había lanzado, junto a Federico Engels, la consigna de la unión proletaria; al liberalismo clásico, sucedía el socialismo científico, con su programa internacionalista. Todo esto pudo dejar huellas en su es-

píritu; pero si así fue, ellas solo robustecieron el acervo de sus convicciones y alimentaron lo que era en él substancial razón de vida. En Bolívar, en cambio, la visión no tuvo tan largo alcance. No por falta de savia e impulso, sino por obra de las realidades. Estas imponían forzosas limitaciones. La época era de luchas imperiales y exacerbamientos patrióticos, de engrandecimiento nacional basado en la conquista. La industria estaba en pañales y las comunicaciones, difíciles y escasas, forzaban al aislamiento relativo de los grupos humanos. Era lógico, pues, que filósofos y estadistas pensaran y actuaran con ímpetus restringidos. Siendo la humanidad un todo casi gregario, no podían elaborar concepciones políticas que la abrazaran. El nacionalismo fue, por tanto, molde y ley de la conciencia pública. Bolívar no pudo substraerse a su imperio. Pero tuvo la grandeza de ensancharlo, de postular, frente a la tesis de la Patria chica, hija del momento histórico, el dilatado concepto de la gran Patria americana. No podía pedir-sele más, en el plano del pensamiento creador.

Ni es justo, a nuestro juicio, criticarle su conservadurismo, ampliamente explicado por su cuna, su ambiente juvenil, su amor al orden y la filosofía política imperante. Cuna y ambiente lo alejaron de las angustias del pueblo, en su adolescencia. Y como ya maduro, comprendió que la incultura popular no podía ser nunca base de una organización de hombres libres, rígida y civilizada, fue a las minorías selectas, pese a que estas habían sido y seguían siendo dueñas del privilegio. Pensó que solo ellas, por el elevado nivel educacional en que se hallaban, podían cooperar idóneamente al engrandecimiento de su obra. Al actuar así, siguió las pautas trazadas por la época. Época caracterizada por la victoria del pensamiento contrarrevolucionario y, en consecuencia, la sujeción de todo empeño de fraternidad internacional o de igualdad social, política y económica. Creemos firmemente que esta postura no disminuye su grandeza. Máxime cuando toda su vida de abnegación y su pasión fervorosa por la libertad testimonian que ella no era el producto de un anhelo íntimo, sino de hábitos, convicciones y necesidades.

Colocado en el amplio marco de la perspectiva histórica, comprendemos que su verdadera misión fue la de creador de nacionalidades. Aun cuando tuviera naturaleza para ir más lejos,

y en la intimidad, el impulso de ese afán de lejanía. Su tragedia nace precisamente de la espantosa contradicción entre sus posibilidades y su anhelo, entre lo que señala y dicta la historia, y lo que el hombre sueña y desea. Basta, para su gloria eterna, el haber derribado el poderío español en la América del Sur e iniciado en ella, firmemente, la vida republicana. Ya esto entraña un notorio salto hacia el progreso. Y la nitidez de ese salto, la mantuvo siempre inmaculada: se negó una y mil veces, pese a su conservadurismo, a aceptar una corona.

No pudo completar su misión. Pretendió liberar a Cuba y a Puerto Rico, y se desvanecieron sus planes. Le estaba reservada la obra a su continuador único: al nuevo guiador de pueblos, a José Martí. Y este la puso en marcha ampliando el concepto primigenio: ya no es solo América lo que está en juego, sino el destino del mundo; ya no es solo la libertad lo que se busca, sino también la justicia. Y al odio y la crueldad de las guerras de liberación del Continente, sucede una fuerza de amor y un impulso de ternura. Bolívar y Martí se aúnan en el dintel de la historia y crean un solo escenario. El uno inicia; el otro culmina. Son, en el fondo, expresiones fraternas de un mismo proceso. Proceso unitario y ascendente. En Bolívar encontró Martí la raíz; se deslumbró ante sus realizaciones; su vida fue para él estímulo y enseñanza; y ya en la labor trascendental que le señaló el destino, enriqueció sus conceptos y depuró su propia actividad de imperfecciones. Iba, indudablemente, a completar la obra del caraqueño insigne, trabajaría con el mismo impulso, pero daría a la creación un fervor de humanidad que jamás vieron los siglos. Y entregaría, en aras de ese fervor, su propia vida. El proceso, ascendente, se ensanchó así para bien del hombre. La historia lo mira como una entidad dinámica que camina hacia un destino todavía más alto. Y aunque el presente americano niega, en numerosos puntos del panorama, sus más puras esencias, día llegará en que los pueblos, cansados de la opresión y las lágrimas, precipitarán, a golpes de amor y sacrificio, la evolución del proceso y forjarán la nueva etapa. De América brotará entonces un canto jubiloso. Y sus cumbres y llanuras serán puntales firmes para los que luchan por la libertad y la justicia en todas las dimensiones de la tierra.

Intimidad de Martí: su hogar⁵⁹

Manuel Álvarez Morales

*Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
va como barca perdida,
que no sabe a dónde va.*

José Martí

Sabemos de la excesiva ambición de nuestro tema, pero vamos a limitarlo en seguida a unos pocos aspectos de la vida de Martí, centrados en su hogar y sacados casi todos de su correspondencia, tan rica y cuajada, tan llena del Martí íntimo que iremos perfilando. Ni en la niñez ni en la adolescencia nos detendremos, no es que no haya tema, pues todavía no ha cumplido los 18 años cuando sale al destierro y ya le confiesa a su maestro y amigo: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir”.⁶⁰ No me referiré a su estancia en España, tan útil; ni a su llegada a México, aureolado de revolucionario y de escritor novel; ni a sus trabajos por abrirse camino. No contaré tampoco sus amoríos con Rosario de la Peña a quién confiesa en una carta: “Yo no soy más que una perenne angustia de mí mismo”.⁶¹ Vamos a partir de su noviazgo con Carmen Zayas Bazán, allá en México, cuando todavía no ha cumplido los 24 años. Enorme va a ser la huella que Carmen deje en su vida para siempre.

Partiendo del epistolario a Manuel Mercado, su amigo entrañable, nos encontraremos notas y notas sobre la que fue para él su Carmen. Una vez promete estructurarse su vida al lado de ella:

También yo me prometo hacer en mi vida algunos bienes; siento mi obra, y me juzgo capaz de ella; en ninguna

⁵⁹ Conferencia pronunciada el 13 de mayo de 1953.

⁶⁰ José Martí: *Epistolario de José Martí*, arreglado cronológicamente con introducción y notas de Félix Lizaso. Cultural, S. A., La Habana, 1930-1931, t. 1, p. 7.

⁶¹ *Ibidem*, p. 19.

lisonja creo, ni concibo una idea estrecha; todo premio humano me parece mezquino, y si muchos me halagan, ninguno me seduce, ni hay ninguno mayor que el merecer la estimación de mí mismo. Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente.⁶²

Es imposible dudar de su enamoramiento, es más, Carmen será desde este instante imprescindible para su “vida de alma”. A Mercado le expresa: “la presencia de Carmen me es indispensable”,⁶³ pero desde el comienzo le asalta la duda:

Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor. No es pasión frenética, a menos que en la calma haya frenesí; pero es como atadura y vertimiento de todo espíritu en mi espíritu. ¿Debo correr aventuras que repugno? ¿Podré yo tener todo el aliento que necesito lejos de aquella para quien lo quiero? ¿Me es lícito imponerme a mí mismo un sacrificio torturador e innecesario? ¿Para qué, sino para ser oídos, hay en mí estos poderosos clamores de mi alma? Estas ideas peso y agito, sin que por ninguna de ellas me decida. Por fortuna, en mí el cumplimiento del deber ni aun es meritorio, porque es hábito: sé que al cabo he de decidirme por lo que la más escrupulosa conciencia deba hacer.⁶⁴

Vemos ya en este párrafo la pugna entre amor y deber, lo sabemos enteramente enamorado, pero aun en este instante se anuncia el triunfo del deber, como en realidad sucedería. En las cartas a Mercado se regodea hablándole de su amor, se le sabe satisfecho y optimista:

Tengo especial gusto de hablar a Ud. dilatadamente, con cariñosa expansión que ni con mi misma madre, con

⁶² José Martí: “Cartas a Mercado”, en *Obras Completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1946-1947, t. 68, p. 14.

⁶³ *Ibíd.*, p. 17.

⁶⁴ *Ídem.*

quien mi amor sufre hablando de esto, tengo, —de estas íntimas cosas que son descargo de mi alma y justificación de mi conducta, de la que todavía me hago reproches, porque pienso que mi deber no estaba bien cumplido, sino muriendo a sus ojos de impotencia, de acabamiento y de dolor—. Un espíritu celeste, el de mi amorosa criatura, me ha dado brío secreto para quebrantar en bien de todas éstas, para nadie útiles, ligaduras: ¿qué habrá erróneo que nazca en su espíritu altísimo y perfecto?⁶⁵

Indudablemente Martí se enfrenta al amor lleno de entusiasmo, todo le parece júbilo y lo que más ansia será, desde luego, su unión con Carmen “cuyo poder suave en mi alma no he conocido bien hasta que no he arrancado —que no alejado— mis ojos de ella”.⁶⁶ Martí está de regreso en La Habana, de incógnito, por cortísimo tiempo y preparando su viaje a Guatemala. Pero ahora tiene la seguridad de que ama a Carmen “entrañablemente” y le molesta la separación: “¡Como si pudiera serme agradable, ni soportable siquiera ver a mi Carmen, y no verla mía!”.⁶⁷ Por este tiempo es también cuando siente la que cree indestructible ligazón y cuando se refiere a su “absoluta certeza de que mi vida está entrañada en la de Carmen”⁶⁸ y con esta, su segura confianza, parte Martí a Guatemala a abrirse su vida: “Hago lo que debo, y amo a una mujer; luego soy fuerte”.⁶⁹ Aquí el equilibrio es absoluto, amor, deber, todo a un tiempo. Él, fuerte, satisfecho; la balanza, por una vez, estable.

Carmen se le irá convirtiendo en creencia, hasta ahí llega su grado de confianza:

Crear sin fe, es una grave desventura; y otra mayor amar sin creer. Creo a mi Carmen absolutamente. La creo capaz

⁶⁵ *Ibídem*, p. 19.

⁶⁶ *Ibídem*, p. 23.

⁶⁷ *Ídem*.

⁶⁸ *Ibídem*, p. 25.

⁶⁹ *Ibídem*, p. 27.

de error, pero de errores muy pequeños; no de desamor que yo no tenga merecido.⁷⁰

Y terminando el mismo párrafo exclama: “Ese amor me guía, y de él cuido escrupulosamente”.⁷¹ Se siente su anhelo de lograr su amor, de que este amor sea columna de apoyo, almohada, como dirá una vez. ¡Cuánta esperanza pone! Estamos en presencia de lo que él califica de “contento íntimo”,⁷² cuando todos sus planes son de felicidad: “yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimiento. Ud. lo sabía un poco, pero aun no lo sabía bien: yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero”.⁷³ Esto lo escribe ya desde Guatemala. Su amor se ha agrandado y embellecido con la separación. Ahora es ansiosa su espera. La creencia se ha tornado en veneración, en adoración: “¡Cómo si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla. Todos lo saben”.⁷⁴ El amor es ahora total, cerebro y corazón, verdadero orgullo. Hay en Martí en este momento confianza total, certeza de éxito. Le teme un tanto a su deber —que es su patria—, pero se encargará él mismo de disipar toda duda:

¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones?⁷⁵

No tiene pudor en ocultar intimidades, porque anda ansioso y lleno de amor: “A Carmen ha de hacer Ud. reclamo: desde que envié el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido”,⁷⁶ y lo único que desea es “verter mi sobra de amor”⁷⁷ y “hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir a él”.⁷⁸ Muy feliz es su expresión de “gran hogar de alma”

⁷⁰ Ídem.

⁷¹ Ídem.

⁷² *Ibíd.*, p. 31.

⁷³ Ídem.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 32.

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 34.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 36.

⁷⁸ Ídem.

aquí piensa entregarse entero y sin reservas, por eso, convencido do refiere a Mercado:

Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz —lo que a menudo no se entiende—, la de nuestras pasiones espirituales. Afortunadamente, viviré poco, tendré pocos hijos: no la haré sufrir.⁷⁹

Sin gran agudeza se puede palpar su entrega total, su generosidad, su predestinación y la promesa fallida en cuanto a no hacerla sufrir, pero debemos recordar que hace unos instantes la ha llamado mártir. Es tal su soledad y su ansia de Carmen, que poco antes de su matrimonio le dice a Mercado:

Si no la trajera a mi lado textualmente, moriría. Esta pasión tiene de indomable que es justa. Se mide por la que la inspira y el que la siente.⁸⁰

Califica a Carmen de “cosa extraordinaria”.⁸¹ Le preocupa todavía su suerte, pero está seguro de su triunfo, porque sin Carmen, “¿para qué quiero yo vencer?”.⁸² Para él su ventura es su boda y tiene la seguridad del presente: “Qué seré, lo sabré luego: lo que yo sé ahora es que la tengo”.⁸³

La pasión de Martí por Carmen —recuérdese que escribe desde Guatemala y que estos son hechos parejos al episodio de María Granados—, la resume en este párrafo en entusiasmo: “¡Si me abrieran el pecho! ¡Debo tener ahora hermoso el corazón! Nada sé decir, ni hacer; más que besar el aire y abrazarlo”.⁸⁴

Y luego digan que no había amor, y sí promesa dada y mil tonterías más, como si a un poeta no le fuera dado variar la realidad y transformar motivos. Podemos asegurar que este estado de exaltación, jamás sentido, no lo volverá a lograr. Habrá, sí, una alegría sin límites cuando pise Cuba por última vez, cuando

⁷⁹ *Ibídem*, p. 39.

⁸⁰ *Ibídem*, p. 40.

⁸¹ *Ídem*.

⁸² *Ibídem*, p. 42.

⁸³ *Ibídem*, p. 43.

⁸⁴ *Ibídem*, p. 44.

llegue “su hora”, pero esta era diferente, de obra cumplida, de momento final.

A su suegro futuro le dirá en una carta: “Me da Ud. mi mayor riqueza, y mejor gloria; me da Ud. a mi Carmen de mi vida. Merecida la tengo con mi alma...”,⁸⁵ y le confiesa:

Yo, que a Carmen debo la resurrección de mis fuerzas y mi sacudimiento de tan injustas trabas y tan mortales agonías, a Carmen me consagro ahora por completo: sé lo que quieren las realidades de la vida, y el respeto que debo a su ventura.⁸⁶

El 20 de diciembre de 1877 se casan en la ciudad de México. Todo Martí es felicidad. Cortísima será su estancia allí, pues la pareja tiene que regresar a Guatemala. Todo en el matrimonio es ahora amor, nada les hace augurar las complicaciones de índole económica que surgirán casi en seguida en el hogar recién formado. La complicación les viene por la renuncia de Martí a todos los cargos que tenía porque no quiere hacerse cómplice de la injusticia cometida con José María Izaguirre. No oye razones. No piensa en sus únicas entradas, ni en las deudas que tiene, ni en su felicidad que puede resentirse, es problema de dignidad y actúa como esta se lo manda. Planean abandonar Guatemala y su regreso a Cuba. A Mercado, su confidente, le narrará la odisea del viaje. Con qué admiración se refiere a su Carmen: “esta noche se propone ella bravamente llegar hasta Iguala”.⁸⁷ Con entusiasmo bohemio, preocupado, pero sin tristeza, cuenta sus aventuras:

Aquí estamos, Carmen con aureola, yo con amor y penas. Me oprime el corazón su nobilísima tranquilidad. Cada uno de sus días vale uno de mis años. Esta luna de miel, errantes, vagabundos, era conveniente a nuestras bodas: peregrinos dentro de la gran peregrinación. Duerme entre salvajes y bajo el cielo, azotado por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de

⁸⁵ *Ibidem*, t. 69, p. 127.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 128.

⁸⁷ *Ibidem*, t. 68, p. 46.

ocote: ¡y me sonrío! —Ya no hablaré de valor romano. Diré: valor de Carmen.⁸⁸

Y para los que todavía se atreven a dudar de su grande felicidad con Carmen, aquí van estos párrafos en que recuenta la jornada fatigosa:

Del camino ¿qué le diré que no imagine? Cuando fui, las alas que llevaba me cubrían los ojos: ahora, que con mis alas tenía que protegerla, he visto todas las cruelísimas peripecias, rudas noches, eminentes cerros, caudalosos ríos que con razón sobrada esquivan los viajeros. Carmen, extraordinaria; yo, feliz y triste; ¡felicísimo! Por el largo trecho, traspuesto del 26 al 5, con tres días intermediarios de descanso, cuadrillas de ladrones, felizmente ahuyentadas por la escolta.⁸⁹

Claro que Martí no es un temperamento alegre y la felicidad parece que no se hizo para él, quizás algún presentimiento lo turbaba cuando inicia bellísimamente una de sus cartas: “Hoy estoy tranquilo, gracias a mi Carmen: no sé si mañana estaré triste, gracias a la vida”.⁹⁰ Este mañana es ya presente, no sabe cómo podrá resolver su problema económico, se encuentra en una “situación angustiosa”, y sumado a todo, tiene la tirantez de su casa —padres y hermanas—, que no le perdonan a Pepe el olvido en que los tiene:

La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras. Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario me traiga penas, yo quiero más vivir después que vivir ahora. Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.⁹¹

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 47.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 49.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 51.

⁹¹ *Ibíd.*, pp. 53-54.

Se refiere a su esposa como la “inimitable Carmen”⁹² y no solo la admira enormemente, sino que tiene que compartir estos sentimientos con Mercado:

Veo a mi Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución. Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta. Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría. Y no lloraría.⁹³

Su preocupación mayor, ahora sin trabajo, no será él, sino Carmen: “¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad. Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos”.⁹⁴ O con mayor angustia: “Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura”,⁹⁵ y de nuevo vuelve a exclamar con desesperada impotencia: “¡pobre criatura!”⁹⁶ y en su sufrimiento se acuerda también de su casa:

Ahora no pensaré mal de mí mi madre. Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos mis deberes. No basta una clara vida. Indudablemente, ellos no saben lo que es vivir manando sangre.⁹⁷

En la despedida de esta carta insiste sobre su esposa en frases repletas de emoción y cariño:

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen. Las penas sólo lo son para ella en cuanto yo las sufro. Y ¡pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!⁹⁸

⁹² *Ibíd.*, p. 58.

⁹³ *Ibíd.*, pp. 58-59.

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 61.

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 63.

⁹⁶ *Ídem.*

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 64.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 65.

Se han separado. Carmen lo ha tenido que dejar, de acuerdo ambos, para hacerle la vida más llevadera. A Mercado escribirá esta queja:

Carmen no me ha escrito en estas dos últimas semanas. En mis entrañas vive, y creo en su alteza. La he visto siempre excelsa y abnegada; pero, preparado a todo mal, no me sorprendería su mismo olvido. No sé yo cómo es mi cerebro que elabora en un átomo un mundo. Fuerza es no oírme, cuando me doy a prepararme desventuras.⁹⁹

Como contraste hará resaltar que el año anterior estuvo “lleno de Carmen, y de fe en mí y los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial que en estas infelices tierras asoma”.¹⁰⁰ Y será tal su confusión, su soledad y su sufrimiento, que escribe: “transido de dolor, apenas sé lo que me digo”.¹⁰¹ Para colmo las noticias de su patria lo acosan y le obseden. En julio de 1878 escribe esto que es certeza de juicio y de pronóstico: ¿He de decir a Ud. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿qué llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?”.¹⁰²

Se entera Martí de la terminación de la guerra y acongojado escribe: “Ya yo no tengo patria, hasta que la conquiste”.¹⁰³ Lo afecta tanto la noticia fatal que, por vez primera, hace referencia a su libertad necesaria, refiriéndose a su vida íntima, es decir, ahora se siente atado por todo, mucho más porque Carmen está en la espera de un hijo:

Y no es locura, no. Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí. Y de un modo que me hubiera dejado contento.¹⁰⁴

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 67.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 69.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 70.

¹⁰² *Ídem.*

¹⁰³ *Ibíd.*, pp. 70-71.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 72.

Le preocupa mucho, una vez terminado su primero y más feliz paréntesis amoroso, que se vaya a morir sin haber podido realizar la obra que se ha trazado desde viejo: “Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente”.¹⁰⁵

Y de nuevo, y continuamente, las referencias a Carmen, siempre con toda dulzura, con todo cariño: “mi delicada y amorosa Carmen...”.¹⁰⁶ De este tiempo se conserva una carta de la esposa en que se confirma el estado de ánimo de Martí: “Pepe sufre mucho ahora”, dice, pero ella confía en hacerle olvidar un poco ese “dolor de patria que tan grave es en las almas como la suya”.¹⁰⁷ Indiscutiblemente es muy grande ahora la compenetración y el cariño de los esposos en desgracia, aunque a Martí le acucie además el “terrible martirio, éste de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerzas para llevarla a cabo, y no poder llevarla!”.¹⁰⁸

Se consuela un tanto con el amor, porque él, “más que de aire, vive de afectos”.¹⁰⁹ La quiere tanto que anota: “si no fuera mi alma esposa, sería mi alma gemela”.¹¹⁰ Así, apesadumbrado por los golpes, con la dignidad lastimada, pero salvada, regresa Martí con Carmen a la Habana. Ejerce su profesión de abogado —que le disgusta sobremanera—, en los bufetes de sus amigos Nicolás Azcárate y Miguel Viondi. Respira toda la atmósfera de la paz forzada. Pepe no anda contento, además, tampoco tiene su situación resuelta y Carmen, entre tanto, parece muy dispuesta y hasta contenta de poder rehacer su vida en Cuba, sin importarle mucho ni la política ni otras cosas.

El 12 de noviembre les nace el único hijo del matrimonio. Nueva alegría para Martí, nuevo estímulo para la lucha, nueva responsabilidad y preocupación para el patriota. Deja notas sobre lo desagradable de su trabajo, sobre el ambiente que le aho-

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 73.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 74.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 75.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 76.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 78.

¹¹⁰ *Ídem.*

ga y a Mercado escribe: “yo, ni esperanza tengo” y en seguida añade desconsolado:

Cuanto predije, está cumplido. Cuantas desdichas esperé, tantas me afligen. Primera debilidad, y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba. Hoy, mi pobre Carmen, que tanto lloró por volver, se lamenta de haber llorado tanto. Nadie quiere convencerse de que prever es ver antes que los demás. Todo me lo compensan mi mujer heroica y mi lindísimo hijo bastante bello y bastante precoz —¡mi nube humana de dos meses!— para consolar todas mis penas. Pero aquí me veo, sin alegría para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa. Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aire del alma.¹¹¹

En La Habana, “el destierro en la patria”,¹¹² se empieza a dar a conocer y muy pronto se hará notar. Es el orador de los discursos sobre Alfredo Torroella y el del brindis famosísimo de la copa quebrada. Ante el propio general Blanco dirá audaces palabras y es calificado por este de “loco peligroso”. Estudia el teatro de Echegaray y, sobre todo, conspira, organiza y observa. Parece que anda en tiempo acelerado y, por lo mismo, el 25 de septiembre de 1879 sale nuevamente deportado a España en su segundo destierro. Tiene ahora 26 años.

Ha sacrificado Martí su felicidad de hogar —con estrecheces y opiniones encontradas a ratos—, pero como nunca en amor. Pocos meses antes había escrito a Mercado: “Vivimos los tres en entrañable unión. Nada más que nosotros, y algún noble bogar de amigos, nos parece verdad en la tierra”.¹¹³

Sufrimientos, claro que ha tenido desde su salida de México. Cuenta a Mercado y resume: “Desde que dejé de verles, no ha habido día que no haya sido para mi señalado por un recio combate interior: ¿a qué contárselos?”¹¹⁴

¹¹¹ *Ibídem*, pp. 79-80.

¹¹² *Ibídem*, p. 80.

¹¹³ *Ibídem*, p. 81.

¹¹⁴ *Ibídem*, p. 83.

Y desde Madrid le escribirá a su amigo Miguel Viondi:

[...] la gloria real, a los ojos del juez interior, que es el que más importa y más aflige, está en sacrificar con gran amargura silenciosa, —suavizada por la alegría que causa el deber cumplido— la obligación que place a aquella que impide cumplirla activamente. Fuera cobarde, buscar para los hombros un gran peso, y en el momento de la lucha, echarlo sobre los hombros de otro.¹¹⁵

¡Qué bien plantea la disyuntiva que tiene ante sí! Parece ser que mucho debe haber discutido sobre deberes y quehaceres el matrimonio, pero Martí trazó su línea, inquebrantable, la del deber patriótico, la del deber más útil por encima de todo. Asistimos aquí al momento decisivo en su vida, a lo que Mañach calificara con certeza del sacrificio de su intimidad. Porque “la obligación que place”, a que se refiere Martí, es la risueña y agradable del hogar y la familia, es su mujer amada y el hijo idolatrado. Y el otro deber, “la gloria real”, es su lucha, su agonía por su patria, su único sueño, su Cuba. Apuntado aparece ya singularmente, desde el Madrid lejano, lo que será el eje de su íntima tragedia, el mismo que hará girar nuestro trabajo: el hogar que le reclama, de un lado —cariño, ternura, amor—; y la patria que lo necesita —abnegación y sacrificio—, del otro. Entre las dos urgencias Martí se dará a la de excepción, para la que se siente vocado, para la que se cree más útil. Titánica será su labor y él solo hará girar a su pueblo, a su Cuba.

En España le comienzan los achaques de su feble cuerpo. Enfermo y solitario, con la doble soledad, la de la no compañía y la más íntima de andar incomprendido. Tan poca acogida tiene, tan desolado está, tan lejano se siente, que España se le hace insufrible: “es cosa de huir de sí mismo ésta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar”,¹¹⁶ le dice a Viondi, y se tortura pensando en aquellos que “con mi alma viven”.¹¹⁷ Poquísimos tiempo estará en España. Brevísimos en Francia y, al

¹¹⁵ José Martí: *Epistolario*, t. 1, p. 49.

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 45.

¹¹⁷ *Ídem*.

fin, atraviesa el océano y arriba a New York. Estamos en enero de 1880. El desterrado tendrá una nueva meta.

La impresión de la gran ciudad no le es nunca sobreco-
gedora, al contrario, le parece agradable y la mira embellecida
“en un invierno que parece primavera”. Pero el tiempo físico no
coincidirá con el anímico. Por correspondencia han comenzado
los disgustos con Carmen, quien le echa en cara una serie de
cosas. Ni el conspirador, ni el revolucionario, ni el soñador le
hicieron nunca gracia, ahora el desterrado, menos, porque está
en medio el hijo pequeñísimo y esto también se lo hace ver, así
como le recuerda deberes más urgentes. Martí se siente herido
en lo más hondo. A Viondi confiesa el agravio, “con el corazón
muy bien —y muy en lo hondo herido: ¡por la mano más blanca
que he calentado con la mía!”.¹¹⁸ En seguida, en la misma carta,
trata de restarle importancia a lo ya expuesto: “¡Ea! Serán nubes
de enero, que pasan con febrero”.¹¹⁹ Y cuando todo hace parecer
que ahí parará todo, exclama en nota lúgubre y auguradora: “ni
¿qué derecho tiene un hombre a ser feliz?”,¹²⁰ y sobreponiéndose
a esa caída, “las penas tienen eso de bueno: fortifican”¹²¹ y se
da cuenta ya, no se le oculta, “que en estos instantes se juega
la felicidad de toda mi existencia”¹²² y así se lo recalca angustia-
do a Viondi. Quiere ante todo —olvidando ofensas y momentos
de ofuscación—, que su mujer salga en seguida de Cuba para
reunírsele en New York, en “su presente y honda angustia”¹²³ y
le insiste: “jamás tan pavorosa pena hizo tan gran estrago en
mi agitada vida”,¹²⁴ pero, “¿a qué hablarle de mi amargura?”.¹²⁵
En esta carta a Viondi, escrita recién llegado a New York, Martí
expresa claramente su estado de ánimo y al mismo tiempo se ha
trazado llanamente su vida. Ha visto, medido, sufrido y pensado
lo que priva en su existencia. Su hogar será su angustia, pero

¹¹⁸ *Ibídem*, p. 51.

¹¹⁹ *Ídem*.

¹²⁰ *Ídem*.

¹²¹ *Ibídem*, p. 52.

¹²² *Ídem*.

¹²³ *Ídem*.

¹²⁴ *Ídem*.

¹²⁵ *Ibídem*, p. 53.

su causa pesa más. Sin quererlo lo obligaron a dar el salto de la separación y esto le sirve para escoger su vía, ahora, le resta sólo tener confianza, y la tiene: “en mi fortaleza y en mi voluntad espero”¹²⁶ y como sabe lo que esto representará se le sale la queja: “¡Ah, terrible deber!”¹²⁷ y es la primera vez que se le escucha este desahogo, ya que el deber fue algo como sagrado para él. De nuevo los dos polos: familia y patria; placer y dolor. Enseguida, inclinándose hacia la ternura, le recomienda a Viondi que le guarde un abrigo que le ha comprado y enviado a su hijo, en él, “gasto en salvas de amor mis últimos cartuchos”,¹²⁸ expresa bellamente.

Y pensando de nuevo y más en el deber escribirá a Mercado:

Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrar —por el propio provecho— sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. Poseer algo no es más que el deber de emplearlo bien.¹²⁹

En New York, en la soledad del destierro, adquiere Martí verdaderas características de un alma de Dios, de esos desamparados seres de la *Misericordia* galdosiana, porque en realidad lo que él ha hecho es jugarse su felicidad a su deber: “Yo cumplo con mi deber. Dios me amparará. Aún no sé qué vá a hacer de mí: ¡qué no haré yo porque tengan ella y mi pequeñuelo, cuanto les sea necesario!”¹³⁰

Se siente como dejado de la mano de Dios pero no pierde su confianza, aquí es donde aparece el mejor Martí amoroso, aquí lo vemos en toda su plenitud. Es por este tiempo cuando le habla a Viondi de que tiene que limpiar “las venas obstruidas de mi corazón”.¹³¹ A su hermana Amelia le escribe: “sólo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco,

¹²⁶ Ídem.

¹²⁷ Ídem.

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 54.

¹²⁹ José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 84.

¹³⁰ José Martí: *Epistolario*, t. 1, p. 56.

¹³¹ *Ibíd.*, p. 57.

tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua”¹³² que no es más que una transparente referencia a su caso personal.

El 13 de octubre de 1880 le escribe a Emilio Núñez una carta llena de aflicción y de un adivinar profético:

[...] yo, que no he de hacer acto de contricción ante el gobierno español; que veré salir de mi lado, sereno, a mi mujer y a mi hijo, camino de Cuba; que me echaré por tierras nuevas o me quedaré en ésta, abrigado el pecho en el girón último de la bandera de la honra.¹³³

Así, lo vemos ya dispuesto a quedarse solo con su honra —palabra obsesionante—, la más alta calidad del hombre. Así, en este año de 1880, vamos presenciando los antecedentes de lo que será la disgregación de su hogar y, al mismo tiempo, estamos acudiendo a la exaltación de su fe revolucionaria con su discurso de Steck Hall.

En espera de Carmen y su hijo, Martí se traslada a la casa de huéspedes de su compatriota Manuel Mantilla, muy enfermo ya, baldado, quien no puede afrontar el sostenimiento de su casa que lleva su mujer, Carmen Miyares, más conocida por todos como Carmita Mantilla. Allí se encuentran el cubano triste y solitario y Carmita llena de ternura y bondad. No pudiera decirse que es bella, aunque sí atractiva, simpática y dispuesta a toda lucha porque esta es en ella habitual. Martí es un afectivo y Carmita necesita también del amor. Ella mide en el acto su dimensión profunda y decide ayudarlo. Por fin, en casa de Mantilla, se le reúnen Carmen y Pepito. Ambos estarán dispuestos a hacer lo increíble por salvar la felicidad dañada de quejas y reproches. Indudable es que se quieren. Parece que podrá resurgir de nuevo, y muy fuerte, el amor del comienzo, pero aunque se amen no pueden comprenderse, son ya incompatibles. Mucho discuten y razonan. Cada quién tiene su concepto rígido de lo que es el deber, y ahí está el fallo. Carmen piensa que sobre todo está el hijo y el hogar; Pepe, que Cuba —y su lucha para liberarse— es lo primero. Ninguno cede. Y para colmo, Carmen está celosa.

¹³² *Ibíd.*, p. 63.

¹³³ *Ibíd.*, p. 69.

Imposible es mantenerse juntos si no hay identidad y comprensión, aunque haya amor. Perseveran en estar unidos, ya que no felices. Se trasladan para un pisito en Brooklyn, allí pretenden compenetrarse más, pero todo es inútil y ambos se dan cuenta.

Desde New York le escribe Martí a Mercado contándole de la llegada de la familia y de como van las cosas. Admirable es por su sinceridad y juicios:

Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo. Apenas entre el verano, le enviaremos su retrato. No tiene esas prematureces portentosas que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa —aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y frente ancha. Pero es, blando y sencillo, como a sus meses toca. Regaño a Carmen porque ha dejado de ser mi mujer por ser su madre. En cuanto a la mía, ella, como tantas otras cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos o por novelescos apetitos; se me reprocha que haga en prosa lo que se me tenía por bello cuando lo decía en verso. Yo no entiendo estas diferencias entre las promesas de la imaginación y los actos del carácter. Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero —que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra.¹³⁴

Es este el momento en que cree que, “amar sobre todo, confiar y desdeñar: esa es tal vez la verdadera vía de vida”.¹³⁵ Se ve aquí el predominio del verbo afectivo y la seguridad que ya le

¹³⁴ José Martí: *Obras completas*, t. 68, pp. 84-85.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 85.

da el de la confianza, el desdén es para los que no lo comprenden, para los que no logran llegar a su ideal.

Y de vez en vez, desde su soledad nórdica, se le salen en sus cartas pedazos del alma, le duelen —padece—, dudas e incomprendimientos: “estoy como roído, —del ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo; y en desobediencia a los mandatos que llevo en el alma”.¹³⁶

Ahora sí pudiera escribir sus intimidades dolorosas:

Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no —porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas. Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan.¹³⁷

No se atreve a escribir —“ni a mi madre, ni a Ud.,— le cuenta a Mercado— ni para mí mismo, porque pensar en las penas quita fuerza para sufrirlas”.¹³⁸ Y decide entonces hacerle culto al silencio y ocultar en su casa los desfallecimientos, “guardando con sigilo, porque nadie los vea, los terrores del alma”.¹³⁹ Por suerte, a Mercado, amigo fraterno, testigo de su tragedia desde los comienzos, no le oculta nada, ni siquiera sus interioridades y minimeces.

En el invierno de ese mismo año Carmen regresa a Cuba con su hijo. A partir de este instante el epistolario de los esposos adquiere un tono rudo —¿dónde están estas cartas tan valiosas para un estudio a fondo del problema, para analizar caracteres? Se sabe que Martí acusa a Carmen de incompreensión, de orgullo, de abandono, de que le exige más de lo que él puede buenamente ofrecerle, a esto último ella le responde: “todos saben que ya sólo la ropa teníamos que empeñar para vivir, y tú no tenías donde trabajar...”.

Y comenta Gonzalo de Quesada y Miranda, de donde tomo la cita: “late en el final de su carta una sincera veta de sumisión,

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 87.

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 88.

¹³⁸ *Ídem.*

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 93.

de amor de esposa y preocupación de madre, un evidente deseo de reconstruir el nido roto, allá en Brooklyn”.¹⁴⁰

Desde hoy espero tus órdenes para hacer cuanto me mandes. Créeme Pepe, yo no quiero sino que olvidemos el pasado, es necesario estar unidos por nuestro hijo; no se le da la vida a un ser sino vara sacrificarse por él. Dios te ponga pronto bueno, y haga tengas recursos para emprender tu viaje; acá rogamos mi hijo y yo porque seas feliz.¹⁴¹

Meses después de la separación, y al propio Mercado, felicitándolo en su nuevo cargo de Ministro de Gobernación de México le asegura: “Ud. será feliz y yo sé por qué. Ya yo no lo seré, porque al comenzar a rodar, se me quebró el eje de la vida”.¹⁴²

No quiere darse cuenta, no podrá en ese momento, que sin esa quebradura, rompimiento íntimo que tanto le afecta, no hubiera podido darse por entero a su obra apostólica. Y en diferente forma, otra vez repite semejante idea: “toda su casa de Ud. es almohada y yo vivo sin sueño ni descanso”,¹⁴³ y él mismo se encargará de aislar, en verso ahora, el resumen de su estado: “muero de soledad, de amor me muero”.¹⁴⁴

Libre de ataduras familiares, creyendo más útil su estancia en Venezuela, decide este viaje. No huye de New York, pues ha encontrado consuelo y cariño en Carmen Mantilla, en cuyo hogar vive como en propia familia. A comienzos de 1881 lo tenemos ya en Caracas. En cuanto logra cierta estabilidad y se imagina un porvenir estable, quiere que su mujer y su hijo se le reúnan, pero Carmen se niega y le responde:

[...] contraer nuevos compromisos para ir a buscar una miseria cierta no debe ser aceptado por mí ya que un fanatismo incomprensible te impulsa en un camino que tiene muchos abismos. Yo no quiero cerrar los ojos e

¹⁴⁰ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Martí, hombre*, La Habana, 1940, 142.

¹⁴¹ Ídem.

¹⁴² José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 94.

¹⁴³ Íbidem, p. 95.

¹⁴⁴ Íbidem, p. 97.

ir adelante es necesario ir limpiando y no sembrando de espinas el camino que unos pies delicados han de recorrer.¹⁴⁵

Y todavía aquí sentimos la previsión de madre en su poco entendimiento del hombre, pero en otro párrafo lo llega a herir de manera cruel y para siempre insalvable: “Sacrificar a todos y cantar purezas lejos del contagio olvidando cuanto hay de sagrado en la tierra y más serio en la vida; ni es valor ni así se cumple con el deber”.¹⁴⁶

Imaginémonos por un momento lo que debe de haber sido esta carta para Martí, él, tan consciente de su deber, él, que todo lo ha sacrificado a lo que cree su único deber, que le echen de golpe en cara que no cumple con este, que es casi un farsante. Indecibles serán sus dolores, cruelísima la herida. Súmesele que de su madre oye también incomprendiones y regaños: “es deber del hombre mirar por los suyos, sin que esto te degrade en nada”,¹⁴⁷ y de nuevo su mujer:

Te estás matando por un ideal fantástico y estás descuidando sagrados deberes. Nunca se manchó ningún hombre por volver a su tierra esclava ante la necesidad urgentísima de vestir a su mujer y a su hijo.¹⁴⁸

¿Cómo responderá Martí?, ¿airado?, no, sino en carta genial, comprensiva, dolido hasta la médula en sus más vivos sentimientos; definiendo de nuevo su preferencia por su patria; cayendo del lado único de que ya podía caer:

No hay en mí una duda, un solo instante de vacilación. Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna, lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. Mas, no soy dueño, y apago todo sol, y quiebro el ala a toda águila. Cuando te miro y me miro, y veo qué terribles penas ahogo, y qué vivas penas sufres, me das tristeza. Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre

¹⁴⁵ Gonzalo de Quesada y Miranda: ob. cit., p. 158.

¹⁴⁶ Ídem.

¹⁴⁷ Ídem.

¹⁴⁸ Ídem.

la almohada en que pensé podría reclinar mi cabeza, tengo el dolor inmenso de amar con locura una tierra a la que no puedo yo volver. Me dices que vaya: si por morir al llegar, daría alegre la vida! No tengo pues que violentarme para ir: sino para no ir. Si no lo entiendes, está bien, sí ¿qué he de hacer yo? Qué no lo estimas, ya lo sé. Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.¹⁴⁹

Por motivos de dignidad también abandona Venezuela tras pocos meses de estancia. En agosto de 1881 lo tenemos de nuevo en New York. La terrible añoranza de su hijo lo obliga a componer los versos deliciosos de *Ismaelillo* que no publicará hasta el 82. Cuando inicia sus crónicas al diario *La Nación*, de Buenos Aires, en el invierno de 1882, regresan a su lado su mujer y su hijo. Dos años han estado sin verse, cuatro tiene ahora su hijo.

Más frío es este segundo encuentro en New York. Bien es verdad que Martí anda más desahogado y estable en materia económica, una de las preocupaciones de Carmen, bien es verdad que los dos siguen haciendo todo lo posible por mantenerse unidos. El amor parece que todavía existe, pero las incomprensiones y resentimientos antiguos mantienen su latencia. Carmen llega más humilde. Gran parte del día, inclusive la noche, se la pasa sola. Sufre. Se da cuenta que no ocupa ella sola el corazón del esposo y lo que más le duele —ella que se desvive por Pepito—, es que también este tiene que compartir el cariño de hijo con María Mantilla, la más joven de los hijos de Carmita. Y en los otros asuntos, en lo político, ya Pepe es un caso perdido, pues Cuba es su obsesión, su amor mayor, por ella sufre y como ha dicho más de una vez, por ella solo vive. Dos años acompañan a Martí, dos años conviven, sufriendo ambos, una por su orgullo y por su amor herido, el otro por hacer sufrir, dándose cuenta de que ya no hay arreglo, pensando y torturándose por lo que hubiera podido ser, por lo que él quería que fuera. Y un buen día, viéndolo “entrar de lleno en las contiendas políticas, de que ella quejándose por entender lo

¹⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 160-161.

alejaban del hogar, tienen fuertes y serios disgustos”¹⁵⁰ y Carmen y Pepito vuelven a partir para Cuba. Lo curioso es que ahora la separación lo afecta menos, ¿es que resultaba insostenible la situación creada para los esposos?, ¿habían llegado a tanto los disgustos?, ¿estaban hechos ya para no vivir juntos?, ¿es que quizás ambos lo esperaban y tenían la seguridad de que no podría dar resultado? Lo cierto es que Martí no deja en su correspondencia de este tiempo huellas de gran aflicción ni de serio desencanto. Queda sí, desde más atrás, y continúa siempre, la marca total de lo que siente su fracaso íntimo, el que su hogar se haya desintegrado, el que haya tenido que seguir la vida sin amor de esposa ni de hijo, el eje quebrado de que se lamentaba en carta a Mercado. Ahora le escribirá, “y ya vivo lentamente, y tengo miedo del cambio. Hasta ver si resurjo!”¹⁵¹ Y como le ha enviado su retrato le comenta: “Vea en mi retrato buena parte de lo que no le digo. Quise vivir delicadamente y tiernamente, y he muerto de ello”.¹⁵² Se ve que su estado anímico es el de un ser hondamente triste, pero resignado ya, madurado en su dolor, más comprensivo y sabio. Ahora sus crisis son más espaciadas y más pasajeras; ahora su consuelo es la Cuba que sufre y su hacer incansable, sin días y sin noches. De cómo se siente, solo a Mercado lo confiará:

¡Aunque me ahoga la savia, que no hallo modo de echar fuera! Y como a mí no me rinde pena alguna, aunque hinque en mí dobles hileras de dientes, —si no vivo mucho, como temo, no será por dolor de la tierra—, que yo llevo en mí mis gozos, y no los hay más dulces ni vivificantes que los del alma clara y satisfecha, sino de exceso de vida.¹⁵³

A pesar de sus penas, da la sensación de que ha ido superando todo sufrimiento, pesando su papel, justificándose. De ahí su alma “clara y satisfecha” a que se refiere, pudiéramos hasta

¹⁵⁰ R. García Martí: *Biografía familiar*, en M. Isidoro Méndez, *Martí, estudio crítico-biográfico*, La Habana, 1941, p. 223.

¹⁵¹ José Martí: *Obras completas*, t. 68, p. 103.

¹⁵² *Ibíd.*, p. 102.

¹⁵³ *Ibíd.*, pp. 103-104.

decir que se da la razón, pero inmediatamente nos anonada con esta confesión que nos duele tanto como a él, “y muchas cosas más le iba a decir, a pesar de la prisa; pero siento que se me hinchan los ojos”.¹⁵⁴ Ahora se nos humaniza, no es el temple heroico ni el mártir dichoso en sus penas, es simplemente el que ha sufrido mucho, y ante su amigo, ya no se puede contener, es el desbordamiento de su intimidad. Y así lo podemos ir viendo, en altibajos, confiado siempre, a ratos deshecho: “yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos, para seguir viviendo”,¹⁵⁵ y por esto asimismo nos dirá de su “alma rota”.¹⁵⁶

Y como va dando a Mercado cuenta de su vida toda, así le resume su cuadro familiar: “Carmen buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres en La Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que sólo a Ud. podría decírselo”.¹⁵⁷

Ahora anda Martí a rastras con sus penas y su Cuba. “Déjeme que le calle mis tristezas”,¹⁵⁸ le pide a su amigo, para en seguida confiarle sus temores: “tengo miedo de salir de la vida sin haber tenido ocasión de cumplir mi deber”.¹⁵⁹

Habíamos presenciado el triunfo del deber, ahora es obsesión el no poder cumplirlo. Sus desfallecimientos mayores, a partir de este instante, son en torno a esto. No importa si alguna vez, de tarde en tarde, y bellísimamente, le brote incontenible su emoción:

Ahora vivo solo, porque Carmen y el niño están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo. Tristes son, y de la mayor tristeza: pero en mí no caben, mientras me quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego, que me quema, pero con ella vivo y

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 104.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 107.

¹⁵⁶ *Ídem.*

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p. 113.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 114.

¹⁵⁹ *Ídem.*

trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, me redima.¹⁶⁰

Su dolor irá creciendo. Un día califica su vida de “desierto agrio”,¹⁶¹ otro se dice “martirizado y ofendido”,¹⁶² el siguiente se refiere a la “inactividad y la tristeza que me comen”¹⁶³ y magistralmente se enseña todo, se desnuda, porque ante la sinceridad y la verdad no puede haber pudor:

[...] y luego, ¡si Ud. me viera el alma! ¡si Ud. me viera cómo me ha quedado de coceada y de desmenuzada, en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no lo tienen, les parecen un crimen! A Ud. puedo decírselo, que me cree; muchas penas tengo en mi vida, muchas, tantas que ya para mí no hay posibilidad de cura completa; pero esta pena es la que acentúa las demás, y la mayor de todas. Ya estoy, mire que así me siento, como una cierva acorralada por los cazadores en el último hueco de la caverna. Si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo que veo por dentro, y sé que muero.¹⁶⁴

Y qué angustia la suya cuando escribe a Mercado: “Deme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, me lo han comido”.¹⁶⁵

En esta época se expresa del “terror de alma” en que vive, y es más doloroso y gráfico cuando escribe de su “alma entera en náusea”¹⁶⁶ que es acierto expresivo, y asco total y absoluto, y desengaño, que más ampliamente expone al insistir sobre este estado:

[...] vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mi alrededor de

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 115.

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 116.

¹⁶² *Ibíd.*, p. 118.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 120.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 121-122.

¹⁶⁵ *Ibíd.*, p. 124.

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 126.

que tengo que ser instrumento me imponen, —creo que ya se lo he dicho a Ud. porque es verdad—, como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros, que se refugia para morir en el último tronco. Saco de mí sin cansarme una energía salvaje; pero noto que estoy llegando ya al fondo de mis entrañas. O tengo un poco de respiro para rehacérmelas, a que me las coman de nuevo, o aquí se acaban. Yo por nada me abato; pero siento que los puntales se me van cayendo.¹⁶⁷

Insufrible se le hace asimismo la ciudad de New York, “la copa de Veneno” como la llama. Nos describe su vida allí y nos cuenta como siente un fuego de adentro “que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos”.¹⁶⁸ Y sin embargo, se da cuenta de que ya padece “menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a frenos! ¡El día que yo escriba este poema!”.¹⁶⁹ Y él mismo se sienta tan distinto, tan bueno, en comparación con los otros, que se llama “rosa de ternura”.¹⁷⁰

Tiene 35 años solamente cuando escribe este párrafo tan lleno de nostalgia y pesadumbre:

No sé si es la madurez que viene o la poesía que se va; pero cuando todos me alaban la viveza y frescura, siento en mí como que se me mueren las flores, y con la poca imaginación que me queda, me parece verme el cerebro cubierto de alas caídas, acaso porque a mi alrededor se están ahora quedando sin hojas los árboles. Y fío en que la visita de mi madre hará renacer las mariposas.¹⁷¹

Y en este otro reafirma su pureza de alma y la tranquilidad de su conciencia:

Me pasa con mi alma, de cuya limpieza estoy seguro, lo que ha de pasar a la luz en los cementerios. Si fuera

¹⁶⁷ *Ibíd.*, pp. 127-128.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, pp. 131-132.

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 132.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 133.

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 174.

verdad la hermosura de la mitología, y un hombre pudiera convertirse en árbol o en flor, yo quedaría ahora mismo convertido en sauce.¹⁷²

Y la más amarga: Vine al mundo para ser vaso de amargura. Que no rebosará jamás, ni enseñará sus entrañas, ni afeará el dolor quejándose de él, ni afligirá a los demás con su pena.¹⁷³

Aquí está lo que pudiéramos llamar su credo y como él mismo se ve y se pinta. No quiere de manera alguna que todos le vean la queja, y no su templanza, son estos solo suspiros, desahogaderos de un alma que funciona a todo fuego:

No vaya a creerme jeremías, ni rendido —dice a su confidente Mercado—, pero la pena acumulada suele llegar a tanto que me siento echado por tierra, como he visto echar en los mataderos a los toros. Ni en prosa ni en verso lo digo, porque no se ha de escribir, sino lo que puede fortalecer. Pero son desmayos largos y mortales. A Ud. se los puedo decir. Perdí, no por mi culpa, la llave de la vida; y los quehaceres nimios en que ocupó lo que me queda de ella no son bastantes a satisfacer el alma hambrienta. Me voy acabando, de hambre de ternura.¹⁷⁴

Esa “hambre de ternura” es la que le hace decir, sintiéndolo, “es enfermedad en mí ese anhelar que me quieran”¹⁷⁵ y otra vez, “¿me regañará por esta flaqueza, ya que tal vez la única cierta de mi vida sea la de anhelar que me tengan afecto?”¹⁷⁶

Varios años han pasado sin que pueda ver a su mujer y a su hijo. Hacia el 89 es verdadera ansia. Larga ha sido la separación, largo ha sido el castigo, mucha ha sido su pena. Tenazmente vuelve a nombrarnos a su familia, a Pepito, a Carmen, a su hogar:

Con el ansia de que venga mi hijo, que Carmen retiene en Cuba ya más de lo justo, deseosa acaso de obligarme a imponerle su vuelta a New York, que es cosa que

¹⁷² *Ibíd.*, p. 181.

¹⁷³ *Ibíd.*, p. 185.

¹⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 188-189.

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 189.

¹⁷⁶ José Martí: *Obras completas*, t. 69, p. 13.

yo deajo a su voluntad, y que no puedo imponerle en justicia. Vivo con el corazón clavado de puñales desde hace muchos años. Hay veces en que me parece que no puedo levantarme de la pena.¹⁷⁷

Y a Mercado le insiste: “vea que no me quejo; pero me falta todo lo necesario para vivir”.¹⁷⁸ Aunque sienta desfallecimiento, aunque se los atribuyan a su cuerpo, que hace tiempo no le responde como él quisiera, sabe bien de la naturaleza de su mal, por eso comenta con Mercado:

A Ud. le contaría yo, seguro de que no se reiría de mí, las morideras que me tienen tan silencioso, y suelen parar, como este mes, en enfermedad, que un médico cura con píldoras, y otro con purgas, como si de la soledad del alma, de la plétora de la vida, de la inactividad forzosa, de la vergüenza y pesadumbre del empleo fútil, pudieran curar a un hombre sincero mixturas y dracmas.¹⁷⁹

Pero el tema de su fracaso conyugal no se apartará de su mente: “cabe errar en el matrimonio; pero sin su amor y decoro no hay dicha completa”.¹⁸⁰

Así, sencilla y llanamente define, felicitando a Gutiérrez Nájera por su boda, toda su tragedia. Y como no le gusta insistir en sufrimientos, de pasada nos va diciendo mucho, y lo más importante, cómo reacciona: “yo no hablo de mis penas personales, porque aunque me han dado la puñalada de muerte, no pienso en ellas. Las callo, y me comen; pero no llegan hasta mi juicio”.¹⁸¹

Mucho tiempo han tardado Carmen y el hijo en reunírsele de nuevo, siempre en New York. Estamos en el 1891, y a petición de Martí, regresan a lo que será el último y fatal ensayo para rehacer sus vidas. Pepito ya tiene doce años y muestra algún recelo hacia su padre que tiene una marcada inclinación por María. De otro lado ninguno de los cónyuges varía. La incom-

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 16.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, p. 24.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 32.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 35.

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 41.

presión predomina y ahoga hasta el cariño. Muy breve será la estancia, ácida. Carmen quiere regresar cuanto antes y como necesita el permiso de su marido, y este no quiere dárselo, acude nada menos que a Enrique Trujillo —con quien ha tenido Martí rozamientos—, para pedirle ayuda y dejar el hogar. Entre Trujillo y la familia de Carmen logran su salida, su escapada, con pasaporte español y con protección de las autoridades españolas. La ira se apodera de Martí. Su biógrafo Gonzalo de Quesada y Miranda, describe así el momento:

[...] se pasea como loco, por su estrecho cuarto. Cae enfermo, mientras exclama, ahogando lágrimas de cólera y dolor: —“Y pensar que sacrifiqué a la pobrecita, a María [La Niña de Guatemala] por Carmen, que ha subido las escaleras del Consulado español para pedir protección de mí”.¹⁸²

Pronto se recobra, supera su dolor, aunque le sea de imposible olvido. Ahora ya será indetenible, viva fuerza en la lucha por su patria, con quien se queda a solas. Será esta la última vez que vea a sus seres queridos por encima de todo, con cariño de alma. El 11 de febrero de 1892, muy reciente aun la partida dolorosa, a Mercado escribe:

Mi hermano muy querido:

¡Cómo estará mi alma de tristeza, y cuánto esfuerzo me costará escribir esta carta, lo ve Ud. bien, por ese libro mío, que está impreso desde el mismo mes en que mi hijo me dejó solo, en que para encubrir culpas ajenas se me llevaron a mi hijo: y no he tenido en estos seis meses corazón para mover la pluma. Ni cuerpo.¹⁸³

Y un poco antes, a Fernando Figueredo ha enviado otra en que, tras envidiarle la felicidad de su hogar “con unos celos que Ud. no puede entender, hasta que no sepa más de mí”, le plantea lo que ha sido su angustia y su tragedia, y le resume lo que ha sido su tristeza y es ahora el núcleo de nuestro trabajo:

Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el

¹⁸² Gonzalo de Quesada y Miranda: ob. cit., p. 211.

¹⁸³ José Martí: *Obras completas*, t. 69, pp. 46-47.

eje, que va roto. Entre la frivolidad satisfecha y el desierto austero, hubo que elegir, y me costó la ventura de mi vida: y aquel brío soberbio que a Ud. le viene de su felicidad, a mí sólo me puede venir del deber triste...¹⁸⁴

Triunfo del deber, total, absoluto, pero, cuánta pena acumula el adjetivo triste que acompaña a la palabra clave. Místico del deber, le llama certeramente Lizaso en el subtítulo de su biografía. Toda su vida está regida por este vocablo, y él, en este momento de soledad y dolor lo califica de triste y recuenta cuánto le ha costado.

Lo único que le queda ahora es su lucha, su patria, su hora. Sobre esto también le escribirá a Mercado: “alguna vez le he escrito que cuando no tengo fuerzas para mí, las tengo para mi patria. Cesa en gran parte esta agitación, aunque no cesa la pena que me mata”.¹⁸⁵

El 25 de marzo de 1895 le escribe Martí su breve y antológica carta a su madre, apretada de verdad, bondad, abnegación, consuelo y predestinación. De esta es su frase: “el deber de un hombre está allí donde es más útil”. Y más todavía en las vísperas de su “largo viaje”, le envía otra a su hijo, llena de imponente sobriedad, maciza y prodigiosa:

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando deberías estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

José Martí¹⁸⁶

Después de esto, con la llegada a Cuba, comienza su verdadera y breve felicidad. Tanto habla de luz que parece ilumina-

¹⁸⁴ José Martí: *Epistolario*, t. 2, p. 21.

¹⁸⁵ José Martí: *Obras completas*, t. 69, p. 47.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 76.

do: “sólo la luz es comparable a mi felicidad”,¹⁸⁷ escribe desde Baracoa. “Ya entró en mi la luz”,¹⁸⁸ le cuenta a Estrada Palma.

Y como no es mi idea terminar con su muerte, lo dejaré en este instante, en su alegría plena, “en la dicha de este campo libre” como saluda a Luis Rivera¹⁸⁹.

¹⁸⁷ José Martí: *Epistolario*, t. 3, p. 210.

¹⁸⁸ *Ibíd.*, p. 211.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 238.

La voluntad de estilo en José Martí¹⁹⁰

José Antonio Portuondo

I

Cada generación expresa en su producción literaria una dominante visión de la realidad o concepción del mundo que la caracteriza y distingue. La coincidencia en el tratamiento de ciertos temas significativos —temas generacionales— y en el uso de determinados recursos técnicos y lingüísticos —lenguaje generacional—, revelan la unánime voluntad de forma de la generación, sin perjuicio de las radicales diferencias individuales que pueden y deben señalarse entre los escritores más importantes, como soluciones personales del problema estético común, expresiones literarias de actitudes vitales diversas y aun opuestas, a veces, ante el común quehacer generacional, y que constituyen, en cada caso, una individual y característica voluntad de estilo. La voluntad de forma es un fenómeno estético colectivo, determinado por la coincidencia, en aspectos esenciales de la expresión formal —temáticos, técnicos y lingüísticos—, de las diversas e individuales voluntades de estilo en una misma generación¹⁹¹.

¹⁹⁰ Conferencia pronunciada el 19 de mayo de 1953.

¹⁹¹ Como es fácil advertir, en el presente estudio se utilizan, en forma enteramente personal, conceptos estéticos cuya procedencia es necesario aclarar. Así, el de *voluntad de forma* que, implícito en las lecciones de Estética de Hegel, desarrollaron casi un siglo más tarde Alois Riegl y Wilhelm Worringer y del cual extrajo Ortega y Gasset su concepto de “voluntad de estilo”. Posteriormente ha hecho agudas referencias a la “voluntad de estilo”, entendida, como en el caso de Ortega, como fenómeno colectivo, el

La producción literaria de José Martí pertenece, cronológica y estéticamente, a la Generación Modernista, cuyas obras más significativas e importantes aparecen entre 1880 y 1909¹⁹². La naciente voluntad de forma del Modernismo está expuesta y defendida con plena conciencia por Martí ya desde 1881, cuando en el segundo y último número de su *Revista Venezolana*, respondiendo a los reparos de ciertos lectores ante la variedad y riqueza del léxico empleado en el número anterior, aclara:

Está [...] cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner mano en una época quien no la conozca como a cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que lleva a decir las cosas en el que fue su natural lenguaje. Este es el color, y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, o verde lúgubre de Erin. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo comenzó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia la atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que

profesor Juan Chabás en su excelente libro sobre *Literatura española contemporánea. 1898- 1950* (La Habana, Cultural, 1952, pp. 13-19). Idéntico aprovechamiento libre y personal se observará en el tratamiento de los factores generacionales, estudiados por J. Petersen en su ensayo sobre “Las generaciones literarias”, incluido en el volumen colectivo editado por E. Ermatinger, *Filosofía de la Ciencia Literaria* (trad., de Carlos Silva, México, Fondo de Cultura Económica, 1946).

¹⁹² Para una determinación más precisa de las generaciones literarias hispanoamericanas, *vid.*, José Antonio Portuondo: “Períodos” y “generaciones” en *la historiografía literaria hispanoamericana*, México, Cuadernos Americanos, 1948.

la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno.¹⁹³

Al año siguiente, en breve prólogo a sus Versos libres, afirmaba: “Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava”¹⁹⁴.

Todavía en 1890, escribiendo en *El Partido Liberal*, de México, sobre las *Poesías* de Francisco Sellén, expone ideas del todo coincidentes con la, ya por entonces expresada unánimemente, voluntad de forma modernista:

No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo o se aflojen y arrullen, o acaben, con la luz del sol, en el aire encendido. Lo que se dice no lo ha de decir el pensamiento sólo, sino el verso con él; y donde la palabra no sugiera, por su acento y extensión la idea que va en ella, ahí peca el verso. Cada emoción tiene sus pies, y cada hora del día, y un estado de amor quiere dáctilos, y anapestos la ceremonia de las bodas, y los celos quieren yambos. Un juncal se pintará con versos leves, y como espigados, y el tronco de un roble con palabras rugosas, retorcidas y profundas. En el lenguaje de la emoción, como en la oda griega, ha de oírse la ola que estalla, y la que le responde y luego el eco. En el aparato no está el arte, ni en la hinchazón, sino en la conformidad del lenguaje y la ocasión descrita, y en que el verso salga entero del horno, como lo dió la emoción real, y no agujereado o

¹⁹³ José Martí: *Obras completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1946-1947, t. XX, pp. 32-33.

¹⁹⁴ *Ibíd.*, t. XLI, p. 111.

sin los perfiles, para atiborrarlos después, en la tortura del gabinete, con adjetivos huecos, o remendarles las esquinas con estuco [...]. Cada cuadro lleva las voces del color que le está bien; porque hay voces tenues, que son como el rosado y el gris, y voces esplendorosas, y voces húmedas. Lo azul quiere unos acentos rápidos y vibrantes, y lo negro otros dilatados y oscuros. Con unas vocales se obtiene un tono, que quedaría con otras falso y sin vigor la idea; porque este arte de los tonos en poesía no es nada menos que el de decir lo que se quiere, de modo que alcance y perdure, o no decirlo.¹⁹⁵

En este mismo artículo, tan revelador de sus coincidencias con la voluntad de forma modernista, se muestran también radicales divergencias de aquella, que caracterizan la peculiar e individualísima voluntad de estilo de Martí. Y es que, para él,

[...] poesía no es, de seguro, lo que corre con el nombre, sino lo heroico y virgíneo de los sentimientos, puesto de modo que vaya sonando y lleve como alas, o lo florido y sutil del alma humana, y la de la tierra, y sus armonías y coloquios, o el concierto de mundos en que el hombre sublimado se anega y resplandece. No es poeta el que echa una hormiga a andar, con una pompa de jabón al lomo; ni el que sale de hongo y chaqué, a cantarle al balcón de la Edad Media, con el ramillete de flores de pergamino; ni el desesperado de papel, que porque se ve sin propósito, se lo niega a la naturaleza; ni el que pone en verso la política y la sociología; sino el que de su corazón listado de sangre como jacinto, da luces y aromas; o batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama a triunfo y a fe al mundo, y mueve a los hombres cielo arriba, por donde va de eco en eco, volando el redoble. Poesía es poesía, y no olla podrida, ni ensayo de flautas, ni rosario de cuentas azules, ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo

¹⁹⁵ *Ibíd.*, t. XII, pp. 185-186.

pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia.¹⁹⁶

Ya sabe él, y lo reprueba, cómo

[...] en América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España; ni tienen aún, por la población revuelta e ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más por su novedad poética, que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. Ya lo de Bécquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce el original precioso; y lo de Núñez de Arce va a pasar, porque la fe nueva alborea, y no ha de regir la duda trasnochada, porque traiga, por único mérito, el manto con menos relumbrones que el del romanticismo. Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, o toman como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética, en pueblos podridos o aun no bien formados.¹⁹⁷

Frente a aquel aspecto de la voluntad de forma colectiva del Modernismo “que corre con el nombre” de poesía, la que “echa una hormiga a andar, con una pompa de jabón al lomo” y se deleita en la imitación de los primores franceses, Martí, cons-

¹⁹⁶ *Loc. cit.*, p. 169.

¹⁹⁷ *Ibíd.*, p. 183.

ciente del quehacer que su “época de tránsito” y la condición de sus “pueblos podridos o aun no bien formados” le imponen, afirma polémicamente su personal voluntad de estilo. La actitud polémica se expresa con absoluta claridad en la estructura antitética, dialéctica, de los párrafos citados, repetida en tantos textos martianos: “poesía no es..., sino...”; “no es poeta el que..., sino el que...”. Su voluntad de estilo se afirma, en este caso, como antítesis, frente a determinadas tesis modernistas, de cuya voluntad de forma total participa, no obstante, del modo parcial que hemos visto anteriormente, logrando al cabo la afortunada síntesis estilística que le caracteriza y distingue.

II

Considerada desde el punto de vista ya no negativo, polémico, antitético, sino desde el positivo que constituye el proceso de sus esfuerzos por lograr el dominio de los medios expresivos, la voluntad de estilo en Martí se manifiesta como búsqueda deliberada y gradual de la máxima concreción y sencillez, como propósito constante de alcanzar lo que él designa como “sinceridad” y “honradez” literarias. Sus “cuadernos de apuntes”, referencia indispensable en esta clase de estudios, descubren cómo se nutrió siempre Martí en dos fuentes esenciales: la lectura cuidadosa, crítica, analítica, de los escritores de muy diversas literaturas, pero predominantemente de los españoles, y la observación constante, amorosa, de los modos poéticos y lingüísticos de la expresión popular. En el más antiguo de dichos cuadernos que conocemos, correspondiente a su primera deportación a España, hay una extensa nota, fechada el 31 de mayo de 1872, en la que juzga con agudeza a Espronceda y confiesa la influencia que ejerciera el cantor del pirata y del cosaco en su adolescencia literaria¹⁹⁸. Nada más fácil, por otra parte, que señalar huellas esproncedianas en el heroico blandir de las “rudas cimitarras” de “Abdala” (1869). Como es asimismo evidente la imitación del paralelismo bíblico y de los trenos

¹⁹⁸ Vid. José Martí: *Apuntes inéditos*, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1951, vol. XXX, pp. 23-26.

de los grandes profetas políticos, Ezequiel, Jeremías, en las páginas apocalípticas de *El presidio político en Cuba* (1871):

Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas. Dolor infinito, porque el dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás.

Nace con un pedazo de hierro; arrastra consigo este mundo misterioso que agita cada corazón; crece nutrido de todas las penas sombrías, y rueda, al fin, aumentado con todas las lágrimas abrasadoras.

Dante no estuvo en presidio.

Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor.

Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios.

Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno.

Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima.

Dios existe, y si me hacéis alejar de aquí sin arrancar de vosotros la cobarde, la malaventurada indiferencia, dejadme que os desprecie, ya que yo no puedo odiar a nadie; dejadme que os compadezca en nombre de mi Dios.

No os odiaré, ni os maldeciré.

Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo.

Si mi Dios maldijera, yo negaría por ello a mi Dios.¹⁹⁹

¹⁹⁹ *Ibíd.*, t. 1, pp. 35-36.

El presidio político en Cuba es el primero, cronológicamente, de los grandes momentos del estilo de Martí. Nacido de una honda y perdurable emoción en un adolescente de 18 años, revela, sin embargo, un dominio casi perfecto de los recursos estilísticos. En los párrafos iniciales que hemos citado están ya, en esencia, los rasgos dominantes de la expresión martiana definitiva: la larga cláusula periódica que desarrolla el pensamiento en sucesivas oraciones envolventes, y la breve y directa que se resuelve en dos simples términos tajantes: sujeto y predicado. Están también las cláusulas condicionales y las negativas, que descubren el pensamiento en reveladores esguinces. Está, sobre todo, la cuidadosa arquitectura del párrafo que corresponde a una sabia gradación de las ideas capitales. El tono poemático, de exaltación, es el más adecuado a una obra destinada principalmente a conmover el ánimo español hacia las desdichas de Cuba. Muy otro es, en cambio, el tono con que, dos años después, escribió Martí su enérgico y razonado alegato, *La república española ante la revolución cubana* (1873).

Es indudable la huella que en el estilo y en la lengua de Martí dejaron sus lecturas de los grandes autores españoles. Conviene, sin embargo, distinguir cuidadosamente entre el deliberado mimetismo de ciertas páginas suyas que aspiran, como escribiera él mismo, a pintar “cada época en el lenguaje en que ella hablaba”, y la asimilación, en gran parte inconsciente, de modos que consueñan con su personal visión del mundo. Así, por ejemplo, cuando en uno de sus cuadernos de apuntes de 1881 comenta la obra de la Madre Castillo, usa el lenguaje teresiano que la monja de Tunja imitara, tardíamente, en el siglo XVIII²⁰⁰. Algo semejante sucede con el artículo sobre las fiestas madrileñas del Centenario de Calderón, publicado, por esa misma fecha, en *La Opinión Nacional* de Caracas, y en el cual imita la construcción barroca de fines del siglo XVII y emplea, además, vocablos de aquella edad que resultaban totalmente incomprensibles para los caraqueños y aun para los

²⁰⁰ José Martí: *Obras completas*, t. LXII, pp. 146-150.

mismos madrileños de fines del siglo XIX. Véase, como muestra, la cláusula, bella e imponente, que cierra el citado artículo:

Mas ni en la abigarrada procesión del 27, que bien pudo ser copia excelentísima de aquellos reales tiempos de Mentidero y Buen Retiro; y galanes de veste noguerada, gregüescos de rizo y recogido fieltro; y damas de guarda infante, porque de ellos les guardaba, y lechuguillo, que daba amparo al blanco seno; ni en los retazos breves de época, que alabanza tan grande recabaron, con lo que se mide cuánto no hubiese la época completa conseguido; ni en las letras mismas impresas, salvo —en lo que ha venido— las de *El Día*, que es maravilla de arte y gracia, halla la mente inquieta, enamorada por humana de aquel poeta potente que dió tipo al ansia de libertad, con Segismundo, y a la de dignidad con *El Alcalde*, cosa tal que responda a lo que de sus hijos bien merece aquel que lo fue glorioso de la humanidad, de España, del teatro y del claustro, y que, torturado de hondos celos, por cuanto no hay dolor más vivo para el ánima alta que el de desestimar a la mujer que ha amado, los dió a sus émulos vencidos con la grandeza de su mente altiva, tantas veces celebrada por el blando ruido de tiernos guantes de ámbar, y por la que, caminito del teatro, arena entonces encendida de burlones chorizos y alborotadores polacos, acariciaron las calles tortuosas tantos breves chapines, y se revolvieron al viento madrileño tantos suaves y diestros mantos de humo.²⁰¹

Resulta, en realidad, sorprendente la capacidad mimética que revela el párrafo citado, escrito con un total dominio de la sintaxis barroca, con su reiteración de oraciones incidentales y complicadas formas ceugmáticas, y la soltura y propiedad con que maneja Martí un vocabulario desusado y pintoresco. La explicación de este alarde técnico la hallamos, una vez más, en sus cuadernos de apuntes, cuando descubrimos en uno de 1879, cuidadosamente anotadas, frases, palabras y anécdotas del tiempo de Felipe IV, tomadas al paso de la lectura de autores finisecu-

²⁰¹ *Ibíd.*, t. XLVII, p. 128.

lares del xvii. Allí encontramos anotaciones como estas: “guantes de ámbar o atezados”; “noguerado: anticuado, de color de nogal”; “gracioso fue también aquel Fco. Rupert, aquel Francho, que por haberse venido sin chorizos al entremés, y burlarse del caso en las tablas con donaire, dió para spre. el nombre de compañía de los Chorizos a su gente: —Como del alborotador P. Polaco vino la de Polacos a la pandilla antagonista”.²⁰²

Importa mucho más, desde luego, lo asimilado por Martí de sus modelos literarios e incorporado, como cosa propia, a su estilo. Ya han dicho otros, y con razón, cuánto de aliento y aun de timbre teresiano y quevedesco hay en sus escritos, y hay también de Calderón y de Lope y, menos de lo que se dice, de Gracián²⁰³. Acaso sus simpatías por Echegaray, manifestadas más de una vez en artículos y conferencias en México y en Cuba y, sobre todo, en los inocultables rasgos echegarayescos de *Adúltera*, se debieran, más que nada, a la común devoción calderoniana. Hay octosílabos de los *Versos sencillos* que traen a la memoria otros de Lope, y “Los dos príncipes” es absolutamente fiel al patrón de los romances viejos.

Hasta 1882, sin que falte en su obra simplicidad y concreción, predomina el lujo verbal, de acuerdo con la voluntad de forma modernista. En los *Versos libres* (1878-1882) expuso en diversas ocasiones su poética, y en la más afortunada escribió:

Mis versos van revueltos y encendidos
Como mi corazón: bien es que corra
Manso el arroyo que en el fácil llano
Entre céspedes frescos se desliza:
Ay!; pero el agua que del monte viene
Arrebatada; que por hondas breñas
Baja, que la destrozan; que en sedientos
Pedregales tropieza, y entre rudos
Troncos salta en quebrados borbotones,

²⁰² *Ibíd.*, t. XLII, pp. 18 y 28.

²⁰³ *Vid.* Juan Marinello: *Españolidad literaria de José Martí*, Molina y Cía., La Habana, 1942.

¿Cómo, despedazada, podrá luego
Cual lebrel de salón, jugar sumisa
En el jardín podado, con las flores
O en pecera de oro ondear alegre
Para querer de damas olorosas?

Inundará el palacio perfumado,
Como profanación: se entrará fiera
Por los joyantes gabinetes, donde
Los bardos, lindos como abates, hilan
Tiernas quintillas y rimas dulces
Con aguja de plata en blanca seda,
Y sobre sus divanes espantadas
Las señoras, los pies de media suave
Recogerán, —en tanto el agua rota,
Falsa, como todo lo que expira,
Besa humilde el chapín abandonado,
Y en bruscos saltos destemplada muere!²⁰⁴

No puede hacerse una crítica más certera de lo más deleznable del Modernismo de Darío, usando los símbolos mismos de Rubén, lugares comunes después en manos de sus epígonos. Y esto, con un lustro, casi, de anticipación.

Por ese tiempo anda Martí empeñado en hallar una expresión sintética y elocuente para la prosa y el verso. La busca aún por vías estrictamente literarias, y en uno de sus cuadernos de apuntes anota: “¿Por qué en vez de diluir las ideas en largos artículos, no han de sintetizarse, a modo de odas, en prosa, cuando son ideas madres —en párrafos cortos, sólidos y brillantes”.²⁰⁵ Y pone en seguida la idea en ejecución en la última parte de una crónica sobre sucesos españoles publicada en *La Opinión Na-*

²⁰⁴ José Martí: *Obras completas*, t. XLI, p. 176. Se ha añadido un segundo artículo *el* al tercer verso para completar el endecasílabo que en la edición de Trópico aparece cojo por errata indudable.

²⁰⁵ *Ibíd.*, t. LXII, p. 164.

cional de Caracas, en 1882, que bien pudiera titularse, “Poema en prosa a la muerte de un torero”:

En tanto, pálido y agonizante, estaba en su lecho el torero Ángel Pastor. Lució al sol el vestido azul y oro; echó al aire, ante el palco del rey, la montera de negros alamares; tomó trémulo la muleta de capear y la cortante espada; y el toro, airado, clavó su asta en el cuerpo del torero. ¡Eran toros muy buenos, que sembraron la plaza de hombres heridos y caballos despedazados! Expirando le sacaron de la plaza, con la hostia le tocó en la plaza misma el sacerdote los cárdenos labios; vacía quedó la plaza, y llena la calle de gente que iba tras la camilla del torero. Y al pie de su cama, su mujer llorosa y sus temblantes hijos. Y la casa llena de nobles y de enviados de Palacio. Y en la pared, manchado de sangre, el traje azul y oro. Y Madrid alegre.²⁰⁶

Adviértase la perfecta estructura poemática del párrafo, pero de poema en prosa, sin fáciles concesiones a la prosa rítmica, a los versos embebidos en la prosa. El poema —que así puede en justicia llamársele— es una narración en tono de romance, dividida en dos porciones: la corrida y la muerte, separadas por una cláusula exclamativa, de acento esencialmente lírico, que destaca el horror de la cogida, con imagen que no desdeñaría cualquier exigente poeta surrealista. En la primera parte las escenas se suceden con rapidez, expuestas en latigueantes oraciones yuxtapuestas. Aún sigue el ritmo afiebrado, cortante, del asíndeton en el comienzo de la segunda que narra las escenas finales en la plaza y en la calle, y en la cual se repite la palabra plaza con insistencia de *ritornello*. Después, la reiteración de la y inicial, anáfora más que polisíndeton, impone su ritmo grave de marcha fúnebre, rematada con la nota breve y profunda de la ciudad alegre en que prosigue, indiferente, la vida. No es posible encontrar en nuestra lengua un poema semejante, en prosa o verso, hasta la aparición del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Federico García Lorca. Aquí también Martí se adelantó a su siglo.

²⁰⁶ *Ibíd.*, t. XLVII, pp. 15-16.

De 1882 es asimismo *Ismaelillo*, acierto insuperable de expresión apretada, sintética, en que se conjugan la riqueza de imágenes más audaz, la ternura más fina y el eco suave de romancillos, de seguidillas y de villancicos de Lope o Valdivielso, hecho carne y sangre propias ya por el poeta cubano:

Dígame mi labriego
Cómo es que ha andado
En esta noche lóbrega
Este hondo campo?
Dígame de qué flores
Untó el arado,
Que la tierra olorosa
Trasciende a nardos?
Dígame de qué ríos
Regó este prado,
Que era un valle muy negro
Y ora es lozano?²⁰⁷

Heptasílabos, exasílabos y pentasílabos, asonantados los pares, dan a los versos una dulce musicalidad que conviene perfectamente con la ternura que notifican, mientras imágenes contrapuestas con valentía expresan, de manera muy personal, la lucha interior:

El aire está espeso,
La alfombra manchada,
Las luces ardientes,
Revuelta la sala;
Y acá entre divanes
Y allá entre otomanas,
Tropiézase en restos
De tules, —o de alas!
Un baile parece

²⁰⁷ *Ibíd.*, “Valle lozano”, t. XLI, p. 43.

De copas exhaustas!
Despierto está el cuerpo,
Dormida está el alma;
¡Qué férvido el valse!
¡Qué alegre la danza!
¡Qué fiera hay dormida
Cuando el baile acaba!

Detona, chispea,
Espuma, se vacía,
Y expira dichosa
La rubia champaña:
Los ojos fulguran,
Las manos abrazan,
De tiernas palomas
Se nutren las águilas;
Don Juanes lucientes
Devoran Rosauras;
Fermenta y rebosa
La inquieta palabra;
Estrecha en su cárcel
La vida incendiada,
En risas se rompe
Y en lava y en llamas;
Y lirios se quiebran,
Y violas se manchan,
Y giran las gentes,
Y ondulan y valsan;
Mariposas rojas
Inundan la sala,
Y en la alfombra muere
La tórtola blanca.
Yo fiero rehusó

La copa labrada;
Traspaso a un sediento
La alegre champaña;
Pálido recojo
La tórtola hollada;
Y en su fiesta dejo
Las fieras humanas;
Que el balcón azotan
Dos alitas blancas
Que llenas de miedo
Temblando me llaman.²⁰⁸

Martí sabía demasiado bien que sus símbolos poéticos habían de causar extrañeza, y, en carta a Diego Jugo Ramírez, fechada en New York el 23 de mayo de 1882, enviándole un ejemplar de *Ismaelillo*, le explica:

No lo lea una vez, porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí una sola línea mental. Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aun voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas.²⁰⁹

²⁰⁸ *Ibíd.*, “Tórtola blanca”, t. XLI, p. 43.

²⁰⁹ *Ibíd.*, t. XX, p. 118. No es posible realizar un definitivo análisis estilístico de la producción en prosa y verso de Martí, sin un previo esclarecimiento de la genealogía y desarrollo de sus símbolos e imágenes poéticos, y para esto se hace indispensable la confección de una completa “concordancia martiana” que sustituya científicamente al estéril y superficial entretenimiento de jugar con algunas de las que se reputan como sus “palabras claves” y que, en la mayor parte de los casos, están muy lejos de serlo. *Ismaelillo* plantea

Hay en estas palabras de Martí toda una explicación de su poética. El poeta no hace más que poner en versos sus visiones o, de otro modo, escoge libre y voluntariamente la forma de hacer comunicables sus símbolos poéticos. Estos, por otra parte, vienen a él de modo involuntario, sin que los solicite. Ellos, no obstante, notifican la actitud vital del poeta, su posición frente a las circunstancias. Las imágenes, símbolos de una realidad cuyas apariencias cotidianas trascienden, apuntando a lo esencial, rodean en todos los instantes al escritor cuya existencia, en los días en que redacta y publica *Ismaelillo*, es como “un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas”. Como es sabido, Martí vivía en 1882 un instante crítico de su drama familiar, que para él fue siempre, al mismo tiempo, tragedia moral, agravada entonces por amargas preocupaciones de carácter político. La dedicatoria de *Ismaelillo* es todo un grito de dolor que pugna por hacerse esperanzado:

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en tí.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en tí.²¹⁰

Estas son las “grandes aves blancas” que vuelan en el “gran espacio oscuro” de la existencia del poeta. Los símbolos poéticos expresan cabalmente su visión de la realidad.

III

Los años que median entre 1882 y 1890 son, sin duda, los más fructíferos, literariamente hablando, de José Martí. A 1882 pertenecen, como ya sabemos, *Ismaelillo* y la recopilación definitiva de los *Versos libres*. En 1885 aparece, en forma de folletín, *Amistad funesta*, que en una mediocre estructura novelesca encierra primores de lenguaje y de estilo. De 1887 es la traducción de *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, que, lingüísticamente al menos, y con mayor razón aún, pertenece a Martí tanto como a Quevedo

algunos de los más interesantes problemas de simbología poética martiana, que aquí no podemos ni siquiera esbozar.

²¹⁰ *Ibíd.*, t. XLI, p. 41.

sus versiones de Séneca y de San Francisco de Sales o al P. Isla la de LeSage. En 1889 se publican los cuatro únicos números de *La Edad de Oro*, el logro más alto de literatura infantil en lengua española. Y en esos siete años florece, sobre todo, la más rica porción de su labor de periodista, de crítico y de conferencista literario y político. Sus cuadernos de apuntes nos revelan, una vez más, su voluntad de estilo. En uno de 1882 escribe:

El escritor diario no puede pretender ser sublime. Semejante pujo para en extravagancia. Lo sublime es la esencia de la vida: la montaña remata en pico: lo sublime es como pico de montaña. Es como quien quisiera andar a pasos naturales por sobre picos de montaña. Cae en el abismo. Los empedrados no son de cúspides, sino de pedrezuelas. Esa perpetua actitud queda para los que son dueños de sí mismo, y pueden esperar la hora de la inspiración, en que el cuerpo se agiganta, y se hincha la vela de la vida, como vela de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte, y se es por un instante como co-rey de la Naturaleza.

Pero el que no es dueño de sí, y no puede esperar la hora, ha de aprovecharla, si le sorprende, pero no ha de forzarla. Que la inspiración es dama, que huye de quien la busca, el escritor diario, que puede ser sublime a las veces, ha de contentarse con ser agradable.²¹¹

Martí sabe que “el escritor diario” “no es dueño de sí”. Lo encadena el imperativo económico a la cotidiana redacción del artículo o la crónica que no deben aspirar a lo sublime, sino contentarse con lo agradable. Y en el mismo cuaderno, muy cerca de la anotación anterior, hallamos esta:

El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase, tan exactamente que no pueda quitarse nada de la frase sin quitar eso mismo de la idea.²¹²

²¹¹ *Ibíd.*, t. LXIII, p. 41.

²¹² *Loc. cit.*, p. 43.

Y así ocurre precisamente en las crónicas de Martí. Tómese al azar cualquiera de sus “escenas norteamericanas” y se advertirá este ajuste perfecto de idea y lenguaje que no consiente alteraciones ni supresiones sin mengua de la expresión cabal. Véase, por ejemplo, este párrafo que describe la escena final de la ejecución de los anarquistas de Chicago en 1887:

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fisher, firmeza; el de Parsons, orgullo radioso: a Engel que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fisher, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apaga-velas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: “La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora”. Fisher dice, mientras atiende el corchete a Engel: “Este es el momento más feliz de mi vida!” “¡Hurra por la anarquía!” dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. “¡Hombres y mujeres de mi querida América...” empieza a decir Parsons... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa: Fisher se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y le baja el pecho como marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.²¹³

²¹³ *Ibíd.*, t. XXXV, pp. 86-87.

Obsérvese la admirable arquitectura del párrafo en el que cada detalle está cuidado con máxima intención expresiva. Hay un orden riguroso en la descripción de los reos: Spies, Fisher, Parsons, Engel —levemente alterado al describir la colocación de las caperuzas para situar a Engel en penúltimo lugar y en el postrero a Parsons—, que se mantendrá luego en el orden de las palabras finales y que se invierte en la descripción de la agonía y de la muerte. Spies abre y cierra el párrafo, y no es por casualidad, sino porque en el grupo que moría Spies era el cerebro conductor, el filósofo, el más destacado. El asíndeton, yuxtaponiendo las oraciones, mantiene el ritmo afiebrado de las cláusulas. Y, por encima del puro valor comunicativo de los vocablos, se impone lo que Husserl llamaría la “intuición impletiva” que nos lleva, de manos del autor, a contemplar la dimensión trascendente de aquel simple episodio judicial, que nos hace vibrar con emoción semejante a la que experimentara frente a él el poeta. Y todo ello logrado con máxima economía de elementos, con encaje perfecto e irrompible de ideas y de frases.

Esta es la concreción y el ajuste que hallamos en los versos y en la prosa de *La Edad de Oro*. ¿Se puede condensar acaso en menos y más justas palabras la emoción provocada por un gesto infantil que en la estrofa tan sabida de “Los zapaticos de rosa”:

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.²¹⁴

En ella se expresa toda la emoción de la escena en una forma al parecer ingenua, difícilmente trivial, pero que implica una profunda sabiduría poética, un dominio absoluto de los materiales expresivos. La lengua de cada día se pliega dócil a la intención significativa, simbolizante, del poeta, a su inmanejable voluntad de estilo, y vocablos como “pañuelos”, “rusa”, “inglesa”, “aya”, “francesa”, “se quitó” y “espejuelos”, rampantes

²¹⁴ *Ibíd.*, t. XXIV, p. 195.

y vulgares en su puro valor designante, se conjugan para revelarnos todo un mundo de emoción trascendente.

Así será también, y con mayor agudeza, si cabe, cuando, desde 1890, no quiera solo Martí inspirarse en la realidad cotidiana, sino que aspire a reformarla. Ya en uno de sus cuadernos de apuntes de 1881 había escrito: “Acercarse a la vida —he aquí el objeto de la Literatura: —ya, para inspirarse en ella; —ya para reformarla, conociéndola”.²¹⁵ Y es precisamente a partir de 1890, cuando se acrecienta su labor de revolucionario, de reformador de la vida, cuando abandona sus labores consulares, sus corresponsalías y más de un proyecto puramente literario para darse íntegramente a la lucha por la libertad, cuando alcanza sus notas más altas el estilo literario y vital de Martí.

Más de una vez hemos oído todos lamentarse a divulgadores y estudiosos de la vida y la obra de Martí, del supuesto sacrificio que este hiciera de sus aspiraciones poéticas en aras de lo que juzgaba insoslayable deber patriótico. Se quiere dar a entender que, de haber vivido en paz y sin apremios revolucionarios, hubiera sido él mucho más grande y más logrado escritor. La verdad es exactamente lo contrario: a su condición de militante revolucionario debe José Martí la posición excepcional que ocupa entre los grandes maestros de la lengua castellana. Su voluntad de estilo, afincada en la búsqueda incesante de sencillez y de concreción, en la urgente demanda de sinceridad y honradez literarias, se acrecienta al ritmo ascendente de su pelea por transformar la realidad política de su isla y de todo el continente, en su empeño denodado por “reformar la vida”, logrando sobre la tierra “la dignidad plena del hombre”.

En un estudio reciente, realizado en El Colegio de México, bajo la dirección de José Gaos, y usando el frío y aséptico instrumental fenomenológico, ha examinado Vera Yamuni Tabush los procedimientos expresivos de varios pensadores de lengua española, comparando fragmentos representativos de los mismos de idéntica extensión. Martí estuvo representado principalmente por las primeras cláusulas de su discurso titulado

²¹⁵ *Ibíd.*, t. LXII, p. 188.

“Madre América”, magnífico exponente de su visión del proceso de integración política de todo el continente, pronunciado, como es sabido, en diciembre de 1889. Las conclusiones del estudio de la Srta. Yamuni descubren en el escritor cubano un modo de concebir esencialmente sustancialista y “materialista”, debido “a la tendencia artística a concebir objetos capaces de dar por acompañamiento a los conceptos que los mientan imágenes psicológicas lo más plásticas posibles, que son, en general, las sustancias y, en especial, las materiales”.

La concepción de algunos de los tipos humanos representativos de los períodos históricos implica una idealización ética o estética de la realidad histórica.

Piensa distintos objetos individuales o distintas especies o géneros, u objetos no unidos por relaciones de individuación, especificación y generalización, sino por las relaciones reales que integran el tejido de la historia o que integran las sustancias o son relaciones entre éstas. La unidad de los objetos así pensados es una unidad histórica que se determina como unidad de una historia de libertad.

Pero también piensa por pares de conceptos o de objetos, no por fuerza de la naturaleza de estos últimos, sino por una tendencia personal que está relacionada con el pensar por antítesis y el pensar dialéctico.

Su expresión es magistralmente propia, y justo así precisamente cuando es insólita.

Su “personalismo” tiende a la impersonalidad modesta”.²¹⁶

De los fragmentos analizados por la Srta. Yamuni, solo el de Martí presentaba un claro y militante carácter político y, en comparación con los demás, aparecía como el más rico en lenguaje y estilo. Falta solo añadir que los otros autores examinados se llaman José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y José Vasconcelos.

²¹⁶ Vera Yamuni Tabush: *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*, El Colegio de México, México, 1951, pp. 251-252.

Pero es que el propio Martí se había adelantado a la quejumbrosa suposición de que un poeta no puede realizar labor revolucionaria a menos que sacrifique a ella sus aspiraciones estéticas. En el artículo que escribiera en 1882, con motivo de la muerte de Augusto Barbier, afirmó:

No hay en tiempos bonancibles poeta grande. No hay tiempos agitados sin poetas; cada gran suceso halla un gran cantor. Mas no puede haber cantor grande allí donde no hay sucesos grandes. Y luego de los tremendos *Yambos* que no fueron por cierto como aquellos risueños e ingeniosos con que la hija de Pan y Echo consoló a la tristísima Ceres, sino como manojos de llamas que el poeta colérico sacudía en la faz de los malvados y de los hipócritas— se dió Barbier a estudiar, no ya en la vida, generosa maestra, sino en libros, maestros muertos... Y no fue ya su musa como aquella madre de los campamentos galos, que con la profecía sacra en los labios, y la rama del muérdago en su mano, guiaba desnuda de pies y de cabeza, a las huestes heroicas de sus pueblos, sino dama de letras reposada, temerosa del sol y de la nieve, trocada de color a puro afeitado, que cultiva entre ancianos almibarados y risueños, flores de ingenio al fuego de la estufa. Y el corcel árabe se trocó en pacífica hacanea, en la que cabalgaba sonriente, en su traje de sedas antiguas y abalorios, la acariciada academia.²¹⁷

Está, sobre todo, para probar la falacia de aquella doliente afirmación, la obra misma de Martí contemporánea a las más intensas realizaciones de su labor revolucionaria. Están sus *Versos sencillos*, publicados en 1891, concebidos en “aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”. Del fragor de aquella pelea por la dignidad e independencia de nuestras tierras nacieron aquellos versos, en cuyo breve prólogo reafirma Martí su inmanejable

²¹⁷ José Martí: *Obras completas*, t. XLVI, pp. 131-132.

voluntad de estilo: “Amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras”.²¹⁸

Una vez más la demanda de sinceridad, que se repite como afirmación tajante en el primer octosílabo del libro: “Yo soy un hombre sincero”. En los *Versos sencillos* alcanza su máxima perfección la musa de Martí. En ellos se aúnan la rica información —y formación— libresca que le vino de su trato constante con los grandes escritores de muchas literaturas, pero sobre todo castellanos, y su conocimiento entrañable de la poesía tradicional y popular. Si “la bailarina española” recuerda más de una vez a Lope y “la niña de Guatemala” une a su melancolía becqueriana trasuntos formales de los cancioneros de la época de Don Juan II, con su estructura antifonal, para ser leído a dos voces, que tanto ha desconcertado a algunos, otras estrofas guardan el eco de la más pura poesía popular, en sus manifestaciones españolas y en sus trasplantes hispanoamericanos. Es esta fidelidad y este amor a la expresión poética del pueblo, reflejada constantemente también en las anotaciones de sus cuadernos de apuntes, lo que pone a los *Versos sencillos*, como a los de Antonio Machado, su único par en la lengua, fuera de toda limitación temporal

²¹⁸ Ibídem, t. XLI, p. 50. En 1894, el año de más intensa lucha por organizar la revolución libertadora, continúa planteándose Martí problemas relativos a la expresión literaria, y en uno de sus cuadernos de apuntes correspondiente a aquel año se lee:

Ortografía.

Por lo menos, hacen falta dos signos:

Coma menor, ,

por ejemplo:

“Juntos de noche, Hafed, juntos de día”.

Así indico que la pausa en *Hafed* ha de ser más larga que en noche: si no ¿cómo lo indico? ¿cómo estorbo que otro pueda leer: “Juntos de noche, —Hafed, juntos de día”, desluciendo el verso, y poniendo a Hafed en el segundo inciso, cuando quiero yo que esté en el primero?

Y el otro signo, *el acento de lectura o de sentido* para distinguirlo del acento común de palabra.

Y otro más, el *guión menor*. Ibídem, t. LXIV, p. 45.

Si se analiza con cuidado la anotación de Martí que hemos transcrito y se la relaciona con su modo personalísimo de usar los signos de puntuación, se llega fácilmente a la conclusión de que, para él, dichos signos le eran principalmente de entonación, y como tales los usaba.

o de escuela, entre las más felices manifestaciones de la poesía esencial y perdurable. En ellos logra plenamente, más aún que en *Ismaelillo*, su anhelo de sencillez y concreción; en ellos, como en ninguna otra parte, predomina la nota personal. Aquella nota de “impersonalidad modesta” que señalaba con acierto la Srta. Yamuni, y que es característica de sus obras en prosa, cede a la presencia avasalladora de su yo. Hágase un simple recuento de las veces que usa Martí el pronombre personal de primera persona en singular en sus tres libros mayores de versos y se descubrirá que en los *Versos sencillos* su número supera ampliamente al que existe en *Ismaelillo* y en los *Versos libres* sumados. Y esto sin contar las variantes pronominales y las formas verbales que ponen igualmente en primer plano la personalidad del poeta.

No significa esto que en la última etapa de su vida se produzca en Martí cierta forma de narcisismo romántico, nada extraña, por otra parte, en una personalidad como la suya tan entrañablemente romántica. Lo que ocurre es que en él la voluntad de estilo se da no solo como urgencia estética sino también como imperativo ético. De ahí el empleo constante de términos que apuntan a la conducta —sinceridad, honradez— aplicados a la forma literaria. En el prólogo de sus *Versos libres* había escrito:

Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también se, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Y en su carta del primero de abril de 1895, a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, que constituye su testamento literario, insiste:

¿Qué habré escrito sin sangre, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?... De Cuba, ¿qué no habré escrito? Y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres: y en otro, aquellos discursos tentadores y relativos de los primeros años de

edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustan a ella. Y Ud. sabe que servir es mi manera de hablar.²¹⁹

En esto consisten la “sinceridad” y la “honradez” martianas, en pintar lo que se ha visto con los ojos, en el ajuste perfecto de literatura y realidad, en la unidad indisoluble del servicio y la palabra, de la vida y la poesía. Y cuando se acerca el momento culminante de la máxima unidad y dación, el poeta ya no habla por todos sino de sí mismo, de su definitivo servicio poético y vital. De aquí el inevitable personalismo de los *Versos sencillos*, por eso también la nota culminante del estilo martiano, no obstante la riqueza que atesoran las páginas de *Patria* —recuérdese, entre muchos, el breve y admirable artículo sobre Julián del Casal—, se halla en las dos partes del diario llevado por Martí, en los últimos días de su vida, de Montecristi a Dos Ríos. Allí está lograda la máxima sencillez y concreción, y las más nimias anotaciones toman la forma de verdaderos poemas en prosa. El 5 de abril anota:

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mobila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hileras, halando y cantando.²²⁰

La segunda parte del diario, de Cabo Haitiano a Dos Ríos, que recogiera Máximo Gómez en su diario de campaña, se inicia con estas enigmáticas palabras: “Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos”.²²¹ En ellas, la voluntad de estilo hecha ya carne y hábito inconsciente en Martí, le hizo construir, con ritmo de seguidilla, una estrofa estupenda:

²¹⁹ *Ibíd.*, t. I, p. 18. En una ocasión anota: “[...] nos da pena por la dignidad humana ver a hombres que manejan la pluma prestarse a ser, por unos cuantos dineros al mes, repugnantes esbirros. Las letras tienen su decoro, y el que vive de ellas”. *Ibíd.*, t. LXXIII, p. 13.

²²⁰ *Ibíd.*, t. LVI, p. 93.

²²¹ *Ibíd.*, p. 101.

Lola, jolongo,
llorando en el balcón.
Nos embarcamos.

en la cual el juego oleoso de eles y de enes de los dos primeros versos se detiene tajante en el pentasílabo final, definitivo y rotundo como un adiós. Todavía a las puertas de la muerte, en tierras ya de Cuba, tiene el poeta un instante para pintar, en párrafo de encendida belleza impresionista, y en medio del incómodo ajeteo del campamento, la hermosura de la noche tropical:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde; aun se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de paguá, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las animitas; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima —es la miriada del son fluido: ¿qué alas rozan las ojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida; comimos salchichón y chocolate y una lonja de chopo asado. La ropa se secó a la fogata.²²²

Hasta el último instante, y en él más que en ningún otro, está presente el artista. Por aquellos mismos días andaba de moda entre artistas y escritores, como lema y programa, la afirmación de un gran poeta decadente de que había puesto genio en su vida, y en su obra solamente talento. Martí, como genio auténtico, lo puso por igual en su existencia y en su obra, y cuando, un día como hoy de 1895, cayó peleando en Dos Ríos, no murió solo el revolucionario, divorciado del artista, sino que, vida y poesía aunadas por una sola voluntad de estilo, su caída no fue más que eco y confirmación de lo que había prometido en sus versos:

Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al Sol!

²²² Ídem, p. 107.

El americanismo de Martí²²³

Andrés Iduarte

En escritor tan rico y profuso como José Martí, son muchos y muy diversos los temas en que puso su atención y su pasión; pero, en primerísimo término y abarcándolos todos, está el de América. Nacido en Cuba y consagrado desde su adolescencia habanera a la causa de la libertad cubana, la ve muy pronto como grano y remate de la del Continente; formado en España —en función americana—, en México y Guatemala y Venezuela, en Nueva York —la gran creación cosmopolita de los Estados Unidos—, para Hispanoamérica vive, estudia, escribe y combate, y por ella muere en la llanura de Dos Ríos, según lo quiso durante toda su existencia y según lo precisó en vísperas de su caída; y los Estados Unidos son, como anverso y reverso, como posible ejemplo y como peligro cierto, preocupación permanente y definidora. Difícilmente se encontrará, pues, otra figura del Sur o del Norte del Continente que merezca tanto como Martí la designación de hombre de América.

Para examinar y entender el esencial tema americano de José Martí cabe seguir esos círculos concéntricos: Cuba, o la patria; la España del colonial rebelde; Hispanoamérica en general, “nuestra América” como él la llamó; y los Estados Unidos.

²²³ Conferencia pronunciada el 27 de mayo de 1953.

Cuba

Fuera del tema siempre presente de la independencia cubana, los asuntos concretamente cubanos no son los más numerosos en la obra de Martí; pero este cálculo aritmético no debe inducir a error. Cuba es en su obra la raíz y el fruto, la razón de su ser y su meta humana. Repetimos lo ya dicho en otra ocasión: no es posible, ni vale la pena, ponerse a repasar cómo la veía, cómo la recordaba física o materialmente: o se cita su obra toda, o se le mutila. Cuba es más que su realidad: es su suprarrealidad, aunque —hombre del siglo XIX y jefe de un movimiento político— vivió empeñado en demostrar que esa suprarrealidad era una realidad auténtica, tangible y hasta común y corriente, sencilla y cotidiana. Cuba es, en suma, la Dulcinea omnipresente de este gran Quijote americano.

No hay que olvidar nunca que Martí nació en Cuba, y en ella estudió las primeras letras y recibió la mejor tradición intelectual y política de la Isla a través del ilustre maestro Rafael María de Mendive; que esta sobrevive en él luminosamente, por encima de toda otra huella; que la Cuba de Mendive está siempre en él como un trasfondo inevitable, como el hueso y el tuétano de su espina dorsal. Una frase suya precisa mejor lo que deseamos decir: “Y si esto me pasa a mí que siento por mi patria más que por Dios”.²²⁴ Ha de insistirse en que aquel espíritu religioso fundió en una sola entidad a Dios y a su patria, e incluso citó a la patria por encima de Dios. Muchas ideas tuvo y muchos ideales lo sacudieron, pero nunca dejó de pensar que “su almohada era la muerte, y Cuba su único sueño”.²²⁵ Lo que no es concepto provinciano ni chauvinista, como tuvo buen cuidado de aclararlo:

Cada cual se ha de poner a la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino y virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente,

²²⁴ José Martí: *Obras completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1936-1947, t. III, p. 31.

²²⁵ *Ibidem*, t. IV, p. 26.

en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria... Patria es humanidad...²²⁶

Todas las palabras de Martí sobre Cuba se entenderán mejor si se recuerda que la ve a través de la nostalgia. “Quemante y creadora” la ha llamado Jorge Mañach; “creadora [...] pues por la sublimación de su Isla vedada [...] pudo henchir de promesa la imagen de la patria futura y comunicar su convicción de que valía la pena de ser ganada”.²²⁷

También ha de tenerse en cuenta que al sentimiento sigue la razón. Martí vivió uno de los momentos más vitales de los cubanos y más indecisos de los españoles. La España anterior al 98, aparentemente desilusionada y derrotada, sin duda desorientada e inerte, presentaba un aspecto menos animador que el del pueblo cubano, enhiesto en la emigración y altivo dentro de la Isla, adornado por el heroísmo que derrochó en la guerra del 68 y que iba a colmar en la del 95. Es indudable que Martí, unas veces por delirio de enamorado y otras por deber y necesidad de jefe político, recargó mucho los méritos de sus hombres, o se negó a ver o cuando menos a mencionar sus defectos; pero no todo es optimismo ciego ni optimismo táctico, sino feliz coincidencia de su sueño con la realidad. Sus conceptos de amor, de justicia, de belleza, se asientan sobre esa Cuba infortunada y batalladora. La llevará toda la vida en su pecho —amada, explicada, divinizada— y ya en ella, integrado en su naturaleza, bajo su sol ardiente y sobre sus verdes campos, tendrá la muerte dichosa que buscaba. Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere no se entenderá una palabra de la obra de Martí.

España

También ha de tenerse siempre presente que José Martí fue hijo de españoles —padre valenciano, madre canaria—, que pasó

²²⁶ *Ibíd.*, t. XIV, p. 195.

²²⁷ Jorge Mañach: *El pensamiento político y social de Martí*, La Habana, 1941, p. 8.

dos años de la infancia en la Península, que fue española su educación y que al lado del pueblo de España vivió los cuatro años más permeables de su vida. Como pendantif de Cuba Martí lleva siempre consigo a esa España. Y como escritor y líder político maneja su lengua y estudia sus letras y sus instituciones.

Y al mismo tiempo ha de recordarse que Martí nace en una Isla mal gobernada por España, que recibe brutal castigo por su noble rebeldía, y que vive en Madrid y en Zaragoza una de las más críticas épocas de los errores y los crímenes de la administración española. Desde niño fue separatista: “O Yara o Madrid”,²²⁸ o independencia total o servilismo pleno, vio claramente a los dieciséis años. En *El presidio político en Cuba* y en *La República española ante la Revolución cubana* se encontrará su repudio por el gobierno colonial y por el metropolitano. “Esta España de acá —escribe— tan injusta, tan indiferente, tan semejante a la España repelente y desbordada de más allá del mar”.²²⁹ Su pasajera esperanza en los republicanos españoles desaparece para siempre al ver que

[...] hasta los hombres que sueñan con la federación universal, como el átomo libre dentro de la molécula libre, con el respeto a la independencia ajena como base de la fuerza y la independencia propias, anatematizaron la petición de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicán.²³⁰

Y en Zaragoza le toca ver caer la República popular a manos del triunfante y consagrado espadón que cayó sobre él en Cuba. La posibilidad de entendimiento con la España política queda rota para siempre, confirmando su adolescente criterio separatista, que se recrudecerá más cada día, hasta la guerra y la muerte.

Violentemente condena la conquista y la colonia, por conquista y por española, esto es, por principio moral y jurídico y, a la vez, como motor necesario para echar a andar nuevamente al

²²⁸ José Martí: *Obras completas*, t. I, p. 25.

²²⁹ Ídem, p. 37.

²³⁰ Ídem, p. 35.

pueblo cubano en contra del régimen que lo oprime. Tampoco deja pasar ocasión de señalar las responsabilidades de la Iglesia Católica en la conquista y la dominación de América, en el pasado y el presente, como esclavizadora y como enemiga jurada de la independencia y la justicia. Insistentemente repite sus malos recuerdos del Madrid frívolo y del cuartelero, del parásito y del soldadón. A la España gobernadora le hace siempre una guerra sin cuartel. A través de todas las páginas de su obra se encontrarán los ataques bien fundados y los apasionados dictionarios. Nunca condesciende, jamás contemporiza. Esmeradamente evita cualquier referencia a España que pueda mal interpretarse, confundir o entibiar a los cubanos en su pelea.

Pudo, sin embargo, conciliar esta posición fuerte y cristalina con su amor de familiar, de hispano, por las esencias puras de España. Mucho es lo que escribe sobre España —sobre sus letras y sus artes, sobre su pueblo— en México, en Venezuela, en los Estados Unidos. Su conocimiento del teatro español, su admiración por los grandes escritores que fueron base de su estilo, su cariño por los maestros krausistas, la memoria emocionada del buen pueblo español, nunca faltan en sus páginas. “Que se marque al que no ame —escribe— para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar”.²³¹ Distingue a cada paso los dos tipos de español: “los que prefieren la España del alcalde de Móstoles a la de Felipe II”,²³² y los “que quisieran sentarse, desgredados y humeantes, sobre las ruinas del mundo”.²³³ Aclara muy precisamente el sentido de la guerra: “la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella”.²³⁴ “La guerra nueva no será de cubanos contra españoles, sino de los amigos de su libertad contra sus enemigos”.²³⁵ “Hay que ligarse con los españoles buenos; no

²³¹ *Ibíd.*, t. X, p. 143.

²³² *Ibíd.*, t. IV, p. 50.

²³³ *Ídem.*, p. 51.

²³⁴ *Ibíd.*, t. II, p. 149.

²³⁵ *Ibíd.*, t. III, p. 142.

con los españoles pagados, del último sudor de Cuba, para ahogar en sangre a los españoles y cubanos que aspiren en ella a ser felices, y a verla feliz”.²³⁶ Exclama en otro de sus discursos:

¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida!²³⁷

Impera en Martí el respeto al hombre y el amor al bueno, por encima de razas y credos; y guarda además la gratitud personal por cada acción generosa de que fue objeto o testigo. El párrafo anterior —es visible— está hecho de hondos recuerdos.

Enemigo de la dominación española en América, partidario y jefe de la Independencia cubana, es consecuente en todos sus actos y sus palabras. No maneja los pensamientos como barajas, ni gusta —cosa tan común en el intelectual embarcado en la política— de llegar “por comprensión” a ser más grato al adversario que al correligionario. Ni miedo ni alcahuetería relajan su mente lúcida.

Salió Martí más airoso que nadie del conflicto en que estuvieron todos los hispanoamericanos anteriores al 98. Era difícil manifestarse devoto de las letras españolas sin que se malentendiese que estaba con la opresión, y sin que los que la ejercían no aprovecharan inmediatamente los elogios para justificar la tutela sobre América. Era necesario hacer repetidos distinguos entre una cosa y otra para no parecer un hispanoamericano servil o colonial. Recrudecía más su problema, su oposición a la política norteamericana, su fe en “nuestra América”. ¿Cómo llamar

²³⁶ *Ibíd.*, t. IV, p. 87.

²³⁷ *Ibíd.*, t. IX, 167.

a esta? ¿Cómo decir “la América española” sin dar pie al enemigo para contestar que por encima de lo accidental y transitorio de una guerra pequeña estaba lo fundamental y eterno de una cultura? Sin traicionarse, se atrevió a decir:

Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos. Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salga de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tenderán las manos...²³⁸

A España se la puede amar, y los mismos que sentimos sus latigazos sobre el hígado, la queremos bien; pero no por lo que fue ni por lo que violó [...], sino por la hermosura de su tierra, carácter sincero y romántico de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra en el concierto humano y razones históricas que a todos alcanzan...²³⁹

Así eran las dos Españas que Martí recordaba y sentía: “[...] la España podrida de la monarquía conquistadora [...] en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades”.²⁴⁰ En el fiel de esta balanza de justicia, Martí supo ser un peleador de nervio y sin odio.

México

México estaba, desde su adolescencia en La Habana, en el corazón de Martí. La defensa de la patria y el liberalismo mexicano, simbolizados en Juárez, conmovieron a todos los rebeldes cubanos. Esa es la razón —aparte de la cercanía a Cuba— que lo hace emigrar a México a fines de 1874, al terminar sus estudios de Derecho y Letras en la Universidad de Zaragoza. Con extraordinaria emoción toca el puerto yucateco de Progreso, y el de Campeche, antes de llegar —el 8 de febrero de 1875— a Veracruz. Con ojos maravillados sube a la altiplanicie. Un pasmo

²³⁸ *Ibíd.*, t. XXI, p. 104.

²³⁹ *Ibíd.*, t. XX, pp. 120-130.

²⁴⁰ *Ibíd.*, t. IX, p. 238.

poético, que recuerda el de Bernal Díaz, le hace escribir estas primeras palabras sobre el paisaje mexicano:

La tierra se abre a los pies, honda, verdadera, serpeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuras, amarillo de oro, con su verdor cespicio en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro [...]. La india de rebozo azul ofrece por la ventanilla una cesta de granados [...]. Por los cortes rojos va bajando, sujetando su aliento, la locomotora. Una ave parda cruza en lo alto del abismo. Por una caída, como cosida a pespunte, está la tierra cultivada...²⁴¹

No es poco el tiempo que vive en México —dos años, dos años profundos—, no poco lo que ve, ni poco lo que hace. El 29 de diciembre de 1876 sale de la capital de México, tocando otra vez Veracruz, rumbo a La Habana, y el 24 de febrero de 1877 vuelve al puerto jarocho, para continuar su viaje a Guatemala; y entonces ve una isla mexicana, la de Mujeres, y una tierra bajo mando inglés, Honduras Británica o Belice, para completar su segundo contacto con el mundo maya en la República de Guatemala. Nueve meses después da otro gran jalón en su conocimiento de la geografía y el espíritu de México al trasladarse —para contraer matrimonio— del puerto guatemalteco de San José a Acapulco, por barco; y en mula, en diligencia y en ferrocarril a la ciudad de México. De regreso por la misma vía a Guatemala, acompañado de su esposa, acaba de conocer el trópico mexicano del Pacífico. Años más tarde, en 1894, hizo una nueva visita a México, tocando dos veces Veracruz. En sus artículos de la época, y en los de después, se verá la amplitud de su conocimiento de la tierra mexicana, y la profunda huella que dejó en su espíritu sensible de joven de veintidós años.

En México hace vida política y literaria muy activas. Colabora diariamente en su prensa, interviene con sus artículos en la defensa del amenazado régimen juarista de Lerdo de Tejada, se

²⁴¹ *Ibidem*, t. LV, p. 21.

codea con gentes de pensamiento y de pluma, conoce y escribe sobre teatro y pintura. La importancia de México en la vida sentimental, intelectual y política del cubano es muy grande: vivió feliz como hombre, se ganó bien el pan, amó y fue amado, se sintió ciudadano sin perder un ápice de su cubanidad —en torno a la independencia de Cuba sostuvo continuas polémicas—, sumó a su formación la de los hombres de la Reforma juarista, vio helada a la raza india y soñó con deshelarla, convivió con indios sabios e ilustres —Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano— y habló de la capacidad de su pueblo, tocó los restos imponentes de las culturas azteca y mayaquiché y halló en todo ello —pasado grandioso, presente batallador, finura indígena, revolución política— la base fundamental para levantar su fe americanista.

Sus artículos anticlericales tienen el acento que caracteriza a los más chinacos de los mexicanos de la época. No menos sus admoniciones al General Porfirio Díaz, ya jefe de la oposición al gobierno lerdistas:

[...] Decíase hace dos días lo que por fortuna se desmiente: decíase que el general Porfirio Díaz se dirige a Oaxaca, con ánimo de encender allí los rencores contra el gobierno actual [...].²⁴² Parece que el general Díaz ha renunciado al derecho de perturbar y desolar con una guerra nueva a su país, cuando sabe que en el combate habrían de emplearse hermanos valientes y generosos que como él han luchado, y luchan hoy como él lucharía, en defensa de la madre común libertad [...]. Cuando la patria se salva ¿contribuirán a perderla la imprudencia y la ira personal de un hombre honrado y valiente?²⁴³

[...] Pero ¿no se avergüenzan los católicos mexicanos de acudir para defenderse a estos bandidos prófugos de cárceles...? ¿qué Dios villano es ése que estupra mujeres e incendia pueblos? [...].²⁴⁴ ¿Qué hacen los

²⁴² *Ibíd.*, t. XLVIII, p. 95.

²⁴³ *Ídem.*, pp. 137-138.

²⁴⁴ *Ídem.*, p. 66.

periódicos católicos? Lo que hacen en todos los tiempos: vestirse con el manto de la piedad; bajar a tierra estos ojos humanos que se han hecho para mirar de frente a todo; disimular bajo sus vestiduras negras las iracundas palpitaciones de su corazón [...].²⁴⁵

En vano es pretender que vengan a camino de amor patrio y paz los defensores de la religión católica, ciegos como el despecho, e iracundos como dueños destronados [...].²⁴⁶

La bandera está sobre la cruz, porque la cruz se hizo enseña de tiránica ambición y errores tristes. A la par estarían, si la cruz no hubiese horadado y vendido a la bandera [...].²⁴⁷

[...] No es un partido político al que debe tratarse de extinguir: sus errores lo han matado, y está bien muerto. Es una idea fanática, es una historia sombría, es un germen de desastres él que se ahoga, impidiendo las resurrecciones desesperadas y parciales de esa doctrina funesta que en él instante de la victoria vende a la patria, y en los días de la humillación la divide, la detiene y la ensangrenta. Preciso es que entiendan que ya no tienen en México esperanza alguna de vida: la deshonra mata bien aquello que mata [...].²⁴⁸

Pues ¿cómo puede olvidarse lo que la Constitución de 1857 significa? Es en sí un código templado, moderado, justo: pero ¿quién puede desconocer cuántas heridas están abiertas, cuántos males están palpitanes, cuántos elementos dañosos hay en la constitución de nuestro pueblo por el dominio y afán absorbente de la doctrina católica? La Constitución de 1857 fue, más que una creación, una reacción. Manchada por las manos que la vendieron al rey extranjero, redimida está ya de sobra con la generosa sangre de sus hijos que la han traído de

²⁴⁵ Ídem, pp. 66-67.

²⁴⁶ Ídem, pp. 93-94.

²⁴⁷ Ídem, p. 154.

²⁴⁸ Ídem, p. 201.

nuevo a los altares de la ley. Los odios han muerto; pero las susceptibilidades están vivas. La intolerancia, ejercida por la libertad como por la religión, exalta a todo ánimo justo; pero también merece sus censuras la tolerancia que puede tenerse como especial predilección y simpatía. Tolerar es permitir que se haga; pero de ningún modo es hacer lo que se tolera.²⁴⁹

La religión católica tiene dos fases que merecen cada una peculiar consideración [...] religión de la dulzura [y] cortesana de la ambición y la fuerza.²⁵⁰

De su vida y su actuación en México sacó Martí el temor y el repudio del caudillismo militar, que lo previno contra el presidente de Guatemala, Rufino Barrios, y lo hizo enfrentarse al de Venezuela, Antonio Guzmán Blanco, e inspiró su política cubana desde su ruptura con Máximo Gómez en 1884 hasta su discusión con Antonio Maceo en la hacienda de La Mejorana poco antes de su muerte; y también de su estancia en México partió su decidida oposición a la Iglesia Católica como poder político, a la que siempre señaló —desde entonces— como cómplice de la explotación del indio durante la Colonia y la Independencia, y cuyas contradicciones va a examinar continuamente en sus artículos de los Estados Unidos. Su americanismo anticaudillista y anticonfesional tiene los cimientos en México, y Martí lo deja ver, complacido, a cada paso.

Otro ingrediente fundamental del americanismo de Martí es su indigenismo, nacido en México y confirmado en Guatemala. Tiene varias facetas, trascendentales en la obra del escritor y del político. En sus colaboraciones periodísticas de la ciudad de México se conduce sin cesar de la pobreza del indio, de su postración, de sus dolores: “Y esto —dice— es un pueblo entero; ésta es una raza olvidada: ésta es la sin ventura población indígena de México”.²⁵¹ Al lado de los hombres de la Reforma, Martí pide para el indio pan y enseñanza, redención y dignificación profundas.

²⁴⁹ Ídem, t. XLIX, p. 34.

²⁵⁰ Ídem, t. XLVIII, pp. 81-82.

²⁵¹ Ídem, pp. 166-167.

[...] ¿Qué ha de redimir a esos hombres? La enseñanza obligatoria. ¿Solamente la enseñanza obligatoria, cuyos beneficios no entienden y cuya obra es lenta? No la enseñanza solamente: la misión, el cuidado, el trabajo bien retribuido. En la redención humana, es verdad que la redención empieza por la satisfacción del propio interés. Dense necesidades a estos seres: de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida.²⁵²

Su indigenismo mexicano no solo descansa en la aspiración de justicia para el olvidado y el explotado, no solo se asienta en una caritativa emoción cristiana; es de más quilates: cree en la energía, en la capacidad, en la inteligencia, en la bondad del indio. “Un indio que sabe leer —escribe en México— puede ser Benito Juárez...”.²⁵³ Y en los Estados Unidos, cuando Charles Dudley Warner habla de “las piernas pobres” del indio mexicano, le contesta:

Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos! [...] ¡Esa nación ha nacido de esas piernas pobres! ¡Más ha hecho México en subir donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates; [...] las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo...

Y recuerda al guía que lo llevaba una vez a Acapulco, y se enfrentó a cierto francés corpulento con sus piernas pobres. En otra ocasión, rememora al cacique indio que le decía al Jefe blanco: “Tú te sometiste... Yo no me sometí; yo no tengo amo”. De Juárez dice en otra ocasión: “Aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres al lado de Bolívar [y] en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce”.²⁵⁴ Vive en la admiración de Juárez, nacida en Cuba —su maestro Mendive le dedicó una “Oda”—, y multiplicada en México, pareja a la que siente por Ignacio Ramírez, el liberal de la política y el clasicista de las letras, y por Ignacio

²⁵² *Ibíd.*, t. XLIX, p. 103.

²⁵³ *Ídem.*, p. 156.

²⁵⁴ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 139.

Manuel Altamirano, cuya nota de “indio, americano y demócrata” —puesta tras de su firma en los versos que dirigió a Betances— lo conmueve y lo orienta. El indio vivo de México impregnó su indigenismo de fe en las altas virtudes de la raza americana.

También le dio fe en el indio el pasado maya de Yucatán y de Guatemala, y el azteca de la altiplanicie: tras de ver sus ruinas, y respirar su aire, hizo sobre ellos muchas y continuas lecturas.

¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! —escribió. ¡Qué bravos, Mayapán! Teotitlán ¡qué escuelas! México ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala ¡qué templos! Los Andes ¡qué calzadas! El espíritu de los hombres flota sobre la tierra y se le respira! [...] Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni... La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América?...²⁵⁵

Martí saca así de México la buena doctrina indigenista, que en su tiempo solo podía darle el grupo avanzado de los hombres de la Reforma. Otros países le hubieran dado una impresión enana del pasado indígena, y otros la sensación de una decadencia irremediable. Con algunas asperezas antiespañolas no solo justificables sino loables en quien estaba en guerra con la Península, Martí profesó el indigenismo mejor, cabal, con muy positiva emoción moral y estética, de signo constructivo, frente y contra la posición muerta e infecunda de españoles imperialistas y de hispanoamericanos coloniales o “malinchistas”. Ya se ve que ante el caudillismo, ante la Iglesia como poder político y ante el indio, es un mexicano del 57.

Nacido y criado cerca de mulatos y negros cubanos, y dentro del grupo liberal de Mendive. Martí fue antirracista desde su infancia. Aunque en su obra anterior a su estancia en México hay solo alusiones personales a los negros —sus compañeros de presidio en Cuba— es indudable que allí se inició, al fuego

²⁵⁵ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 112-113.

de la primera guerra de independencia cubana, su amor por la otra raza esclavizada; pero también lo es que el México de la Reforma le dio los más copiosos y puros materiales antidiscriminatorios que lo llevarían a su prédica de igualdad absoluta de blancos y negros. No es de poca monta este criterio en su americanismo continental y universal.

Por estos caminos —la contemplación y el estudio de las grandes civilizaciones indígenas de México, el doloroso espectáculo del indio vencido, la estimulante lección del indio enérgico y del indio sabio— llega Martí a muy trascendentales conclusiones. El indio americano es historia imponente y su postración es entuerto por desfacer; y los indios ilustres de su época —Juárez, en primer término— son el asiento de su esperanza y el ejemplo de cómo se conquista la libertad y la justicia dentro de América y frente a los peligros exteriores. Son muchas las frases suyas que habría que destacar:

[...] y el indio Benito Juárez, que echó un imperio al mar [...] y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra...²⁵⁶

La invasión de un poder europeo en América [...] el espantapájaros que mató de una vez Juárez...²⁵⁷

[...] la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca.²⁵⁸

Juárez, el indio descalzo [...] echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad del nuevo continente [...]. Hasta ahora no había América [...] la tierra mestiza anuncia al mundo que ya es nación el indio solo de los treinta fieles.²⁵⁹

Esto es: Juárez y la Reforma son la independencia de México; son la independencia de América frente a los poderes

²⁵⁶ *Ibíd.*, t. V, p. 113.

²⁵⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 84.

²⁵⁸ *Ibíd.*, t. XXII, p. 75.

²⁵⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, pp. 207-209.

europesos y las conspiraciones clericales, son —pues— el liberalismo triunfante; Juárez, “el indio solo”, “ya es nación”; la Reforma funde al indio y al criollo y así nace la tierra mestiza; y eso es América, que “hasta ahora no había”. México forma en Martí un concepto de americanismo patriótico, liberal y mestizo, asentado sobre un indigenismo ético y estético. Lo indio, lo americano y lo demócrata —las tres esencias de Altamirano— forman en Martí una pieza entera y decisiva.

Punto de la mayor importancia es también la presencia de Martí en los cenáculos literarios de México, cuando se iniciaba la revolución modernista, en donde convive con Justo Sierra, y Manuel Gutiérrez Nájera, y otros renovadores y orientadores de la nueva literatura mexicana. Si a alguna rama del Modernismo habría que incorporar a Martí, sería a la nuestra. Allí —entre las letras mexicanas, ante la pintura mexicana— escribe sus primeras prédicas de americanismo literario y artístico:

México necesita una literatura mexicana... ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces repugnantes de la gastada vida ajena?²⁶⁰

México tiene su vida: tenga su teatro... ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?²⁶¹

Todo anda y se transforma [...]. Imagínese y créese; pero no se ate la imaginación a épocas muertas, ni se obligue al pincel a mojarse en los colores del siglo *x* y del *xiv* [...]. Copien la luz en el Ximantécatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzin... Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: haya vida original y potente en nuestra pintura...²⁶²

Se piensa, leyéndolo, en el movimiento literario y, sobre todo, en la pintura mexicana de nuestro tiempo. De modo que no solo recibía de México, sino daba. De la entraña de México y de la Reforma recoge Martí, sin que haya la menor duda, los

²⁶⁰ *Ibíd.*, t. XLVIII, p. 23.

²⁶¹ *Ídem.*, p. 83.

²⁶² *Ibíd.*, t. L, p. 83-84.

gérmenes del americanismo que presidiría su obra política y literaria y que regaría, desde sus colaboraciones de Nueva York, por todo el Continente.

De México también se llevó los pensamientos que hicieron su posición antianexionista y antimperialista respecto a los Estados Unidos. Su amor por México lo lleva a escribir muchas de sus páginas más hermosas y más violentas:

¡Oh México querido, oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de tí! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú te Guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas.²⁶³

Y muy claramente dijo su predilección por México, aun en comparación con “los buenos Estados Unidos”, con los democráticos:

[...] Y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho... es más grande porque es nuestra y ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.²⁶⁴

Y la última carta que escribió en su vida, fechada en el campamento de Dos Ríos el 18 de mayo de 1895, en víspera de la última escaramuza guerrera y de su muerte, va dirigida a su entrañable amigo mexicano don Manuel Mercado —el más íntimo de todos, la más vieja y permanente amistad de las muchas que lo acompañaron desde lejos—; y en ella dice:

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi

²⁶³ *Ibíd.*, t. LV, p. 23.

²⁶⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 201.

país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestra tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Ud. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato de ellos. —Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:— y mi honda es la de David... Y México ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar...²⁶⁵

En suma: por ser México la primera tierra americana independiente en que vivió Martí, por haberla él elegido para emigrar desde su destierro en España, por las ligas liberales que con ella tenía desde su adolescencia habanera, por la vida plena y activa que en ella hizo, por haberle tocado en suerte una hora mexicana trascendental en lo político y en lo literario —la madurez de la Reforma, los umbrales del Modernismo—, por haberle dado México su profunda enseñanza de liberalismo anticaudillista y anticlerical, de independencia nacional, de indigenismo justiciero y estético, es el jalón más importante en su pensamiento americanista.

²⁶⁵ *Ibíd.*, t. VIII, pp. 270-273.

Guatemala y Venezuela

También muy importantes son, en la formación del americanismo de Martí, el año y medio que vivió en Guatemala —de febrero de 1877 a julio de 1878— y sus cinco intensos meses venezolanos —de marzo a 28 de julio de 1881.

En Guatemala fue profesor de varias materias en la Escuela Central Normal; escribió una obra dramática de aliento continental sobre la independencia del país —de la que solo se conservan fragmentos— y su ensayo *Guatemala*²⁶⁶, aparte de otros trabajos menores. En México se hizo el periodista político y asomó el crítico de literatura y de pintura; en Guatemala dio muchos pasos adelante el profesor y el orador. Su indigenismo y su anticaudillismo adquirieron con la experiencia de Guatemala otro firme pilar donde asentarse. La civilización mayaquiché, entrevista al pasar por tierras yucatecas, estuvo a su vista después de la azteca, y queda ligada a su conocimiento y a su sensibilidad tanto como esta. El indio de Guatemala, aun más postrado que el de México, hirió su sentido de justicia. Si de México se fue para no aceptar el triunfo militar del caudillo alzado y triunfante —el general Porfirio Díaz—, de Guatemala prefirió partir antes que soportar una arbitrariedad del caudillo en mando, el general Rufino Barrios: al presentar renuncia de su cargo de Director de la Escuela Normal el cubano José María Izaguirre, lo sigue en ella. En Guatemala nace su fe en la conveniencia y en la posibilidad de la unión centroamericana, que defenderá siempre, y sobre la que escribirá muy a menudo. El espectáculo grandioso de las montañas guatemaltecas dejará también honda huella en su espíritu. Un recuerdo agridulce le dejará un episodio —generalmente mencionado y casi nunca bien conocido— de su vida íntima: es el que encierran sus preciosos versos sobre “la niña de Guatemala”,²⁶⁷ bella criatura con la que comenzó un idilio romántico estorbado por el compromiso matrimonial de Martí, y quien murió, enferma de tuberculosis, poco después. En Guatemala Martí hizo ya buenos versos,

²⁶⁶ *Ibíd.*, t. XIX, pp. 53-128.

²⁶⁷ *Ibíd.*, t. XLI, p. 60.

mejores que casi todos los de su época anterior, y de allí nació la inspiración para “La niña de Guatemala”, uno de los mejores de toda su obra. Se ve que, por mil motivos, Guatemala entró también en la sangre de Martí, y a través de su obra se comprueba que le tuvo un amor permanente y fervoroso.

Allí en Guatemala es donde llama “Madre” a la América:

[...] Aquí en mi madre América la hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace; la Poesía besa en el corazón de cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso cielito; el tapatío mexicano, su pintoresco jarabe; su punto enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Humberto, hablan al alma las selvas bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno henchido.²⁶⁸

En su conocida carta a José Joaquín Palma, redobla su profesión de fe americanista:

[...] Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos. Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cantillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto ¡oh amigo mío!, tanto como apostar. Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.²⁶⁹

²⁶⁸ *Ibíd.*, t. XIX, p. 148.

²⁶⁹ *Ibíd.*, t. XII, p. 27.

Elogia a Palma porque “nació en Bayamo, y es poeta bayamés”; porque “no corre en sus versos el aire frío del Norte: no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset”.²⁷⁰ Su americanismo rechaza lo europeo y, sin precisar todavía claramente, el aire frío del Norte.

Acepta lo español mezclado a lo indígena americano:

[...] de indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio, por español terco y osado... de aquéllos tuvimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de obscura tez, tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa.²⁷¹

Así se va condensando en Guatemala este americanismo hecho de tierra y raza nuevas y potentes, sin desconocer las raíces españolas ya enlazadas y sumadas al tronco indígena:

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿Qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de América. Pizarro conquistó el Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicoténcatl lo ayudó en la empresa, entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutijiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que la unión depende de nuestra vida?²⁷²

Le preocupa que todos repiten esta idea, pero “no se buscan soluciones prácticas”. El sí quiere buscarlas. Nace así, en estas páginas más claramente que en las anteriores de México, un

²⁷⁰ *Ibíd.*, t. XII, p. 26.

²⁷¹ *Ibíd.*, t. XIX, p. 59.

²⁷² *Ídem.*, pp. 59-60.

nuevo apostolado continental, que no excluye sino completa el patriótico. Con la pasión de sus veinticuatro años lo dice: “Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; ésta es la hora”.²⁷³

De Guatemala siguió a Honduras —tránsito del que poco se sabe— y allí se embarcó rumbo a Cuba, donde residió desde el 3 de septiembre de 1878 al 25 de septiembre de 1879, fecha de su segunda expulsión a España, en la que solo estuvo dos meses. Del 3 de enero de 1880 a febrero de 1881 estuvo en Nueva York —con el matrimonio ya casi roto—, y allí conoció, en la pensión donde fue a vivir, a varios venezolanos que lo animaron a establecerse en su patria. Entre estos estaba la dueña de la casa, Carmita Mantilla, que va a ser la verdadera compañera de su vida —comprensión y estímulo de sus empresas patrióticas y literarias—, y quien desde entonces y permanentemente lo liga a Venezuela. En marzo de 1881 sale Martí hacia Caracas, en su tercera experiencia hispanoamericana, fracasados los intentos de insurrección cubana a que se dedicó en Nueva York.

Con su discurso del Club del Comercio de Caracas —que es uno de los más útiles para conocer la marcha de su sentido americanista— y con sus clases en el Colegio de Guillermo Tell Villegas, inicia sus actividades. Y realiza el plan que había concebido en Guatemala: una revista, que iba a llamarse *Revista Guatemalteca*, y ahora aparece con el nombre de *Revista Venezolana*, de la que aparecen dos números escritos casi íntegramente por él, donde se revela ya prosista maduro, y en donde sobresalen sus excelentes ensayos sobre don Miguel Peña y Cecilio Acosta.²⁷⁴ Su triunfo intelectual no alcanza la aprobación del Presidente de la República, don Antonio Guzmán Blanco —“el ilustre americano” se llamaba Guzmán a sí mismo, pero Martí no compartía esa opinión— y prefiere emigrar que ceder a sus directivas. El 28 de julio, con apresuramiento significativo, sale para Nueva York.

²⁷³ Ídem, p. 61.

²⁷⁴ Ídem, pp. 9-60.

En *La Edad de Oro* recuerda Martí:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como llora un padre cuando se le acerca un hijo.²⁷⁵

Y en su discurso del Club del Comercio, apenas llegado a Caracas, dijo: “Luché en mi patria, y fui vencido. Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa, y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla”.²⁷⁶

Siempre consideró a Venezuela “la cuna”, como la Grecia de las razas latinas de Europa, de los pueblos americanos”.²⁷⁷ En la *Revista Venezolana* menciona a Carabobo como la batalla “donde muere Hernán Cortés”.²⁷⁸ En Venezuela nace, pues, la América libre. La gloria de Bolívar, el ardor épico de su batallar, lo seducen y enfebrecen por encima de todo, y cuando escribe o habla sobre él alcanza su mayor elocuencia y su más alta voz americanista. Mucho y bueno puede seleccionarse en la obra de Martí; pero nada será superior a su extraordinario discurso de 1893 sobre Bolívar. A la carta que dirigió antes de su muerte a don Federico Henríquez Carvajal se le ha llamado su testamento-político; a la que dirigió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, su testamento-literario; a ese discurso puede llamársele con igual razón su testamento-americano. No toma partido —Martí no sufría de mutilaciones— en el “duelo entre muertos” que ha disminuido a los grandes de América, por supuesto: no por la admiración a Bolívar deja de reconocer el ejemplo de San Martín, que “no fue el menos grande”, ni descende su cariño por don Miguel Hidalgo: esos son sus “tres héroes”. Y sin duda se siente más cerca, en ciertos aspectos, de Juárez, por pobre y por indio. Su fe no veda su juicio: apunta que “Bolívar no pudo,

²⁷⁵ *Ibíd.*, t. XXIV, p. 14.

²⁷⁶ *Ibíd.*, t. XXII, p. 94.

²⁷⁷ *Ibíd.*, t. XX, p. 75.

²⁷⁸ *Ibíd.* p. 17.

por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular...”.²⁷⁹ Pero el fragor de la guerra a muerte y el vuelo romántico de Bolívar tenían que ser los resortes más vivos en José Martí. Venezuela es la cuna de América y Bolívar el padre de la libertad del Continente: el visionario cubano va a Caracas a recibir el espaldarazo, se acerca al héroe como un hijo, sabe que le toca escribir la última estrofa del poema en que Bolívar escribió la primera y más ardiente.

No olvida nunca, además, la deuda cubana con Venezuela, Bolívar y con Páez. Aparece en toda su obra, aquí y allá. En curso sobre Heredia, dice en 1889:

Y ya ponía el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: “¡Yo soy libre, y tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!” Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía se cubrió el rostro con la capa de la tempestad, y comenzó a morir.²⁸⁰

Un año después, en un artículo de *El Porvenir*, escribe:

¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que cuando tras de dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar salió sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de “Junín”, que va magnífico, para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde “Junín” tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que “no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?” Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México

²⁷⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 192.

²⁸⁰ *Ibíd.*, t. XII, p. 152.

y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y a brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez si lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en su isla ¡volvió a pedir su caballo y su lanza!²⁸¹

Y hasta en una nota volandera de *Patria*, dice en 1894:

Mucho recuerdo hay en que andan juntos el general Páez y los cubanos, y a no ser por los vecinos del Norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador.²⁸²

Con amor recordará la geografía de Venezuela, “donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad”,²⁸³ no dejará de señalar —porque amor no quita conocimiento— “que lleva aun en el hueso... el déspota”,²⁸⁴ ni faltarán en sus palabras los giros y términos venezolanos, sabrosos y útiles, que oye en su diaria vida neoyorquina. Lleva a Venezuela en lo más hondo de su naturaleza. En 1881, al dejarla rumbo a Nueva York, escribe su carta a Fausto Teodoro de Aldrey, que es una profesión de fe venezolanista:

Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra... De América soy hijo: a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.²⁸⁵

²⁸¹ *Ibíd.*, t. XVIII, pp. 152-153.

²⁸² *Ibíd.*, p. 203.

²⁸³ *Ibíd.*, t. XII, p. 157.

²⁸⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 104.

²⁸⁵ *Ibíd.*, t. XX, p. 114.

Y no sin intención pronunció en Nueva York, en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891 —cuando empezaba a sentirse ya de salida de este mundo, y quería pagar sus deudas— sus tres breves y hermosos discursos sobre Centroamérica, México y Venezuela. De esta dijo:

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero... de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que afuera va a pedirles techo y pan son todas puños de oro... ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del Sol, en la pelea sobrenatural de la Independencia! ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e inmovibles de una verdadera república!... Entonces fue cuando se enseñó... en sus quilates mayores, el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro... Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aun de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo

con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.²⁸⁶

Nuestra América

Su hispanoamericanidad —ya se ha visto— nace en México y se acendra en Guatemala y en Venezuela. De Cuba va Martí a América, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, y luego, en el mejor sentido, a la americanidad total, esto es, por firmes y sustanciosas etapas. No hay saltos de frivolidad ni de oportunismo. Ya Cuba, por sí misma, le había dado parte de los guarismos que forman el sumando de América: el español colonial, el negro y el norteamericano; en España despejó incógnitas fundamentales, tocó las raíces culturales y los problemas políticos; en México conoció y admiró al indio, tomó fe en él y ganó pasión para su causa, y entró hondo en la batalla política contra caudillismo, clericalismo y peligro extranjero; en Guatemala confirmó la enseñanza, y en Venezuela recogió las raíces de la independencia gloriosa. De Cuba, pues, va a los países del Golfo y del Caribe, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, a una hispanoamericanidad total de concepto, aunque geográficamente restringida. En la cosmopolita ciudad de Nueva York —donde reside, salvo cortos viajes, por quince años— su hispanoamericanidad se completará en todos sentidos. Allí conocerá a personas de todo el Continente, tanto en su vida íntima como en la pública. Leerá libros de toda América, escribirá en los periódicos de todos sus países. Su colaboración de diez años en *La Nación* de Buenos Aires lo pondrá en estrecho contacto con el Sur del Continente. Nombrado en 1887 Cónsul del Uruguay en Nueva York, y de la Argentina y el Paraguay en 1890, vivirá ligado a esos países. De Caracas, del Salvador, de Bogotá, de México, de Honduras, de todas partes se le hacen distinciones. Será a la vez un cónsul de Hispanoamérica, “para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños” —cosa que Sarmiento le pedía que no fuese²⁸⁷, como ya

²⁸⁶ *Ibidem*, t. XXII, pp. 78-85.

²⁸⁷ D. F. Sarmiento: *Obras completas*, tomo XLVI, Buenos Aires, 1990, pp. 175-176.

se verá luego— y “un veedor fiel (y) un decidor leal” en cuanto a los Estados Unidos. Es, al mismo tiempo, un ciudadano hispanoamericano y un ciudadano neoyorquino, en fusión excepcional que ningún otro hispanoamericano ha alcanzado nunca tanto como él.

El impetuoso panorama de América —con el que se encuentra por primera vez en México— forma el capítulo inicial de su americanismo. Allí dice en 1875:

No somos aún bastante americanos. Todo continente debe tener su expresión propia: tenemos una vida legada y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes de nuestra sierra, de nuestros altivos Rocallosos; un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo.²⁸⁸

Desde entonces se le ve inclinado a eliminar de lo hispanoamericano a los Estados Unidos, a pesar de la mención de “nuestros altivos Rocallosos”; pero pronto abundarán las frases definitorias: “Del Bravo al Plata —exclama años después— no hay más que un solo pueblo”.²⁸⁹ Y enseguida:

[...] Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul, en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena que trae cuño de Francia o de Norte América... Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas,

²⁸⁸ *Ibíd.*, t. XLIX, p. 157.

²⁸⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 86.

el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto.²⁹⁰

Continúa en 1884:

Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal acción espiritual, se amarán luego [...] para asombro de las edades y hogar amable de los hombres [...] surgirá en el porvenir de América, aunque no le divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora como en Roma, sino hospitalaria.²⁹¹

Su artículo “Nuestra América”, tan difundido por periódicos y antologías, es el más esencial para este tema. Ya está maduro su hispanoamericanismo:

Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas en la almohada [...]. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos [...]. ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! [...] A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses [...]. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, él brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol [...]. A adivinar salen los jóvenes al mundo, con anti-parras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen [...]. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra [...]. Pero “estos países

²⁹⁰ *Ibíd.*, t. XX, p. 165.

²⁹¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 87.

se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino [...]. Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor [...]. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón [...]. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza [...]. Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispanoamericano [...]. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América [...]. El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante [...]. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América [...]. ¡Porque ya suena el himno unánime: la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo al Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del Continente, la semilla de la América nueva!²⁹²

“Del Bravo al Plata”, del “Bravo a la Patagonia”, “del Bravo al Magallanes” es su delimitación geográfica. Un solo pueblo ve, “aun cuando no quisiera serlo”, y cree que “acabará por estar junto”. “Familia nacional americana” llama a la “América latina”, y “nación latina” a su conjunto. Pero con independencia total, no solo de los Estados Unidos, sino de Francia. Ese es su hispanoamericanismo auténtico.

No hay duda alguna —para quien lee con atención a Martí— que para él lo español es fundamental en América, y la lengua que él tan bien manejaba el gran lazo de unión. Pero no lo decía mucho, para evitar una confusión que le repugnaba moralmente, y que políticamente podría dañar su causa patriótica. Repudiaba

²⁹² *Ibíd.*, t. XIX, pp. 9-22.

el canto a la conquista, a toda conquista, y sabía que los cubanos podrían desorientarse si él insistía en la raíz española de América, y que los hispanoamericanos coloniales inclinados a España en cuanto a la lucha de Cuba —no eran pocos— podrían sentirse justificados en su antiamericana actitud. Pero no por su justa vigilancia política llegó a negar la realidad. “Hispanoamérica” e “hispanoamericanos” son los términos que más usaba. “Los países que nacieron de las mismas entrañas dolorosas”,²⁹³ decía. Evitaba la palabra española, porque español era el enemigo a quien combatía. Para no decir América española dice a veces América latina, a pesar de ser hombre despreocupado de la latinidad. A menudo —cosa curiosa para quien no quiera explicársela— usa el término castellana, en el que podrían encontrar sabor imperial quienes conocieran historia, pero no los cubanos que le acompañaban en la lucha, generalmente hombres ajenos a tales matices. “Cuando descanse al fin de sus convulsiones... la América que habla castellano ¡que semillero de maravilla no va a salir a la luz del sol!”.²⁹⁴ En la misma ocasión dice: “Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se los pide”.²⁹⁵ Allí, en el Congreso Panamericano de Washington, enfrentado a los intereses de los Estados Unidos, llama a los delegados de “su América”, “los delegados castellanos”, y a un acuerdo de ellos “el acuerdo feliz de la América castellana”.²⁹⁶ Y poco después, en un documento político dirigido a sus compatriotas cubanos, se refiere a “las naciones de la lengua castellana en América”.²⁹⁷ Buen acierto, porque decía la verdad sin dar facilidades de ataque a los españolistas que revisaban con dolo sus palabras.

Su hispanoamericanismo está edificado en el indio, siempre; y en la gloria de la independencia y en las letras hispanoamericanas. “Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington halla alguno

²⁹³ *Ibíd.*, t. XII, p. 137.

²⁹⁴ *Ibíd.*, t. XII, p. 31.

²⁹⁵ *Ídem*, p. 103

²⁹⁶ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 106-107.

²⁹⁷ *Ibíd.*, t. III, p. 60.

a Bolívar semejante”.²⁹⁸ La figura de Bolívar, al lado de la de Juárez, es la que más usa para acicatear a la América española, para darle fe en sí misma: “Hombre solar a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones”.²⁹⁹

Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¿de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a sus pies!³⁰⁰

Además de Bolívar, en su ejemplificación ardiente aparecen a cada momento Hidalgo, San Martín, Sucre, todos los fundadores de América. Vivió admirándolos, dándolos envueltos en su admiración, iluminando la grandeza animadora del pasado, y no sin descubrir toda grandeza de su presente. Cuando Rubén Darío pasa por Nueva York, lo honra y le llama “hijo”, palabra que el gran nicaragüense recordaba con honda emoción. Trataba Martí de edificar un hispanoamericanismo glorioso en las armas y en las letras, por la libertad y por la belleza, para deshelar a los tímidos y eliminar a los negadores y a los pesimistas. Escribe en 1884:

Buena lengua nos dio España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos; quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos: búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso: o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos; o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, “hacer la lucha”. Y en cuanto a las leyes de la

²⁹⁸ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 32.

²⁹⁹ *Ídem*, p. 75.

³⁰⁰ *Ídem*, p. 84.

lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores.³⁰¹

Y también la lengua de los escritores de América —no solo la de su pueblo— le sirve para sostener nuestros quilates:

Crece la lengua dentro de sus propios cauces, y cada espíritu trae sus formas nuevas; que a no haber sido lícito variar las formas, haciendo versos estaríamos hoy a la manera de los de la Danza de la Muerte. Lengua áurea, vibrante y caudalosa habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura. O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea; los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos que de limosna andan vivos por la tierra? ¡Ah! Es que por cada siglo que los pueblos han llevado cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima.³⁰²

Hemos dicho antes que no hay página de Martí en donde no se mencione o no se piense en Cuba. Lo mismo podemos decir de Hispanoamérica. Historia, literatura, lengua, artes, hombres, cosas, todo le interesó, todo lo estudió, todo lo exaltó, todo lo divulgó. Su América, “nuestra América” está hecha de hispanoamericanismo literario y político, de letras y gloria épica; de un mestizaje de tierra, poblador aborigen y mestizo y criollo y cultura española; de una fusión de buenas tradiciones y un impulso de progreso y de modernidad; de la unión del Bravo al Magallanes como feliz realidad del “Continente del porvenir”.

Estados Unidos

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante quince años, y por haber ejercido sobre Cuba e Hispanoamérica en general tan decisiva influencia, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus

³⁰¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 89.

³⁰² *Ibíd.*, t. XX, p. 133.

colaboraciones sobre los Estados Unidos ocupan diecisiete volúmenes de la edición de Trópico: tres con el rubro de “Norteamericanos” (XV a XVII) y catorce con el de “Escenas norteamericanas” (XXVII a XL), sin contar los incontables trabajos y cartas, contenidos en los demás tomos, que se refieren concretamente, o de paso, al mismo tema. Vivió entre norteamericanos y, en gran medida, dentro de su literatura, pendiente de su marcha política, sumergido en su ambiente. Hay una comprensión o correspondencia entre este hombre universal y moderno, incansable y progresista, y la ciudad atronadora, cosmopolita y en frenética marcha. Tanto Martí como Nueva York son tumultuosos y volcánicos. Fue un film genial, descomunal y barroco al mismo tiempo lo que escribió sobre la vida diaria de los Estados Unidos para la prensa de Hispanoamérica. Rubén Darío dijo en el artículo necrológico sobre Martí:

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella Nación colosal, la “sábana” de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos ¡oh, sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes,

mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*.³⁰³

Allí están —además de lo que Darío dice— los placeres gregarios de Coney Island, la peculiar fiesta de Christmas, el Año Nuevo de la muchedumbre, los deportes bárbaros como el boxeo, los finos como el tenis, las grandes huelgas y los problemas del capital y el trabajo, la ejecución de los obreros de Chicago, la inmigración europea vaciándose en muelles y ciudades, las mujeres que quieren votar, los barrios miserables y los opulentos de Nueva York, los judíos, los irlandeses, los rusos, los polacos, los italianos, los chinos, el terremoto de Charleston, los accidentes del elevado, el Thanksgiving Day, los commencement de los colegios y las universidades, los católicos y la excomuniación del padre MacGlynn, los linchamientos y las grandes óperas, el retorno de los héroes de la Jeannette, la voladura de Floack Rock, el Decoration Day y el casamiento de Cleveland, la invasión de Oklahoma, el Circo Barnum, Buffalo Bill y Jesse James, el teatro chino, Delmónico y su buena comida, las exposiciones de flores y caballos y toros, los boxeadores, los políticos, los banqueros, los gobernantes, los sabios, los artistas, los poetas, los actores, los apóstoles y los bandidos. Por sus páginas vaga siempre la figura de Lincoln redimiendo hombres, o la de Edison “que atraviesa como un símbolo la tierra”.³⁰⁴

Así presenta Martí su Nueva York:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de la noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces, polvo; en la mente, trastornos; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur [...] en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino

³⁰³ *Los raros*, Mundo Latino, 1918, pp. 233-243.

³⁰⁴ José Martí: *Obras completas*, t. III, p. 163.

se derrumban, no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen.³⁰⁵

En otra crónica, de paso, resume: “Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro. En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia, se renueva la vida”.³⁰⁶

Martí desborda de entusiasmo por lo que él llama el “rebaño de reyes”.³⁰⁷ La vida de los Estados Unidos le parece admirable porque es un himno al trabajo. No deja su sueño de Cuba, ni se nubla su fidelidad a Hispanoamérica, pero vive y estudia los Estados Unidos. Sabe ver lo grande, y elogiarlo, y distinguir lo pequeño, y condenarlo. Su obra sobre los Estados Unidos es de elogio, a menudo exaltado, a veces reverente; de amarga censura cuando ve caminos contrarios a la libertad en el país que —insistentemente lo repite— se fundó sobre ella; y de ataque, claro y aun virulento, cuando la contradicción de las buenas tradiciones de los Estados Unidos cae como amenaza sobre su Cuba y su Hispanoamérica.

Estos ataques fueron causa de críticas y de tropiezos. El director de *La Opinión Nacional* de Caracas le escribió en 1882: “procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría”.³⁰⁸ Por esto y, definitivamente, por otro incidente en relación con las críticas de Martí para el Papa, tuvo que suspender su colaboración en el diario venezolano. Y luego Bartolomé Mitre y Vedia, dueño de *La Nación* de Buenos Aires, le llamó también la atención y suprimió parte de una de sus cartas porque

[...] encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de denunciation contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico, con pres-

³⁰⁵ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 167.

³⁰⁶ *Ídem.*, p. 68.

³⁰⁷ *Ibíd.*, t. LXV, p. 97.

³⁰⁸ *Papeles de Martí*, tomo III, Archivo G. de Quesada, La Habana, 1933, p. 41.

cindencia de las grandes lecciones que da diariamente a la humanidad esa inmensa agrupación de hombres.³⁰⁹

A este, Martí le contestó:

Cierto que me parecería cosa dolorisísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces aletargado, cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo... urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres.³¹⁰

No cejó en su método de alabar más que atacar y de no injuriar, por el placer de injuriar, nunca; pero tampoco el de callar ante la injusticia. Nunca fue un pobre colono deslumbrado ni servil, ni un cómplice de lo indebido, ni con la mentira ni con el silencio. Martí creía que lo esencial para la América española era saber la verdad de los Estados Unidos: la buena, porque era ejemplo y estímulo; la mala, porque convenía que “nuestra América” no se considerase la única pecadora, porque era útil que supiera que otros pueblos —y no solo los de ella— también tenían lacras; y, además, en cuanto los defectos de los Estados Unidos podrían convertirse o eran ya peligros para Hispanoamérica. Exaltación de los nobles ejemplos, cura del complejo de inferioridad hispanoamericano y advertencia

³⁰⁹ Ídem, p. 84.

³¹⁰ José Martí: *Obras completas*, t. LXV, pp. 99-100.

de los riesgos que sobre él se cernían, hacen el magno periodismo de Martí. Otros hispanoamericanos ilustres, situados en otras latitudes, con diferentes problemas, insistieron en llamarle la atención. El más ilustre de todos fue don Domingo Faustino Sarmiento, quien tanto admira su prosa y su canto a la Estatua de la Libertad, pero quien en 1885 escribe:

Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, Hijo de aquella libertad cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente de Brooklyn, que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños [...]. El Corresponsal no es nuestro cónsul, para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños. Debiera ser un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre, más bien dirigido hacia los fines de la sociedad, para corregir nuestros extravíos, para señalarnos el buen camino.³¹¹

La diferencia es que Sarmiento idealizaba a los Estados Unidos, para señalar “el buen camino” y para “corregir los extravíos” de los argentinos, por los que luchaba y con quienes se batía todos los días; en tanto que Martí, sin dejar de compartir ese punto de vista, veía y tocaba lo que Sarmiento había solo conocido en su rápido viaje de 1847 y en sus tres años de Ministro de la Argentina en Washington, veinte años antes... Más equilibrado resulta el comentario antifonal o doble —en el buen sentido de la palabra— de Martí. Y su empeño en señalar el mal no le quita ninguna fuerza a los párrafos en que dice del bien. Por ejemplo, este:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América; los esculpiría, formando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir, hasta el templo

³¹¹ D. F. Sarmiento: *Obras completas*, tomo XLVI, pp. 175-176.

de mármol blanco que las cobijase; y cada cierto número de años establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cárcara del feudo. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los hombres dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los amarra y azota con ellas, y se sienta en su frente. Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas coaguladas, cuando se le acaben los caudales. Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta realeza de que todo hombre vivo forma parte, se siente como si se tuviera en las rodillas un caballo de luz y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un Universo decoroso: en los umbrales una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.³¹²

De todos los juicios de Martí sobre los Estados Unidos —como del que acabamos de dar— se desprenderá esa verdad de dos filis. Muy claramente está en su conocida carta polémica

³¹² José Martí: *Obras completas*, t. XXXI, pp. 9-11.

al *Evening Post*, en defensa de Cuba, del año de 1889: “Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting”.³¹³

“La patria de Lincoln” podemos llamar a los buenos Estados Unidos, a cuanto de ellos quiso y admiró Martí. En sus párrafos sobre los grandes norteamericanos —Emerson y Whitman como ejemplo— y sobre las grandes gestas democráticas de los Estados Unidos, se hallará lo mejor. No los canta con menos emoción que los grandes hechos y las grandes figuras hispanoamericanas. Sin duda en ellos —al lado de los que dedicó a Bolívar y a Juárez— alcanzó el prosista de la fiebre los más altos acentos. De Washington dijo, entre otras cosas: “Aquel hombre perfecto, tallado en virtudes... Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó y espoleó Jefferson”.³¹⁴ Así se refería a la “homeriada americana”. Y de Lincoln: “Carácter nacido de la naturaleza”.³¹⁵ “¿A quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón”.³¹⁶ “Aquel hijo sublime de los de abajo”,³¹⁷ lo llama más tarde. Martí sufrirá cambios en cuanto a su posición respecto a los Estados Unidos, verá en ellos más negaciones a la virtud mientras su poder se sale más de sus fronteras; pero su admiración por Lincoln no disminuirá. Está entre los santos y los héroes que hacen su mundo moral. Lo pinta grande, entre el juego peligroso y bajo de la política, natural en medio de la mentira y el artificio del mando, tierno a pesar de las pasiones desencadenadas por la guerra, hijo de los de abajo, labrador de la tierra que salva y purifica, descalzo y pobre. En su revista *Patria* pone esta nota:

A los pobres de la tierra, a los que levantan la copa de champaña cómoda en honor de los que no bebieron jamás champaña en su vida, a los que calzan guante desdeñoso y visten frac, y van de ópera y club al abrigo de la

³¹³ *Ibíd.*, t. II, p. 265.

³¹⁴ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 30.

³¹⁵ *Ibíd.*, t. XV, p. 46.

³¹⁶ *Ibíd.*, t. XVII, p. 17.

³¹⁷ *Ibíd.*, t. XVI, p. 48.

paz y la riqueza que logró para la nación el genio de un labriego burdo, a los que viven cobardes e ingratos de la obra augusta a cuyos autores por pobres desdeñan; a esos conviene la lectura de estas pocas líneas. En una revista yankee describe una mujer al mocetón que vió allá por un pueblo de bohíos, cuando él tenía diecisiete años. Era largo, de pies y manos, y desgarbado todo. De la tierra tenía manchas en las manos, y de la tierra comidas las uñas. O no llevaba zapatos, o los llevaba sin medias. Los calzones eran de piel de cabra, y tan cortos que se le veía el tobillo, huesoso y desnudo. Ese mozo, ese pobrete, ese descalzo, era Abraham Lincoln.³¹⁸

Nadie, solo Juárez —y sobre todos Juárez por ser una raza vencida— podía estar tan dentro del corazón de Martí. Bolívar es el ímpetu dionisiaco; Cecilio Acosta, la pureza recatada; Emerson y Whitman, los altos acentos del pensamiento y la poesía; pero Lincoln es, además, la sencillez y la santa pobreza. Admiraba sus escritos porque eran buenos y grandes, no profesionalmente literarios. Más alto lo ve que a Washington “cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln”.³¹⁹ Y si a Washington le tocó fundar el gran pueblo, Lincoln tuvo misión mayor: la de pelear por la libertad mancillada en su propio suelo. “La independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln”.³²⁰ Y tiene por él agradecimiento de cubano: “Aquel —dice— que no bien puso el ancho pie de leñador en la casa de las leyes, acusó con nobles voces de justicia la guerra que el Presidente Polk, hombre del Sur, envía contra México”.³²¹ En suma, como un trasfondo está el espíritu de Lincoln cuando Martí habla de los Estados Unidos con elogio. Cuenta en 1884 de cómo recibió Cleveland la noticia de su elección a la Presidencia de los Estados Unidos: “Que la pluma le tembló al

³¹⁸ *Ibidem*, t. XIV, p. 172.

³¹⁹ *Ibidem*, t. XVII, p. 161.

³²⁰ *Ibid.*, t. IV, p. 120.

³²¹ *Ibid.*, t. XXVIII, p. 142.

Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más grandioso y libre de la tierra”.³²² En 1887, a pesar de la espina de la política exterior norteamericana, con la que ya está enfrentado abiertamente, dice: “Jamás, como que jamás fue la libertad tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años”.³²³ Refiriéndose a Henry Ward Beecher: “Su pueblo, que es aún la mejor casa de la libertad, se reflejó en él como era, amigo del hombre, colosal y astuto”.³²⁴ Y diecisiete días antes de su caída en Dos Ríos, a modo de llamamiento y de apostrofe, —pues entonces era más lo que temía que lo que esperaba de los Estados Unidos— dice al *New York Herald*: “No es en los Estados Unidos, ciertamente, donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía”.³²⁵

Unía a Martí con los Estados Unidos su afición, desde adolescente, a las letras inglesas y norteamericanas, y luego su conocimiento y su inmersión en la vida cultural de Nueva York. Desde Cuba estudió el inglés al lado de su maestro Rafael María de Mendive, traductor de Byron y de Thomas Moore. En 1880, llegado a Nueva York, emprendió la “lucha por dominar este hermoso y bello inglés”.³²⁶ Como traductor de la casa Appleton, como reseñador de libros norteamericanos, entró en la lengua y en el espíritu del pueblo que la hablaba. José de Armas y Cárdenas, buen testigo, recordaba la conversación que con él tuvo en 1887 en Nueva York:

[...] fue poco a poco extendiéndose sobre la importancia, originalidad y arte de la literatura contemporánea de los Estados Unidos, tan desconocida e injustamente menospreciada en los países hispanoamericanos. Su erudición literaria era portentosa, y su dominio de las dos lenguas, verdaderamente notable.³²⁷

³²² *Ibíd.*, t. XVI, p. 171.

³²³ *Ibíd.*, t. XVII, p. 49.

³²⁴ *Ibíd.*, t. XV, p. 54.

³²⁵ *Ibíd.*, t. VIII, p. 254.

³²⁶ *Ibíd.*, t. XLV, p. 69.

³²⁷ José de Armas y Cárdenas: *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*, V. Suárez, Madrid, 1910, pp. 207-214.

Conocía sobre todo la actualidad literaria, pero también los clásicos ingleses. Shakespeare está entre sus ídolos, intentó traducirlo en la juventud, y sin duda lo leyó íntegramente cuando llegó a poseer el idioma. Buen ejemplo de su atención por las letras inglesas contemporáneas son las que dedicó a Byron (LIII, pp. 9-15); a Shelley (LXIV, p. 179); a Oscar Wilde, con motivo de su visita a los Estados Unidos (XXVIII, pp. 65-69 y LIII, pp. 19-32), a Carlyle (XXIX, p. 125 y LIII, pp. 51-54), y a sus grandes figuras filosóficas y científicas, por ejemplo, a Spencer (LIII, pp. 55-65) y a Darwin (pp. 35-50). Sus más vitales ensayos son los dedicados a Emerson y a Whitman; pero no solo en ellos, sino en otros menores, se apreciará la vastedad de sus lecturas norteamericanas y el acierto para definir las: ya hace un repaso de los oradores norteamericanos, como señala la importancia de *La cabaña del Tío Tom*, como delinea la personalidad de George Cable, o la de Charles Dana, o la de Mark Twain, a quien oyó y de quien hace un trazo magistral.³²⁸ También estudió con apasionado interés la historia y las instituciones políticas de los Estados Unidos, y esto le abrió otros horizontes: sus hombres más ilustres —Washington, Jefferson, Hamilton, Lincoln— y sus historiadores —Bancroft, Prescott— han dejado en la obra de Martí no solo su estampa física —para Hispanoamérica los retrataba el gran escritor— sino la huella de su pensamiento político.

Gran aficionado Martí al teatro y a la música, conoció en Nueva York a los actores y cantantes más famosos de la época. Y hombre ansiosamente apasionado por el espectáculo del mundo, lo compartió por tres lustros con los norteamericanos. La revolución industrial de los Estados Unidos, los comienzos de su expansión financiera, las organizaciones obreras, las grandes huelgas —como la de Chicago—, el ahorcamiento de sus líderes, todo lo vivió de cerca Martí. Consagrado a una lucha nacional libertadora, formado por los krausistas españoles, no llegó a hacerse marxista, ni anarquista, pero sintió la batalla y anunció en sus escritos una gran convulsión universal. Su residencia de quince años en Nueva York hizo de él un caso especial, *sui generis*, muy diferente de los demás grandes escritores

³²⁸ *Ibidem*, t. XXX, pp. 147-149.

hispanoamericanos que vivían distantes de la “espléndida lidia de hombres”. Martí pertenece a Nueva York, cuya ciudadanía ejerció vivamente, sin que esto quite un ápice a su hispanoamericanidad medular y esencial.

Por eso es que con autoridad elogia a “la patria de Lincoln”, y con autoridad acusa a “la patria de Cutting”, “periodista aventurero y de poca vergüenza”,³²⁹ que en 1836 creó un serio incidente entre México y el país del Norte, y a quien utiliza en su citada frase como símbolo de “los malos Estados Unidos”. Ya desde México aprendió a temerles. Allí escribe sus primeras alusiones hostiles. Les llama “la tierra, para el arte árida, de Hamilton y Penn”.³³⁰ Y dice:

No deduzco yo de los vítores que sean reconocidos por los Estados Unidos los derechos cubanos... Ni esperamos su reconocimiento, ni lo necesitamos para vencer... A tener conciencia de sí misma, enrojeceríase el acta de 4 de julio de 1776 viéndose olvidada por sus hijos de cien años; tal parece que aquella acta fue escrita para nuestros dolores y nuestra justificación, y ésta se nos niega y aquéllos son desconocidos por los mismos que merced a ellos se alzaron pueblo libre de la atormentada colonia de Inglaterra. Pero si los gobiernos se hacen egoístas, y los pueblos se apegan a su riqueza y obran como avaros viejos, la humanidad es en cambio perpetuamente joven. El entusiasmo no ha tenido nunca canas. Así, en los Estados Unidos, los que nos rechazan como combinación mercantil, nos celebran como tenaces y valerosos...³³¹

Cuatro años después de vivir en Nueva York —1834— sus temores arrecian, aunque se empeñe en rechazarlos.

Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ¡no, por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los

³²⁹ *Ibíd.*, t. XXXIII, p. 9.

³³⁰ *Ibíd.*, t. I, p. 47.

³³¹ *Ibíd.*, t. I, pp. 171-172.

pueblos despóticos o corrompidos que han envilecido o dominado al Universo.³³²

Su preocupación mayor es la expansión de los Estados Unidos sobre las Antillas y toda la América española, pero también se inquieta por los asuntos internos del país. En el proteccionismo económico ve el mayor de los males, la raíz de la amenaza a las libertades de dentro y de fuera. “El proteccionismo ha dado su fruto. Se ha creado un colosal pueblo industrial que no tiene mercados donde colocar sus industrias imperfectas”,³³³ “sobre lo venidero ha vivido la industria americana, contando que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur”.³³⁴ La situación del negro le duele y le irrita: “Y con el brazo izquierdo —dice de Henry Garnet en 1882— desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque los ven víctimas del mal que les hicieron”;³³⁵ “la Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: habla transigido con la esclavitud de una raza”.³³⁶ En 1884 estudia las elecciones y ve con pena los fraudes electorales:

Tammany Hall es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata de Nueva York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta [...]. El corcel está en casa del Gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en Tammany.³³⁷

La inmigración europea lo aflige porque ve en ella una espada de dos filos: de un lado, gente desesperada, violenta y, a menudo, con pésima educación política; del otro, trabajadores fuertes, simples y puros. “Colosales rufianes”, “plaga de la

³³² *Ibíd.*, t. XXVI, p. 187.

³³³ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 237.

³³⁴ *Ibíd.*, t. VI, p. 74.

³³⁵ *Ibíd.*, t. XVI, p. 121.

³³⁶ *Ibíd.*, t. XXX, p. 121.

³³⁷ *Ibíd.*, t. XVI, p. 184.

República”, “presidio ambulante” y “bandidos” llama desde 1885 a los banqueros:

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos acá como allá de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que [...] merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance [...]. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquélla. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o alumbrado en sus planes, va detrás de ella [...]. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan los lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos de siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas: abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados [...]. Caen sobre los

gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto. Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos, y lo arrollan... Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en la antecámara y comen a su mesa [...]. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados Unidos del Norte de México [...]. ¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, deberían ser paseados por las calles, esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! —Banqueros no: bandidos—.³³⁸

La celebración de la primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en 1889, y a la que Martí asiste como observador y en la que indirectamente interviene a través de la delegación argentina y quizá de la mexicana y de otras, es el acontecimiento que más influye en él. Los Estados Unidos no apoyan la independencia de Cuba. Martí escribe en *La Nación*: “[...] un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella”.³³⁹ Martí ha sentido en su carne de cubano las contradicciones de la política exterior de los Estados Unidos. En 1891 va a sentirlas más: el Gobierno de España protesta por el hecho de que el insurrecto cubano José Martí sea el Cónsul de la Argentina en Nueva York, ante una nación amiga de España. A pesar de la estimación que por Martí tenía el Ministro de la Argentina en Washington, el conocido

³³⁸ *Ibíd.*, t. XVI, pp. 193-197.

³³⁹ *Ibíd.*, t. XXI, p. 50.

historiador don Vicente G. Quesada, se ve obligado a aceptar la renuncia que de su cargo le presentó Martí enseguida. En enero de 1892 hay otro incidente que —precisamente por no herir sus intereses personales, sino los de compatriotas pobres— lo lanza a una actitud permanente de irritación contra los Estados Unidos: hay una huelga de obreros cubanos en Tampa, y son sustituidos por obreros españoles traídos de Cuba. Desde ese momento Martí continúa su lucha independentista a escondidas de las autoridades norteamericanas, no sin caer a menudo bajo su vigilancia, como cuando en enero de 1895 es denunciado en la Fernandina y decomisada parte de su expedición guerrera. Sus palabras sobre los Estados Unidos alcanzan en esos años el mismo tono de condena bíblica que contra España usó cuando salió del presidio. Niega que Cuba quiera incorporarse a “un pueblo de antecedentes, naturaleza, clima y métodos políticos distintos, que ha manejado su propia república de modo que lleva en las entrañas todas las soberbias y peligros de la monarquía”.³⁴⁰

Este Norte —escribe— adonde por fantasmagoría vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura... este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas...³⁴¹

.....

El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías... del Norte, como de tierra extranjera, saldrán a la hora del espanto sus propios hijos.³⁴²

³⁴⁰ *Ibíd.*, t. III, p. 243.

³⁴¹ *Ibíd.*, t. V, p. 126.

³⁴² *Ídem.*

En 1894, exclama:

¡Es el horror mayor e irremediable: ver infame o indigno lo que amábamos! [...]. ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primera república del mundo? ¡No hay, pues, asilo, ni en la primera república del mundo, para los pueblos que andan huyendo de la servidumbre!... ¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. O valientes, o errantes...! ¡A Cuba!...³⁴³

Hay una condena concreta para muchos aspectos de “la patria de Cutting”; pero hay también la búsqueda de un argumento más que anime a los cubanos a partir a la guerra. Martí halla en la falta de simpatía por la independencia de Cuba, y en la abierta hostilidad del mundo oficial norteamericano, un acicate más para su causa. Martí cree siempre, profundamente, lo que dice; pero lo abulta, natural y sinceramente, para animar a los cubanos a dejar los Estados Unidos, haciéndoles profecías tan negras para el Norte como sonrientes para su Isla.

Martí fue siempre hispanoamericanista. Nunca fue panamericanista en el sentido común y vulgar de la palabra. El panamericanismo le parece “un concepto falso y criminal de americanismo”:

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro

³⁴³ *Ibidem*, t. VI, pp. 77-80.

firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.³⁴⁴

Esta frase de madurez se la decía a los hondureños, desde su revista *Patria*, en 1894; pero siempre estuvo convencido de que había dos Américas: “Es estéril el consorcio de dos razas opuestas”,³⁴⁵ escribió en 1883 en *La América*. Lo que no impedía que creyera posible —ya se ha visto— una decorosa amistad. Cuando se tendió el ferrocarril entre México y los Estados Unidos, en 1884, dijo:

Este es acontecimiento grato si del lado latino de la frontera viene acompañado de una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo...³⁴⁶

Y en su famoso artículo “Nuestra América”, de 1891:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en el hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevaleos... Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.³⁴⁷

Cada experiencia norteamericana le sirve para insistir en la urgencia en que Hispanoamérica está de enseñarse bien ante los Estados Unidos, y en la inconveniencia de toda alianza mientras éstos no la conozcan y respeten en toda su medida. En la

³⁴⁴ *Ibíd.*, t. XIX, p. 199.

³⁴⁵ *Ibíd.*, t. XX, p. 163.

³⁴⁶ *Ibíd.*, t. XXII, p. 209.

³⁴⁷ *Ibíd.*, t. XIX, p. 21.

Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en 1891, a la que asistió como delegado del Uruguay, escribió:

Creen [los Estados Unidos] en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos, y la respeten más, como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz de nuestros elementos y recursos podrían llegar a respetarla ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?.³⁴⁸

La actitud de las dos Américas es diferente y aun opuesta: “Una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos”.³⁴⁹ No predica a Hispanoamérica un odio negativo contra los Estados Unidos, pero tampoco la imitación ciega, ni menos el servilismo, ni mucho menos la alianza: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar contra el resto del mundo?”.³⁵⁰ La proposición de alianza solo

[...] podrá celebrarla sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas [y] podrá recibirla como una merced el político venal o demente, [y] glorificarla con palabras serviles [...] dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero.³⁵¹

Los Estados Unidos desean la alianza solo para “buscar un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva”. Por eso “[...] cuando [...] Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el zollverein... ¡Sea la América para la humanidad!, todos, como agradecidos,

³⁴⁸ *Ibíd.*, t. XXII, p. 28.

³⁴⁹ *Ibíd.*, t. XXI, p. 108.

³⁵⁰ *Ídem*, p. 59.

³⁵¹ *Ibíd.*, t. XXII, pp. 25-26

se pusieron en pie, comprendieron lo que se decía, y le tendieron las manos”.³⁵²

Como cubano siempre fue violentamente antianexionista. Nunca dejó de reprochar a los Estados Unidos que, a la vez que predicaban la doctrina Monroe, permitían la presencia de España en Cuba, estorbaban la independencia cubana y obstaculizaban la acción de los patriotas cubanos. No solo veía en esto contradicción política, sino malos manejos y torvos designios. Cree que los Estados Unidos solo intervienen en las cosas de Cuba por simple conveniencia: cuando envían “una expedición infeliz” es porque “la mayoría esclavista de los Estados Unidos necesitaba un Estado más para asegurarse”,³⁵³ cuando retardan la independencia, porque no es momento propicio para meter las manos y quedarse con el botín. De esta convicción parte uno de sus más firmes propósitos, y es el de no desencadenar la guerra sino hasta estar seguro de que será de corta duración y de seguro triunfo, de manera que los Estados Unidos no tengan ocasión de intervenir en lo más mínimo. Dirá que la idea de la anexión es “el peligro mayor tal vez de todos los peligros”, sostenida por

[...] todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza (que) quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos con su sangriento precio... Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.³⁵⁴

A veces teme lo peor: “Tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil y poderoso nos deje desangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas”.³⁵⁵ Cuando el Congreso Panamericano de 1889, escribe a Gonzalo de Que-

³⁵² *Ibíd.*, t. XXI, p. 105.

³⁵³ *Ibíd.*, t. III, p. 173.

³⁵⁴ *Ibíd.*, t. I, p. 207.

³⁵⁵ *Ídem*, p. 245.

sada: “¿Morir para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?”.³⁵⁶ En 1892, repite a Serafín Bello, compañero de lucha:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las Islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros [...]. La corriente es mucha y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la isla, y los anexionistas yankees. Para mí, sería morir...³⁵⁷

Pasar del dominio de España a los Estados Unidos lo ve “como huir de un espantapájaros” para echarse “en un horno encendido”.³⁵⁸ Junto con los veteranos “tiembla de pensar que pueda caer la tierra por que sangraron, en manos burdas y desdenosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos”.³⁵⁹ Le repugna el “ingreso limosnero” a los Estados Unidos, y ver a Cuba convertida, “si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o en factoría o pontón de un desdenoso vecino”.³⁶⁰ Pero tampoco quiere la enemistad de los Estados Unidos, sino la amistad “como intuitiva obediencia a la política de la amistad y del trabajo, que reemplazará al sueño caduco y rudimentario de la anexión, creado en buena fe por nuestros padres en la época idílica y desvanecida de la república norteamericana”.³⁶¹

El cubano claramente antianexionista es, con igual claridad, un hispanoamericano antimperialista. Sobre el Congreso de 1889 escribe: “La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria”.³⁶² En sus últimos meses de Nueva York —cuando tantas

³⁵⁶ *Ibíd.*, t. XXX, p. 194.

³⁵⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 192.

³⁵⁸ *Ibíd.*, t. X, p. 163.

³⁵⁹ *Ídem*, p. 168.

³⁶⁰ *Ibíd.*, t. V, p. 83.

³⁶¹ *Ibíd.*, t. IV, p. 239.

³⁶² *Ibíd.*, t. XXI, p. 41.

frases lapidarias escribe— dice: “De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como ésta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos mientras más se apartan de los Estados Unidos”.³⁶³ En el citado Congreso ha escrito una crónica:

Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el “nada sería más conveniente”, de Jefferson; con “los trece gobiernos destinados”, de Adams; con “la visión profética”, de Clay; con “la gran luz del Norte”, de Webster; con “el fin es cierto y el comercio tributario”, de Sumner; con el verso de Sewall que va de boca en boca: “vuestro es el continente entero y sin límites”; con “la unificación continental”, de Everett; con “la unión comercial”, de Douglas; con “el resultado inevitable”, de Ingalls, “hasta el istmo y el polo”...³⁶⁴

Condenó siempre la guerra de Texas,³⁶⁵ y la llamó “una guerra infame”.³⁶⁶ Dice al referirse a las guerras injustas:

Aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedir las antes de ser, que lamentarlas cuando han sido.³⁶⁷

En plena celebración del Congreso Panamericano, el *Sun* de Nueva York ha dicho: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbese en su carro”. Subirse al carro le parece a Martí oportunismo, cobardía y, además, torpeza:

Mejor será cerrarle el camino. Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos y, con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la gru-

³⁶³ *Ibíd.*, t. XIX, p. 37.

³⁶⁴ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 40-41.

³⁶⁵ *Ibíd.*, t. XV, p. 117.

³⁶⁶ *Ibíd.*, t. XVI, p. 34.

³⁶⁷ *Ibíd.*, t. XXI, p. 64.

pa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de la tierra de Texas.³⁶⁸

Cerrar el camino al Juggernaut, darle “una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberar de una vez a los pueblos españoles de América”.³⁶⁹ Teme que la venalidad y la debilidad interiores de los países hispanoamericanos puedan facilitar el avance de los Estados Unidos, a los que llama

[...] un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.³⁷⁰

El Congreso violenta su lenguaje, agría sus palabras, pero años antes ha dicho lo mismo:

Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América central.³⁷¹

Y aun más que el problema de los canales centroamericanos, le inquieta el de la bahía de San Nicolás, haitiana, y el de la de Samaná, dominicana. Las Antillas y Centroamérica son la llave del Continente, y ve la llave en manos de los Estados Unidos,

³⁶⁸ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 50-51.

³⁶⁹ *Ídem*, p. 38.

³⁷⁰ *Ídem*, p. 33.

³⁷¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 176.

por ataque o por contubernio final con España, por atentado o por política corruptora:

[...] en algo substancioso, se le ha de mostrar buena voluntad a Guatemala, para ir demorando con su apoyo, so pretexto de ponerla en su cabeza, la unión de Centro América, y avivando los odios aldeanos de las cinco repúblicas, y soplando para que la influencia fraternal de México no crezca en Centro América.³⁷²

El 25 de marzo de 1895, en vísperas de trasladarse a Cuba y a la guerra, escribe a Federico Henríquez Carvajal:

[...] mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. [...] Esto es aquello, y va con aquello [...] Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino si caigo, será también por la independencia de su patria...³⁷³

Y el 18 de mayo, un día antes de morir, escribe su carta a Manuel Mercado, ya antes citada.

El hispanoamericanista —no hay duda de ello— no es panamericanista, sino lo contrario. La misma palabra panamericanismo le suena mal:

Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al Congreso que llaman aquí de Pan América, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el

³⁷² *Ibíd.*, t. XXIII, p. 128.

³⁷³ *Ibíd.*, t. VIII, p. 189-190.

convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.³⁷⁴

Su antipanamericanismo recordaba agravios, señalaba amenazas, aceptaba una amistad prudente, clamaba contra toda alianza económica y subrayaba diariamente la diferencia de orígenes, de maneras, de actitudes y de propósitos.

Por eso combatió el arbitraje “como pacto de abdicación, de vasallaje [...] de sometimiento”, y aplaudió el acuerdo en que se establecía que “todas y cada una de las naciones americanas conservarán la dirección exclusiva de su destino político con absoluta prescindencia exclusiva de las demás”,³⁷⁵ y se felicitó de que “sin ira, sin desvarío, sin imprudencia” hubiera sido derrotado

[...] por la unión de los pueblos cautos y decorosos de América... el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.³⁷⁶

Por lo mismo atacó siempre la Doctrina Monroe, afirmó que nada se ganaba con dominio yanqui en vez de europeo, y desnudó la espada de dos filos con estas palabras:

Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿pudieron, por tener la Isla, conquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez?... Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?³⁷⁷

Cuba e Hispanoamérica —ya lo hemos visto en sus palabras, y lo seguimos viendo— son para él la misma patria. Cuando lucha en México, en Guatemala, en Venezuela, lucha por Cuba;

³⁷⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 11.

³⁷⁵ *Ídem*, p. 124.

³⁷⁶ *Ídem*, p. 122.

³⁷⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 84.

cuando muere en esta, es América la que defiende. En documento público le dice al *New York Herald* el 2 de mayo de 1895:

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a bala española, por empresa de abrir a los tres continentes, en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano... A los pueblos de la América española no pedimos ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que debe, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español.³⁷⁸

Con lo que Martí hace pública su devoción hispanoamericana, que no veda ni limita su sentido de comunión internacional en el cual entran, por supuesto, los Estados Unidos.

Como recapitulación conviene subrayar que ningún otro escritor de habla española —de Hispanoamérica o de España— ha sentido y conocido los Estados Unidos tanto como Martí; y que difícilmente se le encontrará par en otras lenguas. Nadie ha admirado tan emocionadamente la grandeza de su independencia y de los primeros tiempos de la República, la creación de un mundo nuevo y colosal, el heroísmo y la significación social de su guerra de Secesión, el himno al trabajo y a la disciplina que es la edificadora vida diaria del norteamericano, su sustancial amor al cimiento fundador y su desprecio por el ornamento hueco, su brioso espíritu de empresa y sus conquistas en la ciencia. Quien lea cuidadosamente a Martí encontrará su profunda reverencia por la cuna de los Estados Unidos, alguna esperanza de que renazca su grandeza democrática, y una admiración mezclada de temor por el crecimiento fabuloso, sudoroso y atlético que realizan en su época. Teme a unos nuevos Estados Unidos que se repletan de emigrantes ansiosos

³⁷⁸ *Ibíd.*, t. VIII, p. 260.

de riqueza, y a la consecuencia natural de este apetito: el agotamiento de los bienes nacionales, la ambición extendida a tierras ajenas. Ve con horror la preterición del cultivo de las letras y de las artes, el triunfo del espíritu cartaginés por encima del que engendró la República, la sequedad y el individualismo en las relaciones familiares y amistosas, la corrupción de las elecciones y los fraudes de la banca. En la inmigración tumultuosa ve la causa del paso de unos Estados Unidos demócratas a unos Estados Unidos imperiales, pero ve también en ella la brotación de un primer pueblo cosmopolita y universal. “De Europa viene a este país —dice— la savia y el veneno”.³⁷⁹ Sin embargo, a menudo se inclina al optimismo: él mismo es un inmigrante.

Su permanencia en los Estados Unidos y su admiración por sus virtudes no impusieron silencio a su corazón de hispanoamericano, de cubano. Por eso vio a la vez desde dentro y desde fuera. Hizo campaña de elogio para los Estados Unidos populares y vitales, pero siempre, al lado de ella, otra mayor de denuncia de los Estados Unidos expansionistas y conquistadores. Su indignación ante el atropello militar de ayer y ante el financiero de su época, y el espanto ante una Hispanoamérica y una Cuba mañana encadenadas, lo llevaron al dicitario enconado.

La gama de ternuras, de caricias y latigazos, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, y el profundo acento de honradez de todas sus palabras, hacen de ellas un documento literario y humano de valor único.

³⁷⁹ *Ibíd.*, t. XXVIII, p. 151.

Ensayos

José Martí y su cuna en la historia³⁸⁰

César García Pons

¿Cómo no he de agradecer desde las primeras palabras el honor de hallarme entre ustedes, si ello significa, con distinción no por inmerecida menos honrosa, la feliz oportunidad de discurrir sobre José Martí? ¿Y cómo no he de sentirme más que temeroso, tranquilo y confiado cuando voy a hablar de cosas patrias a orientales y en el ámbito limpio y pulcro, tempranamente lleno de prestigio de esta Universidad? Pues que si mi modestia no justifica en modo alguno que ocupe esta tribuna, avala, estoy seguro, desde ahora mi palabra el fervor cubano con que ustedes acogen las más humildes y las sostienen con afecto y benevolencia. En esa generosidad me refugio y me amparo.

.....

La huella de José Martí en el campo de las realizaciones históricas es la guerra de independencia de Cuba, que liquida en América el imperio español. Por su obra, el pabellón que hasta entonces era el símbolo de una dominación política, paseante durante tres siglos de un extremo a otro del Nuevo Continente, se plegaba, para regresar, con la última derrota, al solar de donde a fines del siglo xv partiera a conquistarlo en nombre de los reyes de Castilla y Aragón. Cupo a José Martí la tarea de dar la batida definitiva al poder que detentaba su tierra, y de procurar, así, la totalidad de la América española a los hombres que en ella habían nacido para suceder, en el ser propio y en la libertad, a los que antes de la llegada del europeo fueron los dueños de

³⁸⁰ Leído el 28 de enero de 1952.

su destino. Independientemente de su singular significación en la historia de Cuba y de su principalidad en el pensamiento americano, la resta a España y la suma a América de la última colonia sojuzgada, es, por las implicaciones que tiene, su presencia en los fastos universales de la Historia. La liberación de Cuba cerraba para América un largo periodo de resonancia universal y abría, a su vez, otro nuevo y distinto, en el que sus pueblos serían protagonistas, excepto Puerto Rico todos con título propio, de un devenir que pondría a prueba, ciertamente, su derecho a gozar de la independencia. Porque tanto para darle al pueblo cubano la vida libre como para utilizar su libertad en servicio del resto de América, es que en las postrimerías del siglo XIX, se madura la guerra “inevitable y necesaria” que Martí promueve a través de una dedicación total de su persona a la tarea de propaganda y junta, y de un apostolado sin paralelo que revela en él, por las consecuencias en que desembocó, al más grande revolucionario de su tiempo, la mentalidad, por otra parte, —mezcla de ímpetu y de freno, de impulso y de método, de arrebatos y de serenidad— más alta, entre todas las de sus contemporáneos, el espíritu más ancho y profundo, que rozaba lo angélico, que lucía —si eso cabe, si eso es posible— construido con sustancia divina. Y parece natural que tales valores exigiera la empresa a que Martí consagró su vida, pues que fue el fruto del dolor de un siglo de constante aspirar y solamente por los caminos que su visión le abrió —y que tan solo de hombre como él podrían venir— iba a alcanzar la meta apetecida. Ello se aclara enseguida cuando se piensa que era el nuestro un pueblo educado por procedimientos coloniales, compuesto de blancos y negros, heredero de una tradición esclavista, fracasado en sus guerras anteriores, consumido por un régimen económico de explotación inicua, ambicionado por imperialismos vecinos, pueblo, en fin, de isla que era también una isla humana. Y el mundo, señoras y señores, ya a esas alturas casi arribaba a la centuria en que, por razón de otras muchas de error y de injusticia, la tierra temblaría ante crisis universal, suscitadora de las conflagraciones de que hemos sido testigos y que no son, a la postre, sino testimonios de la reiterada inconformidad del hombre frente al hombre mismo. Martí pretendió apresurar la marcha de su pueblo. El paso primero, como se comprende, era instalarlo en la libertad.

Lo que hemos de decir hoy es cosa conocida, pero no por eso menos digna de que sobre ella se vuelva. En Martí, la vida, un tramo, un pasaje de ella, son temas siempre inexhaustos. Por lo demás, el examen del mundo interior del hombre es indispensable para apresar la imagen de su personalidad moral y subsecuentemente algunas raíces de su obra. Al investigador importa a veces más una breve esquela privada que un elocuente documento público. El alma desnuda por lo general está en las cartas. De cartas nos valdremos para poner la vista en la intimidad de Martí en los últimos días —que son los que le instalan definitivamente en la Historia— y para que asomen a estas páginas aquellos seres amados que fueron en su agonía de hombre y de revolucionario, luz y sombra. Son seres con los que hay que contar, porque lucen inseparables de la historia de su espíritu.

Cuando Martí retorna a New York, por agosto de 1881, procedente de Venezuela, de donde le lanza el caudillismo de Antonio Guzmán Blanco, como antes de México lo había excluido el de Porfirio Díaz y de Guatemala el de Justo Rufino Barrios, trae ya, definitivamente, el rumbo de su vida futura. Hasta su muerte, van a transcurrir catorce años, todos los cuales consagrará por entero a la realización del ideal que lo reclamara, con renuncia de cuanto hombre como él podía amar en el mundo; todos los cuales habrá de emplear en la tarea de arrancar a España su isla natal y de dar a su pueblo la libertad. Van a transcurrir catorce años que representarán para el genio ser un hombre como cualquier otro en la gran cosmópolis estadounidense, un simple y común newyorker, un trabajador de cuello blanco que se gana penosamente la vida, que vende por pesetas su trabajo, que resiste la pobreza y se enfrenta con la necesidad de todos los días, olvidándose de sí mismo y de sus posibilidades, vuelto de espaldas al mundo que podría ser suyo a poco que a sus exigencias sacrificara un tanto la demanda más alta de su espíritu. Repasando este período de su existencia, Andrés Iduarte, brillante escritor mexicano y acaso el extranjero que mejor ha visto la mentalidad de Martí, escribe:

¡Qué caso tan distinto de todos los demás escritores de América! ¡Qué escuela tan extraordinaria de esfuerzo y de humildad fue para él la gran ciudad devoradora

de energías! Bello vive desterrado en Londres, pobre naturalmente, pero en contacto con universidades y aristocracias. Es un señor americano venido a menos. Sarmiento —aunque es el que más se parece a Martí por sus tiempos de tendero y minero— es luego el amigo de un ministro chileno, y hace y deshace a muchos chilenos. Montalvo es la contrapartida de Martí, por su aristocratismo profundo. Su muerte en la escasez de París, pero vestido de etiqueta y habiendo empleado sus últimos céntimos en flores, es un símbolo. Don Manuel González Prada fue toda su vida un gran señor, partidario y defensor de los que no tenían sus privilegios de herencia, de raza y de casta. Hostos mismo rechazó la aspereza y el anonimato de la vida neoyorkina, y fue el mentor de la enseñanza en Santo Domingo y el profesor respetado en Chile. Rodó fue siempre el intelectual de la altura de su Uruguay. Darío desde joven acepta la protección de la aristocracia chilena y los puestos públicos y la ayuda de los gobiernos hispano-americanos. José Martí, al fin y al cabo hijo de emigrantes, educado en la pureza de Mendive a cambio —cuando menos aparente o convencional— de limpiar pizarrones y sacudir sillas, empleado de comercio en plena infancia, heroico buscador de su pan en Madrid, es el único gran americano que por muchos años se gana la vida a pulso y en la oscuridad, sin sacar la cabeza por encima de las demás gentes, codeándose con el pueblo de todas las tierras, tiritando con ellos bajo la nieve y el viento, sudando con ellos en los calores agotantes de que lo consuela el elevado y el vaporcito que lo lleva a Brooklyn, corriendo con su bombincito negro y su casaca común por todos los rincones de la gran colmena americana. Hasta su estatura corta y su salud frágil hacen más extraordinaria la lucha titánica de este hombre pequeñito que dijo que su “honda era la de David”.

Esto no fue sólo fatalidad sino decisión valiente. Martí pudo pedir ventajas a los caudillos americanos. Un sueldo en favor de Porfirio Díaz, el silencio ante la deposición de Izaguirre de la Escuela Normal de Guatemala, la

aceptación de las ofertas de Guzmán Blanco —que sabía su mérito y deseaba comprar su decoro— le hubieran hecho consejero aúlico, gran figura del periodismo mexicano, centro de la vida intelectual de Guatemala o Venezuela, persona importante, influyente, acomodada y rica. Pero Martí traía “la estrella y la paloma en el corazón.

Ese tiempo de New York está asistido para él de muy serias experiencias americanas. Ha conocido su Mediterráneo, las Antillas, por Cuba, su tierra, que sufre; el Centro del Continente, por México y Guatemala, el Sur, por Venezuela. Ahora vive en la entraña de Norteamérica, el pueblo grande a cuyo desarrollo asiste y de cuyos progresos se vale su pluma de periodista para contar sus pasos y su presencia en una doble dirección política: la de nación que se levanta, poderosa y fecunda, para su propio destino, y la de nación que, por lo mismo, por poderosa y grande, puede llegar a ser (como lo era ya, como lo fue mucho más a seguidas) una amenaza para el resto de América. Esa visión de Martí le trajo muy pronto la imagen angustiada de una América rota en su unidad de pueblos, de una América, patria mayor de todos los americanos, en que habría victimarios y víctimas. Y la de su pequeña tierra entre las últimas.

El político que hay en él ya sabe lo que tiene que hacer: trabajar en silencio, obrar con cautela, para que no estorbase a la obra de redención cubana que se había impuesto, una suspicacia por parte de Estados Unidos, capaz de combatirla, pues que la independencia de Cuba debía servir como instrumento de la integral libertad americana. Empero, el hombre ¿sabe ciertamente lo que tiene que hacer? ¿El esposo, el padre ha podido adoptar línea tan independiente que no convierta su espíritu en campo de batalla donde irán a batirse los deberes contraídos, las discrepancias de la esposa, las necesidades del hijo? En otras palabras: ¿el apóstol era conciliable con el jefe del hogar tradicional? ¿El Martí poeta y escritor que casó en México con una señorita de hogar camagüeyano ancho y socorrido, podía ser, a la vez, el propagandista tenaz e incansable de la causa cubana, el organizador de su rebeldía definitiva, el creador de su guerra de independencia? En última instancia, ¿patria esclava

y hogar apacible se conciliaban en el alma desde temprano relampagueante de hombre como él?

Carmen Zayas Bazán, gracia y señorío en cuerpo hermoso, careció de vuelo. Es lo cierto. Y el destino histórico del hombre que sometió su corazón le puso en difícil disyuntiva, que ella, mujer sin inquietudes mayores, resolvió en el sentido conservador que le aconsejaban su cuna, su educación, su familia y su horizonte de esposa mortificada por el camino azaroso a que, de haber amado abnegadamente a Martí, acaso la habría conducido con júbilo el matrimonio. Pero no eran ni su espíritu ni su mentalidad los que precisamente convenían a la compañera que en Martí hubiera sido almohada y no desvío, asidero y no ausencia, sacrificio y no fuga. Cuando Martí entregó su afecto a otra mujer de menos linajes y más humanidad combativa, Carmen Miyares, la venezolana que le brinda en su casa de huéspedes neoyorquina el hogar sustituto, ya la señora Zayas Bazán había puesto entre ella y su marido distancias insalvables.

Había ensayado Martí un avenimiento con la mujer a que se unió ante Dios y ante los hombres. Antes de su ida a Venezuela, a sus ruegos fue Carmen a New York, con el pequeño de la mano, porque, aun cuando ya Martí se sentía “con el corazón muy bien—y muy en lo hondo— herido: —por la mano más blanca que he calentado con la mía!”, en esos instantes se jugaba la felicidad de toda su existencia, según escribió a Miguel Viondi para explicar su petición de que ayudara económicamente a su esposa y a su hijo a embarcar hacia Estados Unidos. Bien que recomendándole que nada de su precaria situación a Carmen dijera, temeroso de que ese conocimiento estorbara el logro de la resolución que había tomado. Precauciones tales revelan hasta qué punto el hombre no podía desnudar su espíritu ni su pensamiento ante la única precisamente de las mujeres del mundo llamada a conocerlos como ninguna otra.

Martí, Carmen, Pepito el hijo, se alojaron en la casa de huéspedes que ya mencioné, la de Manuel Mantilla, que gobernaba, por invalidez del marido, ya vencido y melancólico, Carmen Miyares. Allí estuvieron bajo el mismo techo y junto al hombre que representaría papel tan importante en sus vidas, las dos Carmen, la que exigía cordura y sensatez en nombre de sus intereses de

esposa y de madre, y la que, mujer de abajo, pobre, trabajadora y enérgica, subvenía con su esfuerzo a la vida del marido y de sus tres hijos, y a la propia y, por añadidura, alargaba su generosidad y su calor a todo el que necesitara de una mano tendida; la que sentía, sangre como era de pueblo de América, con los que por América trabajaban, la que fue capaz de aceptar más tarde y aplaudir con devoción al ser excepcional que el azar cobijó un día en su casa de hispanoamericanos.

La presencia, con todo, de Carmen Zayas Bazán junto a Martí por este tiempo no pasaba de un intento de conciliación y ajuste. Y es por estos días precisamente que a Martí se le ocurre escribir un libro que ha de titular “El concepto de la vida”. “Examinaré en él —dice— esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola —y ese cortejo de ansias y pasiones, vientos del alma”. No llegó a escribirlo, pero, de fijo que de haberlo hecho, por sus páginas hubiera destilado, en buena medida, la discordia hogarina que ya tomaba caracteres de alarmante escisión. Su mujer le juzga un visionario y él por su parte, en radical oposición, se define así: “Usted, Viondi, sabe que, por imaginativo y exaltado que yo sea, he sufrido y penado bastante para que en mi corazón no quepa gozo que mi razón no crea justo. Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos”. Y en un golpe de intuición segura y tranquila, que le desmiente —dice uno de sus biógrafos— a los ojos de la esposa y del amigo, añadía bruscamente: “Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa con las ramas del árbol que siembro”. Aquella presencia de Carmen duró muy poco. La casita que al otro lado del Hudson montó Martí, y donde descansaba de su agotamiento como tenedor de libros y redactor de revistas y periódicos, se llenó un día de silencios y aprensiones. La señora Zayas Bazán retornó a su casona del Camagüey y llevó consigo al hijo de los dos. Martí salió entonces para Venezuela. Cuando regrese a New York se refugiará, como es natural, y ya solo, en la casa de los Mantilla. Allí, a poco, nacerá una niña, María, el cuarto hijo de Carmen Miyares.

Carmen Zayas Bazán ha de volver aún por dos veces a New York. Una de ellas, llamada de nuevo por Martí. La última, invitada tan solo a título de madre de su hijo. Mientras, Martí ha escrito *Ismaelillo*, los versos que cosecha el amor

a su Pepito, y mientras, también, se ha convertido en el primer corresponsal neoyorquino de los periódicos de gran tirada en Sur América. Es, además, cónsul de Argentina y del Uruguay. Políticamente se va haciendo de los hombres del presente: las emigraciones cubanas en Estados Unidos, y de los hombres del pasado, los que mantuvieron la guerra grande y andan dispersos añorando la manigua para pelear de nuevo. Empero, la esposa se cansa de aquellos trajines revolucionarios, y un día Enrique Trujillo, director cubano de *El Porvenir*, se aviene a comunicarla con el cónsul de España en New York, para jugarle a Martí la mala pasada de que la reintegre al suelo patrio aquella autoridad española. La quiebra moral esta vez es ya definitiva.

En tanto, crece María, la hija de la otra Carmen, convertida ya en pianista, y crece el desasimiento de Martí por una vida que se lo negaba todo. Don Mariano, su padre, ha estado, invitado por él, y a su costa, en New York, y, muerto este en 1887, también doña Leonor. La visita del primero sirvió para que el hijo pudiera reconciliarse de corazón con el padre rudo de los días de su infancia en el colegio de Mendive. La de la madre, para darle el último beso, ya que tampoco volverían a verse.

Los tropiezos de un mundo que se alzaba, organizado, frente a sus designios, le fueron estropeando los andadores. Un día se quedó sin los consulados, otro sin la colaboración a algunos importantes periódicos. Para colmo, un discurso suyo provoca un choque moralmente sangriento con personajes significativos de la guerra de Yara. A la postre, pudo escribir de sí mismo:

Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos. La muerte o el aislamiento serán mi único premio.

La necesidad de juntar a los hombres, de atraer a los viejos caudillos del 68, le obliga a viajar por territorio americano, por Tampa y Cayo Hueso, asiento en el Sur de los tabaqueros emigrados, y por los mares de las Antillas, que son el primer plano de su marco histórico. Va a Santo Domingo, al objeto de ultimar con el Generalísimo Máximo Gómez, viaje que aprovecha para visitar en Jamaica a la madre y a la esposa de Maceo, que residen en Kingston, seguro de que el homenaje a esas nobles mujeres ablandará el ánimo del bravo mulato, ahora residente en Costa Rica, y a donde no tarda en ir seguidamente Martí para incorporar su brazo a la nueva contienda. Un último viaje a México, no exento de objetivos revolucionarios, le pone delante otra vez la época en que, con veintidós años solamente, amó a Rosario de la Peña, la madrileña famosa de los versos de Acuña; en que escribió *Amor con amor se paga* para el teatro de la antigua ciudad virreinal; en que dio las primicias de su periodismo político y conoció a Carmen Zayas Bazán y hubo de casarse con ella. Allí, también, ahora, Manuel Mercado, Justo Sierra, entre los amigos de entonces. Y poetas de reciente promoción, Gutiérrez Nájera, Urbina. Ya en lo sucesivo cruzará tan solo el mar para reunirse en Santo Domingo con Máximo Gómez y arribar de inmediato a playas cubanas.

Martí, a estas alturas, vive tan solo para la guerra y por la guerra que prepara. Sobre esto dijimos nosotros no ha mucho, y repetiremos ahora, que poeta, artista, hombre de pensamiento y de espíritu, escritor sobre todo, reunió y equilibró como nadie las condiciones indispensables en el cubano que debiera acometer la tarea que la historia le puso a él delante y que él con decisión absoluta aceptó. A las experiencias dolorosas del pasado de su patria y de los pueblos hermanos, sumó una visión profundamente realista de las circunstancias de su tiempo, y debiendo rehacerlo todo, desde la manera de decir hasta la manera de obrar, comenzó por ordenar y fijar el pensamiento en que los cubanos hallarían la justificación del empeño. A eso responden las Bases del Partido Revolucionario Cubano y sus estatutos secretos. A eso, su rechazo de la idea de la anexión, apoyándose en la propia actitud de Estados Unidos, que, respecto al pueblo de Cuba, “niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter”. A eso, su respuesta a *The Manufacturer*, de

Filadelfia, que pretende opiniones para esclarecer si conviene o no a Norteamérica la anexión de la Isla, respuesta que carga a la tendencia anexionista la parte de responsabilidad que le corresponde en el retardo del proceso político cubano. Poco después *Patria* diría, por la propia pluma de Martí, y sin ambajes, que era el pueblo de Estados Unidos pueblo distinto al nuestro, que tenía sobre nuestro país “miras de factoría y de pontón estratégico”, que era una república que se declaraba ya agresiva y que nos comprendía, “como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión”.

Al autonomismo lo despachó Martí con dos adjetivos precisos. Ciegos y desleales llamó a sus hombres. Ciego al que creía de buena fe en la posibilidad de que España otorgara libertades suficientes; desleal al que “por miedo a la verdad y al necesario sacrificio —escribió— contribuya a sostener, contra su propia opinión, la esperanza hueca de un país de sangre viva y ociosa, y de necesidades impacientes, en una política sin pan ni porvenir, en una política sin seguridad y sin honor, en una política de quiebras y de bofetadas”. “...ése es culpable de veras, porque es desleal”. “Es desleal a su patria en la hora decisiva”.

La guerra de independencia fue para Martí un todo armónico. La guerra, dijo, es un procedimiento político. Desde *Patria*, en su número primero, aparecido el 14 de marzo de 1892, como órgano oficial del Partido Revolucionario, lanzó a los cuatro vientos la justificación cabal de la guerra, afirma:

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara o ayuda a preparar el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el País. La simple creencia en la posibilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o

impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

Como un anticipo de lo que ha de ser en su momento el Manifiesto de Montecristi, dirá ese propio día y en el mismo artículo, mirando a los irresolutos, a los negros y a los españoles:

La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. [...] Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos.

Y después:

No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina el antillano oprimido: sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre. [...] El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia.

Empero, la guerra cubana ha de tener y tiene, además, para Martí, un sentido trascendente, de americanidad y de universalidad, que la auspicia como necesidad y la realza como suceso. Y él agrupa sus implicaciones en síntesis magistral:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y el equilibrio aún vacilante del mundo.

Esta imagen de Martí, que se proyecta sobre los mares antillanos con el trasfondo de América y la concurrencia de factores internacionales, no se libraba de la única preocupación política que nunca pudo exponer sin temor de hacer daño a su causa: la posición de los Estados Unidos. A eso mira, sin duda, el artículo

sexto de las bases del Partido Revolucionario cuando afirma que este se establece “para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen...”. Sobre esto dirá explícitamente la víspera de su muerte en carta a Manuel Mercado:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan sobre Las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Lejos estaba de admitir la beligerancia de Estados Unidos y su participación en la guerra que levantaba. Y muy lejos de pensar, desde luego, que el drama terminaría peleando y entendiéndose por su cuenta España y Norteamérica, con su amada isla intervenida y la de Puerto Rico conquistada por bandera extraña, representativa de las fuerzas agresivas —y que ahora se inauguraban como gran potencia— a que quiso oponerse incluso para salvar “el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa”.

.....

En el frío y desolado enero que es en New York el de 1895, dice adiós a sus más caros afectos. Ha de embarcar rumbo a la antigua Española con los generales Mayía Rodríguez y Enrique Collazo. Se lleva con él, en lugar del suyo, que está lejos, al hijo mayor de Carmen Miyares, Manuel Mantilla. El 6 de febrero llega a Montecristi. Allí le esperaba el Generalísimo. En el mar, a bordo del Athos, ha escrito su primera carta de la etapa final a su hija María: “Mi niña querida: Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso”.

Lo que le resta de vida ha de vivirlo ya en constante comunicación espiritual con los seres que le alimentaron el alma, con jugos de corazón, en el tramo final. Así, apenas arriba a tierra dominicana, le escribe a la niña: “Yo voy nombrándote por donde quiera que voy...” Y añade: “Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos”. Desde Santiago de los Caballeros, y

vinculando el paisaje y las emociones de su espíritu al recuerdo de aquella “carita de angustia”, le dice:

Yo te necesito más mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas; la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas; las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti.

Le viene redactando a María un “diario” de sus andanzas. Le envía sus páginas según las posibilidades de correo. Y le escribe, porque para ella siempre tiene tiempo, aun en los instantes en que la gran jornada guerrera que prepara le exige todos sus pensamientos y todas sus energías. De ahí, que el 25 de marzo, en que lanza desde Montecristi el conocido manifiesto que firma con el Generalísimo Máximo Gómez, el manifiesto, dice Mañach, que “más que una declaración de guerra es el esquema de la Constitución republicana”, y en el que acentúa “el designio fundador y el sentido normativo y trascendente que ha tenido siempre su palabra”, porque quiere “abrirle cauces imprecederos a la patria que libera”, ese mismo día salgan, también, de Montecristi rumbo a New York y su niña y la hermana de esta, las letras precisas a su necesidad de comunicación con ellas.

Pero ese epistolario, como el resto de la correspondencia que redacta por esos días, revelan la certidumbre de la despedida. De una manera o de otra, con esta o aquella palabra hay siempre la alusión al viaje de donde no se vuelve. Y no es, por tanto, mera coincidencia que en ese propio 25 de marzo ofrezca a su madre la justificación de su conducta: “Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?”. Ni, tampoco, que sea de esa misma fecha su carta premonitoria a Federico Henríquez Carvajal, en que le anuncia cómo ha de caer en los campos de Cuba.

El primero de abril dirigió a Gonzalo de Quesada la carta que se ha considerado su testamento literario. Por ella le comunica

cómo ordenaría él sus “papeles” con vista a la publicación de los mismos. Y fiel una vez más al hijo que le llevaron a Camagüey años antes, y a su María, le pide a Quesada que si él le hace esa labor y le sobra de los costos, la mitad del sobrante sea para el primero y la otra mitad para las dos hijas de Carmen Miyares.

El día 9 de abril es un día decisivo en Martí. Ha de partir horas después para la manigua cubana, salvando el trozo de mar que la separa de Cabo Haitiano. Es el que demanda mayor número de horas, porque todo ha de preverse y resolverse como frente a cosas definitivas: la marcha y su meta: la guerra. ¡Ah!, pero ese día sale de su pluma para María la carta más hermosa, la que por conducto de ella parece haber dirigido a todas las niñas cubanas. Encierra toda una norma de vida, toda una filosofía de la conducta, todo un programa ideal. Leerla por entero es imposible, transcribir algunos párrafos sí puedo.

A mi María. Y mi hijita ¿qué hace allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer —en saber para poder querer—, querer con la voluntad y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas —esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse— llaman “amor”. Es grande amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto.

Aquí estoy, en Cabo Haitiano, cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que

vivan muy juntas, su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando.

Le traza un programa para cultivar la inteligencia y para ganar la vida. Quiere que María y su hermana sean maestras. Les pide que monten una escuela. Les dice de lo que han de valerse a fin de componer un libro didáctico. Y atendiendo al alma de la mujer en formación, sentencia:

Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con su familia de estrellas —y en la unidad del universo; que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto y no en el costo. La elegancia del vestido —la grande y verdadera— está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de china

un jazmín, pondrá el jazmín, sólo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra.

Esta carta definitiva cierra con una clara alusión a su muerte, y con el postrer consejo:

Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y míjala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de tí, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otros el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, has como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro —el libro que te pido— sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame.

En plena naturaleza cubana, a donde arribó por La Playita, como él dice, costa baja y pedregosa de las cercanías de Baracoa, da cuenta a Carmen Miyares: “En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas”. Y a seguidas:

Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos. Y asegura a la compañera lejana que en todo instante está viendo su rostro “piadoso y sereno”.

Desde la noche del 11 de abril pisaba la tierra natal, camino de la guerra. “Yo evoqué la guerra. Mi responsabilidad comienza con ella”, había dicho. Su estado de ánimo al escribir a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, sobre una tabla de palma que sostienen cuatro horquetas, saturado ya del paisaje que añoraba, gozoso del amanecer en aquella vega de los montes de Baracoa, lo tradujo así:

Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Al sacrificio iba. Ya estaba en manos de Federico Henríquez Carvajal por esos días la carta en que expresara: “mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador, morir callado. Para mí ya es hora”. Ocurrió muy pronto, en Dos Ríos, un día de mayo, el 19, el último en que se oyó sobre la manigua insurrecta su palabra arengando a la tropa, y cuando el eco de su voz sonora recorría aún la llanura. Vestía una carniza azul, trasunto del cielo que contempló impassible su caída. Llevaba encima del corazón un retrato de María, con el que pretendió, por bella ofrenda de poeta, un escudo contra las balas. Cayó de frente, tal como lo prometiera a los hombres del 68, derribado de su jaca mora por el fuego de los soldados de España que él mismo había invitado al combate.

Dejó a los cubanos el ejemplo de una vida sin mancha, una patria, la flor de su pensamiento, el arte maravilloso de su pluma. Y en la historia de su existencia la grandeza de que más podemos enorgullecernos.

Aún después de muerto, sangre suya se derramó otra vez por la libertad del suelo a que había ofrendado su vida gloriosa. La lucha con Carmen Zayas Bazán, la tragedia íntima que tenía sus raíces en la causa cubana, se resolvió con el triunfo de Martí sobre las fuerzas conservadoras que mantuvieron a su hijo alejado del escenario histórico en que él se movió. Pepito, el niño acariciado con los versos de *Ismaelillo*, sintió el llamado de la carne viril de que provenía, y abandonándolo todo, se fue a la guerra. No tardó su bautismo de sangre, y para desafiar mejor a los matadores de su padre, pidió al General Calixto García, durante la toma de Victoria de Las Tunas, que le permitiera manejar un cañón de artillería, servicio de temeridad y riesgo. “Era un niño”, comentó Sanguily. Se batió con valor. A corta distancia de donde se encontraba, para colmo de su embriaguez cubana, vio el muchacho caer, en la propia acción, al ya comandante Ángel

de la Guardia, único testigo del derrumbe de su progenitor en las márgenes del Contraamaestre.

Quedaban, así, soldados de nuevo José Martí y Carmen Zayas Bazán. Se unían otra vez para la historia, sobre la conducta heroica del niño que los dos besaron al nacer, aquellos que la vida separó tan solo para que fuera posible la independencia y la libertad de la tierra nuestra.

.....

No sé, no estoy cierto de que este bucear en la intimidad de José Martí, este registrar en su espíritu de hombre, de padre y de revolucionario, no haya parecido recurso blando de líricas páginas, curiosidad, en todo caso, de biógrafo interesado en momentos de trascendencia afectiva para su vida. Pero no, nada más lejos de eso. Y ustedes, quizá, van a aceptarlo enseguida. Martí tiene dos natalicios: el de su ser físico en la casa de inmigrantes españoles que fueron sus padres, la casita humilde de la calle de Paula en La Habana, que ocurrió un día como hoy, hace exactamente noventa y nueve años; y el de su aparición en la historia, que es precisamente aquel en que se tiene por extinto su cuerpo sufrido y frágil a plena transparencia de un día cubano de mayo. Por el primero nació a la vida, del colono común de entonces hasta convertirse en la cristalización del genio y, por las circunstancias cubanas de su tiempo, en el apóstol de una causa. Es el poeta, el escritor magnífico y singular, la elocuencia sin semejante, el político y, por último, el revolucionario. Sin embargo, con ser muy grande todo ello, no pasan de manifestaciones excelsas de una inteligencia y de un espíritu; ni de otro modo lo contemplaron sus contemporáneos. Estos, hombres al cabo, componentes de las milicias de la libertad que él en una hora decisiva supo agrupar, lo vieron mientras tanto, y acaso no podía ocurrir de otro modo, así y de esta o aquella manera. Para discutirlo muchas veces, desconocerlo otras, negarlo incluso. Para los que como él habían sacrificado el hogar y los días mejores, empleando la existencia en servicio de su patria, él no distaba tanto del común de los hombres, ni era su obra cubana cosa que en alguna forma ellos no hubieran trabajado también. Y por eso, para que naciera a la historia sin discusión posible, para poder medirle la talla sin miopías, para que todas las voces se

hicieran solo una y fueran en el himno de alabanza, como en el coro antiguo, canto y mensaje del corazón, para que se cayera en cuenta que era entre todos los cubanos el más grande y el de más útil memoria, fue menester que muriera como murió bajo el cielo de Oriente. Entonces ocurrió su nacimiento en la historia, a la que se incorpora no entre tibios y suaves pañales y calentado por regazo maternal, sino cuando en el camino de los hombres había dejado ya el alma hecha jirones, si no miente la tragedia íntima a que nos hemos referido esta noche, último tramo de su existencia, que nos conduce, al examinarlo, al Martí humano y genuino, al Martí del sacrificio preambular y definitivo, al Martí que viene olvidando la imagen mística que en ocasiones se ha intentado hacer de él.

Sí, señoras y señores, tiene Martí su cuna para la historia. Nos parecieron siempre consustanciales y muy ligados a ella sus últimos días, en que hombres de hierro, bravos soldados, una mujer de corazón y unos tiernos niños se asoman, como traídos por él mismo, al momento en que ha de trocar su paso heroico, y sin duda ya fatigado, por un sitio fijo y muy alto en la constelación de los inmortales de América. Del desvío de unos, del amor de otros, salió su crisis, pero todos forman, porque de lo contrario no hay historia verdadera, en el bajorrelieve de su estatua imperecedera.

Oriente, escenario de tantas grandezas cubanas, fue la tierra elegida por el destino para operar la importante y trascendente transformación. A su suelo vino a dejar la humana envoltura el hombre excepcional que hoy nos congrega y de su suelo arrancó para la vida sin término de un radiante recuerdo. Mas, la tierra de Oriente se lo tenía ganado, y es ello a la postre un privilegio merecido; porque ninguna otra, en toda la extensión de nuestra isla, había sufrido más que ella por la libertad ni acaso la había amado tanto.

Y nada más, señoras y señores.

Una interpretación psicológica de Martí

Aníbal Rodríguez

Umbral

Hablar de una vida ya ida es, para el psicólogo que quiere ser riguroso, tarea de mucho cuidado. El análisis de los datos significativos y del valor expresivo de la conducta, así como la indagación que pretende desplegar una técnica de validez aceptable, fenómeno común en el actual tratamiento psicológico, afrontan aquí, como en todos los casos semejantes, peligros considerables. La vida que se investiga aparece cristalizada en hechos y consecuencias, ya formada y acabada desde el comienzo, completa dentro de su propio nivel, e incapaz de actuar para sugerirnos nuevos mensajes y orientarnos sobre el sentido de sus determinantes específicos. Siendo algo biológicamente muerto y completo, en el terreno de la búsqueda suele aparecer con la frescura de la cosa viva y palpitante de lo actual, capaz por tanto de obligarnos a penetrar por caminos sin retorno, que resultan definitivos. De aquí el cuidado, que es necesario multiplicar cuando nos damos cuenta de que esa existencia se entrega fragmentariamente desde varios mirajes discordantes: el que la vivió, la hizo y la dejó; los que la vieron, convivieron y tradujeron en su sensibilidad para trasmitirnos trozos del mensaje que contiene; y por último, el que la busca y encuentra, que está proyectando a pesar suyo sobre ella los matices que colorean su propia personalidad. En este caso, y siendo Martí el personaje por excelencia de la vida nacional cubana, corremos el riesgo de que las actitudes y estereotipos que la escuela y la cultura han formado a lo largo de nuestra vida, desintegren en concordancia

con un conocimiento popular, simple y algo difuso, la entraña palpitante que ya desde ahora estamos rebuscando.

Pero hay que correr todos los riesgos, porque de Martí es de quien más se ha escrito en Cuba, y no será nuevo lo que nosotros digamos, ni habrá quizás quien note su modesto alcance; y porque, en definitiva, a Martí lo llevamos muy adentro los cubanos, en un paladear que es íntimo regodeo para los que psicológicamente participamos de algunas situaciones desencadenantes comunes (y por comunidad queremos entender en este caso caracteres generales del pueblo cubano, tal como lo pensamos y sentimos). Solo conviene añadir a lo dicho la observación siguiente: sean cuales fueren las conclusiones que alcance este trabajo, ellas han de derivarse del hecho científicamente primario de que, para encontrar al hombre verdadero y sus determinantes psicológicos, hemos tenido que deshacernos del personaje, tal cual vive en el recuerdo y en la pomposa oficialidad de la nación. Deshacernos del personaje, no por innecesario, sino porque él es tan solo el índice de verdades más profundas, sencillas y humanas, y porque el hombre en este caso no es enteramente culpable del ropaje con que luego fue vestido, para regocijo de los más y consuelo de la simplicidad.

Martí representa en Cuba al héroe civil, es la estampa de las virtudes cívicas consideradas como *desideratum* del buen cubano, en tanto que otros personajes tienen a su cargo la ostentación de las virtudes militares y guerreras y la representación de las razas. A Martí se le enraíza en una larga línea de hombres de levita (nunca de chamarreta y machete), que nace por los tiempos del presbítero Caballero. Esto resulta significativo, desde el punto de vista del personaje, pero ya veremos cómo se ha olvidado muchas veces el hecho de que esa tradición no es unitaria, ni tan sencilla como parece, ni capaz tampoco de incluir íntegramente a Martí en su membresía, sobre todo por razones psicológicas. Pero ya que así lo tenemos vestido en este instante, con su levita y bombín correspondiente, dejemos que la imagen perdure a lo largo de estas páginas, ya que ella es la que mejor concuerda con el hombre que intentamos hacer brotar.

Hemos tenido a la vista algunos trabajos encaminados a desentrañar la psicología de Martí, desde diferentes ángulos; no diremos que lo hayan logrado a plenitud, tan difícil de alcanzar, y que tampoco lo pretendamos nosotros; pero de esta labor se desprende la conclusión de que es necesario, por lo menos en estos momentos, aplicar algunos conceptos de la psicología moderna para organizar y estructurar una imagen más cabal de José Martí. El psicoanálisis se ha utilizado con relativo éxito, debido más que nada a que existe en la vida de nuestro personaje una situación típica y jugosa para la psicología llamada profunda, y que se muestra con una intensidad y persistencia tan marcadas, que no pueden ser pasadas por alto. Pero es que a mi juicio toda una serie de determinantes que ha puesto en claro la psicología dinámica pueden ser encontrados aquí, sin que sea necesario adscribirse a la totalidad de una escuela psicológica, y si bien es cierto que muchos autores anteriores los han destacado, probablemente no se decidieron a darles el valor, el peso que realmente tuvieron en la formación y empuje de la personalidad de Martí. Pero vamos a empezar por el comienzo, ya de una vez, y presentemos a nuestro hombre.

La imagen de Martí

Escribe Diego Vicente Tejera, que lo conoció:

El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua que a primera vista se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquella, sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían al fin de cada jornada un resultado de asombrosa regularidad y provecho [...]. Era para compatriotas y extraños todo complacencia y abnegación [...]. Maravillaba el ver con qué frescura y buen humor, con qué viveza y abundancia, con qué verdadera inspiración abría y sostenía du-

rante largas horas una conversación que era en realidad incomparable. El que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana [...]. Qué variedad, qué gracia, qué elevación, qué fuego, qué nitidez, qué elegancia! ¿Había afectación en su manera de decir? Algunos lo creían; yo no: el atildamiento, el horror a la llaneza eran naturales en su temperamento soberanamente artístico [...]. La inteligencia de Martí era genial [...]. Veía tanto que al querer expresar lo que veía el idioma le faltaba y tenía que apelar a condensaciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio [...]. Su prodigiosa inteligencia tenía a su servicio una voluntad de hierro, tenaz, encarnizada, dominadora; voluntad que por la persuasión o por la fuerza se imponía y arrastraba.

Escribe el mexicano Carlos Díaz Dufóo, que lo conoció:

Tengo una impresión muy profunda de aquel hombre de mirada vivaz y ardiente, frente amplia, nervioso e inquieto. La palabra sale de su boca revuelta y desordenada; las ideas se atropellan, parece que están constantemente de prisa, que se están siempre despidiendo [...]. Hay mucha electricidad en aquel sistema nervioso y grandes reservas de energía en este espíritu pasional y vehemente. Martí me pareció como un caso clínico, un espécimen más que agregar a la obra de Lombroso. De estos neurotismos agudos surgen los profetas y los mártires, los héroes y los malvados...

Escribe Blanche Zacharie de Baralt, que lo conoció: “Era lo que llaman los americanos un *live wire*, un alambre vivo, alerta, erguido, cuidadosamente vestido, aunque a veces pobremente”.

Escribe Enrique Collazo, que lo conoció:

Era Martí pequeño de cuerpo, delgado; tenía en su ser encarnado el movimiento; era vario y grande su talento, veía pronto y alcanzaba mucho cerebro; fino por temperamento, luchador inteligente y tenaz, que había viajado mucho, conocía el mundo y los hombres; siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en hombre amable, cariñoso,

atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás, apoyo del débil, maestro del ignorante, protector y padre generoso de los que sufrían; aristócrata por sus gustos, hábitos y costumbres, llevó la democracia hasta el límite; dominaba su carácter de tal modo que sus sentimientos y sus hechos muchas veces estaban en contraposición. Martí era un hombre ardilla; quería andar tan de prisa como su pensamiento, lo cual no era posible; pero cansaba a cualquiera. Subía y bajaba las escaleras como quien no tiene pulmones. Vivía errante, sin casa, sin baúl, sin ropa; dormía en el hotel más cercano del punto donde lo cogía el sueño; comía donde fuera mejor y más barato; ordenaba una comida como nadie; comía poco o casi nada; quería agradar a todos y aparecía con todos compasivo y benévolo; tenía la manía de hacer conversiones, así es que no le faltaban sus desengaños. Era un hombre de gran corazón que necesitaba un rincón donde querer y donde ser querido. Tratándole se le cobraba cariño, a pesar de ser extraordinariamente absorbente. El partido revolucionario era Martí... Martí lo era todo, y ese fue su error.

Estos son los datos iniciales. Como puede verse, son muy ricas descripciones, plenas de rasgos expresivos y sintomáticos, aunque mezclados con juicios, adjetivos y enfoques que derivan del impacto causado por su personalidad sobre quienes le rodeaban. Descarnando lo accesorio e inauténtico, y lo que se añade por el observador, nos encontramos con un tipo de hombre que es físicamente bien definido, que en lenguaje vulgar llamaríamos delgado y nervioso, y aplicando rótulos científicos podríamos calificar de leptosoma asténico, taquipsíquico y taquiprágico, o sea de reacciones rápidas. Algunos autores han intentado definirlo en su biotipo, como O'Hallorans, que lo clasifica en el tipo cerebral de Rigaud; o Bernal, que lo llama "tipo humano neúrico o neural, abundante de secreciones internas" e "hipertiroideo". Pero en este terreno no hay manera de acabar nunca, ya que las clasificaciones tipológicas son innumerables, y siempre cabe la posibilidad de incluir a Martí en alguna de sus agrupaciones. Si aplicáramos, por ejemplo, la más moderna en el tiempo y en la concepción, la de Sheldon, hablaríamos de ec-

tomorfismo, pero como lo que más nos interesa no es su constitución somática, sino las características fundamentales de su personalidad, nos veríamos obligados en este caso a referirnos a la cerebrotonía, que es su correlato forzoso, o a la esquizotimia en el caso de Kretschmer, y así sucesivamente. Sin embargo, no nos parece legítimo hacerlo, porque aparte de las reservas que hoy se tienen sobre la validez de la psicología de los tipos, nos veríamos sumidos en una larga polémica surgida por la injusticia que supone aplicar generalizaciones tan drásticas a casos individuales aislados, mucho más si es un individuo de la talla insólita de Martí. Se ha escrito también acerca de la extraversión esencial de Martí, criterio más que discutible por cuanto la sociabilidad no es síntoma formante en el cuadro de Jung, según ha demostrado recientemente Eysenck, sino más bien una consecuencia, y todo ello dentro de un marco complejo que comprende las disposiciones interna y externa junto al carácter de las percepciones. Nosotros tampoco vamos a aplicar esta tipología, que abandonando el terreno somático se circunscribe a lo puramente psicológico, porque nos luce más importante intentar el hallazgo de los fundamentos básicos sobre los que se desarrolló esa personalidad que tan vivamente han descrito los que sintieron su influjo. Rasgos, por ejemplo, como la inquietud, la sensibilidad aristocrática, la inteligencia penetrante, la voluntad dominadora, la calificación de neurótico, y los contrastes que con tanta agudeza coloca Enrique Collazo bajo nuestra vista, merecen ser estudiados y explicados, sobre todo porque contribuirán a mostrar con cuánta facilidad, en los asuntos humanos, tomamos el rábano por las hojas.

Con lo que nace Martí

La primera cuestión que debemos plantearnos es la relativa al equipo nativo, heredado, con que biológicamente ha venido dotado Martí al llegar a este mundo. No vamos a perdernos en vaguedades tales como la descripción de los rasgos específicos que recibiera de su padre y madre, pues la información que poseemos es insuficiente, indirecta y de imposible comprobación. Sabemos, sin embargo, que en el temperamento y en la inteligencia entran en juego factores hereditarios, más en el

primero que en la segunda, aún cuando se nos oculta el alcance de su influencia. “El temperamento, dice G. Allport, se relaciona con los fenómenos característicos de la naturaleza afectiva del individuo, comprendiendo su susceptibilidad a los estímulos emocionales, la fuerza y rapidez habituales de sus reacciones, la cualidad de su humor predominante y las fluctuaciones de ese humor, siendo estos fenómenos dependientes de su constitución, en gran parte heredados”. Pero la herencia es un fenómeno de mucho fuste, sumamente complejo, cuyo contenido y estructura resulta materialmente imposible conocer en su totalidad, ya que numerosos rasgos y factores se entrecruzan en todas direcciones, representando no solo la supervivencia de los padres, sino la de gran parte de las generaciones anteriores. La existencia de una base constitucional del temperamento, representada por el sistema nervioso y las glándulas de secreción interna, cuya funcionalidad actúa sobre la sensibilidad y el tono afectivo del sujeto, hace más difícil aún la elaboración de conjeturas. Si Martí ha sido llamado un hipertiroideo, porque en este síndrome aparecen generalmente los caracteres de hiperreactividad del sistema nervioso autónomo, excitación, ansiedad e intranquilidad, nos pondríamos a buscar inútilmente los antecedentes biogenéticos de este cuadro, lo que constituiría una actitud simplista, que tropezaría con los mismos obstáculos que las interpretaciones tipológicas. La emotividad, la sensibilidad, la actividad infatigable, la excitación nerviosa de Martí tiene una base constitucional indudable, que puede ser atribuida al predominio simpático del sistema neurovegetativo, o a una disfunción endocrina, pero es indudable que existen otros factores que aparecen en el transcurso de su vida, que van a condicionar, transformándolo y exagerándolo en algunos casos, este fondo nativo.

La inteligencia también viene en buena parte por la vía hereditaria, aún cuando esto no esté tan claro como en el caso del temperamento. La tesis de Galton sobre los genios hereditarios, al chocar con la posición de los ambientalistas radicales, que todo lo fían a la influencia externa, ha dejado abierta una puerta ecléctica a la justificación conjunta de ambos factores. La inteligencia de Martí sabemos que era rápida, brillante y profunda, de una potencia extraordinaria; y si suponemos que en alguna

medida fue heredada, en lo que ayuda la tesis de la alternancia de las generaciones, que salva las diferencias existentes entre la capacidad intelectual demostrada por los padres y la de los hijos, también podemos afirmar legítimamente que fue desarrollada al máximo de su posibilidad por las circunstancias de su vida; lo que, por otra parte, permite achacar a un ambiente desfavorable la normalidad o mediocridad mental de sus progenitores. Aquí encaja perfectamente la tesis psicoanalítica que, por boca de Anna Freud, señala que “cada vez que se acrecientan las cargas instintivas, automáticamente aumentan también los esfuerzos del yo para elaborar intelectualmente los procesos instintivos; el peligro instintivo aguza la inteligencia”, mientras que “en los períodos de tranquilidad de la vida instintiva, exentos de peligro, el individuo puede permitirse un cierto grado de estupidez”.

Nosotros no hablaríamos de instintos, sino de motivación y de conflicto de motivos; pero de todas formas es un hecho real que en las situaciones críticas el individuo se ve forzado a desplegar al máximo sus capacidades. Lo que no está tan claro, a nuestro juicio, es por qué la inteligencia en Martí alcanza un rango tan elevado que lo hace superior a esa entelequia científica que llamamos el hombre medio, y que aún cuando no pueda ser medida en cocientes de inteligencia ni rangos de percentil, es justo situarla en la categoría de “genial”, no según la categoría creada por Terman, sino mediante la terminología que en Galton significa “hombre que alcanza la posición de uno en un millón”. Sin embargo, la genialidad no parece ser solamente cuestión de inteligencia, y tendremos necesidad de volver sobre este tema para convencernos de los merecimientos que tiene nuestro personaje para ser incluido en ella.

El carácter es otro ingrediente de la personalidad que se ha destacado por los estudiosos de Martí, a veces con la volubilidad con que se emplean los adjetivos supersónicos. Se ha intentado comparar el carácter de Martí con el de su padre don Mariano, estableciendo inclusive lazos hereditarios, con lo que han confundido temperamento y carácter. Porque el carácter, en definitiva, no se hereda, sino que se forma e integra con las tendencias todas de la personalidad, en el sentido de la coherencia, la unidad y la definición. Tanto si aceptamos la posición

de Roback, que lo identifica con “una disposición psicofísica permanente a inhibir los impulsos de acuerdo con un principio regulador”, como si suscribimos la tesis de Allport y Stagner, que subrayan el aspecto social y la función de “código moral” que tiene, estamos frente a una entidad que surge desde dentro de la vida individual condicionada por numerosas circunstancias. No es el mal humor, ni el buen humor, ni la dureza o blandura afectivas lo que define al carácter, sino al temperamento; es aquella tenacidad e inflexibilidad que vimos en la descripción inicial de Martí, y que significa la identificación del individuo con alguna de sus tendencias o motivos, mediante la cual se logra el control de los diversos factores que integran la personalidad.

El carácter, por sí solo, no es nada, se desvanece, porque le falta la materia prima con que actúa; en esto se parece a la voluntad, con la que se confunde, y que ha dejado de ser el misterioso “fiat” de que nos hablaba W. James para convertirse en expresión de un problema típico de motivación e identificación consciente, y en última instancia en un factor numérico, el factor “W”. El carácter y la voluntad en Martí se manifiestan como saturación en factor “W”, que viene a ser tenacidad, persistencia, pero que no puede ser comprendido sino mediante la visión completa de su personalidad, ya que no es algo añadido que Martí “pone” sobre su vida, sino que brota justificadamente de su historia individual y de su circunstancia, como será posible comprobar.

Resumiendo, podemos decir que aún cuando hemos constatado la tremenda riqueza constitucional con que está dotado Martí, desde el punto de vista del temperamento y la inteligencia, no hemos encontrado el origen de sus manifestaciones, que producen donde solo había un hombre genial, a un ser casi místico, de espíritu apostólico y vida sacrificada. Es necesario avanzar, pues, por entre la historia de nuestro personaje.

La circunstancia familiar de Martí

Hoy día nadie discute la enorme influencia que tiene la familia en el desarrollo psicológico del individuo. Los psicoanalistas la consideran como una especie de nudo gordiano, clave de la evolución del sujeto, en tanto que investigaciones de otra clase

han demostrado la relación íntima que existe entre el ambiente familiar y las actitudes, estabilidad emocional, autosuficiencia, moral, disciplina y otros rasgos de la personalidad.

La familia de Martí es una familia española, como podría ser cubana, ya que son consideradas como semejantes. La familia española presenta características generales, muy firmes en aquella época, que integran un modelo común en Europa. Es una familia patriarcal, de molde romano evolucionado, que tiene al padre como autoridad dominante sobre la madre y los hijos. La esposa-madre de esta familia, señala L. Nelson, está subordinada al padre, pero al mismo tiempo se espera de ella que sea ejemplo de conducta virtuosa y modesta, cualidades que tienen la función a su vez de despertar reverencia y respeto por parte del hombre. Una doble norma de moralidad se aplica a las relaciones familiares: la deslealtad del esposo es fácilmente perdonada, aunque se impone una estricta exigencia de virtud a la mujer. El código civil español hace al hombre protector de su mujer, al que ella está obligada a obedecer. La mujer disfruta por reflejo de los honores que recibe el marido, y puede conservarlos en tanto no contraiga nuevo matrimonio, lo que es una típica característica patriarcal. Los hijos, finalmente, están sujetos por completo a la voluntad de los padres, sin protección ni garantía por parte del Estado.

A diferencia de la familia americana moderna, por ejemplo, donde existe un ambiente más democrático, en esta familia a la europea el padre es el único actor, y los restantes miembros los espectadores; no existe más consideración a la formación de la personalidad de los hijos que la que se deriva naturalmente de la estructura personal de cada padre, que modela a su antojo el ambiente familiar. La autoridad y la disciplina a veces son duras, pero aunque no lo fueran, el hecho de que se reconozca culturalmente su existencia y su valor, gravita ya sobre el carácter de las relaciones entre padres e hijos. La autoridad paterna se ejerce en la familia no solo en forma que se ajusta a las normas culturales vigentes, sino también según las necesidades emanadas de la propia personalidad y de los conflictos que en ella se produzcan. Por ejemplo, el sentimiento de inferioridad por parte del padre, o la necesidad de dominar,

o bien el desplazamiento de la hostilidad originada por alguna barrera imposible de vencer, pueden ocasionar la intensificación de la autoridad normal ejercida sobre el hijo. Así como las gallinas, en el clásico experimento de Katz, escalonaban su picoteo agresivo desde la más fuerte hacia la débil e indefensa, así el hombre que soporta el rigor autoritario fuera del hogar, tiende a desembarazarse del resentimiento que esta situación le produce descargándolo por vías lícitas sobre quienes le están subordinados forzosamente, como son los hijos.

El ambiente familiar de Martí no constituye una exageración del cuadro que hemos descrito, pero sí su fiel reflejo. La familia Martí-Pérez encaja perfectamente en la moral de la época, que establecía el patriarcalismo autoritario, concentrando todo el poder en las manos del jefe del grupo, que era quien decidía libremente su destino. No hay indicio alguno, por lo menos que sepamos nosotros, que permita suponer la atenuación de estos caracteres durante toda la infancia del apóstol. Pero existe, por el contrario, la evidencia de que los factores de la personalidad del padre, que hemos mencionado más arriba, contribuyeron decisivamente a agravar la presión de la autoridad paterna sobre los hijos.

Don Mariano Martí padeció durante su vida de constantes frustraciones en los motivos de seguridad y ascendencia o preavalecimiento, que acumularon en su alma una buena dosis de resentimiento y hostilidad. Como soldado, hubo de soportar los rigores del poder absoluto, que exige una sumisión también completa y avasalladora, hipertrofiados en la milicia española; en la vida civil, sufrió constantes fracasos, mostrándose incapaz de mantener siquiera a la familia en el nivel económico que tiene cuando el matrimonio se efectúa, ofreciendo el espectáculo de una lenta pero inexorable decadencia. Las huellas de tanta frustración aparecen constantemente en las alusiones que la esposa hace en sus cartas al hijo ausente. Tomamos de tres de ellas, fechadas en los años 1881 y 1882 los siguientes párrafos: “Tu padre no se determina a decirte nada, cree decir más callando”. “De tu padre nada, que está de muy mal humor...”. “Tu padre es el que dice que bastante sabes tú de él para que tenga necesidad de decirte nada más, porque como tiene mal humor no sabe escribir nada bueno”.

Este padre amargado por los fracasos, consiente al principio, cuando todavía lucha con esperanza y confianza, en restringir su autoridad sobre el hijo permitiendo a la madre, al padrino Arozosa y al mentor Mendive, la responsabilidad de orientar su educación, concesión que incluye la limitación de las obligaciones que esta tarea le impondría. Sin embargo, tan pronto lo cree necesario, exige la colaboración del adolescentes en los trabajos que sirven para el sustento de la familia. La exigencia de obediencia es absoluta, como cuadra a las normas culturales de la época, y puede llegar, como llega, hasta la compulsión física cuando por un acto de afirmación de sí, el hijo adolescente hace peligrar el dominio férreo del *pater familiae*. Dos personalidades fuertes, una culturalmente dominante, otra afirmada vitalmente, se enfrentan en esta ocasión, y el predominio de aquella que se apoya en la tradición y la costumbre causará no solamente las marcas de los azotes, sino lesiones invisibles pero indelebles en la fina sensibilidad del hijo sometido. Es el episodio del suicidio proyectado, que Martí describe en carta memorable a Mendive.

Esta tétrica pintura de un cuadro familiar harto frecuente no debe ser exagerada en sus matices pesimistas, porque tiene también su lado color de rosa, su aspecto satisfactorio. Don Mariano Martí actuaba como cualquier padre de la época, siguiendo los canales que su cultura le había mostrado, aunque con el ritmo y la fuerza que su personalidad y sus circunstancias le hacían forzoso. En su actitud, como en general parece ocurrir en las relaciones familiares, están interviniendo constantemente la hostilidad y el afecto. Pero el factor que tiende a producir envidia y aversión hacia los hijos, apunta Flügel, va dejando el campo a un segundo factor, que se hace más fuerte a medida que el hijo crece: este factor implica amor, orgullo y alegría por sus éxitos. Así ocurrirá a la postre en el caso de don Mariano Martí, aunque nosotros como cubanos no debemos de lamentar mucho el aspecto trágico de la historia que hemos relatado, porque en definitiva este padre dominante, en inconsciente colaboración con las autoridades españolas, le hizo un gran bien a Cuba: hicieron de Martí un revolucionario.

Las consecuencias de la actitud autoritaria del padre se reflejan inevitablemente en la personalidad del hijo, donde dejan

profunda huella. Además de la inestabilidad emocional, inseguridad y nerviosidad que aparecen enseguida, el niño tiende a desarrollar una actitud negativa frente a la autoridad en cualquiera de sus órdenes, familiar o nacional, a menos que no encuentre otro recurso psicológico para hacerle frente, y prefiera asimilar la actitud paterna mediante el desplazamiento y la identificación.

El factor llamado actualmente “R”, o sea radicalismo, o tendencia al cambio y la variación, o inconformidad con una situación socialmente dada, y que significa una actitud revolucionaria, no es consecuencia de la inestabilidad emocional, como han pretendido hacer ver algunos conservadores y reaccionarios, sino que está ligado más bien al rechazo inconsciente de la autoridad paterna, reforzado por otras circunstancias ambientales, como son las económicas. Para los psicoanalistas, tiene a la base la hostilidad hacia los padres:

Apenas cabe dudar —escribe Flügel— de que mucha de la general resistencia e intolerancia a la autoridad exhibidas por ciertos individuos o, en ocasiones, por grupos enteros de una comunidad (o aún por todo un pueblo), derivan de la fuerza motivadora de la persistencia inconsciente de esta índole de odio a los padres.

Desde luego, esto aisladamente parece dar una base insuficiente para explicar el origen de la actitud revolucionaria. Un segundo motivo, presente en Martí, es la pobreza. Mientras el alto nivel y la seguridad económicos correlacionan positivamente con la tendencia conservadora o “integrista”, la escasez y la pobreza van ligadas al radicalismo, siempre y cuando no sean excesivas. Efectivamente, se ha comprobado que los grupos más bajos económicamente presentan un alto índice de conservatismo y un aumento de la agresividad, que se descarga sobre las minorías nacionales y locales: los voluntarios en Cuba, los camisas negras hitlerianos, los linchadores de negros, son unos pocos ejemplos. Pero en la pobreza media, en esa pobreza digna que vivió la familia de Martí, se proporcionan las condiciones necesarias para la procreación de revolucionarios. Un tercer motivo o factor de la actitud radical en Martí hay que ir a buscarlo al ámbito nacional y social en que vive, como lo haremos en su oportunidad; y, por último, el factor que Eysenck llama *social in-*

sight, o intuición social, o penetración, que parece ser independiente de la educación del individuo, y que está altamente correlacionado con el radicalismo, aparece claramente en Martí a lo largo de todos sus escritos sobre materias políticas y sociales.

Por otra parte, en el seno de la familia y durante el proceso de maduración afectiva del hijo, se produce la situación edipal, fuente de conflictos plenos de consecuencias. Aun cuando el papel que la situación o complejo de Edipo desempeña para Freud en la producción de futuros trastornos de la personalidad sea objetable, ya nadie discute el hecho de que constituye una etapa segura del normal desarrollo infantil. En Martí, hijo mayor, y por tanto único durante un tiempo, que además es un varón solitario en el coro de cinco hembras, la situación edipal presenta una relativa importancia, acentuada por la actitud autoritaria del padre. El culto a la virgen en la cultura occidental, la idealización de la madre en las artes y la literatura, y la asimilación de la madre con la patria, derivan naturalmente del modelo patriarcal de la familia, y de las emociones que esta realidad despierta.

Estos aspectos han sido destacados, respecto de Martí, por Martínez Bello y otros autores, que inclusive han llegado a afirmar que Martí ama a mujeres de carácter íntegro, valeroso y energético, aplicando siempre el paradigma de la madre, lo que justifica la identidad caracterológica existente entre Leonor Pérez y Carmen Zayas Bazán, por ejemplo. Esto puede ser aceptado hasta cierto punto, si tomamos en consideración otras características que matizan a la madre, aparte de la vinculación sexual de la situación edipal: la seguridad, el refugio. Hay una frase reveladora de Martí, en la época idílica con Carmen: “Hago lo que debo y amo a una mujer: luego soy fuerte”, que indica la búsqueda de ciertas condiciones en los afectos heterosexuales, no solo la satisfacción de una imagen ideal-sexual de origen infantil.

Pero me parece interesante extraer del planteamiento de la situación edipal otras conclusiones, importantes para el conocimiento psicológico de Martí. Todos sabemos que esta estructura afectiva llamada complejo de Edipo se caracteriza por los sentimientos de amor y de hostilidad, relativos a ambos progenitores. Los sentimientos hostiles son reprimidos por el niño, en parte debido al temor que despierta la represalia del

todopoderoso padre, pero también porque la vinculación afectiva está matizada de elementos incestuosos, prohibidos culturalmente; el niño puede evolucionar, para salir de este síndrome explosivo, en el sentido de la etapa siguiente, según Freud, que es la etapa del complejo de castración; o mediante el recurso de la identificación con el padre de su sexo. Pero lo que nos interesa aquí no son los recursos que utiliza Martí para rebasar esta etapa, lo que a mi juicio nunca logra cabalmente; sino el carácter de los sentimientos que ella despierta en el niño y el adolescente.

No parece casual, en Martí, la selección de un poema incestuoso, "A Mystery", de Byron, para iniciar sus traducciones juveniles, ni el temor que siente frente a inexistentes reproches de Mendive cuando lo descubre en esta tarea; no es casual tampoco que los personajes de *Amor con amor se paga* se llamen Julián, su segundo nombre, y Leonor, como su madre, que aparece encubierta al inicio con otra denominación. Si se añade a esto su horror al adulterio, expresado en el drama *Adúltera* y en confesiones volcadas en la intimidad, horror muy vinculado a las ambiguas características edipales; y si se refuerza aún la argumentación trayendo a colación el ejemplo de la hermana que sirve de objetivo para el desplazamiento de los sentimientos edipales de carácter incestuoso, produciendo celos en 1867, y uno de sus más profundos dolores cuando muere en 1875: "Decid cómo logró morir sin verme; y puesto que es verdad que lejos duerme, decidme cómo estoy aquí despierto", si se toman en cuenta todos estos factores, repetimos, se comprenderá que es imposible conocer bien la personalidad de Martí dando de lado o cerrando los ojos, a situaciones explosivas de carácter afectivo que el Apóstol mismo constantemente nos está brindando al análisis objetivo.

Esto, ya lo hemos dicho, no constituye una novedad ni un hallazgo; se trata de un proceso normal en la mayoría de los casos, muy bien conocido de los psicólogos, y cuyas consecuencias pueden variar de acuerdo con la solución que, en definitiva, se logre para la situación edipal mediante la personalidad de sus integrantes. Pero en Martí, su solución a través de la identificación con el padre es tardía e inoperante, como veremos

después, y lo que se presenta como solución es la represión, al comienzo, y el desplazamiento por las vías de la simbolización y la sublimación después, despertando siempre, en conexión con otras circunstancias como las económicas, un sentimiento de culpabilidad que estará a la base de su dinámica psicológica. El doloroso pesimismo que manifiesta Martí respecto de su persona y su destino, el castigo que busca constantemente en el martirio, sin que podamos calificarlo de masoquista, tiene una de sus raíces en la situación edipal no resuelta satisfactoriamente; el rechazo de la madre, del que hablaremos más tarde, jugó su importante papel en conseguir este resultado.

La violencia y persistencia de los impulsos y motivaciones en una personalidad desbordante, y su choque frecuente con las circunstancias de su vida, hacen imperativo en Martí el fortalecimiento y desarrollo del ego, y la incorporación de elementos rígidos de control que le ayuden a salvar y unificar su individualidad. A través de la familia incorpora algunas normas de dirección y control de la conducta, que constituyen solo un reflejo de las que regían su cultura; las demás, le vienen ya directamente de un ámbito social más amplio. Vamos hacia este.

La circunstancia social de Martí

El grupo social donde se inserta la familia es también un importante factor en la determinación de la psicología individual. En este sentido, podemos incluir dentro de tal denominación a la cultura (occidental, cristiana, española), la nación, clase, casta, la profesión, la escuela, la ciudad e inclusive el barrio donde se vive. No se trata de un mosaico, sino de una estructura compleja, de la que brotan numerosas fuerzas que hacen impacto sobre el individuo, integrando su ambiente y produciendo reacciones y modificaciones específicas en cada sujeto.

No podemos hacer aquí un amplio estudio cultural de la llamada civilización occidental de la época moderna, pues por encima de sus determinaciones comunes, que son unas pocas, existen amplias diferencias regionales, tradicionales y particulares, que producen una diferenciación cada vez más amplia que aún no está plenamente estudiada en sus implicaciones para la psicología de los pueblos o naciones. Por ejemplo, la tesis de

Wilbur Long que hace de la esquizofrenia “espiritual” una enfermedad típica del modernismo, no podemos aplicarla plenamente a la cultura cubana de la época de Martí, usando el término cultura en sus acepciones más amplias. Solo si pensamos en las generaciones de educadores, pensadores y científicos cubanos que con una proyección limitada intentaban poner al día nuestro saber, y si pensamos en Martí mismo, cosmopolita y enciclopédico, sería lícito estudiar las consecuencias psicológicas que produce la pérdida de la unidad en la visión del mundo, el poder fracturante y disgregador de la inteligencia y el distanciamiento de las esferas intelectual y afectiva dentro del hombre, síntoma esquizofrénico.

Pero la cultura de la época, ese multiforme y complejo conjunto de actitudes, prejuicios, estructuras de pensamiento etc., que el hombre de la calle incorpora a veces por contagio inconsciente, y que hacen la imagen cultural de un país, nada tiene que ver, a los efectos de nuestro estudio, con la enfermedad espiritual que postula Long. No hemos de verla en el sentido del modernismo, sino en la dirección de lo español, porque en Cuba la colonia favorece la acentuación y la permanencia de caracteres hispánicos ya evolucionados en la península, y porque lo criollo que surge de aquí tiene también, a pesar de los contrastes, muchos matices de la cultura española.

La estructura etnocéntrica, es decir, los contenidos y formas peculiares del grupo racial al que pertenece Martí, son españoles, como acabamos de indicar. Pero Martí mismo ha sido destacado como representante legítimo de esa estructura.

Martí —escribe D. Fernando de los Ríos— que tenía idealidades profundas de español, halla la base de su estimativa en el Honor; en él asienta Justicia y Libertad. ¡Cómo se nota cuando analiza Martí —poniendo en ello toda su alma— lo que honor, justicia y libertad entrañan, su íntimo contacto con el grupo filosófico que llenaba el ámbito al pensamiento español en la década de 1880!

Mañach apunta, por otra parte, que el fondo constante español en Martí incluye la exuberancia, la gravedad, la vocación por el énfasis y el honor, el dramatismo, la raíz estoica y el gusto sentencioso y barroco. Unamuno, con su sagacidad caracterís-

tica, hace la observación de que en la literatura española los niños juegan un muy escaso papel. En Galdós, representante de la época, no hay recuerdos de su propia niñez, ni de la Gran Canaria. “Parece, añade Unamuno, como si los hubiese olvidado”. Martí también ha olvidado en gran parte su infancia atormentada, en que el fenómeno de la represión se viste con el ropaje de una amnesia selectiva. La niñez de Martí, cuando él la menciona, es ya adolescencia, conflicto y sufrimiento. Y muchas veces tacha en el papel los trozos de recuerdos personales que, a pesar suyo, se deslizaron por la pluma, como hace con los versos autobiográficos de “Hierro”.

Si el pensamiento y la creación intelectual son capaces de reflejar la hondura y potencia de las tragedias individuales, volvemos a encontrar a Martí situado dentro de la tradición española.

El vivir del español —escribe María Zambrano— es un debatirse contra las rejas de lo imposible. El pensar español ya en su primer paso tropieza contra la muerte, y se nos muestra encerrado en la muerte, prisionero de ella. En el siglo XIX, la línea estoica de Ganivet y Larra es la línea del suicidio.

Esto basta, para una inicial identificación cultural; no deben buscarse nuevos e infantiles argumentos que satisfagan ahora vanidades nacionales. Si los españoles de Buenos Aires estaban empeñadísimos en que Martí fuese español, cuando su correspondencia lo hizo famoso, es por la misma razón con que todavía nos disputamos la filiación de la Avellaneda, sin que esto importe en definitiva a los fines que nos proponemos.

Hay otros aspectos culturales de lo español, que se trasplantan a Cuba como colonia propicia, y que tienen una indudable importancia a los efectos de sus consecuencias psicológicas. En la Cuba del siglo XIX están plenamente en vigor los cuatro vicios españoles fundamentales que describe Venegas en 1544:

El primero es el exceso de los trajes; el segundo vicio es que en la sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres [...]. El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linajes [...]. El cuarto vicio es que la gente

española ni sabe ni quiere saber... Deste vicio nació un refrán castellano, que en ninguna otra lengua del mundo se halla, sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: “Dadme dinero y no consejo”.

Cuba es —escribe Sanguily— un país ocupado por españoles de las últimas capas, donde un marquista de tabacos, un adocenado médico de provincia, un hacendado sin historia política han sido convertidos en marqueses de nuevo cuño por el dinero, la influencia política o la intriga; país de advenedizos, de antiguos pecheros, de pastores de cabras, de carromateros sucios e impúdicos que visten de mugrienta camiseta de algodón y calzan absurdas alpargatas.

He aquí, en estas dos citas, una española y otra criolla, la imagen aproximada de un país sin escuelas, por peligrosas para el despotismo colonial, sin artesanos, por desprecio del trabajo mecánico (y que Saco destaca entre las causas de la vagancia), lleno de holgazanes y linajes recién venidos, y en que además la estratificación social llega al enquistamiento de las castas, con la distinción esencial entre el español peninsular y el criollo, las bijiritas y los gorriones. Es el país donde un gobierno absolutista va desplazando su poder a través de tanta casta, hacia una base última formada por los criollos y los esclavos. Es un país modelo para producir toda clase de resentimientos y hostilidad en el individuo. Estos sentimientos están presentes con toda claridad cada vez que un cubano del siglo XIX escribe sobre asuntos de la Isla, y están también, qué duda cabe, presentes en Martí.

Kurt Lewin ha puesto de manifiesto con sus famosos experimentos cuáles son las consecuencias que se derivan de un ambiente social totalitario y despótico: el individuo sometido a tal régimen, manifiesta una falta de iniciativa y espontaneidad, una conducta apática que se convierte en agresiva tan pronto las circunstancias lo permiten, ya que tiene en su base el resentimiento producido por la frustración. Pero el resentimiento cubano de que estamos hablando se manifiesta de distintas formas, según la posición económico-social del individuo y las vías que se le ofrezcan para su expresión. Una parte importante de la población criolla, la acomodada, es esclavista primero, abolicionis-

ta gradual después; es reformista, luego anexionista, más tarde será autonomista. Representa los esfuerzos de las clases ricas criollas, que tienen una interpretación tímida de la realidad cubana y le buscan una salida transaccional, evolutiva, que les permita mantener su situación de privilegio; son los profesionales, los burócratas del Estado, que se sienten reyes en una situación de ciegos, y que se las arreglan para sobrevivir siempre. Uno de representantes, Giberga, pudo decir con toda tranquilidad en la Asamblea Constituyente de 1901, que Martí fue el hombre más funesto que nació en Cuba; y otros más, son todavía hoy venerados y queridos como prototipos de cubanía, porque psicológicamente estos hombres son insubmersibles, y se aferran a la isla de corcho que vivimos.

No nos duele reconocerles, sin embargo, la participación que han tenido en la formación de una conciencia nacional en Cuba, y en la educación política del cubano, que no es tan buena como se ha pretendido. Pero contrasta violentamente su desenvoltura y tranquilidad en medio de las borrascas de nuestra historia, que revelan su adaptación al ambiente, con la honda tragedia de otros cubanos, como Martí, que calaron mucho más hondo. La desenvoltura risueña con que Gaspar Betancourt escribe a José Luis Alfonso sobre las revoluciones que “nosotros los ricos” fomentaron con vistas a la anexión, los constantes prejuicios y celos de carácter racial que hacen calificar a Del Monte de “fusión antipática y culpable” todo intento de unir a los cubanos, sin distinción de razas, para el logro de la independencia, la tacañería en el sacrificio, que malogra la extensión de la Guerra del 68 hacia las provincias occidentales, y que permite a Aguilera calificarlos de “gente educada por el gobierno español para ser esclavos”, sin “la dignidad de hombres”, son solo unos breves ejemplos de esta actitud mental y la conducta consiguiente.

“Fueron los artesanos los que sostuvieron la revolución del 68”, escribe Aguilera, y Martí habla a Enrique Collazo de las dos revoluciones: la radical y la de corbatín y puño de oro. Frente a la actitud tímida, evolucionista, mediatizada por numerosos factores de orden económico y psicológico, de que hemos hablado, aparece la posición radical, representada por las

clases bajas y medias de la población, que buscan, junto con la independencia, la justicia social y la redención económica. Una es la más común en el occidente de Cuba, de donde proviene Martí sin embargo; y la otra tiene su expresión más fuerte en las zonas orientales, donde llega a incluir a individuos de todas las capas sociales. Ambas simbolizan, conjuntamente, lo que Arciniegas ha postulado para toda la América como fenómeno de personalidad doble: la oficial, expresa, superficial y rimbombante, falseada en su forma y falsificada en sus fines; y la real, auténtica, originaria e íntima, representada por el pueblo sufrido, y que no cuenta oficialmente en la mayoría de los casos por haberse secuestrado su destino a causa de su propia indefensión.

A Martí lo veremos junto a esta gente humilde. La clase social a que pertenece, especie de clase media empobrecida, presenta generalmente, según expone Vinacke, las siguientes características psicológicas: énfasis sobre el bienestar, la seguridad económica y el éxito profesional; preocupación por los conceptos morales y religiosos del grupo social, y necesidad de mantener cierto nivel adecuado de conducta, “las apariencias”. Estos fines producen entre sus miembros un aumento de la tensión interna, consecuencia de la ansiedad que produce el temor al fracaso y, por tanto, se convierte en una fuente de trastornos de la personalidad. Un nivel de aspiración colocado demasiado alto para las posibilidades individuales, es también motivo de frustraciones y hostilidad. Este fenómeno aparece más intensamente, en el caso de don Mariano Martí, pues su hijo es capaz de salvar el conflicto que supone la imposibilidad de alcanzar los fines de su familia y clase, canalizándolos por una vía superior, que para él tiene sentido, justificación y término.

Como Martí no situó nunca su nivel de aspiración dentro de los moldes típicos de la clase media, no sufrió frustraciones en este terreno, más que el sentimiento de culpabilidad que se deriva del hecho evidente de que, poseyendo capacidad suficiente para alcanzarlo, se negó a hacerlo, haciendo brotar la hostilidad de sus familiares, que se veían frustrados en sus aspiraciones. Sin embargo, es cierto que Martí asimila las normas morales de su época, clase y familia, incluyendo el cuidado por las apariencias y el qué dirán. Ocasionalmente, como destaca Raúl García

Martí, hay la preocupación muy corriente y normal por el prestigio de las hermanas, y el tipo de consejos que les ofrece son de tal índole que gustosos los respaldarían cualquiera de sus padres. Hasta cuando hace un chiste, como cuenta Blanche Zacharie de Baralt, emplea estereotipos culturales que para él tienen fuerte contenido emocional, como “virgen” y “deshonesto”.

Lo más interesante de Martí en este aspecto que estamos estudiando lo constituye esa renuncia que hace a mantener su estatus social medio, y a ascender hacia las capas superiores por las vías que en Cuba le estaban abiertas. Esta renuncia es solo un aspecto de su general desistimiento a perseguir fines menores, trasponiendo toda la carga emocional que ellos son capaces de despertar en el hombre corriente hacia un fin último y único, más elevado y justificativo. Martí se siente a sí mismo afín a los desvalidos de su tierra, se identifica con ellos y de ellos saca su fuerza para rechazar las continuas solicitudes del ambiente, como hace cuando Azcárate pretendió ganarlo para su causa. En la base de su conducta está la hostilidad, no la identificación, hacia la autoridad, y la necesidad de vencer la ansiedad que en él despiertan el constante bullir de tanto conflicto íntimo.

Si Cuba es una sociedad de esclavos, como afirman Martí y Sanguily, podemos suponer que una gran parte de la población ha sido entrenada para la conducta sumisa y obediente, y para refrenar y desviar su motivación mediante la presencia de barreras fuertemente rígidas, capaces de garantizar la tranquilidad de los gobernantes. A medida que el estatus social y económico del individuo desciende, por otra parte, el nivel de aspiración baja hasta hacerse casi nulo, la conducta se torna apática y aparentemente conformista, y solamente los impulsos biológicos fundamentales se satisfacen en una forma rudimentaria y simple. El hombre necesita vivir de todos modos, y no puede permitirse el lujo de consumirse en el fuego que arroja su propio resentimiento impotente. Pero el resentimiento puede presentar en algunos individuos, por circunstancias especiales de su vida, tan dramático significado, tan hondo sentido personal, que entonces se convierte en motor poderoso capaz de mover la personalidad entera por las vías de su expresión y satisfacción;

y cuando esto ocurre, la dormida hostilidad de los demás se despierta y lo sigue, integrándose un movimiento social capaz de moverlo y trastornarlo todo. Jorge Luis Martí, en un magnífico trabajo reciente, basaba el arraigo de ciertas prédicas políticas en Cuba en fenómenos del inconsciente colectivo, fuertemente teñidos de resentimiento. Este es el caso dramático de Martí y los cubanos.

Pasemos ahora a ver cómo la constitución y las circunstancias se integran en el desarrollo de Martí, para producir la personalidad que hemos visto al comienzo.

La historia psicológica de Martí

Sabemos que las situaciones no influyen sobre el individuo en virtud de su peculiar estructura objetiva, sino por la forma como son percibidas por el sujeto. En Martí, como ya dijimos, hay breves recuerdos de la infancia y adolescencia, nunca muy satisfactorios. Veamos, a través de sus recuerdos, cómo él percibía aquellas situaciones.

A Mendive:

Trabajo ahora de seis de la mañana a ocho de la noche, y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme. La carta de Ud. de ayer me ha salvado. Algún día verá mi diario, y en él, que no era un arrebato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida. (1869)

A su madre: “Es verdad que Ud. padece mucho; —pero también lo es que yo padezco más”. (1869)

En “Hierro”, *Versos Libres*:

Era yo niño

Y con filial afán miraba al cielo:

Cuán pobre a mi avaricia parecía

El amor de mi hogar! Cuán tristemente

Bañado el rostro ansioso en llanto luengo

Con mis ojos hambrientos perseguía
La madre austera, el coro
De alegres niñas, y el doliente padre
Ya de andar por la tierra fatigado,
Sin que jamás los labios ardorosos
Del enfermo voraz, envuelto en sombras
Su sed fatal de amor apacentasen.

Ya es bastante el citar, porque del cuadro familiar que aquí se muestra mucho se ha dicho de pro y de contra, y nos pueden tachar de parciales en la referencia los que defienden a todo trance, para propia e íntima tranquilidad, una imagen idílica de la familia Martí-Pérez. A nosotros nos parece suficiente con lo que hemos presentado, para indicar cómo a la situación edipal ya estudiada, y a la atmósfera autoritaria, se añade en forma sutil, con el encubrimiento que generalmente disfraza estas reacciones, un factor de rechazo, de reconvención, de muda queja y de sanción moral, no ya por parte del padre, cuya posición le permite ser más abierto y explícito, sino por parte de la madre misma. Es claro que los afectos despertados por la vinculación familiar permiten equilibrar y recubrir estos sentimientos hostiles, que son inconscientes para la madre, pero que el hijo percibe con fina intuición; a nuestro juicio la situación edipal en Martí no puede desarrollarse plenamente debido a esa tenue actitud de rechazo de la madre “austera”, y los sentimientos que ella despierta se desplazan en dirección de la hermana Ana, la muerta prematura, y la patria, madre sustitutiva.

La vinculación de Martí con su madre, típica como ya vimos en la familia patriarcal, produce numerosos ejemplos en prosa y verso; pero nótase siempre en ellos un proceso inconsciente de idealización, como si se quisiera fabricar el prototipo de las madres mediante la justificación de la conducta del hijo, y que conduce con frecuencia en nuestro medio a la creación de una madre artificial, la madre que hubiéramos deseado sustituyese a la real. Por otra parte, la superación de la situación edipal mediante la identificación con el padre, se ve facilitada también en Martí por la aparición en su vida de una figura que durante cierto periodo sustituye al padre real: nos referimos a Mendive,

su maestro. A través de Mendive, logra Martí compensar la hostilidad que le despierta su padre, y le permite esperar hasta el momento en que la actitud de don Mariano se modifica, cuando el hijo se hace adulto, y la relación se invierte en dirección contraria a la que tuvo originalmente. En efecto, cuando don Mariano se siente orgulloso de su hijo, este procede a reconocerle su paternidad, y aunque Martí nos haga creer lo contrario, el impulso de identidad parte de su padre, al contrario de lo que ocurre en la mayoría de los casos. Por eso puede afirmarse que cuando Martí reconoce a su padre, y restablece una vinculación originaria, lo que está haciendo en el fondo es reconociéndose y afirmándose a sí mismo, ni más ni menos.

Papá está tan malo que esperan que viva poco. No puede usted imaginar —escribe a Mercado— cómo he aprendido en la vida a venerar y amar al noble anciano, a quien no amé bastante mientras no supe entenderlo. Cuanto tengo de bueno trae su raíz de él.

Mi padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón.

.....

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba —escribe a José García en 1887— porque a nadie le tocó vivir tiempos más viles, ni nadie, a pesar de su sencillez aparente, salió más puro en pensamiento y obra de ellos [...]. De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la seguridad, pero él tenía el orgullo. En mis horas amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiera resistir y padecer.

Doña Leonor Pérez, por el contrario, no mantuvo una actitud semejante. En la pugna por el control de los sentimientos del hijo, al que se refiere en alguna carta como si fuera hijo único, probablemente por ser el solitario varón, y dejando traslucir sus desbordantes deseos de absorción y dominio, vio cómo el afecto filial de Martí se desplaza desde su madre carnal hacia la “madre mayor”, como él llama a la patria, y ella queda subordinada y sacrificada ante esa suprema instancia. Y no deja pasar ocasión para reprochárselo; basta para convencerse con releer sus cartas. “Mi madre tiene grandezas —escribe Martí a Mercado— y

se las estimo y la amo, usted lo sabe, hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, ni mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba”.

Estas circunstancias, y aquella atmósfera hosca que nos pintan los versos de “Hierro”, han dejado honda huella en el joven Martí. En primer término, surge el sentimiento de desamparo, de indefensión, que tiene allá, remotamente en su base psicológica, la inseguridad producida por un complejo de inferioridad. No es necesario que esta inferioridad sea real y efectiva para que produzca tales sentimientos; basta con que el individuo lo crea así, y se estime incapaz de una tarea que se le pide constantemente que haga, como la de luchar por los suyos (en sentido vulgar y familiar), para que haga su entrada la ansiedad que este conflicto desencadena. Por otra parte, como expone J. Jacobi, “todos los hombres tienen complejos, y éstos no significan necesariamente mediocridad, sino también estímulos para mayores esfuerzos e incluso nuevas posibilidades de éxito”. En Martí tienen estos fenómenos una fuerza motivadora enorme, acentuada por la gran capacidad de expresión y acción de su personalidad, y están a la base de expresiones como estas, que tomamos de su epistolario:

“De nadie esperé nunca nada. Y si a ocultas de mí mismo esperé algo de alguien, eso es precisamente lo que no he tenido” —escribe a Mercado. Y en otra carta: “Como me tengo en menos de lo que los demás me tienen, en cuanto me parece notar desafecto o desvío, sufro como de una herida, pensando que no vale lo que hago, y me quedo sin fuerzas”. “Los elogios no me han puesto vano, sino temeroso como usted ve y como no puedo dejar de ser”. Podemos completar este bosquejo con una tremenda confesión que cita Quesada: “Yo nunca he tenido confianza en mí mismo”. ¡Qué paradójicos nos resultan estos sentimientos en un hombre como Martí, tan magníficamente dotado para triunfar, de tanta fortaleza vital!

De esta fuente poderosa emana un rasgo característico que presenta en Martí importancia y relieve semejantes a los que se encuentran en los neuróticos: la necesidad imperiosa de afecto, de ser querido y estimado por todos. “El neurótico siente y se conduce —dice K. Horney— como si toda su existencia, su

felicidad y su seguridad dependiesen de que se le aprecie y se le quiera [...]. Conquistar cariño significa obtener seguridad mediante un contacto más estrecho con los otros...”. Además, sabemos que cuando de niño se sufren privaciones respecto de una necesidad o motivo determinado, como la seguridad, el afecto o aún el alimento, este motivo puede hipertrofiarse en la madurez y convertirse en el centro mismo de la vida afectiva del sujeto. Y aunque estamos muy lejos de afirmar la condición neurótica en Martí, ya que le faltan numerosos elementos característicos, nos vemos obligados a aceptar la presencia de algunos rasgos de esta clase, originados por traumas y deficiencias infantiles, y que se vierten en expresiones como estas: “Mi única ventura, y lo preví desde niño, está en que unas cuantas almas nobles me conozcan y me quieran...”; “Quiérame más, como yo lo quiero”, y en aquel trozo de *Amistad Funesta*, citado como autobiográfico, en que Juan Jerez “se daba como esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza”.

El afán de cariño, corolario del sentimiento de inseguridad, proviene originalmente del ambiente familiar, donde el autoritarismo y la inestabilidad económica se conjugan para producir en el adolescente el impacto de un rechazo afectivo frente a la afirmación de sí mismo que este pretende realizar. Por eso Martí busca constante refugio junto a Mendive, a quien está ansioso de servir en cualquier menester, o en los hogares de amigos, como los Valdés Domínguez, donde encontraba la seguridad y el calor que en su propio hogar escaseaban.

Pero hay más. Otro elemento de la dinámica individual que sacamos de la situación familiar, y que ya hemos mencionado anteriormente, es el que origina un fuerte sentimiento de culpabilidad, rasgo también presente en el neurótico y de considerable importancia en Martí. No debemos hacer depender este sentimiento enteramente de la situación edipal, que como vimos pierde pronto su fuerza en virtud de determinadas condiciones, sino que lo conectaremos con las relaciones generales de padres a hijos, típicas en nuestra cultura. La posición parental se fundamenta en un poder autoritario que impone la más absoluta obediencia. Asistiendo siempre la razón a los padres, el hijo siente que debe ser él quien tiene la culpa de los conflictos que

entre ellos se producen. Es este un proceso afectivo, dice K. Horney, no intelectual, y está determinado por la angustia, no por el pensamiento. La sociedad en que vive Martí establece como una obligación de carácter moral que debe cumplir el hijo, la de luchar por mantener el bienestar y el decoro de los padres, como justa retribución a sus esfuerzos por mantenernos y guiarnos en nuestra etapa de invalidez. Esa obligación, que Martí asimila e incorpora en su código moral, que reconoce y valora, es imposible de cumplir para el Apóstol, y no porque las circunstancias se lo impidieran, sino por lo que a él le parece una libre y espontánea decisión de su voluntad. De aquí que surja el conflicto íntimo, el sentimiento de culpabilidad y el deseo de justificación. “La verdad es que yo he cometido un gran delito: no nacer con alma de tendero”, le escribe a Mercado; y más adelante, al salir empobrecido de Guatemala: “Ahora no pensaré mal de mí ni de mi madre. Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos sus deberes”.

Evidencias de la tragedia que producen los esfuerzos tenaces de la madre por hacer entrar en razón al hijo “descarriado”, son también las expresiones que siguen: “Estoy como roído del ansia de vivir de acuerdo conmigo mismo y en desobediencia a los mandatos que llevo en el alma...”. “Nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa”, y finalmente: “En mí hay una especie de asesinato y no diré yo quien sea el asesino”, reproche que aparece nada menos que en una carta familiar.

El sentido pesimista (algunos lo llaman estoico) que da a su vida Martí se surte de esta fuente. Solo poderosos sentimientos de culpabilidad, sea real o imaginada, pueden despertar en el sujeto la urgente necesidad de castigo a fin de aliviarlos, y una forma inconsciente de castigo es el sufrimiento, que también sirve para obtener cariño, ayuda, dominio de sí mismo y para evadir en último término las exigencias que los demás podrían imponerle. El sufrimiento desempeña en Martí una función psicológica importante, porque justifica su vida ante sus ojos y ante el resto de los hombres, y preserva así intactas las fuerzas de las restantes motivaciones, que entrarán en juego para alcanzar la finalidad máxima que a su propia vida Martí impuso.

De otra forma no se explica uno el hecho de que un hombre que le escribe a Amelia, en 1883, de los “odios suyos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma”, esté presentándose paradójicamente en gran parte de su expresión escrita como un ser que vive un doliente e inacabable martirio, sin una sola expresión de optimismo en cuanto a su destino individual.

Vamos a ver ahora en Martí algunas nuevas facetas de su personalidad. Además de todas las circunstancias capaces de producir lo que los psicoanalistas llaman la “angustia básica”, que es como el motor de esta vida, concurren también en Martí dos procesos diferentes, uno originario y dinámico, otro secundario y expresivo: la voluntad o deseo de prevailecimiento, y las formaciones reactivas.

El afán o deseo de predominio, ascendencia, prevailecimiento, poder, de superioridad, que todos estos rótulos se han utilizado, es una fuente importante de la motivación humana, y mientras para algunos tiene un origen biológico indudable, siendo de carácter nativo, para otros pertenece al grupo de las adquisiciones que el individuo toma de la cultura en que vive. Investigaciones antropológicas parecen haber demostrado este segundo enfoque, por lo que vamos a aceptar que, siendo la sociedad en que vivimos una agrupación donde sus miembros tienen que competir entre sí para vivir, el deseo de prevalecer se desarrolla paulatinamente por la vía del aprendizaje y el entrenamiento. Además, algunas clases sociales, como la clase media a la que perteneció Martí, vive en constante tensión al fijarse niveles de aspiración relativamente elevados y, en consecuencia, sus integrantes suelen desarrollar en mayor grado esta motivación del prevailecimiento. Así tendríamos una explicación más satisfactoria de tanta voluntad de dominio como aparece en Martí, y que no puede justificarse solamente atribuyéndola a la abundancia y fuerza de sus reacciones constitucionales.

Además, este sentimiento tiene la función de servir de resguardo contra la indefensión, contra el riesgo de sentirse o ser estimado insignificante y, en este sentido, cabría considerarlo como una especie de compensación ante los sentimientos de inferioridad que antes mencionamos. Desde luego, la interpreta-

ción no deberá ser tan simple, porque el mecanismo de la compensación, cuando se hipertrofia, es síntoma neurótico también; pero salvamos el escollo destacando que en el neurótico, el afán de poderío nace de la debilidad, en tanto que en el individuo normal surge de la fuerza, y nadie osará discutir la cantidad de energía que encierra la personalidad de Martí. No debemos olvidar, sin embargo, que cuando estudiamos a un tipo genial estamos constantemente haciendo filigranas por los bordes de la psicopatía.

En Martí los sentimientos básicos de inferioridad y desamparo son aplastados por el peso de una capacidad funcional y dinámica desbordante, que mediante el deseo de prevalecer derrota a la angustia incipiente, aunque solo a través de lucha encarnizada, impidiéndole convertirse en el núcleo desencadenante de una neurosis. Este motivo presenta en nuestro personaje las dos formas usuales, activa y pasiva: necesidad de imponerse sobre los demás, y deseo de ser admirado por ellos, usadas ambas conjunta o alternativamente, según las circunstancias, pero siendo relativamente más frecuente la forma pasiva en la primera parte de su vida, y afianzándose la dominación activa hacia el final de su apostolado.

El mecanismo mediante el cual opera este rasgo psicológico en Martí puede ser explicado de la siguiente manera: ante la indefensión que encuentra el adolescente en el hogar, busca la afirmación de sí mismo fuera de él, e incorpora por interiorización progresiva los elementos que le van a permitir garantizar su seguridad interna, tomándolos del ambiente exterior: la cultura y la escuela cubanas. En el medio español, solo podría ver agudizados sus sufrimientos y su inferioridad, como criollo y burgués empobrecido que es. Pero entre los cubanos cultos, y los criollos de su propia condición, en el ambiente de la patria que aún no ha surgido, es donde él puede encontrarse a sí mismo, afirmarse definitivamente y hallar la seguridad anhelada. Por tanto, asimila los caracteres que determinan la cubanía con tanta intensidad que los hace parte de su sangre, y no podrá prescindir nunca más de ellos. Ellos serán su refugio contra cualquier debilidad pasajera, ellos los que le permitan resistir privaciones, halagos y llantos familiares. Aquí está la cálida

seguridad y el autocontrol que tanto buscaba, y no allá, donde el ambiente exige sumisiones y concesiones, y donde siempre hubo de sentirse muy desgraciado. Nunca Martí va a ceder un ápice en el patriotismo más acendrado, porque merced a él pudo realizar plenamente su personalidad. Por eso también vivió casi siempre en el destierro, buscó el destierro como si huyera de un ambiente que amenazaba la integridad personal que con tanto esfuerzo había adquirido. Hay que ver con cuánta amargura escribe: “Primera debilidad y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba”. No puede resistir nada que lo haga sentir inferior, y las experiencias traumáticas de su vida se agitan con renovado fuego cuando revive estas dolorosas circunstancias. El grillete que marcó su carne dejó huella indeleble en su personalidad, que él identifica “con tanta vejación terrible, tanta inolvidable injuria” que se padecía en Cuba. Su apostolado no es solo una cuestión nacional, sino una cuenta personal, como le destaca Enrique Collazo en la carta injuriosa que le envía, y que entre tantas falacias contiene este acierto. Este era el caso, además, de muchos otros cubanos, y por eso Collazo pudo verlo con tanta claridad.

Ahora bien, el deseo de prevalecer no se manifiesta solamente como un simple traspaso de las cargas afectivas, desde el hogar español originario hacia la causa cubana. En la casi totalidad de los actos de Martí, a partir de entonces, se transparente esta fuerte motivación, que él justifica y disfraza inconscientemente mediante la identificación con la patria, que llega a ser tan estrecha que se confunde con ella misma. Ese es, probablemente, su gran mérito, y aquí está el mayor peligro que corriera jamás su prestigio. Porque si sus fuerzas no hubieran estado a la altura de la enorme tarea que emprendió, y si el éxito no hubiera coronado sus esfuerzos, solo el supremo ridículo habría quedado como recuerdo de un hombre que quiso encarnar a una nación entera sin tener la talla suficiente. Pero así es la grandeza; nunca fracasa. No dejaba, sin embargo, de parecer soberbia a sus contemporáneos la actitud de Martí, que se atribuía el monopolio de la razón patriótica, y que escribe: “¿He de decirle a Ud. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque tiene mi alma? ¿Que llevo mi infeliz pueblo en la cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día

su libertad?” (a Mercado). De un hombre que cree ser insustituible en la tarea revolucionaria, porque tiene la intuición de la verdad: “Hay voces íntimas que dicen lo que se debe hacer, y yo las obedezco siempre” (a Domínguez Cowan); “Es tan vehemente en mí la convicción de que hago lo que debo, y tengo tal prueba de que esto es lo que nuestra patria nos ordena hacer, que sé que Ud. no ha de tachar de vanidad ni entrometimiento esta invitación” (a Emilio Núñez).

Tampoco permite Martí menoscabo alguno de su persona o de su importancia, consciente de su superioridad. Cuando abandona Guatemala, escribe a Mercado que determinó irse del país “y hacerles sentir así mi desdén antes de que ellos me hicieran sentir su injusticia; antes de que me abandonen, yo los he abandonado”. En el famoso choque con Gómez de 1884, fueron más bien factores personales que políticos los que determinaron la ruptura, aunque en Martí ambos factores estaban tan ligados que es difícil concebirlos aisladamente. Veamos la versión de las dos partes: escribe Gómez en su diario, el primero de octubre de 1884:

Agregaré a esto que no falta alguien, como José Martí, que le tenga miedo a la dictadura, i que cuando más dispuesto lo creía se retiró de mi lado furioso según carta suya insultante, que conservo; porque no dejándole yo, inmiscuirse en los asuntos del plan general de la revolución, a cargo mío en estos momentos, i deseando enseñarle su papel, se ha creído que yo pretendo ser un dictador i dando a este frívolo pretexto, la gravedad que jamás en sí puede tener se ha alejado de mi lado vertiendo especies que no creo favorezcan a las cosas i a los hombres.

De Martí, sobre este episodio, es bien conocida su carta a Gómez, pero nos interesa ver otra versión más íntima, que le cuenta a Mercado con la advertencia de que la conserve en silencio:

A mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro, llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia [...]. No podía emprender sin fé y sin amor la

campaña que desde tantos años atrás venía preparando tiernamente, con todo acto y palabra mía, como una obra de arte.

La carta primera, la más conocida, es una racionalización que tiene la finalidad psicológica de justificar *a posteriori* una actitud que se origina en lo profundo de la personalidad, porque en el fondo está la negativa de Martí a someterse a otra persona, a rescindir el poderío que con tanto esfuerzo estaba alcanzando, para volver a las condiciones de inferioridad de antaño. Lo curioso es que la simbiosis de Martí con la causa cubana es tan profunda, y son tan grandes sus intuiciones, que aún cuando racionaliza tiene razón, y su actitud queda posteriormente justificada por los hechos. La Guerra de Independencia cubana debe ser concebida como una empresa personal de Martí, su gran empresa, al igual que el Partido Revolucionario Cubano, hecho que ya destacó en su tiempo Enrique Collazo. Y desde que la actividad revolucionaria del Apóstol alcanza cierto nivel de seguridad, no podrá ya hacerse revolución en Cuba, con posibilidades de éxito, si no es bajo la orientación y guía de su personalidad. No se necesitan mayores ejemplos del deseo de prevailecimiento.

Las formas expresivas de la personalidad martiana revisten frecuentemente el ropaje de las formaciones reactivas. Esto ha dado lugar indudablemente a no pocas confusiones en la valoración de su figura, por cuanto no es fácil discriminar entre una conducta y su sustrato motivacional, entre la consecuencia y su causa originaria. Lo característico de la formación reactiva consiste en que el sujeto desarrolla un modelo de conducta exactamente opuesto a sus impulsos originales. Por ejemplo, un niño extremadamente agresivo, puede sentirse tan angustiado ante sus propios impulsos destructivos, que niega la posesión de cualquier clase de agresividad, y presenta la apariencia exterior de una suave humildad (Stagner). La formación reactiva sirve entonces como una defensa del sujeto ante sus impulsos peligrosos, porque presta ayuda a los desesperados esfuerzos que él realiza para controlarlos. Martí se nos presenta en su vida y en su prédica con una actitud de sencillez, virtud, humildad y amor. Pero estos caracteres son precisamente consecuencia, no

causa, de la forma como él domina y controla la tremenda motivación que impulsa su personalidad. El hombre que escribe que “la vida es desagradable sin los consuelos de la inteligencia, los placeres del arte y la satisfacción interna que sólo nos producen la bondad del alma y la exquisitez del buen gusto”; que Blanche Zarachie de Baralt nos presenta como un “gourmet a lo Brillat Savarin”, vive y come modesta y frugalmente, y tiene como máxima de su vida la que recomienda a Eligio Carbonell en 1892, y que es toda una confesión: “No hay más modo de salvarse, Eligio, que moderar las necesidades. La sobriedad es la virtud. El que necesita poco es fácilmente honrado”.

La mejor descripción que hemos visto de tales formaciones reactivas aparecen en la imagen que insertamos al comienzo de este trabajo, debida a la pluma de Enrique Collazo; recordemos algunos pasajes:

Siendo excesivamente irascible y absolutista, dominaba siempre su carácter, convirtiéndose en un hombre amable, cariñoso, atento, dispuesto siempre a sufrir por los demás [...]. Aristócrata por sus gustos y costumbres, llevó su democracia hasta el límite...

Esto explicaría la confusión que sufre Dellundé en Haití, cuando ve que “a pesar del carácter dulce de Martí”, hay que calmarlo constantemente cuando fallan los esfuerzos iniciales por conseguir unas carabinas; y quizás, por otra parte, Collazo estaría influido por las visiones del Martí conspirador, excitado, que a “veces parecía un loco” y tenía “delirios de persecución”. De todas formas, resulta sintomático que un hombre egocéntrico, como cuadra a un buen romántico, que además poseía tan desarrollada la motivación del prevalecimiento, se convirtiera en la imagen viva del altruismo, el renunciamiento y la entrega total al prójimo. Estos fenómenos no son raros en la historia.

La necesidad de mantener tales controles sobre su personalidad, superabundante en impulsos, la presencia inexorable de conflictos familiares y de sentimientos de culpabilidad, las capacidades enormes de sensibilidad y expresión, mediante la inteligencia, son todos vectores que se conjugan para explicarnos el origen de la superior dinámica, de la actividad infatigable de Martí. El quehacer constante se convierte en escape, en

salida catártica, y en fórmula para la desviación y represión de los impulsos y la ansiedad. “Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego que me quema, pero con ella vivo y trabajo, en espera de alguna labor heroica, o por lo menos difícil, que me redima”.

Yo estoy, mire que así me siento, continúa escribiendo a Mercado, como una cierva acorralada por los cazadores, en el último hueco de la caverna. Si no cae sobre mí alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro y sé que muero.

Tiene horror a la soledad, que Quesada anota como justificación de la vinculación con Carmen Mantilla, y que le hace confesar a Aveledo: “Es que vivo muy solo, y las cartas que escribo me dan miedo, porque me recuerdan como vivo”. De esta soledad que reanima la virulencia de sus conflictos, escapa por el camino de la actividad: “Me consuelo con mi curapenas de siempre, que es el único que cura las penas reales e imaginarias, y lo deja a uno respetable ante los demás y ante sí propio: el trabajo”. Este es un método muy común entre los hombres, pero lo que no es corriente es el grado de intranquilidad y agitación interna que la actividad individual tiene que superar. “Debe existir algo en el hombre que está siempre conmoviéndolo y que no le deja estar tranquilo, para que al cabo surja aquello que admiramos como acto genial”, escribe Rohrer; “siempre hay en ellos algo que los impulsa y atormenta hasta que al fin hacen algo que promete terminar con esta situación de intranquilidad”. Así se nos ha presentado, hasta ahora, el caso de Martí.

El líder

Debemos terminar con una breve explicación que nos aclare la razón por la cual Martí se convirtió en el líder total del pueblo cubano en su lucha contra la opresión colonial. El liderazgo depende, como dice Warren, de las actitudes o hábitos de dominio del líder, y de la conducta sumisa de los que lo siguen, y debe distinguirse de la jefatura, que es una forma de autoridad determinada por la casta, clase u otros factores ajenos a la aceptación o selección popular. Los líderes tienen características atípicas, plantea Terman, lo que equivale a decir que son distintos

psicológicamente del hombre común y corriente; sin embargo, poseen condiciones especiales que les permiten concentrar en ellos, para representarlos, los impulsos condensados en la masa. “Es completamente erróneo suponer que el entusiasmo de las masas depende del valer de los hombres directores. La verdad es estrictamente lo contrario: el valor social de los hombres depende de la capacidad de entusiasmo que posee la masa”, ha escrito Ortega Gasset en su *España Invertebrada*.

En Martí concurre la feliz circunstancia de representar psicológicamente, en toda su plenitud, el resentimiento cubano ante la dominación extranjera. Ya dijimos antes que su proceso de rebeldía ante la autoridad no fue solo un problema social y político, sino también personal, pero que se identifican tan íntimamente que hacen posible la representación del agravio que cada cubano ha sentido ante la humillación a que lo someten los dominadores. La gente está siempre dispuesta a descargar-se del peso de sus resentimientos y de la responsabilidad de sus propios fines irrealizados, haciendo a alguien con capacidad suficiente el portador de las demandas de todos. Y en pocos cubanos se daban, como en Martí, las condiciones necesarias para recibir tal confianza.

Las circunstancias en que ha desenvuelto los primeros años de su vida, son las mismas que las de la mayoría de los cubanos, sobre todo en los aspectos más tenebrosos; su rebeldía ante cualquier autoridad impuesta desde arriba, actitud no muy frecuente entre los mismos cubanos de la revolución, es símbolo en Martí de un radicalismo que ofrecía un bálsamo para la superación de los sentimientos de inferioridad: “con todos y para todos”; su culto a la integridad de la dignidad humana, y su inexorable exigencia de que esta condición esencial fuese de veras cumplida, significaba protección contra las recaídas en humillaciones personales como las que muchos habían vivido; y su identificación con los de abajo, los humildes, viniendo él de “un poco más arriba”, hacía sentirse a las gentes superiores a lo que realmente eran. Martí mostraba al cubano la capacidad poco frecuente de trabajar por todos, de sufrir por todos, de pensar por todos, y esto es para la masa, un indudable alivio de la responsabilidad personal.

Es muy probable también que en una sociedad que ha sido educada para la esclavitud, mediante el control autoritario, no puedan los individuos prescindir de improviso de toda guía, quedando a merced de una autocritica, control de sí y objetividad que nunca antes pudieron ejercitar a plenitud. De aquí que Martí les fuera necesario y lo creyeran con toda sinceridad, aún cuando, como nos cuentan sus biógrafos, no lo entendían mucho. Martí sería entonces como la imagen ideal del paternalismo, imagen soñada de un ser protector, bondadoso, inquieto por sus hijos, sacrificado por su bienestar, pero que no impone restricciones ni obligaciones, ni produce la hostilidad que en la vida real surge del ambiente familiar.

Es esta imagen de Martí probablemente la que más ha permanecido en el recuerdo de las generaciones cubanas que le han seguido, y es probable también que sea esta imagen ideal la que impide a muchos indagar en lo hondo de la personalidad humana, para buscar, en la motivación, los orígenes y los fines de su conducta, al hombre natural, descartando los disfraces que la sociedad y el tiempo le habían añadido. Esta tarea, precisamente, la tenía planteada Martí para su libro sin escribir sobre “El concepto de la vida”.

En estas páginas hemos intentado hacerlo nosotros por nuestra cuenta y con su intimidad al descubierto; con veneración, es cierto, pero también con toda la objetividad que nos ha sido posible lograr dentro de las circunstancias que deforman nuestra personal percepción. Quedan aún muchos detalles por aclarar, pero debemos renunciar a este afán absolutista de quererlo todo, lograrlo todo y aclararlo todo, para poder contemplar mejor un Martí de carne y hueso, complejo y multiforme como es, genial en la simplicidad de su sufrimiento. Y si es cierto, como hemos apuntado, que el sufrimiento suyo fue y es también el de todos los cubanos que viven parecidas circunstancias, la identidad de destino será suficiente para justificarnos. Recordaremos por eso a cada paso, que su hijo Pepe se convierte en *Ismaelillo* porque este nombre significa precisamente “fuerte contra el destino”.

Martí, maestro de América

Carlos Martínez Durán

Martí, Maestro de América, de los hombres de la humanidad. Con las prisas más altas y luminosas, con los maitines más puros y fervorosos, con la canción más buena, más excelsa y más libre nos levantamos hoy, 28 de enero, “quebrando albores”, para seguir por los cielos de América a la estrella que anuncia y promete el nacimiento de un hombre todo luz y amor, substancia y trascendencia de nuestra América, raíz de nuestra más dulce y fértil geología, flor de inmaculado sentimiento abierta en la entraña del verso, agua de mar protectora de todas nuestras costas, evangelio vivo, doctrina salvadora para ahuyentar toda sombra, para saciar toda la sed y el hambre espirituales del hombre americano y del hombre universal, maestro y pastor de nuestros pueblos, tocado por la gracia y la fuerza bondadosa, con frente y pecho de David. David americano de la honda libertadora, de la honda movida por el brazo justo y por la idea guiadora de la victoria. David sereno y demiurgo siempre despierto para matar a todos los filisteos de las injusticias y del odio, para vencer a los Goliats de la fuerza bruta, para crear nuevos hombres, nueva patria, y hacer correr por las venas de la tierra y de los pueblos la sangre vivificante de la dignidad y del decoro, plenos y viriles.

Todo hombre de nuestra América debe seguir con la mirada más honda y pura, esa estrella, ese sol, guías, que no quieren ocultarse hoy, 28 de enero, porque José Martí está bendiciendo con su luz el horizonte, y no hay noche posible en este día de mensaje y de destino. Reyes Magos han de ser hoy, niños y maestros, que deben hacer de su corazón, mirra y rosa, para

ofrendarlo en el día más largo al “luchador sin odio” que desde la eternidad nos está dejando caer el alfabeto de la libertad para que lo entronicemos en la morada espiritual de los ciudadanos.

“De luz se han de hacer los hombres y deben dar luz”. La sentencia martiana es nuevo astro en el cielo de América. Lástima que, como él mismo lo dijera, “duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas”.

Pero esos cuerpos siguen dando calor a la tierra, la vivifican, la limpian. “Ni del sol tengo celos, afirmó, porque ni él me gana en calor ni en limpieza”. Si hablar es volar, séanme benéficas las alas. Cuán osado resulta volar en derredor de Martí. Se teme profanar, no se encuentran las palabras. Pero él, con su magisterio autoriza: “Para rendir tributo ninguna voz es débil”. Y además, es ameno y fácil el discurso, porque se llena con su pensamiento. Pero, ¿cómo hablar del hombre plural que exige un libro para cada faceta y una enciclopedia para su vida? Si me encontrase en recinto de Academia o en intimidad de aula, volaría por el jardín de su poesía, y fiel a su pensamiento buscaría versos para cerrar las heridas que abre la ira de los hombres. Buscaríamos la palabra que por su peso en pensamiento nos lleva a lo trascendental y a la obligación de meditar en el destino del hombre, y en la motivación de su existencia. Aprenderíamos a sentir; no en balde dijo Unamuno que Martí lo enseñó a sentir. Llegando a las fuentes españolas, encontraríamos las zonas de influencia y recordaríamos con un crítico que si en Gracián hay ambición de intelectual, en Martí hay un querer de hombre. Y ese querer lo presenta como uno de los poetas más nuevos en la América española, creador del modernismo. Pero Martí poeta y Martí crítico de arte se escapan un poco de este ambiente más ancho y dilatado, que espera a Martí maestro y a Martí político. Al constructor de pueblos y al forjador de una patria, al educador cuyo mensaje despierta la conciencia de los pueblos de nuestra América, considerados como tierra y continente de abrazo fraterno, y llama a juntarse, palabra del mundo.

El cielo y la naturaleza de este fragmento hermoso de la patria americana, que otrora tendiera mano cordial al peregrino de la libertad y de la dignidad, me exigen hablar del americanismo de Martí, porque el maestro de los hombres, es la savia mis-

ma de América, es la raíz y el fruto, es el camino y la esperanza. ¿Hacia dónde va nuestro Continente? ¿Qué persigue? ¿Cuál es su lógico destino? Todas las interrogantes de ayer y de hoy las conoció el santo laico, y con profética visión, como hombre justo y sin manchas, sin odios, avizoró el destino de América.

En el culto a nuestros héroes se comete a veces el error de transformarlos en mito, en deshumanizarlos. Quiero que en mis palabras permanezca Martí-hombre, sin que ello implique descender a raseros niveladores. La realidad dramática de la vida de Martí nos aparta totalmente de una vida novelada. Nos interesa la dimensión humana, la estatura moral extraordinaria, la existencia dolorida hasta el sacrificio, la conducta y el ejemplo del homagno.

Lo humano en Martí, la humanidad del maestro, es aquella cualidad o haz de virtudes ascendentes que subliman lo corpóreo del hombre y agudizan en ansia vertical de cima al espíritu. Pero tal sublimación y altura no diviniza ni hace entrar en un reino invisible, humaniza al hombre, lo transforma en un ser superior que redime en la tierra y hace de ella el paraíso de paz, felicidad, prosperidad y justicia. Por estos motivos, lo que aparentemente deshumaniza, es humanización verdadera. Cuando afirma que “el primer trabajo del hombre es reconquistarse, que ser hombre es en la tierra difícilísima y pocas veces lograda carrera; que solo salva la pureza de la conciencia y la rectitud indomable, que solo se nace para la vida de lo bueno, que es la única vida verdadera que la vida se entiende como misión para ennoblecirla, para transformar y embellecer el mundo; y que tal misión lleva al sacrificio final, y es aprendizaje que enseña a morir todos los días en una cruz”; nos demuestra que merece el nombre de apóstol, y que su mensaje es un nuevo evangelio para América y para la humanidad.

Nuestra América, la sufrida en lo autóctono, la hispánica en lo justo y universal del Quijote, la emancipada políticamente por tantos y tan gloriosos héroes, la víctima de tantos amos propios y extranjeros, la económica marcada con el signo de viejos y nuevos mayorales, eternos en la terrible servidumbre, la presente y la futura, la que equilibra y puede ser de la Humanidad, la opuesta al derecho de conquista en el derecho público, la que

no ha terminado aún de declarar su segunda independencia y sigue vigilante desentrañando ambiciones e intereses en los secretos de múltiples convites y pretendidas uniones. Esa América nuestra, hermosa y eterna necesita de padres, hijos y maestros como Martí. De apóstoles y sembradores que prediquen con el ejemplo, con la conducta, que sean maestros de la juventud y no traicionen ni falseen el amor martiano: “doctrina y método” para toda escuela.

Martí, decía don Fernando de los Ríos, “es la personalidad más conmovedora, patética y profunda que ha producido hasta ahora el alma hispánica en América”. Sin perder la fuerza extraordinaria de su vivencia interior, se salió de sí mismo y se puso al servicio de los demás en la más maravillosa de las ofrendas. Hipersensible y tenso ante el espacio y el tiempo, intuyó, adivinó, porque quería dirigir, porque iba delante de los demás y veía más que ellos. El presente era solo concebido como gravedad de futuro. Se volcó y se identificó con los valores y bienes externos en una forma tal que pudo decir en verso:

Yo busco, yo persigo, yo reboso,
fuerza de amor, que de mi forma vierto,
vivo extra-mí, mi cuerpo sin reposo,
vertido ya el amor, es cuerpo muerto.

Para llegar a tan total desprendimiento y adquirir esa “sereñidad que nada turba ni altera”, era necesario aniquilar las pasiones. El dice: “Siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse las ropas. No hay en mí un átomo de satisfacción ni de impureza. Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres y cerrando el paso a los peligros”. “Me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo, la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño”.

Estamos seguros que nunca en América se ha escuchado una voz tan pura, tan responsable, tan defendida y respaldada por la conducta. Creemos en él, y lo vemos hoy, 28 de enero, lo veremos siempre en el portal de la tierra americana abriendo sus brazos para unirnos y defendernos, para exigirnos libera-

ción de todas las servidumbres, para llamarnos a la concordia, la paz y la justicia.

“No hay una mancha en mi existencia, ni interés en mi virtud, ni rencor en mi justicia, ni amor patrio, ni sentimiento en mí que no pueda ponerle a su recién nacida en la almohada”. Admirable sencillez, ternura y originalidad para expresar un ideal. “Moriré sin exagerar ni mentir. Nunca pensé mal ni obré mal. Jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza”.

“La pluma debiera ser inmaculada como las vírgenes”. “Dígame hombre y ya se dicen todos los derechos”. “Oh, libertad no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido”. “Libertad sin ira. Perdonar es vencer”. “Odiemos el odio”. He aquí al hombre. He aquí vivo y redivivo un ideario. Martí-hombre en la desnudez de la verdad. Martí real y humanizado, ejemplo y victoria. Guía y esperanza.

Con virtudes tan trascendentales. Martí educa, da cultura, se convierte en el símbolo de los maestros de América. Funda escuelas, crea hombres y patria. Analicemos la esencia y los principios de la educación martiana. Las ideas pedagógicas de Martí, expresión del hombre y su tiempo, tienen actualmente y tendrán siempre vigencia, porque se fundan en valores eternos y universales y en la comunión del hombre con la naturaleza.

Martí descubre aún niño su vocación de maestro, y en edad temprana madura el hombre y el héroe. Pero al hombre adulto no le abandona jamás cierto espíritu de niño que conservará hasta su muerte. Esta supervivencia de la niñez sencilla y tierna es condición indispensable para el magisterio, forma de querer, de amar, de saber enternecerse.

La misión del maestro está en lo infinito, en lo inmortal. Y a pesar de ello, queda muchas veces ignorado y sufre recibiendo ingratitud. Martí pensaba terminar su vida de maestro de guajiros, de maestro ambulante portador de escuelas y de arados. Y pedía a muchos gobernantes que al bajar de las alturas se dedicasen a enseñar como humildes maestros. Fuerte y conmovedora imagen de una vocación.

En las ideas pedagógicas de Martí se encuentran postulados modernísimos, sostenidos hoy por grandes filósofos y prácticos de la educación.

Si queremos levantar hombres y pueblos después de una revolución, esta, para no quedar estéril, debe firmar con la pluma de las escuelas y con el arado en los campos. Hermoso consejo y realidad constantemente abandonados.

La escuela de Martí está al aire libre, en contacto con la naturaleza, para que el pensamiento vuele con facilidad hacia el campo, y se oiga el canto de la siembra y se sienta la protección del árbol.

Creo que en muchas escuelas de nuestra América, repletas de textos inútiles, sigue clamando el deseo martiano; de que en ellas esté siempre abierto el libro de la vida. De que en ellas se oiga la voz salvadora que habla sin miedo y sin hipocresía, y se mantenga el espíritu abierto y tolerante para escuchar todo pensamiento contrario. Porque la educación en sentido martiano es preparar a los niños a aprender por sí, es preparar para la vida, es hacer hombres a la altura de su tiempo y en acuerdo con su tierra, con su ambiente patrio. No deben existir los maestros “de ronza y porrillo”, que achican el espíritu y crean prejuicios, sectarismos y toda clase de complejos de inferioridad.

Enseñar, ser maestro, debe ser servicio obligatorio, como el de soldado. Enseñar es oratoria sagrada, como lo exigían Martí y Rodó. Es conversar con gracia, es ir hacia los campos, como misioneros de cultura. Porque no se deja la esclavitud si no se es culto. No se adquiere la felicidad sin cultura. “Ser culto es el único modo de ser libre”.

En cada calle, la lujosa de la ciudad o la pobre del campo, debe haber un jardín infantil. Y este será la mejor golosina, la mejor oración.

Siempre hemos alzado nuestra voz en actos y congresos universitarios para pedir educación en sentido martiano. Es decir: “dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor”. “No echarle el mundo encima de modo que no le quede por dónde asomar los ojos propios...”.

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido, es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive, es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él,

y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote. Es preparar al hombre para la vida.

Solo con este lema tendremos escuela nueva, universidad nueva. Solo así haremos “que el hombre viva en analogía con el universo y con su época”. Solo así tendremos en la Universidad cultura, “sistema de las ideas vivas que el tiempo posee”.

Ya Martí se quejaba y su queja se reactualiza, de que los niños y los jóvenes fuesen a educarse fuera de su patria, en ambientes extranjeros, donde aprenden a menospreciar lo propio y hasta la nueva lengua que adquieren le quita la raíz al corazón. Temiendo la copia servil de lo norteamericano dijo:

[...] para que aprendan artes de oficina y la ciencia de dependiente de comercio —que cabe en un grano de anís— no parece natural que se saque a los jóvenes de nuestras tierras de América de bajo el ala paterna a correr calles, desamar la patria y habituarse a vivir sin ella en la ajena, que no lo ama ni prohija. Aprender inglés, para volver como un pedante a su pueblo o como un extraño a su casa... Esos son los hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país donde han de vivir. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Debemos aprender cada día, más y mejor, el ideario martiano, divulgarlo, enseñarlo. No quedarnos en palabras. “Hacer es el mejor modo de decir”. Pensemos y hablemos sin hipocresía. Descubramos en cada hombre lo mejor de su naturaleza. Y al estudiar a Martí, pensemos con un pedagogo cubano moderno, que es necesario rebasar esa etapa y entrar en la más fecunda: en la del discipulado. Entrar en su reino y ser un seguidor de su mensaje.

Martí político y Martí americanista se suman admirablemente. “Se alzó sobre el crucero de América para levantar una república, equilibrar un mundo, trazar un destino, y al levantarse en Cuba, levantarse para todos los tiempos”. Se enamoró de nuestra América, y la posesión fue mutua. Se dejó poseer, poseyéndola. Hemos tenido muchos maestros y héroes, genuinamente americanos: Hidalgo, Bolívar y San Martín, Montalvo y Sarmiento, Hostos y Rodó, todos la amaron y la sirvieron. Y nacerán

seguramente otros, para conducirnos y seguir levantándonos. Pero entre todos, los pasados y los futuros, siempre estará Martí en sagrada permanencia. Porque ninguno como él para amarla, sentirla, comprenderla en su verdad, adivinarla en su futuro, penetrarla en lo más hondo, proyectarla con tanta perspectiva, servirla con tanto sacrificio.

Analicemos la república martiana y el destino que trazó para nuestra América.

Llegar a la conquista de la democracia perfecta, fundar pueblos con altas virtudes políticas, vivir en paz en repúblicas ideales, ha parecido siempre, y sigue pareciendo, empresa irrealizable, utopía. A pesar de todas las negaciones, Martí y su ideario político se afirman, y nos demuestran la razón de quien dijera que pueblo que no conoce la palabra utopía debe ser borrado del mapa de las naciones.

Nuestros pueblos están infestados de esa política que se comprende como ansia, goce y abuso del poder. La política perfecta de Martí es creación y responsabilidad constantes, previsión y sinceridad. Negación definitiva de la violencia de palabra y acto, de demagogia imprudente. La política y el gobierno nuevos no deben derribar lo que no sean capaces de reconstruir. Y deben edificar amando y perdonando. Tal “la política con alas de poesía”.

Edificar con alas, sin olvidar la realidad del país, en naturaleza y en hombres.

Evitar las copias serviles y los exotismos inadecuados. Gobernar es equilibrar.

“Equilibrio de clases, capacidades, rectitudes y procedimientos, no de afuera sino de adentro, del seno mismo de la patria”.

La democracia para Martí es primeramente “respeto para los valores humanos fundamentales”. No habrá democracia, no habrá pueblo libre, no existirá la felicidad y el gozo del vivir, entendido como un más vivir, sin cultura y sin salud. La cultura y la salud libertan. Las luchas y los odios de clases perecen donde la cultura es patrimonio de todos. La siembra de una revolución se esteriliza si no ambiciona para cada ciudadano la cultura que independiza y libera.

“Las ambiciones personales o de grupo perecen. Solo perdura lo que el pueblo quiere”. Y hay una querencia dominadora, avasalladora, ley primera y primigenia en la república: “el culto a la dignidad plena del hombre”. “El culto a la religión definitiva: la libertad”. No deben olvidar las democracias, y más si surgieron de una guerra o revolución inevitables, “que el pueblo no es campo de batalla. En la guerra mandar es echar abajo, en la paz echar arriba. No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas”.

La política asegura el bienestar interior y nos defiende de las asechanzas melosas y diabólicas de los grandes y poderosos de la política internacional. Salvemos al país, decía Martí, “de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos”. Busquemos las razones ocultas de los convites y uniones internacionales. “Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan”. Nunca deben nuestros estadistas y nuestra juventud, ser deslumbrados por retóricas interesadas, a menos que lleven ambiciones innobles y oscuros servilismos, y comprometer el futuro de la patria. Hay que vigilar y prever mucho, hay que inquirir, intuir, para no caer en manos de los invitantes, que no tienen tradiciones y hábitos comunes con nosotros.

Martí predicó el acercamiento de pueblos, la cooperación internacional. Pero supo distinguir lo que con nombre falso de acercamiento es pura conquista. Exigió a nuestros pueblos energía y confianza, fe en sí mismos. Y siempre dijo: “que pueblo que desdeña a otro es amigo peligroso para el desdeñado”. Pueblos que se creen ingenuamente superiores o soberbiamente invencibles, llegan en nombre de una amistad falsa a dominar y a mandar en casa ajena. Y ante esos peligros sólo cabe una respuesta: optimismo, fe, energía. Proscripción del miedo y del derrotismo. Trabajo, “trabajo santo, santo trabajo”.

Trabajo para cultivar la inteligencia, trabajo constante de honradez. Hermanarse por el trabajo que dignifica. Abolir las luchas de clases. Porque enoja oír hablar de clases. Reconocer que existen es contribuir a ellas. Negarse a reconocerlo es ayudar a destruirlas. Sólo hay dos clases de hombres: los buenos y los malos.

Trabajar y estar siempre de pie. Vertical en la libertad, en la dignidad y en la honradez. El que se duerme, ama la genuflexión y gusta de larga horizontalidad, merece espuela y látigo.

Y si malo es el que duerme, envenenador es “el político-no de cervecería y esquinas”, porque falsean la opinión pública, viven en holganza, y azuzan todas las pasiones del inculto, del ignorante. Porque les gusta subir de rodillas y serpentear bajamente entre el pueblo.

He aquí la altísima y virtuosísima política de Martí. La que crea pueblos libres y dignos, repúblicas ideales, democracias en ascenso de perfección.

El porvenir de la América Latina palpita en esta política martiana. El americanismo crece y madura en ella. Americanismo que une, sin rivalidades ni combates, caros a Europa y Asia, y que permite hablar de un solo pueblo, del Bravo a la Patagonia. Sano orgullo de pertenecer a nuestras repúblicas, grandes y doloridas, y de cantar el anhelo martiano: “de poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de la América Latina”, porque en ella no pueden ni deben existir Caínes y Judas. Cantemos con el Apóstol que nuestra América no viene ni de Rousseau ni de Washington, sino de sí misma. De su entraña fogosa y morena, de su vino, quizás agrio, pero nuestro, de su tierra olorosa a concordia y paz. El americanismo de Martí no va acorde con la idea de política del Continente, “porque con dos corceles de diferente genio y hábitos, va mal el carruaje”.

Los dos pueblos de América, dice Martí, solo son semejantes en la identidad fundamental humana. Y fiel a su ley de amor invita a la cordura para no fomentar enemistades, pero exige el decoro inflexible y la independencia absoluta política y económica de nuestras repúblicas. Bien está abrir los brazos, pero no para quienes desean ponerse y echarse sobre el mundo. No debemos dañar la libertad de nuestro vecino, pues esto servirá para que otros entren a dañar la nuestra. Ni supremacía del rubio sobre el trigueño. Ni supremacía del trigueño más fuerte sobre los trigueños débiles.

Ni la geografía, ni el oro, ni toda pujanza material o racial es grandeza. “Grandeza es ofrendar hombres generosos y mujeres puras”.

El americanismo de Martí le permitió ver y adivinar el futuro de nuestras naciones, derivado en parte de la independencia de Cuba y de las Antillas. Por ello dijo: “asegurar la independencia de las Antillas es mantener el equilibrio y porvenir de nuestros pueblos, al salvarse, salva”. “La clave de las Antillas es muy codiciada. Desde ellas se puede apretar hacia el sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a ser libres a Cuba y a Puerto Rico”. Las Antillas son fiel y nudo, en ellas, quiso Martí alzar el mundo, pegarse a su último tronco, y morir por ellas, que era morir por la libertad de nuestra América.

Respetemos y honremos también a la tierra y al pueblo cubanos, simbolizados en la palmera, en la estrella solitaria y en la caña de azúcar. Vale decir en lo alto y libre, en la luz que guía, y en el corazón dulcísimo que triunfa de toda amargura. Cuba nos dio a Martí, y el mundo, decía Gabriela Mistral, anda alborotado con esa novedad de Gandhi, olvidando que el fenómeno tan difícil de combatir sin aborrecer apareció entre nosotros en esta Cuba americana, en este santo de pelea.

Honar en este día y siempre, por los siglos de los siglos, a José Martí, es honrar a nuestra América, honrar nuestra independencia, honrar lo mejor y más puro del hombre, vivir en las más sagradas libertades, tener conciencia de lo que somos y del futuro de una América nueva, seguir los caminos eternos de Cristo y de Francisco de Asís, caminos de milagro, por ser de amor y sacrificio.

“Las naciones románticas del Continente, las islas dolorosas del mar”, todas se levantan, todas se empinan, para ver y admirar al hombre de luz, al maestro de América y de los hombres, que desde la eternidad nos llama a cultivar el jardín de rosas blancas, a nacer de nuevo, para la vida de lo bueno, única vida verdadera.

Índice

- 5** **Razón**
- 7** ***Pensamiento y acción de José Martí: el aporte historiográfico de la Universidad de Oriente en el centenario martiano***
- 25** **Perfil vigente de José Martí**
- 31** **Nuestro Martí**
- 41** **La personalidad y el mensaje de Martí**
- 57** **Martí, político**
- 77** **Martí: legado y posteridad**
- 106** **El caso literario de José Martí**
- 127** **Martí y España**
- 165** **Martí, pensador**
- 186** **Martí, antimperialista**
- 229** **Convergencias y divergencias entre Bolívar y Martí**
- 249** **Intimidad de Martí: su hogar**
- 278** **La voluntad de estilo en José Martí**
- 304** **El americanismo de Martí**

363

ENSAYOS

365

José Martí y su cuna en la historia

384

Una interpretación psicológica de Martí

421

Martí, maestro de América

A 70 años de la primera edición de este libro, la Universidad de Oriente rescata un documento de gran valor para los estudios martianos en esta región del país.

En el Centenario de José Martí, nuestra Casa de Altos Estudios rindió merecido homenaje con un ciclo de conferencias coordinado por la Dirección de Extensión y Relaciones Culturales, a cargo de Felipe Martínez Arango. Las voces más agudas de la época presentaron sus valoraciones sobre el Apóstol, a las que se unieron profesores y estudiantes de la institución sede: Raimundo Lazo, Jorge Mañach, Juan Marinello, Humberto Piñera, Emilio Roig de Leuchsenring, José Antonio Portuondo, entre otros. En 1953, años trascendental para la Historia de Cuba, la publicación de este libro demostró la actualidad del ideario del Maestro en la intelectualidad de la Isla.

ISBN:978-959-207-710-2



9 789592 077102



Ediciones UO